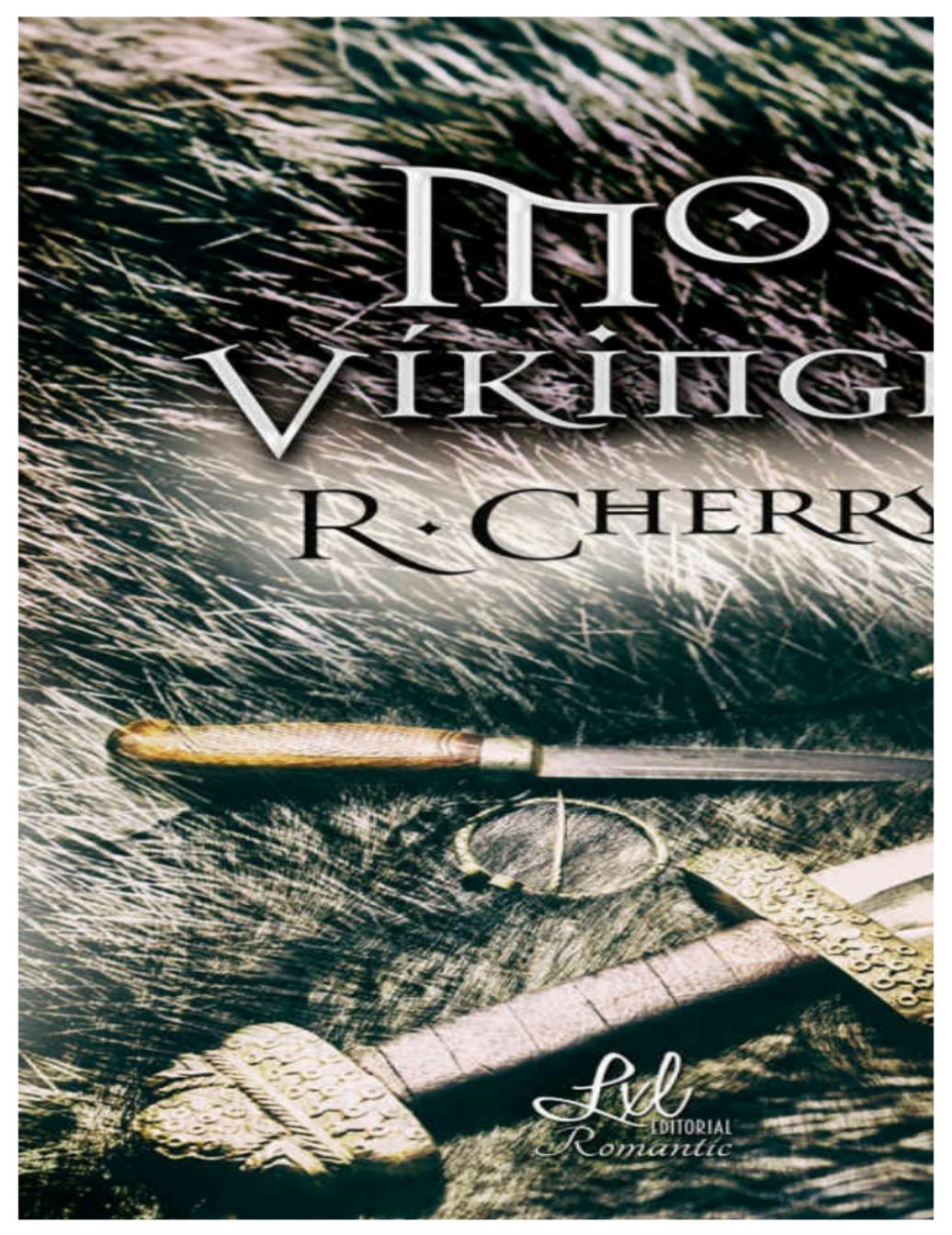


MO
VÍKINGR
R·CHERRY

Ld
EDITORIAL
Romantic

The background of the entire image is a close-up of a dark, shaggy fur, likely from a sheep or goat, with individual fibers clearly visible. In the lower half of the image, several Viking-style artifacts are arranged. A long, straight knife with a light-colored, textured handle and a dark blade lies horizontally. Below it, a sword is partially visible, featuring a hilt with intricate, circular patterns and a scabbard with a similar design. A small, circular ring with a central gemstone and a simple band is positioned near the center of the artifacts.

MO
VIKING
R. CHERRY

Ldl
EDITORIAL
Romantic

Mo Víkingr

1.^a edición: Diciembre de 2.016

Copyright

© R.Cherry 2016

©Editorial LxL 2016

www.editoriallxl.com

dirección@lxleditorial.com

ISBN:978-84-16609-61-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CODIGO PENAL).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970 / 932720447. Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Impreso en España – Printed in Spain Diseño cubierta

– Alexia Jorques Maquetación – Rachel's Design

MO

V KIPGR

R. CHERRY

Lxl
EDITORIAL
Romantic

Sólo a ti, Mi Vikingo.

AGRADECIMIENTOS

Es la tercera vez que tengo que hacer unos agradecimientos y siempre es complicado. Quieres darle las gracias a mucha gente, a toda aquella que te apoya pero luego siempre te dejas a alguien, así que intentaré no olvidarme.

Antes de nada quiero darle las gracias a una de las personas que más han luchado a mi lado para que este libro saliera a la luz, una mujer que se ha convertido en mi hermana mayor, y que creyó en mí desde el primer momento. Gracias, churry, por ser mi vikinga, por estar siempre conmigo y por haber tirado de mí sin rendirte.

GRACIAS. Te quiero, nena.

También quiero agradecerle a mi héroe que siga ahí a pesar de todo, a mis Cousins, mis titos, a mi yayi, a Bu y todos aquellos que a pesar de no ser familia de sangre siempre han estado apoyándome como si lo fueran e incluso más. También a mi *nonne*, y a mi bola, porque ellas nunca faltan, NUNCA NUNCA. Han estado en todas mis locuras, sobre toda en esta. Os quiero, sin vosotras, nada. A mi amol, por sus locuras. También a mi jefi Merche, por haber confiado ciegamente en mí, y a mi Meme la brujilla.

Y por último pero no por ello menos importante, MIL GRACIAS a todos mis

lectores, sois absolutamente maravillosos. Gracias por seguir apostando por mí y por mis libros. Gracias a mis lectoras cero mi Camila Torres y mi Alicia Manzorro, chicas... Sois las mejores del mundo.

Sin más dilación os dejo disfrutar de la historia más especial que he escrito hasta la fecha. No os olvidéis de sentir.

Pd: Ya me olvidaba... Este libro va para todos aquellos que quisieron tirarme por tierra, intentando romper un sueño, ya que creían que así serían más felices. Pero lo que no sabían era que las vikingas no nos rendimos.

PRÓLOGO

Parecía ser que el destino siempre estaba en las manos de las mujeres, ya que en muchas ocasiones, ellas mismas se ocupaban de tejer y destejer los entresijos del futuro...

Las *Nornas*¹, diosas nórdicas del destino y descendientes del gigante Narfi², adjudicaban cada una, una etapa temporal hacia sus mortales. Urd³, una

vieja anciana que siempre miraba hacia atrás, se encargaba del pasado. Verdandi⁴, era una bella joven que contemplaba el presente, y por último, Skuld⁵, quién en ocasiones se veía como una *valkyrja*⁶, mirando hacia el futuro.

Cuenta la leyenda, que en un principio solo existía el vacío. No había océano que ocupara su vasto imperio, ni árbol que levantase sus ramas o hundiera sus raíces. Más al norte en el abismo, se formó una región de nubes y sombras llamadas Niflheim⁷. En el sur, se formó la tierra del fuego, Muspellsheim⁸. Los doce ríos de pura agua glacial que trascurrían desde Niflheim⁷ hasta

encontrarse con los correspondientes de Muspellsheim⁸ llevaban un amargo veneno y pronto se solidificaron. Cuando las heladas aguas del norte tocaron sus rígidos cuerpos serpentinos, el abismo se llenó de gélida escarcha.

Con el aire cálido que soplabá desde el sur, se empezó a derretir la escarcha y de las amorfas aguas surgió Ymir⁹, un gigante de escarcha, el primero de todos los seres vivientes.

Del hielo surgió una gran vaca llamada Audumla¹⁰. E Ymir apagó su sed en uno de los cuatro manantiales de leche que fluían de la criatura. Cada uno de estos seres primarios

tuvieron hijos de forma asexual; Ymir⁹ a partir de su propio sudor y Audumla¹⁰ lamiendo el hielo. El matrimonio de Bestla¹¹, hija de Ymir⁹, con Bor¹², nieto de Audumla¹⁰, trajo a los tres dioses: Odín¹³, Vili¹⁴ y Vé¹⁵, quienes muy pronto se volvieron en contra de la raza de los gigantes exterminándolos a todos menos a dos, que escaparon para perpetuar la raza.

Al calmarse el caos y derretirse el hielo, los tres dioses sacaron el cuerpo inerte de Ymir⁹ fuera de las aguas y crearon la Tierra, a la que llamaron Midgard¹⁶. De los huesos de Ymir⁹, se crearon las montañas y su sangre llenó los océanos. Su cuerpo se convirtió en

tierra y sus cabellos en árboles. Con su calavera, los dioses formaron la bóveda del cielo, que atestaron de brillantes chispas de los fuegos de Muspellsheim⁸, formando las estrellas y los planetas.

Del suelo brotó Yggdrasil¹⁷, el gran freso, tenían poderosas ramas que separaban los cielos de la tierra y cuyo tronco constituía el eje del universo. Sus raíces se hincaron en las profundidades, más allá de las montañas y sus perennes hojas atrapaban las estrellas fugaces según pasaban.

Eran tres sus raíces. La primera llegaba hasta Nifheim⁷, tierra de

sombras o infierno y tocaba la fuente Hvergelmir¹⁸ de donde manaban los doce ríos de la región del Norte. La segunda, entraba en la tierra de los gigantes helados y bebía de la fuente de Mimir¹⁹, fuente de toda sabiduría. La tercera, se extendía por lo cielos donde discurría la fuente de Urd³, la más sabia y anciana de las Nornas, y ellas, día a día cogían agua de la fuente de Urd³ y la vertían en Yggdrasil¹⁷ para mantenerlo floreciente.

El hombre y la mujer fueron creados a partir de los troncos de dos árboles inertes. Odín¹³ les infundió la vida. El dios Hoenir les dotó de alma y

capacidad de juicio. Lodur²⁰ les dio calor y belleza. El hombre fue llamado Ask²¹ y la mujer Embla²², de los cuales descendía la raza humana...

Y bajo el Yggdrasil¹⁷, el árbol del mundo, una Norna¹, tejía... Cuan valioso sería, que ni descansar se permitió, mientras ella misma se asombraba de lo que le sucedería...

Decían que no temían a la muerte, que allá donde iban, les esperaba un reino lleno de hermosas *valkyrjur*²³ que recogerían sus almas heroicas cuando muriesen en la batalla, siendo llevados al *Valhalla*²⁴, el palacio dorado del *Asgard*²⁵. Y de esa forma, *Odín*¹³, el Dios padre, elegiría sus almas formando

parte de su elenco de guerreros para el fin del mundo, el *Ragnarök*²⁶... Y en el fin del ciclo de sus vidas, lucharían a su lado como almas guerreras, como auténticos vikingos...

Angy Skay



CAPÍTULO I

Rygjafylki. Sur de Noruega, 876 d.C

Me desperté sobresaltado, aún no había amanecido y seguía siendo de noche.

Un calor sofocante, extraño en esa época hizo que abriera los ojos asustado. Apenas pude respirar, y me di cuenta que la *hús*¹ estaba llena de humo, no quedaba aire que respirar.

—¡Madre! —grité al no verla por ningún lado.

Intenté ponerme en pie pero una espantosa tos se apoderó de mí. Caí al suelo mareado, y apoyado con las manos y los pies conseguí arrastrarme hasta que me topé con algo muy pesado. Lo toqué intentando apartarlo de mi camino hasta que empezó a moverse y emitió un leve quejido. No era un saco repleto de pieles, era mi madre...

La saqué de nuestra *hús*¹ a duras penas, jadeaba incontrolablemente como si estuviera cansada, sin fuerzas para nada y por lo que vi, no podía respirar, el aire era incapaz de llenar su pecho.

—Madre, responde —le rogué zarandeándola—. Por los dioses... Madre, se lo suplico, conteste —el

humo que había irrita mis ojos, hasta tal punto que ni siquiera era capaz de ver lo que tenía a dos pasos de mí.

—Egil —me llamó sin aliento—, déjame aquí, hijo —no era capaz de seguir hablando, su pecho empezó a moverse con brusquedad— *Freyja*², madre, acéptame en tu seno, deja que las *valkyrjur*³ acojan mi alma, y me lleven hasta el *Valhalla*⁴.

—Madre —conseguí decirle al borde del llanto.

—Los dioses así lo han querido —aseguró tosiendo—. Ellos velarán por ti.

Negué, no quería que así fuera, no podía permitir que se la llevaran, jamás podría vivir con su ausencia.

La cojí en brazos, aparté todo lo que vi en medio y salí de la casa. Ande con ella aún sujeta alejándome todo lo que podía, la apoyé en el suelo intentando que pudiera respirar algo mejor. Miré alrededor, buscando el culpable de todo, pero no pude ver nada. Me pasé las manos por los ojos intentando calmar el malestar que tenía. Dos hombres corrían hacia la linde entre la pradera y el bosque, desapareciendo en la oscuridad de la noche y la frondosidad de los árboles. Desvié la mirada hacia otro lado, y en lo alto de la colina, no muy lejos de donde nos encontramos, un hombre de cabeza rapada, subido a lo alto de un caballo blanco con una gran

mancha oscura sobre su vientre, nos observaba. Algo hizo que me quedara con esa imagen. Había sido él, él era el causante de aquello.

Esa noche, mi madre perdió la vida y parte de mí murió con ella, sobre todo al ver que ni mi padre ni ninguno de sus *húskarls* fueron capaces de llegar a tiempo para salvarla.

*Haustmánadr, finales del solsticio de verano.
Año 886 d.C*

Detuve el caballo junto a la orilla del río, notando cómo su corazón latía frenético, respiraba agitadamente y su pelaje se empapaba, estaba exhausto. Desmonté, dejé las pieles que me abrigan en el suelo, me arrodillé frente al agua para mojar mis manos y

me las llevé a la boca intentando beber un poco. El brillante sol hacía acto de presencia, sus rayos atravesaban las nubes calentándome levemente. Me metí en el río, desanudé la cuerda que sujetaba mi maltrecho chaleco, lo tiré cerca de donde está el *hestr*⁵ y poco a poco fuí deshaciéndome de mi *kirtle*⁶. Estaba sucia, llena de tierra, barro y sangre, así que, lo hundí bajo el líquido dejando que se humedeciera. Moje mi pelo dejando que cayera sobre mis hombros y mi pecho, limpiando los restos que se habían secado.

Salí del *fljótv*⁷, me puse de nuevo la túnica y el resto de ropas las anudé a mi caballo para volver a casa. Me subí en

él de nuevo, le di un leve golpe para que empezara a moverse y caminara más rápido. Los brotes verdes de hierba se dejaban llevar por el aire que nos azotaba y envolvía. La aldea no estaba muy lejos, podía divisarla desde la mitad de la colina, no era muy grande, lo suficiente como para vivir en paz e ir creciendo con el tiempo. Éramos algo más de cuarenta hombres y mujeres, sus *gardr*⁸ eran algo más pequeñas que las del *jarl*⁹, nuestro líder, el *konungr*¹⁰ de nuestras tierras, mi padre: Thorbran Einarrsson.

Llegué al camino central disminuyendo el paso que llevaba el equino, para no dañar a nadie que

podiese cruzarse en nuestro camino. Los guerreros, sus mujeres y los *thraell*¹¹ estaban en el corazón de nuestro *heimr*¹² ocupándose de sus pescas, huertos y telas.

Cerca de este, alrededor del pozo, se encontraba la granja de Steit, la casa de Helga, la *völva*¹³ sagrada que hacía que estuviéramos más cerca de los dioses, la mujer más anciana y sabia de todo el reino. Personas de otras tierras venían a Rygjafylki solo para verla. Tras esta, estaba la de Bror, nuestro *volundr*¹⁴, el artesano con mejores manos de todo Noregr, quien se ocupaba de forjar las armas que luego nos acompañaban en nuestra lucha, a su lado la de Atel, el

*frilaz*¹⁵ que curtía las pieles que nos vestían, el guerrero más sanguinario de todos. Y junto a todo ello, el gran salón, donde nos reuníamos y alimentábamos.

—¡Egil! —Me gritó Göran desde el otro lado del camino.

Este era uno de los mejores hombres que había conocido jamás, aunque era tan testarudo como las cabras. Desde que era pequeño, había sido él quien se ocupó de cuidar de madre y de mí, tomando el lugar que le correspondía a Thorbran.

—¿Dónde has estado, chico?

—Necesitaba estar solo.

—¡Todos tus hermanos han vuelto! Deberías de haberlo hecho tú también

junto a ellos.

Göran tenía razón. Muchos habían ido a la batalla pero jamás habían vuelto, los dioses se los habían llevado consigo para que cuando llegara el *Ragnarök*¹⁶, estuvieran preparados para luchar a su lado. Tras el enfrentamiento de la semana anterior en Hordaland, desaparecí unos días pero él, a pesar de que no debería temer nada, igualmente acababa preocupándose esperando ansioso cada una de mis llegadas. Medio cojeando por una antigua herida mal curada, se acercó a mí molesto.

—Desmonta —me ordenó— ahora mismo. —Estaba más enfadado de lo que creía— Egil Thorbransson, eres un

inconsciente —agarró las riendas del caballo y cuando toqué suelo me dio un fuerte golpe en el cuello que hizo que cayera hacia adelante.

Apreté la mandíbula, y le miré con rabia pero me lo merecía. En ese momento se quedó petrificado sin decir nada, con la vista fija en alguien que se aproximaba a mis espaldas. Una mano desconocida se posó sobre mi hombro, a lo que extrañado me giré y me encontré con Gala, la hermosa hija del *hersir*¹⁷. La *skjaldmö*¹⁸ que aun teniendo apariencia delicada, era una de las mujeres más crueles que existían en los nueve reinos.

—Vaya, mira quien tenemos aquí —

dije despectivamente mientras la miraba de arriba abajo y alzaba levemente el labio a modo de sonrisa.

—Eso de ir a luchar junto al resto ha hecho que te vuelvas un grosero.

—No me vengas con sandeces muchacha —di media vuelta y volví a dirigirme a Göran—. ¿Has visto a padre?

El hombre permaneció observando a la joven de cabellos rojizos, los cuales llevaba trenzados y anudados a la parte trasera de la cabeza dejando el resto libre.

—No, pero supongo que estará con el *hersir*, es tarde, y tus hermanos ya se han reunido.

—Y tú... —dije girándome hacia ella—. ¿Sabes algo?

Cerró los ojos durante unos instantes y al abrirlos hizo una mueca algo molesta. Soltó un bufido, se giró sobre sus pies y se encaminó hacia la senda que llevaba al resto de cabañas, las que estaban algo alejadas del resto. Con un movimiento de cabeza me despedí de Göran, me subí al *hestr* y perseguí a Gala.

—No me has respondido.

—No tengo por qué hacerlo —contestó escueta.

—No importa —sentencié.

Di una vuelta a su alrededor, le guiñé un ojo e hice que el caballo empezara a

trotar yendo cada vez más deprisa, haciendo que las piedras del camino salieran despedidas bajo sus pezuñas marcando la tierra.

Me detuve frente a la gran *gardr* en la que se suponía que debía vivir, aquella que habita padre. Era la más grande de todas, podría vivir una familia entera con más de cinco hijos, en ella podías tener lo que quisieras, cosas que pocos podían llegar a imaginar. Pero a pesar de eso, me negué a estar bajo el mismo techo del hombre que no estuvo con su familia cuando más lo necesitaba, no estaría con aquel que dejó que los dioses se llevaran a madre.

Dejé a Espíritu en la entrada, su

pelaje como la tierra relucía y caía por encima de su morro y lomo, era oscuro como la tierra húmeda de invierno. Le di un par de golpes sobre su fuerte cuello y lo acaricié.

Abrí la puerta, y vi a padre junto a Hammer y Jokull, dos de los hombres más importantes de nuestra *heimr*. Los dos hermanos se ganaron su puesto como *hersirs*, aunque uno de ellos gozaba de más reconocimiento, Hammer, el mayor, el padre de Gala. La mano derecha del líder, había dejado que una frondosa barba rojiza se apoderase de la piel de su rostro igual que su cabello el cuál llevaba trenzado. Me observó durante unos largos segundos, sus ojos verdes

hacían que por un momento titubease, era tan grande y feroz que parecía un gran oso de los que vivían en nuestras tierras. Jokull también posó su mirada en mí receloso, siempre se había sentido así. Sonrió malicioso haciendo que la cicatriz que le cruzaba el rostro se estirase.

—¡*Sonr*¹⁹! —Padre se puso en pie y se aproximó a la entrada con los brazos alzados dispuesto a abrazarme.

—Padre.

—Me dijeron que no habías vuelto junto a nuestros guerreros, fui a ver a Göran, tampoco sabía nada de ti pero por fin estás aquí de nuevo, me tenías preocupado —exageró.

—Necesitaba estar solo, no tengo por qué avisar a nadie.

Volvió a sentarse y me hizo un gesto para que ocupase un lugar junto al banco en el que se encontraban uno de los *hersir*. Hice caso omiso y me quedé de pie.

—Thorbran, deberías controlar mejor a este hijo que tienes —dijo Jokull con su rasgada voz.

Le miré con desdén y gruñí a la vez que le enseñaba los dientes como si fuera un animal, en un intento extraño por intimidarlo, cosa que no sirvió de mucho ya que él era peor que cualquier bestia. Padre clavaba sus ojos en los de él y lo miraba con fiereza, era el único

capaz de hacer que cualquiera se doblegase con una sola mirada.

—No tienes por qué inmiscuirte en nuestros asuntos, ¿entendido?

—Sí, *Jarl* —respondió entre dientes.

—Me marcho.

Salí de la *gardr*, tomé las riendas de Espíritu y bajé andando hacia mi cabaña.

Recordé que cuando no era más que un niño, estuvimos en varios sitios, lugares lejanos a los que no quisiera volver. Toda mi familia murió, entre ellos mi *afi*²⁰ Einarr, quién perdió la vida a manos del antiguo *Jarl* de un poblado a varias jornadas de aquí. A los nueve años llegamos a Rygjafylki. Nos

establecimos en la que ahora es mi
gardr, pero algo ocurrió. Las gentes que
aquí vivían temían, estaban amenazados
por su líder, un sanguinario y egoísta
Jarl llamado Eírik Hjálmarrsson. Había
sembrado el pánico, controlaba todo lo
que ocurría en nuestros caminos, hasta
que se enfrentó a padre, nunca nadie
había osado plantarle cara hasta que él
lo hizo. Retó al *Jarl* a un *holmgang* ²¹,
algo realmente importante. Aquello fue
una bendición de los dioses, llegar
Rygjafylki fue un regalo, una liberación,
algo que los dioses nos habían dado y
que debíamos agradecer. Padre acabó
con Eírik, y con todos aquellos que
quisieron impedirselo, ganándose así el

respeto de todos los que vivían, y vivieron en nuestro *heimr*.

Alcé la vista la cual tenía fija en el suelo y al final del camino pude divisar el enorme cuerpo de Gull, uno de los mejores guerreros que teníamos aunque no era solo eso, desde que llegué habíamos sido como hermanos, siempre juntos. Cuando me acerqué a donde se encontraba, me dio uno de sus abrazos de los que te aplastaban hasta el alma.

—¡*Bróðir* ²²! Estás bien, gracias a los dioses...

—Sí, parece que todo el mundo estaba pendiente de si no había salido vivo de esa batalla... Los dioses aún no me quieren en el *Valhalla*, hermano.

—Eh, es lo que pasa cuando eres Egil, hijo de Thorbran, quien no aparece, tal vez si fuera otro nadie se hubiera percatado.

—No lo merezco.

—¿A dónde vas? —preguntó distrayéndome.

—Estoy cansado, voy a llevar a Espíritu a mi *gardr*.

—Entendido, nos vemos más tarde.

Asentí, me dio una palmada en el hombro y me marché siguiendo mi camino.

Varios golpes en la puerta me despertaron, no pude moverme, era

consciente de todo lo que ocurría pero mi cuerpo no reaccionaba a nada. El aire volvía a escaparse de mis pulmones igual que lo hizo aquella noche.

Apenas podía ver aunque la luz del fuego iluminaba toda la casa, intenté gritar pero ningún sonido salía de mi garganta, necesitaba levantarme y salir, era como si estuviera atado al jergón. Si no escapaba pronto acabaría muriendo. Los pies me pesaban como si se hubieran vuelto de hierro, me costaba moverme, tanto que acabaría exhausto en un desesperado intento de llegar a la puerta. Grité de nuevo, o eso intenté hacer.

El fuego se había extendido por gran

parte de la gardr y no tardaría en alcanzar el montón de pieles que haría que todo ardiera con mucha más fuerza.

—¡Maldición! —Gruñí.

Gracias a los dioses mi voz volvió.

—Hans...

—Conseguí decir llamando al *thraell*.

El humo empezó a hacer estragos en mí, igual que lo hizo la noche en la que la perdí. La puerta se abrió repleta de llamas y tras esta apareció madre, con la cara magullada, manchada de barro y sangre, sin poder detener las lágrimas que descendían por sus mejillas.

—Madre... —murmuré perplejo—. ¿Qué hace aquí? —Empecé a toser sin

control.

—Mi niño... Has crecido mucho, has sabido cuidarte... —dijo apenada.

Asentí sin entender nada de lo que estaba ocurriendo.

—Egil, hijo, debes alertar a tu padre. No tardarán, será antes el solsticio de verano durante el Einmandr, no debes dejar que ataquen Rygjafylki, alguien morirá —posó una de sus manos sobre su pecho y suspiró—. Sé que estás dolido pero no fue culpa suya, los dioses así lo quisieron y me acogieron en su seno, debes de hacer lo correcto.

Noté como mis mejillas se humedecían al igual que lo hacían las suyas, no pude evitar que las lágrimas

empaparan mi rostro. Hacía tanto que no la veía, anhelaba tanto sus abrazos, sus caricias. Un enorme vacío ocupó el remordimiento, el dolor, el miedo a que algo pudiera ocurrirme. El pesar de haberla perdido había estado en mí todos y cada uno de los días de mi vida y lo seguiría estando.

—Lo haré, madre —le aseguré.

—Sé que lo harás, mi pequeño, créeme que me quedo tranquila viendo en qué te has convertido, eres un gran hombre y puedo asegurarte que tendrás una mujer a tu altura junto a ti, pero debes ser cauto con ella. —Dio varios pasos hacia mí y peinó mi pelo con sus dedos, puede notar su presencia pero no

conseguí tocarla—. No te culpes por mi muerte Egil, las *nornas* así lo tenían tejido en su telar.

Un doloroso llanto se escapó de lo más profundo de mí ser desgarrando mi garganta, desatando todo aquello que había estado guardando durante todo el tiempo. Caí de rodillas al suelo y me tapé el rostro con las manos escondiéndome de todo. Noté su mano sobre mi cabeza acariciándome, intentando calmar ese dolor que me iba consumiendo poco a poco como las brasas del fuego. Alcé la mirada y entonces desapareció de donde se encontraba, se agachó a mi lado, posó una de sus manos sobre mi hombro y

besó mi mejilla, pude notar el calor de su dulce alma, el amor que había en ella.

—Madre... No se marche —le suplicó el niño que la perdió años atrás.

—Te echo de menos mi niño, pero siempre estaré junto a ti —dijo a la vez que pasaba su mano sobre mi corazón—. Lo harás bien, estás hecho para ayudar a tu gente, serás un buen líder.

Después de eso, todo se desvaneció, no quedó nada, ni humo, ni fuego, todo se fue con ella. Puse la mano en el mismo lugar en el que la había tenido ella, recordando su gesto y sus palabras.

Me puse en pie, cogí las pieles que me cubrían esa mañana y las sujeté con un broche. Me calcé mis desgastadas

botas y salí de la casa, tenía que llegar lo antes posible y alertar a padre, por lo que desaté a Espíritu y subí a él.

¿Me creería? Las dudas asaltaban mi mente pero ya estaba de camino hacia la guardr de padre, ahora no podía dar media vuelta, debía hacerlo por ella. Llegué rápidamente, desmonté y sin importarme nada, lo dejé ahí. Di varias zancadas con las que subí hasta la casa y abrí la puerta de un golpe. Una de las *thraell* me recibió, tenía los cabellos negros y por alguna extraña razón, no me daba buena espina, nunca antes la había visto por allí.

—Déjame pasar —dije mientras la apartaba hacia un lado. No veía a padre

por ningún sitio, así que, enfurecido la agarré del cuello y la sostuve contra la pared.

—¡Maldita *thraell*, dime dónde está!

—¿Qué es lo que quieres, *sonr*? — preguntó tras mi espalda.

La dejé caer y me giré hacia él.

—Deberías avergonzarte —gruñí, y tras eso lancé un gargajo al suelo—. Hacerle esto a madre...

—No la nombres —dijo enfadado.

—Eres té quién ha mancillado la pureza de su nombre y su hogar —me encaré a él, no le tenía miedo.

—¿Qué es lo que quieres? — Repitió.

Enfadado le conté lo que madre

había venido a decirme, su cara reflejaba el terror que su alma sentía, aunque también, el dolor y anhelo.

—¿Cómo? —preguntó sin acabar de entenderlo.

—Madre nos previene, sabe que algo va a ocurrir.

Acto seguido, sin querer ver lo que estaba ocurriendo en la casa, cerré la puerta dando un buen golpe y me marché.

Algo me sacó de mi profundo sueño; gritos, golpes y diversos ruidos hicieron que acabase por despertarme. No me moví del lecho hasta que Jokull irrumpió

en la estancia.

—¡Arriba! —dijo a la vez que me agarraba del pie y me tiraba al suelo—. Arrópatate y sal. —Me ordenó a la vez que se marchaba.

Cerró los ojos y me miró de arriba abajo lo que hizo que me diera cuenta que tan solo conservaba los pantalones, ¿en qué momento me había deshecho de mis ropajes? Bostecé y me senté dejando que mis pies tocaran la fría madera. Me puse las botas, el *kirtle*, anudé el cinturón que la sujetaba a mi cuerpo y me eché las pieles. Cogí una cinta de cuero y me la coloqué en la cabeza de manera que sujetara mi cabello. Me limpié la cara con un poco

de agua y también el pelo. El vello se iba haciendo notar en mi rostro cada vez más, no quería dejar que este creciera, tendría que deshacerme de él o al final acabaría por parecer Thorbran o Hammer.

Salí de la *gardr*, los rayos del sol que se colaban entre las nubes me deslumbraron, por lo que entorné los ojos. Parecía que había dormido durante toda la noche sin enterarme de nada, ni siquiera cuando seguramente vino Gull a buscarme.

—¿Qué pasa, esos ojos de plata no te dejan ver? —preguntó la muchacha de cabellos rojizos no muy lejos de mi entrada. Me fijé en ella, llevaba el pelo

recogido, algo extraño en una mujer sin emparejar, ya que solían llevarlo suelto. Había dejado algunos mechones sin atar, para que le adornaran el rostro pero lo que no sabía es que no necesitaba nada para ser la mujer más bella de todo Rygjafylki.

—Qué graciosa eres.

—Sí, lo sé —contestó irónica.

—¿Sabes dónde demonios está mi *hestr*? —pregunté molesto.

—Puede ser —respondió dando vueltas a mi alrededor, acechándome como lo haría un *úlfr*²³ vigilando a su presa.

—No estoy para juegos, niña.

Clavó sus verdosos ojos en los míos

y me sacó la lengua provocándome, y lo único que consiguió fue perder el tiempo, algo que yo no haría.

—Preguntaré a alguien que no seas tú —espeté con desdén.

Gull no tardó en aparecer y junto a él iba Svartt, su hermoso corcel negro, supuse que habrían ido a dar una vuelta cerca del arroyo.

—Jokull se ha llevado a Espíritu tras salir de tu cabaña, eso es lo que me han contado, hermano —dijo a la vez que me tendía la mano—. Sube.

Hicimos fuerza los dos y subí a su caballo. Me agarré a la tela que había bajo nuestros cuerpos hasta que el animal empezó a trotar. No muy lejos de

allí nos encontramos a Jokull, llegamos a su altura cortándole el paso para que así no pudiera avanzar.

—¿A dónde te crees que te diriges?

—No oses hablarme así —gruñó—.

El *Jarl* me ha mandado recogerlo.

No entendí qué es lo que pretendía padre, pero no iba a quedar así.

—Gull, ve a hacer lo que tengas pendiente.

—Puedo llevarte.

—No es necesario —dije tajante.

Bajé del animal, empecé a andar intentando ir más rápido de lo que puede ir Jokull con Espíritu, tenía que llegar antes. Padre esperaba mi llegada sentado en las escaleras de su *gardr*. Me

observaba pensativo pero no decía nada hasta que no llegué a su altura.

—Veo que ya te has dado cuenta de que te has quedado sin Espíritu.

—*Hví*²⁴? —pregunté sorprendido—. Espíritu es mío, siempre lo ha sido y siempre lo será, ¡no tienes derecho alguno a venir y robármelo cuando se te antoje!

—No importa cómo puedes ver. De momento te prepararás junto al resto para el asalto del cual tú mismo me advertiste, creo que podemos prescindir de algunos hombres durante unas semanas. Eres mi hijo, sé lo que harás si no te lo quito.

Le hice una reverencia con una

sonrisa maliciosa en los labios. Cuando me alcé de nuevo, di media vuelta y empecé a caminar.

—Está en tus manos, mi *Jarl* — aseguré con sorna.

—Sabes de lo que soy capaz —dijo amenazante.

—Y tú de lo que puedo hacer yo.

No dijo nada más, así que, acabé por marcharme. No estaba de acuerdo con lo que había hecho, pero sería mejor acatarlo y no empeorar la situación por el momento.

—Ve hacia el *vangr*²⁵, te están esperando.

El prado no estaba muy lejos o por lo menos no lo estaría si hubiera ido a

caballo, pero como eso no podía ser, fui andando. Alcé la vista para ver que tenía delante. Gull no se había marchado como le había pedido, sino que me había seguido hasta la casa de padre, me lanzó una sonrisa socarrona intentando compadecerme y volvió a tenderme la mano para que pudiera subir a Svartt. No dijo nada, una sola mirada suya bastaba para decirlo todo.

Con urgencia, zarandó las riendas del animal, haciendo que fuera más rápido. Allí nos esperaban todos con Hammer a la cabeza, quien nos miraba desafiante. Hacía tiempo que no se organizaba algo así.

—Desmontad, y colocaos con el

resto —nos ordenó.

Hicimos lo que nos dijo, nos colocamos junto al resto. El hermoso cabello de Gala brillaba al final de la hilera de guerreros, ¿qué hacía ella allí? Asombrado me acerqué y me agazapé junto a algunos de ellos. Estábamos atentos a lo que nos decía el *hersir*. El olor a hierba me embriagaba y verla a ella en el entrenamiento me distraía haciendo que perdiera la noción del tiempo.

—¡Egil! —Me gritó el *hersir*.

Durante unos segundos quedé en medio de todo, y el resto me observaba sin poder aguantar la risa.

—Acércate.

Salí corriendo en su dirección aunque me detuve justo antes de toparme con alguno de ellos. Estos se repartieron sin orden, Gull se unió a mí para que pudiéramos practicar juntos. Flexioné las rodillas, me coloqué bien la cinta que me sujetaba el cabello, eché las pieles al suelo, (en realidad me deshice de todos los ropajes). Estaba preparado para su ataque, el cual no tardó mucho en llegar. Me envistió con fuerza anteponiendo su cuerpo a la espada, aunque acabó intentando golpearme con ella en el costado sin éxito, ya que detuve su brazo antes de que pudiera articular cualquier movimiento. Le di un empujón y se alejó de mí pero no lo

suficiente como para devolverle el golpe. Después me empujó él, de nuevo, pisé una delgada rama que se escurrió bajo la suela de mi bota y se rompió haciendo que cayera al suelo.

—Maldición... —Gruñó sobre la hierba.

Gull me tendió la mano para que pudiera volver a ponerme en pie, pero cuando estuve a medio camino, me solté y caí de nuevo. Coloqué uno de mis pies entre los suyos y con un golpe seco hice que se desplomara cayendo a mi lado.

—Si yo caigo, tu caes conmigo —le dije a la vez que cogí su antebrazo en señal de paz.

—Y si nos levantamos, que sea a la

vez.

Nos cogimos bien fuerte tirando el uno del otro, y de un salto nos pusimos en pie dándonos un fuerte abrazo. Volvimos a situarnos, esta vez sería yo quien atacase primero, así tendría ventaja. Di dos pasos atrás, flexioné las rodillas, agarré firmemente el hacha con las dos manos y la coloqué verticalmente. Él tenía una posición bastante parecida aunque posicionaba la espada inclinándola hacia atrás. Cuando fui a darle en el costado derecho, vi cómo podía adelantarse a mi movimiento, así que, le golpeé la parte baja de la rodilla con el mango del arma, haciendo que las doblara y cayera

al suelo quedándose arrodillado.

—No mueras tontamente.

—No voy a morir.

—Sí, morirás si yo quiero —aseguré colocando el filo del hacha pegado a su cuello.

La aparté, de un salto se puso en pie, cogió un escudo y vino a por mí decidido. Me coloqué hacia un lado y le golpeé con el filo de la madera. Cuando se dio la vuelta, me atacó, pero conseguí parar el golpe con el mango. De mi cinturón saqué un knífr con la empuñadura recubierta de piel curtida y le hice un pequeño corte en el chaleco y el abdomen, haciendo que de su garganta saliera un gruñido.

—¡Esto no va a quedar así!

Me dio un golpe en la cabeza con el escudo y retrocedí varios pasos, mientras se preparaba para volver a embestirme. Cuando lo hice, lo sujeté por la piel que le vestía, lo que hizo que se moviera conmigo, coloqué la parte baja del hacha alrededor de su cuello y tiré de él, consiguiendo que se cayera.

—Gull y Egil, ¡moveos!

Miramos al *hersir* desafiante, no nos gustaba recibir órdenes y mucho menos de él. Fuimos de un lado a otro, Gull perdía algo de sangre pero era normal ya que la herida no estaba tapada. Cuando volvimos donde estábamos, Hammer se puso frente a mí

impidiéndome el paso.

—Egil, no quiero que vuelvas a hablar con Gala, ni te dirijas así a Jokull.

—¿Por qué?

—No eres nadie para faltarles el respeto.

Apreté la mandíbula sin apartar mi mirada de la suya, cada vez me gustaba menos ese hombre, sobre todo si decía que debía apartarme de Gala.

—No eres más que un niño al que le han dado todo lo que ha querido y más.

Le miré con desdicha enfadado por lo que me decía, aunque no tenía razón y eso era lo que más me molestaba.

—Nunca lo he sido —contesté entre

dientes—. Desde la muerte de madre...

—Me da igual Astrid, tienes que dejar de excusarte tras ella, tienes que dejar que se vaya igual que lo ha hecho tu padre, ¿o acaso no viste la compañía que tenía el otro día?

Cerré las manos sujetando con fuerza el hacha. Le di un buen golpe con el puño en la mandíbula y luego con la empuñadura del hacha, no iba a dejar que siguiera hablando así de mis padres.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó a la vez que se limpiaba la sangre que le salía del labio.

—Crees que tienes poder sobre todo y todos, pero no es así y no voy a consentir que siquiera mientes a madre.

—¿No?

—¡No! —grité a la vez que me abalancé sobre él, aunque acabó esquivándome.

Le golpeé con la parte del hacha que no tenía filo haciendo que retrocediera hacia atrás. El siguiente golpe fue hacia su pierna, esta vez hiriéndole y otro en el hombro, provocando que se desequilibrase y cayese al suelo. Se puso en pie con algo de dificultad, agarró bien el arma y volvió al ataque, lo esquivé. Esta vez me tocó a mí, arremetí contra él, pero detuvo alguno de mis golpes con bastante facilidad.

Era tan sencillo como saber cuándo había que mover los pies, íbamos lentos,

desafiándonos mutuamente y de repente, dio dos golpes, primero en la parte baja y después en la superior, pero tras ellos, uno se me escapó y la espada hizo un corte en mi mejilla. Di una vuelta y le corté en el costado, el dolor se prendió de él de tal manera que hizo que soltase un rugido gutural, como el de una bestia. La sangre empapa su rasgado chaleco, descendiendo por su cintura y acabó humedeciendo la tela del pantalón. Le di un leve golpe en el hombro que hizo que cayera hacia atrás sin poder aguantarse, empapando la hierba. Puse la hoja de mi hacha en su cuello, noté como mi respiración estaba agitada, mi corazón latía con fuerza y necesité más, pero

terminar con lo que había sucedido no sería correcto.

—Gull, trae agua y tela —le ordené.

—No hace falta —dijo Hammer resignado mientras empezaba a moverse. Cuando ya estuvo en pie me agarró por la nuca y pegó su frente a la mía—. Esto no quedará así —gruñó.

—Claro que sí.

Me miró desafiante con el ceño fruncido, tenía el rostro manchado de sangre y sudor. Se limpió con el puño del *kirtle*, pasándoselo por toda la cara.

—Padre —dijo Gala detrás de él.

Hammer no contestó, se acercó un paso más y con un movimiento, sacó un *knífr* y sin que pudiera hacer nada, me

hizo un corte desde la parte superior del hombro hasta la mitad del pecho. No era muy profundo, pero lo suficiente como para que sangrase. Aguanté el dolor como pude apretando la mandíbula.

—Marchémonos.

No aparté la mirada de él, seguí pendiente de lo que hacía. Le empujé haciendo que tropezara y gracias a que Gala estaba a su lado, no cayó.

¹Hús – Casa, salón grande.



²Freyja – diosa de la mitología nórdica del amor, la guerra, la belleza y la fertilidad.

³Valkyrjur – deidades femeninas menores que servían

a Odín bajo el mando de Freyja Húskarl - Guardia del Jarl

⁴Valhalla – majestuoso y enorme salón ubicado en el reino de Asgard.

⁵Hestr – Caballo.

⁶Kirtle –Túnica.

⁷Fljótv – Río.

⁸Gardr – Casa.

⁹Jarl –Líder.

¹⁰Konungr – Rey.

¹¹Thraell – Eslavo.

¹²Heimr– Tierra/Patria/Hogar.

¹³Völva – Sacerdotisa que practicaba magia *seiðr*.

¹⁴Volundr – Forjador.

¹⁵Frilaz – Artesano.

¹⁶Ragnarök – Es la batalla del fin del mundo.

¹⁷Hersir– Mano derecha del Jarl.

¹⁸Skjaldmö – Escudera.

¹⁹Sonr – Hijo.

²⁰Afi – Abuelo.

²¹Holmgang – Duelo ²²Bróðir – Hermano

²³Úlfr – Lobo.

²⁴Hví? – ¿Por qué?

²⁵Vangr – Prado/Pradera.

²⁶Knífr – Cuchillo

CAPÍTULO II

Aún llevaba la cara manchada de sangre, de Hammer y mía. Antes de entrar al gran salón, saqué algo de agua del pozo para limpiarla. El salón era nuestro *heimr*, el sitio más grande de todo el poblado, donde nos reuníamos y donde se llevaban a cabo las *thing*.

A ambos lados del gran portón había unas grandes antorchas que empezaban a iluminar el lugar, varias mesas se repartían alrededor de una gran hoguera

que rugía en el centro del salón. En la parte más lejana, había una gran mesa principal, la cuál ocupaba el *Jarl* junto a sus *hersir*, a pesar de que ahí debería de estar madre acompañándole. Junto a esta mesa había dos grandes lumbres.

Toda la gente del pueblo empezaba a entrar, entre ellos Göran y su maravillosa *húsfreyja* Hanna, la mujer que se ocupaba de asar los animales que le traíamos. Nada más verles les abracé con fuerza. Desde la pérdida de Astrid, siempre estuvieron cuidando de mí como si de su *sonr* Einarr, se tratara.

—Egil —dijo la mujer, alegre.

—Hanna —contesté a la vez que me abracé a ella.

—Va a ser una gran cena, lo presiento.

—Estoy seguro de ello.

Hay quien decía que años atrás, cuando estuvo a punto de morir tras dar a luz a Einarr, los dioses y Helga, la *völva*, hicieron que Hanna tuviera una sensibilidad especial para presentir ciertas cosas.

Tras hablar con ellos, dejé que se marcharan mientras el resto iba entrando. Mientras tanto, fui hacia el final del salón, y me senté frente a la gran mesa de padre. Me gustaba poder observarlo todo y tener controlada la situación. Miré su silla, y la de madre, cuando no era más que un niño siempre

estaba junto a él clamando su atención, le veía como un salvador, como a un enviado de los dioses, pero al final acabó traicionándonos.

Busqué a Gull con la mirada, pero no lo encontré. Carón otro de los jóvenes guerreros de Rygjafylki apareció con una amplia sonrisa en los labios y se sentó frente a mí. Aun teniendo la misma edad que Gull y yo, Carón siempre fue el más menudo, el más rápido de todos.

—¿Qué te trae por aquí?

—He visto que estabas solo y he pasado a saludarte.

—¿Dónde has estado? —Le pregunté mientras cogía la bebida que me estaba tendiendo un *thraell*.

—Padre requería de mi ayuda con los animales —dijo haciendo una mueca—. No todos tenemos la suerte de tener a alguien que lo hace por nosotros —contestó con algo de desdén, ya que padre me cedió a Hans, un *thraell* que trajo en la última expedición.

—Bueno...

Me quedé mirando fijamente la madera de la mesa y a la bebida. Hasta que algo distrajo mi atención. Alcé la mirada y vi como Carón se marchaba sin decir nada, dejando que ella ocupara su lugar, Gala. Pasó sus manos por su rojizo cabello, me recordaba a los rayos del sol que se colaban entre las nubes durante el *Solmandr*²⁹. Parecía una

guerrera salvaje, tenía algo distinto a todo, algo que la hacía irresistible a la vez que delicada, como si fuera una hermosa *valkyrja*, de las que hablan las leyendas con los cabellos de fuego, una unión perfecta entre un ser tan bello como letal. Observé los ropajes con los que vestía, cómo el cuero realzaba su pecho ciñéndose a todo su cuerpo envolviendo su contorneada cintura. Como una ola atronadora en un mar movido por una tormenta, su mano chocó contra mi mejilla, haciendo que esta ardiera.

—¿Qué piensas que estás haciendo?

Alcé la vista, y me di cuenta de a qué se estaba refiriendo.

—La culpa la tienes tú, mujer.

La cena transcurrió con normalidad, aunque algo en mí no iba bien. No debería de haber mirado así a Gala, pero es que era impensable no querer deleitarse con esa mujer, con el semblante de una hermosa Diosa bajada desde el mismísimo *Asgard* para hacer que cientos de guerreros perdieran la cabeza y la vida por ella. Sus ojos verdes me observaban con detenimiento, intentaba no toparme con ellos. Desvié la vista hasta el final del salón, hablando con mis hermanos, pero nada hizo que dejase de escuchar el ruido atroz que provocaba en mí. Se puso en pie y se encaminó hacia la salida. Sin decir

nada, me marché, saliendo detrás de ella.

—Espera —grité.

Pero, no hizo caso a lo que le decía, seguía caminando cada vez más deprisa. Cuando llegó frente a mi *gardr*, se detuvo junto a Espíritu, acariciándole el morro y el pelo, lo que hizo que quedara perplejo, fue lo más bonito que había visto en toda mi vida.

—Gala... —La llamé—. No debería de haber mirado así algo que no me pertenece.

—Lo olvidaré si haces algo por mí.

—Te escucho —no me fiaba de ella, siempre había algo malicioso que me hacía sospechar.

Se acercó a mí, quedándose casi pegada a mi cuerpo, tanto que si no fuera porque era ella, la habría cogido en brazos y la hubiera hecho totalmente mía. Humedeció sus labios con la lengua, haciendo que mi corazón latiera frenético, desesperado por sentirla.

—Mañana irás al bosque, traerás madera para las hogueras, el gran tronco para el solsticio de invierno, cepillarás a los animales y cazarás para los guerreros.

—Por los dioses, Gala, ¿es que has perdido el sentido? —pregunté.

—No, claro que no, ¿acaso quieres que el *hersir* sepa que has estado observando a su hija como si no fueras

más que un *hundr*? —comentó haciéndose la víctima.

Si no conseguía lo que se proponía, podría montarse un buen revuelo, que no acabaría nada bien.

—Acepto.

—Bien hecho —dijo mientras me pasaba las manos por el pelo, como si fuera un *hundr*. —Es lo único que podías hacer —sonrió maliciosa—. Que los dioses cuiden de ti, Egil. Nos vemos mañana, cuando Sól, saque a pasear a Arvak y Alsvid.

Me desperté al amanecer. Los primeros rayos de sol traspasaban los

frondosos árboles, y se colaban en mi *gardr*. Me puse en pie echando las pieles que cubrían el jergón a un lado. Me mojé la cara y los cabellos limpiándolos y desenredándolos.

Miré por la abertura que daba a la parte trasera de la casa. Hans se había levantado antes que yo, ocupándose de alimentar a los animales. Tenía suerte de poder contar con un *thraell* tan leal como él, dejando que se ocupara de las necesidades de la granja mientras yo me ocupaba de otros quehaceres. Hans llegó cuatro años antes tras la vuelta de padre de la expedición en los mares del norte.

—Hans —le llamé.

Este se dio la vuelta. Con un gesto le

indiqué que entrara en el interior de la gardr, mientras cogí mi *kirtle* y me vestí.

—¿Necesita algo, *drottinn*?

—Quiero que te ocupes de la casa y de Espíritu, no quiero que dejes todo por medio.

—Sí, *drottinn*.

Me eché las pieles por encima, cubriendo el *kirtle* y el cuero que lo recubría. Cogí mi *knífr*, y mi hacha, la más grade de todas, dos pequeñas que siempre colgaban de mi cinto, y una cuerda. Estaba a punto de salir, cuando Hans vuelve a hablar.

—Qué los dioses le protejan, *drottinn*.

Asentí sin decir nada más, al igual

que hizo él antes de volver a sus tareas. Al salir me encontré con Gala, quien esperaba sobre su *hestr*, la hermosa Regn, un hermoso caballo negro como la noche de largos cabellos. No debería llevarla, no era necesario, no estábamos tan lejos del lugar al que nos dirigíamos, pero siempre le gustaba sentir esa superioridad.

—Venga —Me ordenó.

—¿Venga qué? —pregunté como si no supiera de lo que me estaba hablando.

—*Hvat*³²? —contestó molesta—. ¿Es que Loki ha hecho que pierdas tu memoria? ¿O es que bebiste demasiado anoche?

—No, claro que no.

—Más te vale moverte e ir haciendo lo que te dije, porque voy a estar vigilándote —cogió una rama de los árboles que había junto a ella.

Antes de que pudiera apartarme me golpeó en la espalda con ella, como si no fuera más que un simple animal. Apreté los dientes, di un paso hacia adelante y me coloqué frente a Regn.

—Cómo gustes —le hice una reverencia con una sonrisa en los labios burlándome de ella.

Me dolía la espalda, era tan fina y flexible que hizo como si fuera un látigo, creando un punzante dolor que atravesó mi cuerpo. Andamos hasta la linde entre

la pradera y el inicio del bosque, ninguno dijimos nada durante el camino. El uno esperábamos que fuese el otro quien hablara, o por lo menos eso esperaba yo. Nada más llegar, volvió a golpearme esta vez en el hombro, solo que no lo hizo para herirme, sino para llamar mi atención.

—Ve, yo esperaré aquí.

Asentí sin decir nada. Me adentré en el bosque y busqué los árboles adecuados para que ardieran lo suficiente como para no tener que alimentar el fuego constantemente. Cuando los corté y partí por la mitad para poder llevarlos, pasé la cuerda por debajo del montón, anudándolos. Tras

ese, hice dos más para que Gala no pudiera quejarse. Los fui arrastrando uno a uno, ya que pesaban demasiado como para llevarlos todos de una sola vez.

Desde la lejanía pude ver como la muchacha cepillaba su *hestr*, junto a ella estaban dos de nuestros guerreros, Björn y Janson. Hablaban con ella, lo que hizo que mi curiosidad aumentara a cada paso que daba. Al llegar a la linde, Janson vino a por el primero de los troncos.

—*Heill*³³, Egil. —Me saludó.

—Sujeta esto —dije sin más.

Dejé que la cuerda cayera al suelo mientras se acercaba, di media vuelta y

volví a por el otro, hasta que tan solo quedó el último de ellos.

Cuando estaba a punto de llegar a la primera hilera de árboles escuché como el fuerte rugido de una bestia resonaba en el bosque. Di media vuelta, solté el tronco y las pieles que me cubrían. Busqué de donde venía el alarido. ¿Cómo no pude no haberlo visto antes? Escuchaba como corría entre los árboles, el animal estaba furioso, gruñía con fiereza, tanta que incluso temía por lo que pudiera llegar a ocurrir.

—*Heill*, Odín —saludé al padre de todos—. Padre, ayúdame.

Un terrible escalofrío recorrió mi cuerpo. Se aproximaba a mucha velocidad, aunque corriera todo lo posible no lograría escapar de él, por lo que intenté alejarle de nuestro *heimr*. Me subí sobre una gran roca, vi como un temible *grábjörn*³⁴ corría detrás de mí, como quería. En la lejanía divisé una roca aún mayor de lo que era en la que estaba subido. Al llegar flexioné las rodillas preparándome para su ataque, sujetaba el hacha con fuerza, y no dejaba de gritar, intentando amedrentarle.

Se acercaba muy rápido, tanto que tan solo estaba a unos pasos de mí. Saqué una de las pequeñas hachas que siempre colgaban de mi cinturón y se la

lancé haciendo que se le clavara en el pecho al apoyarse sobre las patas traseras. De un zarpazo me hirió en el brazo derecho, y mi hacha cayó al suelo. Saqué un *knífr*, se lo clavé en el cuello varias veces hasta que fue él, quien me golpeó con su zarpa de nuevo, rasgándome el cuero que protegía mi pecho. Caí de espaldas, apenas podía hacer nada, solo moverme por el suelo arrastrándome, intentando huir de él. Sujeté el hacha con fuerza, toda aquella que aún conservaba. Empecé a acometer contra el animal tantas veces como pude, pero entonces, cayó desplomado encima de mí apresándome. El animal apenas respiraba, yo tampoco conseguía

hacerlo. Lo moví un poco intentando liberar mi mano derecha, para hacer algo de impulso. La sangre del *grábjörn* caía sobre mi rostro empapando mis ropajes y tiñendo mi pelo. Saqué el hacha que aún permanecía clavada en la herida. Pude quitármelo de encima, y al hacerlo me arrodillé a su lado.

—Odín, padre de todos, Dios de la sabiduría, la guerra y la muerte. Desde el *Valaskjálf*³⁵ me miras. Padre, yo, Egil Thorbransson, te ofrezco este sacrificio—dije mirando al cielo, y con dos golpes, le corté el cuello al animal—. Este oso y su sangre, son tuyos.

Limpié la sangre que había caído sobre mi cara, hasta que quedó casi

limpia, entonces, mojé dos de mis dedos en la que salía del oso, e hice dos rayas desde el nacimiento de mi pelo hasta el cuello.

Dejé el arma en el suelo, no podía dejar de toser a causa de la presión que me había hecho en el pecho. La tela del *kirtle* se pegaba a mi cuerpo como si fuera una segunda piel. Cogí aire como pude, me pasé las manos por la cara y miré al animal.

Me senté sobre la hierba, notando como el líquido se deslizaba por todo mi rostro. Tosí de nuevo y la sangre salía de mi interior con cada acometida. Cogí el hacha, colgando la pequeña de mi cinto y la grande sujetándola con la

mano. Llevé el tronco hasta donde estaban el resto. Nada más verme se quedaron sorprendidos sin entender que era lo que había ocurrido ahí dentro.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Gala preocupada.

—Estaba llegando aquí cuando vi un oso —conseguí contestar entre bocanadas.

—*Hvar*³⁶?

La muchacha dejó ir un bufido, miró a los demás haciéndoles una señal para que me acompañaran a por el *grábjörn*.

—Vamos —les dije a Björn y Janson.

—Yo iré a por alguien que baje lo que has cortado —nos dijo ella.

Asentimos los tres, y le di las gracias con la mirada. Los dos jóvenes y yo fuimos a por el animal, para poder bajarlo al pueblo.

Bajamos al oso a cuestas, Gala y los troncos ya no estaban, pero lo más seguro es que ya hubiera subido alguien a por ellos. Al bajar de la *vangr* todos nos observaban perplejos y asombrados, algunos incluso llegaban a vitorearnos.

Frente a la casa del *völundr*, Bror, estaba Gull hablando con la hija de este, Linna y Carón al otro lado del camino, sentado sobre una roca mientras afilaba una larga rama, dándole forma de punta en uno de sus extremos, como si fuera una lanza.

—Carón, ayúdanos —le pedí.

Este asintió dejando la rama en el suelo y guardándose el *knífr* en la funda que colgaba de su pantalón.

—¿Y este oso? —preguntó.

—Venía hacia aquí —dije sin darle mucha importancia.

Carón se puso a mi lado, agarrando al animal por la parte delantera, dejando a Janson y Björn con la trasera. Gull, sin percatarse de que estábamos ahí, seguía hablando con Linna.

—¡Deja a la mujer tranquila! —grité desde donde nos encontrábamos.

Dio media vuelta para mirarme, cuando lo hizo abrió tanto los ojos como le era posible. Tras eso se volvió hacia

la joven para sonreírle y marcharse.

—Bueno, parece que necesitan mi ayuda.

Besó su mejilla, y vino hacia nosotros. Fue en ese momento en el que me di cuenta de su gran estatura y de lo mucho que pesaba. Demasiado como para haberlo tenido sobre mí, si hubiera estado más tiempo con él encima habría acabado perdiendo la vida. Nos detuvimos frente a la *gardr* de Atel, él se encargaría de trocear la carne, limpiar el pelaje y curtir su piel para que pudiera vestirla.

—Atel, despelléjalo, pero el pelo para mí, ¿entendido?

El hombre asintió repetidamente

asombrado por el tamaño del animal, y tras eso nos hizo una señal para que lo dejáramos sobre una de las mesas que había detrás de él. Esta no tardó en ceder y sus patas terminaron por partirse, haciendo que cayera al suelo.

—Vaya... —espetó Gull.

El hombre se pasó las manos por el cabello y por el cuello, quitando el sudor que le recorría el rostro, se agachó al lado del oso.

—Bien, será mejor que lo dejemos en el suelo, a ver si de ahí no pasa...

—Traeré otra.

Me senté en uno de los asientos de madera, el resto se marcharon a continuar con sus tareas, por llamarlo de

algún modo, ya que Gull lo más seguro es que siguiera hablando con Linna y Carón volviera a afilar la vara.

—Así que, esto —dijo tocando el animal con un *knífr* algo más grande de lo normal—, lo has matado tú, ¿eh?

Ladeó la cabeza y me miró.

—Así es.

Se puso en pie, pasó por detrás de mí y empezó a rebuscar algo.

—Siempre supe que serías un gran hombre, como tu padre.

—Supongo que tengo a los dioses de mi parte.

Me giré hacia él para ver qué era lo que hacía. Sujetaba un cuchillo aún mayor de lo que era el *knífr*, y empezó a

afilarlo. El sonido del metal llenó el salón, dos minutos después se arrodilló de nuevo y se quedó mirándome.

—¿Me echas una mano?

—Claro —cogí mi hacha descolgándola del cinto y esperé a que me dijera que era lo que debía hacer.

El animal estaba boca arriba, por lo que Atel optó por hacerle un corte en el centro del pecho, y la sangre empezó a brotar del cuerpo muerto de la bestia. Cogió un cuenco, una tela y fue recogiendo el líquido que caía, hasta que lo puso bajo su cuello para que no se derramara por el suelo.

—Corta ahí y empieza a vaciarlo.

Hice lo que me pedía, le clavé el

hacha en la parte central repasando el corte que había hecho él antes, acabando de rasgar la carne del animal. Cuando llegué al final, el cuerpo se abrió dejando casi al descubierto sus huesos. Hurgué entre sus costillas sacándolo todo en el cuenco de madera, hasta que me tocó sacarle el corazón, el cual aún estaba caliente, parecía que hubiera dejado de latir en mis manos. Tras eso tocó sacarle las costillas, me puse en pie buscando algo con lo que partirlas, pero no encontré nada. Empecé a golpear los huesos con fuerza con el borde del hacha, hasta que tras un buen rato, acabaron por quebrarse. Fui sacándolos uno a uno, mientras veía como Atel

cortaba una de las patas. Me quedé impresionado al ver con qué facilidad había desmembrado al animal. Se colocó a mi lado, y de un leve empujón me apartó para así poder cortarle el otro.

—Estará mejor así.

Nadie mejor que él sabía lo que debía hacer. Imitó el gesto que había tenido con las extremidades superiores y se deshizo de las inferiores. Sacó parte de sus entrañas y las dejó en el cuenco que había usado yo. También fue cortando en trozos grandes y pesados la carne, para que así fuese más sencillo de asar, aunque de eso ya se encargarán las mujeres junto a Hanna.

Me senté de nuevo y dejé que hiciera su trabajo. Desde que era joven se dedicaba a ello, así que, nadie mejor que él para que supiera qué hacer. Lo observaba con curiosidad, era realmente interesante ver cómo iba cortando cada una de las partes del animal. Aquella noche ofreceríamos a los dioses aquella vida, agradeceríamos que nos dejaran alimentarnos con tales carnes, y que cuidaran de nosotros con su fuego. Estaba seguro que durante la noche, los guerreros devorarían el animal como si de lobos hambrientos se tratara.

Sonreí ante la idea de ver a todos ansiosos por probar el *grábjörn* que yo mismo había cazado y que iba a

compartir con ellos. Si no hubiera subido a por la maldita madera para Gala, no me habría topado con él. En aquel momento estuve completamente seguro de que ella sabía que estaba ahí, esa astuta muchacha con cara de *valkyrja* y la mente de Loki había intentado acabar conmigo, pero no iba a quedar así.

—Volveré en un rato.

Me dirigí hacia las cuadras, estaría allí junto a su yegua, nunca se separaba de ella ni un solo instante. Abrí la puerta con todo el sigilo que pude tener, y ahí estaba.

—Vaya.

Me miró, aunque permaneció callada

pendiente de todo lo que hacía o decía. Dejó el cepillo sobre una silla y se aproximó hacia mí. Fui avanzando hasta que me topé con ella, parecía más que una simple mortal. Nunca dejé de pensar que era una diosa enviada del Asgard, con ojos verdes como la hierba y cabello salvaje e indomable, como ella. Dio dos pequeños pasos hacia delante haciendo que lo poco que nos separaba fuese aún más insignificante. Me observaba con arrogancia y superioridad, lo que hacía que no pudiese evitar que una media sonrisa se esbozara en mis labios.

—Te dije que debías cepillar todos y cada uno de los *hestr* del pueblo y veo

que no lo has hecho.

—Ni lo haré —contesté con sorna, burlándome de ella—. No tengo por qué hacerlo.

—Se lo contaré a mi padre.

—¿No recuerdas lo que ocurrió en el *vangr*?

Dejó ir un soplido, se dio media vuelta y fue hacia donde estaba junto a su yegua.

—¿Es que tienes miedo? —pregunté persiguiéndola.

—Yo no le temo a nada.

—¿No? —dije extrañado, intentando enfadarla.

—¡Claro que no! —gruñó.

—Demuéstralo —le reté.

Se dio media vuelta para así poder observar mejor mis movimientos, los cuales eran escasos en ese momento ya que solo la contemplaba. ¡Gozosos los dioses que podían observarla a todas horas!

Sin que apenas pudiera darme cuenta de ello, sacó una daga algo más pequeña que un *knífr* de dentro de sus botas y se lanzó sobre mí. Se movía como un *kottr*³⁷, ágil y feroz, pero también bella y letal como ninguna. Soltó un grito, indicando que me atacaría de nuevo. El primer golpe lo detuve con el brazo, era fácil adelantarme a sus pasos, ya que a pesar de ser una gran guerrera, nunca sería mejor que yo. Mientras esquivaba

otro, me propinó un fuerte golpe en el lado contrario sobre mi mejilla, dejando un fulgor similar al que había sentido la noche anterior. Dos golpes más que no concluyeron en nada, sonreí victorioso, pero entonces, tropecé con algo haciendo que cayera al suelo. ¿Qué había ocurrido? La joven rio, ya que había sido una de sus piernas lo que había hecho que cayera hacia atrás. De un salto me puse en pie, no le iba a poner una mano encima, nunca a una mujer y menos a ella. Entonces, no pude evitar reírme al ver lo que estaba pasando. Cuando intentó clavarme la daga, la sujeté por las muñecas e hice que diera varios pasos hacia atrás, hasta

que su espalda tocó una de las paredes del establo.

Tenía las manos sujetas con una de las mías, le quité el *knífr* y lo tiré al suelo lo más alejado posible. Estaba enfadada, su respiración se había vuelto agitada, había ido aumentando a lo largo de la pelea, si es que podía llamársele así. Se movía, incansablemente de un lado a otro, intentando liberarse de mis manos. Al ver que no podía, clavó sus ojos en los míos. Me acerqué a ella, dejando que nuestros rostros estuvieran muy cerca, pero para poder hablarle deslicé mi boca por su suave piel, hasta pegarla a su oreja.

—¿Te rindes? —Le pregunté

pegando mi cuerpo completamente al suyo.

Con un leve movimiento de cabeza dijo que no, preparada para atacar de nuevo. Cuando estaba a punto de alzar una de sus rodillas para así poder golpearme, coloqué una de las mías entre las suyas impidiendo que se moviera. Sus mejillas se enrojecieron y empezó a temblar, no de miedo ni rabia, sino de deseo.

—Parece que sí, te rindes —susurré.

Como respuesta sacó la lengua, lamiéndome la oreja y dándome un leve mordisco. Lo que hizo que un escalofrío me recorriera de arriba abajo, erizando mi bello y dejando una extraña

sensación creando un deseo irrefrenable por poseerla que al final haría que acabara perdiendo la cabeza. Volví a colocarme en la posición inicial, y uniendo nuestros labios en un hambriento y poderoso beso, que la dejó aturdida, pero no lo suficiente como para no poder devolvérmelo. Me besó con pasión, uniéndonos más aún de lo que ya lo estábamos.

Tras este último beso, me separé de ella y me marché, con una sonrisa victoriosa en los labios, satisfecho de cómo había acabado nuestro encuentro.

Al volver a la *gardr* de Atel, me lo

encontré con la piel casi preparada, tan solo faltaba curtirla, para que así no se pudriera con el paso del tiempo y acabara de secarse, aunque para tenerla aún tendría que esperar un tiempo, tal vez más de lo que pensaba. Agarré el asiento en el que estaba antes y me senté a su lado mientras observaba como trabajaba.

—¿Dónde has estado? —preguntó.

—Digamos que deshaciéndome de unos asuntos que aún no estaban del todo... Resueltos.

—Espero que se hayan arreglado.

—Sí.

Göran entró en la *gardr* sonriente. Vino hacia dónde nos encontrábamos,

cogió uno de los asientos y se colocó a mi lado.

—¿Qué ocurre? —Le pregunté en el mismo instante en el que pasó sus manos por mi espalda.

—Tu padre quiere verte, se ha enterado de lo que has hecho con esta bestia, está orgulloso de ti.

Asentí sin ganas, sopló tratando de hacer desaparecer el desazón que tenía dentro. No dije nada, permanecí en silencio mirando como el hombre seguía haciendo su trabajo, rasgando la poca carne que aún quedaba. En cambio, Göran aprovechó para hablar con él.

—¿Han dicho cuando saldrán los hombres al bosque?

—No, aún no, por lo menos a mí no me han avisado de nada, pero supongo que se lo dirán a él —contestó señalándome.

—Göran —le llamé— cuando fuiste, ¿con quién estaba padre?

—Solo estaba Hammer y una de las esclavas que le sirven. Este primero tenía pinta de estar muy molesto —hizo una pausa, me miró y prosiguió—. ¿Ha ocurrido algo?

—Sí —dije fijando la vista en el suelo—. Tuvimos un malentendido. Alguien debía detenerle.

Ambos asintieron, aprobando el hecho de que hubiera desafiado a la mano derecha de padre. Ninguno antes

había sido capaz de hacerlo, o de llegar enfrentarse a él. Hammer siempre fue un hombre duro, demasiado incluso, impertinente y altivo. Reí, recordando nuestro pequeño enfrentamiento.

—Deberías ir a hablar con tu padre, muchacho. —Me aconsejó Göran.

—Me marchó, pues.

Atravesé el centro del pueblo cruzándome con algunas de las gentes que allí vivían, incluyendo los *thraell* que les ayudan, ocupándose de abastecer de alimentos con los que dar de comer a las familias, cuidar de los animales e incluso tejiendo o cocinando. Me

encaminé hacia la parte alta de la aldea, recorriendo el sendero que llevaba hasta la *gardr* de padre, pasando frente a la mía.

Me pasé las manos por el pelo, lo sujeté con una de las cintas de cuero que colgaban de mi cinto y lo anudé haciendo que quedara bien amarrado. Miré hacia los lados, era como si todos hubieran desaparecido, pero entonces, me percaté de que lo más seguro es que estuvieran en el *vangr* junto al resto.

Al llegar a la cabaña del *Jarl*, di dos golpes en la puerta abriéndola. Al hacerlo me encontré con Hammer sentado junto a padre, conversando sobre algo de lo que parecía que no

querían que me enterara, ya que cuando me vieron se callaron.

—Hijo, adelante —dijo poniéndose en pie—, siéntate. —Me hizo un gesto para que me acomodara en el asiento que había frente al suyo—. Me han contado como has acabado con ese *grábjörn*, y que no era precisamente pequeño, esta noche tendremos un gran banquete gracias a ti y a la bendición de los dioses.

Antes de decir nada más, me senté donde me había pedido que lo hiciera delante de ellos.

—Cómo ya te han contado, había un gran oso —comenté, haciendo una pausa—. Lo que me temo es que quién me

envió allí, sabía que estaba por la zona.

—¿Quién te envió? —preguntó Hammer.

—Su hija, *hersir* —dije con una sonrisa.

—¿Por qué mi hija habría pedido que fueses tú al bosque? —preguntó extrañado, haciendo el hincapié en el “tú”—. Para algo está Horik —aseguró refiriéndose a uno de los *thraell* que vivía con ellos.

—Necesitaba madera, supongo que quien vive en vuestra *gardr* no es capaz de traerla —le contesté altivo—. Es más, no podía ir ella por lo que en un acto de bondad me ofrecí a hacerlo yo mismo.

—Entiendo... —Pensó en lo que le había dicho—. ¿Dices que Gala sabía que había osos en el territorio, y te hizo ir para que te atacaran?

—Así es señor, es más perspicaz de lo que cree.

—Hablemos de otro asunto —contestó padre alzando la voz—, también ha llegado a mis oídos que ayer hubo un *holmgang* entre vosotros —hizo una mueca y frunció el ceño—. ¿Creéis que es normal que mi hijo y el mejor de mis hombres se comporten de esa manera?

—Tiene razón, padre, pero en mi defensa diré que no podía permitir que mancillara el nombre de madre.

—Eso nadie lo ha hecho —contestó el *hersir*, tratándome de embustero.

Me puse en pie retándole a que hiciera lo mismo, y siendo tan predecible como su hija, lo haría antes de que me diese tiempo de decir nada. Hammer se puso en pie y desafiante fijó sus ojos en los míos.

—*Ragr* —dije entre dientes—. No permitiré que vuelvas a hacer algo así. Hazlo de nuevo, y no dejaré que te marches con vida.

No dijo nada, tan solo gruñía como una bestia. Dejé ir una sonora carcajada, entonces vi como padre dio un fuerte golpe en la mesa haciéndonos sentar a ambos.

—Qué no vuelva a ocurrir, ¿entendido? —preguntó amenazante—. ¿Cuándo dijo madre que sería la emboscada?

—Durante *Einmandr*³⁸.

—Bien, dentro de unas cuantas lunas marcharéis a Agden a buscar posibles captores.

Asentí sin hacer preguntas, aunque algunas de ellas golpearan mi mente como un martilleo espeluznante y molesto. Había cosas que no entendía, pero que en algún momento llegaría a comprender antes de nuestra marcha.

—Ya puedes marcharte, será mejor que vuelvas junto a tus hermanos.

Me puse en pie viendo como padre

hacía lo mismo, estiró el brazo a la espera de que le correspondiera, por lo que lo hice, agarrándole del antebrazo a modo de despedida.

Tras salir de allí e ir hacia mi *gardr*, me marché hacia el *vangr*. Desde la lejanía pude ver como mis hermanos, aquellos que me ayudaron con el oso y algunos más como lo son Birgin, Elof, Ubbe y Olaf. Sin ellos no habríamos sido lo suficientemente fuertes como para poder defender nuestro *heimr* en las emboscadas de algunos pueblos cercanos que querían hacerse con nuestras tierras.

—¿Dónde has estado? Deberías de haber estado aquí junto al resto —dijo Jokull con su rasgada voz.

—Al contrario que tú, yo esta mañana he estado de caza y he tenido que reunirme con el *Jarl* —contesté cansado de que pensarán que solo por ser el hijo del *Jarl* no hacía lo mismo, o más que el resto—, creo que no hay nada que me puedas reprochar.

Pasé junto a él haciendo que mi hombro chocara contra el suyo empujándolo. Me puse al lado de los guerreros, aquella vez nos iba a tocar mejorar nuestra resistencia en el combate. Hice una marca en el suelo, Jokull que me observaba hizo un sonido

llamando mi atención.

Salimos corriendo uno tras otro, intentando cazarnos. Mi corazón latió cada vez más frenético, mucho más que antes. Mi pecho se llenó de aire haciendo que lo necesitara con más frecuencia. Pasé por delante de Ubbe, quién iba delante del resto. Me cogió del brazo intentando que no pasara, pero con un gesto veloz hice que me soltara. Las gotas de sudor empezaron a recorrerme el cuerpo, la espalda, el pecho, el cuello... Limpié las que pude con la mano y me desabroché el chaleco, lanzándoselo a Janson y tras este el *kirtle*. Entonces el *hersir*, Hammer, alzó la mano haciéndonos volver a donde se

encontraba.

—Dejaos de correr, necesitáis luchar.

Fui a por mi escudo que estaba tirado en el suelo junto a mis ropajes. Me situé donde nos había indicado y me quedé mirando al frente. Éramos muchos los que íbamos a combatir, cada uno de ellos se colocó frente al otro, hasta que acabé por quedarme solo y vi como un hermoso manto de fuego se aproximaba a las filas. Ella era para mí. Me arrimé a Gala, pegándome a su espalda hasta que con un rápido movimiento me separó de ella.

—Parece que vamos a tener que emparejarnos, *Kottr*.

—Acabaré contigo.

—Mmmm... —dije apartándole el cabello que le cubría las orejas, y pegando mi boca a ella—. Cuando quieres te conviertes en toda una fiera, *Kottr* —susurré—, ¿seré capaz de domarte? —Ronroneé, como si fuera uno de los hermosos *kottr* de *Freyja*—. Algo me dice que sí.

Me miró de lado y volvió a golpearme, solo que esta vez me dio en el estómago, lo que hizo que me separara y me colocara a su lado. La brisa hizo que el dulce olor de su larga melena llegara a mí y terminara por embriagarme, dejándome completamente atontado.

—Parece que ya estáis emparejados —comentó mirándonos, y haciendo una mueca al ver con quién estaba su hija.

Nos esparcimos por la llanura para no herirnos entre nosotros. La *skjaldmö* estaba agachada, anudándose la bota y el pelo que la recubría. La observé con detenimiento, esta vez llevaba un trozo de cabello sujeto, lo había recogido en la parte superior con una cinta, dejando que la de atrás quedara más suelta. Sus ojos se oscurecieron pareciendo más implacable que el resto. Los cerró, calmando a su salvaje corazón, y tras eso los abrió de nuevo.

Empezó a pasarse la espada de una mano a otra, mirando con cual podía

sujetarla mejor. Me acerqué a ella con el hacha baja en señal de bondad, no sería el primero en dar el paso. Pero parecía que ella ya estaba preparada. Esquivé la primera estocada, aunque tropecé, y conseguí mantenerme en pie, si esto hubiera ocurrido en plena batalla lo más seguro es que ya hubiera muerto. Volvió a acometer, nuestras armas se chocaron, bailando a un mismo son, unidas por la fuerza que hacíamos. Estábamos frente a frente, sujetos tan solo por el filo de su espada y mi hacha. Sin que pudiera esperarlo, me golpeó con el escudo, el cual acabó cayendo al suelo, y de algún lado aprovechó para sacar un *knífr* que rasgó mi brazo.

Gruñí, y en un solo movimiento le propiné un buen golpe en la mejilla y parte de la nariz que hizo que cayera de espaldas. Esta empezó a sangrarle por la fuerza con la que le di. Se pasó la mano por encima, esparciendo la sangre por su blanquecina y clara piel, la miró desorientada y luego la clavó en mí. Me agaché a su lado para ver cómo se encontraba, lo más seguro era que tardara algún tiempo en recuperarse del golpe.

—Deja... deja que lo arregle —le pedí colocando el arma a un lado, y puse la mano sobre su nariz—, esto va a doler —le advertí.

Con un movimiento veloz coloqué

bien el hueso que se había movido, mientras escuché como un profundo quejido se escapaba de lo más profundo de su garganta. Sin que pudiera esperármelo, encogió una de las piernas y me golpeó en el estómago tirándome al suelo, dejándome indefenso. Se sentó sobre mi cintura y colocó su *knífr* sobre mi cuello.

—Vuelve a tocarme un solo pelo, y acabaré contigo —gruñó feroz. Lo que hizo que una llama de deseo volviera a vivir en mi interior.

Levanté un poco la mano intentando llegar a sus cabellos, pero entonces, con un movimiento más veloz que el aire, me hizo un corte en la palma.

—Parece que esta vez gano yo —
siseó.

—No creo que la anterior vez
perdieras —añadí con media sonrisa, a
la vez que le guiñé un ojo.

De un salto se puso en pie y se
marchó, sin decir nada más.

²⁷Thing— Asamblea.

²⁸Húsfreyja — Esposa.



²⁹Solmandr — Junio/Julio

³⁰Hundr — Perro ³¹Drottin — Señor

³²Hvat? — ¿Qué?

³³Heill — Hola.

³⁴Grábjörn — Oso.

³⁵Valaskjálf – Palacio de Odín.

³⁶Hvar? – ¿Dónde?

³⁷Kottr – Gato

³⁸Einmandr – Marzo/Abril

CAPÍTULO III

El viento soplaba con fuerza, haciendo que la crin del animal se moviera de un lado a otro entre las rachas de viento. Observaba como las nubes avanzaban por todo el cielo tiñéndolo de gris, tanto como lo harían las cenizas de una hoguera. La niebla descendía por las montañas cubriéndolo todo. Había nubes oscuras, lo que nos advertía de que una fuerte tormenta pronto haría temblar el Midgard con

escalofriantes truenos y rayos lanzados por el mismísimo Thor.

De repente, Espíritu se apoyó sobre las patas traseras, se movía nervioso, asustado por algo. Le di un par de golpecillos en el lomo intentando calmarle, hasta que volvió a apoyarse sobre las cuatro patas. Comenzó a andar dando vueltas por la pradera como si no supiera a donde ir. Agarré las riendas, y lo encaminé hacia la aldea avanzando por el camino que nos llevaría hasta ella.

Pasamos entre hombres, mujeres, niños y *thraells*, haciéndonos paso hasta que llegamos frente al pozo. Desmonté del animal, entonces me di cuenta de

algo de lo que no me había percatado nunca antes. Pensaba que todos sus lados eran iguales, pero me equivocaba, en uno de ellos había una inscripción rúnica tallada en la piedra: “*Kroos, konungr, señor de las tierras, hermano del pueblo, elegido por los dioses, al igual que ella, la valkyrja*”. ¿Quién fue Kroos? Me agaché frente a la frase repasando con los dedos cada una de las runas marcadas, ¿y ella? ¿Una *valkyrja*? Cientos de preguntas se agolparon en mi mente, lo que hizo que mi curiosidad creciera a pasos agigantados. Miré de nuevo al cielo, una gota cayó sobre mi frente resbalando por mi nariz y muriendo sobre la arena del suelo

dejando una marca en él. La gente corría hacia sus casas, se marchaban en busca del calor del hogar mientras los esclavos y los hombres acababan sus quehaceres. Cogí las riendas de Espíritu, tiré de él para llevarlo a los establos, por lo menos ahí podría estar resguardado de la tormenta. Al entrar me di cuenta de que no estaba la yegua de Gala. Ya hacía varios días desde que la vi por última vez, aquello de haberle golpeado no fue lo más adecuado. No dejaba de preguntarme donde se encontraría, era extraño que no hubiera aparecido en ningún momento. Habría salido del pueblo, pero... ¿Con qué propósito? Hice que mi *hestr* pasara a

su zona, sujeté sus riendas a la madera en la que lo ataría y le quité la montura. Dejé las cosas en su sitio, y cambié las riendas por una cuerda mucho más larga para que pudiera moverse.

—Buen chico —le acaricié el morro. Dejó ir un leve sonido, y me dio en el hombro para que volviera a hacerlo—. Volveré a por ti.

La lluvia cada vez era más fuerte, pero eso no impedía que nuestras prácticas se disolvieran. Subí a la *vangr* donde me esperaban todos los demás. Clavé la vista en el frondoso bosque y en la lejanía vi como algo grande

empezó a moverse. Un oso, era un oso lo que se movía, estaba seguro de ello. Quería salir corriendo tras él, acabar con ese animal, y volver a sentir esa sensación que tuve la otra vez. Le di un golpe con el codo a Olaf en el brazo, y le señalé el punto en el que se encontraba el animal para que lo viera al igual que yo. Eso hizo que Hammer centrara su atención en nosotros. Olaf sonrió como un niño, entonces el *hersir* dejó de hablar para todos y frunció el ceño.

—¿Se puede saber qué es lo que ocurre?

—Señor, Egil ha divisado algo dentro del bosque, a mi parecer

deberíamos ir a por él —dijo con una sonrisa—. Para que no ataque al resto.

Hammer recorrió su rostro con la mano dejando ir un soplo. Asintió, pero no por ello acababa de aceptar lo que Olaf le estaba diciendo.

—Lo primero es que me importa bien poco lo que cualquiera de vosotros penséis, y lo segundo... —Hizo una pausa para pasarse las manos por la barba y proseguir—. Quien consiga traerme a la bestia, aparte de tener la bendición de los dioses y la gratitud del pueblo, será quien ordene lo que haréis durante las lunas que aún permanezcamos aquí.

Todos los guerreros alzamos las

armas al igual que nuestras voces, dispuestos a ello. Entorné los ojos, iba a hacerme con el cuerpo de ese animal costase lo que costase, sería mío.

—¿Estáis preparados? —Nos incitó.

Pasé las manos por la parte trasera de mi cinto buscando el *knífr* y las pequeñas hachas que colgaban de él. Sujeté el hacha grande con fuerza, y asentí.

—¡A por él!

Salí corriendo dejando atrás a gran parte de mis compañeros. Siempre había sido el más veloz de todos, por lo que nunca tenía a nadie a mi alrededor, salvo a Carón. Ese hombre no dejaba de correr, acercándose cada vez más a mí.

El resto aún estaban montando en sus caballos. Seguía corriendo, saltando un gran tronco que había en medio del camino, intentando no tropezar con nada. Pasé entre varios arces que se encontraban algo más allá de la linde del bosque. No dejaba de pisar sus hojas, las ramas y cortezas que había en el suelo. No lograba distinguir al animal, estaba seguro de que era un oso, tenía que serlo. Los árboles cada vez iban siendo más bajos, o por lo menos lo eran sus ramas, ya que no dejaba de toparme con cada una de ellas mientras intentaba avanzar y algunas de estas se enganchaban en mi pelo, tirando de mí.

Entonces le vi, su pelaje era marrón

oscuro, apenas se podía distinguir ya que se confundía muy bien con las ramas y la arena. No conseguí saber qué era lo que se escondía más allá, solo podía ver su gran tamaño y las enormes patas que le aguantaban. Me moví más deprisa, ladeé la cabeza y fue cuando vi que el resto estaban bastante cerca de donde me encontraba. No lo habían visto aún, estaban buscándolo, por lo que salí corriendo en dirección contraria a la que debía ir haciendo que todos me siguieran. Desde la lejanía divisé una gran roca, y tras rodearla me escondí junto a ella despistándoles. Mi respiración se había vuelto más profunda, casi tanto que apenas podía

coger el aire que necesitaba. Me agaché, estaban llegando podía escucharles. Esperé a que pasaran por encima. Cuando lo hicieron todos, salí corriendo hacia donde estaba el animal. Este andaba tranquilamente, ajeno a lo que estaba a punto de ocurrir. Era un enorme *grábjörn*, el más grande que había visto en toda mi vida.

Me acerqué tras su espalda intentando no hacer ningún sonido que le alertara. Una rama se quebró bajo mis pies haciendo que el animal se diera la vuelta para observarme. Se apoyó en las patas traseras y rugió feroz intentando ahuyentarme. Se aproximó a mí, no había muchos pasos entre nosotros, si

quisiera podría llevarse de un bocado uno de mis brazos. Me quedé quieto, expectante a lo que pudiera ocurrir. Acercó su hocico a mis piernas oliéndome. Di dos pasos hacia atrás, cuando pensaba que ya iba a darse la vuelta y marcharse, se volvió y de un zarpazo me rasgó las pieles, con ellas todo el ropaje y parte del pecho. Dejé ir un profundo alarido que desgarró mi garganta. La herida empezó a sangrar humedeciendo la tela del maltrecho *kirtle*, goteando y cayendo sobre mi pantalón. Se movía de un lado a otro nervioso y asustado. Apreté la herida con la mano intentando calmar el dolor. Me agaché, cogí aire, pero apenas podía

respirar a causa del mal que cruzaba mi pecho.

—Por los dioses... —murmuré mientras veía como el animal volvía a ponerse en pie.

Decidí no esperar más. Sujeté con fuerza mi hacha, de un salto me puse en pie y le hice un corte en la parte baja del vientre. El *grábjörn* se quejó enfurecido, pero no pudo hacer nada contra el siguiente movimiento que le hizo un corte en el pecho y otro sobre el corazón dándole cada vez con más fuerza. Movía las zarpas intentando darme, pero aún podía moverme veloz como requería el momento, aguantando el dolor que acabaría quebrándome por

dentro. Cogí con fuerza el hacha y le di otro golpe en el pecho, lo que hizo la herida más profunda y que la sangre empezara a brotar de esta, manchándome el rostro de ella. El animal se tambaleo dando dos pasos hacia atrás desorientado, y aproveché para sacar mi knífr y clavárselo en el corazón. La bestia soltó un fuerte y profundo gruñido que resonó en el bosque. Cayó hacia atrás moviéndose un poco, agonizando, hasta que los dioses se llevaron su alma.

Mis piernas apenas eran capaces de aguantarme, el hacha cayó al suelo, no tenía fuerza ni para sujetarla. Caí de rodillas, casi no podía ver, apreté la herida intentando hacer fuerza, pero de

nada servía. Había perdido demasiada sangre. ¿Iba a ser ese mi final? ¿Iban los dioses a llevarme consigo?

—Levanta —escuché como me decía una voz.

Abrí los ojos, poco a poco, desorientado. La vista se me nubló, no conseguía distinguir nada. Intenté levantarme pero un terrible dolor me cruzó el pecho. Los rayos del sol se colaban entre las ramas de los árboles, y se centraban en algo, o en alguien. Una mujer, con la voz de una norna, hermosa y resplandeciente. No podía distinguir bien sus formas, sus ojos ni

siquiera sus labios. Solo pude ver su cabello largo y rojizo como la sangre.

—Egil, levanta —escuché como volvió a decir dulcemente.

—Quién... ¿Quién eres? —pregunté sin aliento.

—Los dioses quieren que vuelvas, Egil —contestó—. Vamos.

—Pero...

—Egil Thorbransson, futuro Jarl de Rygjafylki, ponte en pie, levántate por tu pueblo. Hónrales como debes. —Me exigió— tienes que estar preparado para su llegada, para la partida, y para recibirnos.

Cerré los ojos de nuevo, no entendía nada de lo que me estaba

diciendo, ¿quién era esa mujer? Al abrirlos no vi a la otra muchacha, sino a Gala. Podía reconocer su cabello, ese hermoso rostro, su cuerpo. Me miraba y sonreía, pero no hacía nada, tan solo me observaba.

—Gala... —susurré.

Mi cuerpo no pudo aguantar más, acabó cediendo, y quedándose dormido.

Sentí como estaba moviéndome, pero no podía ver nada de lo que ocurría a mi alrededor. Alguien me sujetaba, para que no cayera al suelo. Parpadeé y vi cómo nos movíamos, ladeé un poco la

cabeza, lo suficiente como para poder ver que a uno de los lados estaba Carón y al otro Olaf.

—Ya está consciente —se alegró Carón.

Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Bajé la vista hacia la herida, la habían tapado con tela y me habían quitado las armas para que no pudiera lastimarme. Al girar la cabeza, vi a Jokull, Gull, Björn y Birgin llevando al animal, el cual arrastraban por el bosque a causa de su gran tamaño.

—Hay que curarte eso —dijo Jokull a mi espalda.

Había algo en su voz que hacía que mantuviera la esperanza. Apenas podía

caminar, pero algo hizo que sintiera admiración en sus palabras, sonreí agradecido por lo que hicieron, gracias a ellos tenía algo más de fuerza. Salimos del bosque, vi como Hammer estaba más allá, aguardando nuestra llegada, hasta que vio mi herida y empezó a rebuscar en las alforjas de su *hestr* y sacando una bolsa de piel llena de agua y un *kirtle*, vino hacia nosotros corriendo.

—Dejadlo en el suelo —les ordenó.

Me tumbaron hasta que llegó y se arrodilló a mi lado. Acabó de rasgar mi *kirtle*, y quitó lo que me cubría. Echó un poco de agua, apartando la sangre que aún brotaba de ella. Cortó un trozo de tela, la colocó sobre la herida y empezó

a apretarla intentando que la sangre cesara.

—Gracias —susurré entre dientes.

No dijo nada permaneció callado con la vista fija en la herida. Cuando terminó de vendarla, se puso en pie y me dio la mano para que pudiera levantarme. Comencé a andar pausadamente, me costaba hacerlo, pero lo conseguiría costase lo que costase. Jokull se acercó a mí y me dio una rama fuerte, que me ayudaría a mantener el equilibrio.

—Vas a caerte —me advirtió una vocecilla distinta a las que me rodeaban.

Miré hacia un lado, pero no me dio tiempo a verla. Gala pasó uno de mis

brazos por encima de sus hombros y me cogió con el otro por la cintura. La observé extrañado, ni siquiera sabía por dónde había venido. Vi algo distinto en ella, una sonrisa, una bondad sorprendente que se dibujaba en sus rosados labios. Hice una mueca y me aparté, no necesitaba que nadie me ayudara.

—¿Qué haces? —inquirió molesta.

—Puedo yo solo —respondí entre dientes.

Di dos pasos hacia adelante y cuando quise darme cuenta ya empezaba a tambalearme de nuevo. Una incontrollable tos se apoderó de mí, impidiendo que el aire llenara bien mi

pecho. Me doblé sobre las rodillas dolorido, la sangre volvió a empapar las telas, haciendo que un terrible punzón me recorriera por completo.

—¿No te das cuenta que no puedes?
—preguntó enfadada.

—Sí puedo.

Poco a poco avancé, con dificultad. Al pasar junto a ella hice un gran esfuerzo irguiendo mi espalda, y un desgarrador gruñido murió en mi boca.

—Deja que te ayude —me pidió con una ternura extraña en ella.

—Te he dicho que no —espeté de malas maneras.

—Como quieras, pero no vuelvas a buscarme —me dio un golpe en el brazo

para desequilibrarme.

Fui hacia la cabaña de Göran. La única que podría curar está herida era Hanna, quien se había vuelto una experta en dotes curativos gracias a la ayuda de Helga. Di varios golpes en la puerta alertándolos de que estaba fuera. La mujer fue quien me recibió.

—¡Por *Freyja*! —exclamó asustada—. ¿Qué te ha pasado, muchacho? —Posó una de sus manos sobre su frente, y apartó algunos de los mechones que caían sobre su rostro—. Pasa, hijo —dijo invitándome a entrar en la casa, a la vez que me sujetaba por el brazo—

Göran, ayúdame —le pidió alzando la voz—. ¡Por los dioses, ven aquí ahora mismo!

Pude ver la congoja en sus ojos, estaba aterrada. Pero también vi el cariño que estos desprendían, un amor propio de una madre. Hanna siempre había sido como una *amma*⁴⁰ para mí.

—¡Egil! ¿Qué ha pasado? —preguntó Göran desde el otro lado de la estancia asustado.

Se acercó a nosotros rápidamente, pasó uno de sus brazos por debajo de mi cintura para que no cayera al suelo y me llevó hacia uno de los jergones. Al acostarme no pude evitar soltar un quejido, la herida había dejado de

sangrar pero el dolor permanecía.

—Ve a preparar algo con lo que alimentarle, yo me encargaré de que este hombretón se recupere en breve —dijo con cariño. Su envejecido aunque bello rostro esbozó una mueca, la cuál desprendió tanto amor como el que tenía por parte de padre cuando no era más que un niño.

Göran se apresuró a hacer lo que Hanna le había pedido. Puso agua en un cuenco sobre la lumbre y dejó que se calentara mientras vino hacia donde nos encontrábamos y se arrodilló a mi lado para poder ayudar a su *húsfreyja*. Esta preparaba un unguento con agua y hierbas, en el cual iba empapando en un

pañó y pasándolo por encima de la herida, lo que provocó que soltara un gemido lleno de agonía. El simple roce de la tela hacía que todo mi cuerpo temblara.

—Tranquilo, te pondrás bien —me aseguró con mimo.

En el momento en el que se veía limpia, cogió otro trozo de tela y empezó a secar la piel. Se puso en pie, vació el agua en la parte delantera de la casa y vi como Boril apareció con otro cuenco lleno de hojas mezcladas con algo más.

—Bien, ahora te echaré un poco de esto —dijo enseñándome lo que había traído Boril—. Ayudará a que las

heridas se curen —cogió un poco del unguento y lo extendió sobre la piel—. Veamos.

Hizo una mueca por el olor que desprendía, pero no tardó en sonreír de nuevo.

—Egil, descansa un poco.

Cerré los ojos intentando dormir, pero a mi mente solo venía el indómito rostro y ese hermoso cabello, hasta que finalmente, el cansancio me venció.

Podía escuchar la lluvia caer haciendo que me despertase. Abrí los ojos lentamente, intenté incorporarme pero un insoportable dolor hizo que

cayera tendido sobre las pieles de nuevo.

—Es verdad... —susurré a la vez que me pasé la mano sobre la herida.

Hanna no tardó en darse cuenta de que ya había despertado. Se acercó al jergón con un asiento de madera en la mano y lo dejó a mi lado.

—Buenos días —dijo a la vez que me pasaba la mano por el pelo—. Estaría bien que te dieras con un poco de agua, no puedes ir a ninguna parte así.

—¿Has dicho buenos días? —pregunté desorientado.

La mujer asintió sonriente y volvió a acariciar mi pelo, dejando que pasase

entre sus dedos.

—Has estado durmiendo todo el día.

—Vaya...

Se levantó del asiento y fue al cajón de madera, lo abrió y rebuscó algo que había en él. Cuando se dio la vuelta, vi como llevaba ropa limpia, y más tela con la que tapar la herida.

—Será mejor que te la cubra bien y te pongas algo limpio.

Dejó sobre la mesa los ropajes, pasó una de sus manos por detrás de mi espalda para ayudarme a incorporarme. Miré hacia abajo para poder verla mejor, había una gran abertura, el corte era más profundo de lo que creía, pero por suerte ya había dejado de sangrar.

Hanna me ayudó a avanzar por la *gardr* hasta que llegamos frente a un cuenco lleno de agua, Boril acababa de llenarlo. Mojó un trozo de tela y lo pasó sobre la piel limpiándola, tras eso lo secó y le echó la mezcla del día anterior.

—Aguanta aquí —me dijo cuando empezaba a pasar el trapo por encima de la abertura.

Fue envolviéndome, hasta que quedó totalmente cubierto y sellado con cuidado.

—Tendremos que hacer una cura todos los días, así que, tendrás que quedarte aquí —dijo en tono autoritario.

Asentí a la vez que la miraba a sus ojos marrones, aunque dependiendo de

cómo le diera la luz, un destello como los rayos del sol brillaba en ellos, dejando ver lo que se escondía en su interior. Me abrazó, a la misma vez que restregaba sus manos contra mi espalda.

—Ahora te limpiaré el pelo, lo tienes... —comentó a la vez que cogía una jarra y la metía en el agua—. Pon la cabeza hacia adelante —hice lo que me decía, con cierta dificultad. Cuando ya estaba bien puesto, dejé que el agua cayera por toda mi cabeza.

Pasó las manos por el pelo, deshaciendo los nudos que había en él.

—Quítate esos pantalones y las botas.

—Bueno...

Me deshice de mis ropajes menos de los calzones. Los tiré al suelo mientras la mujer me miraba expectante aunque algo cohibida, intentando mantener la compostura. Pude ver como sus mejillas se enrojecían y una vergonzosa sonrisa asomaba en sus labios. Dejé ir una carcajada, lo que hizo que el dolor volviera a aparecer, perdurando durante un buen rato. Me puse las manos sobre el pecho para calmarlo, pero de nada sirvió.

—Ay, hijo... Deberías ir con más cuidado.

—No puedo remediarlo.

Pasó el paño mojado por la cara, los hombros, los brazos y al final acabó por

tendérmelo para que me limpiase el resto de zonas, mientras ella iba peinándome. Noté como lo desenredaba con un peine hecho de oro, procedente de alguno de los últimos saqueos en los que estuvimos. Me trenzó el pelo desde arriba del todo, dejándolo completamente pegado a mi cabeza.

Acabé de ponerme los ropajes que me había dado, un *kirtle* corto del color de la tierra con refuerzos en los codos y hombros hechos de piel curtida, también había uno más grande sobre el pecho. El *kirtle* llevaba un amplio cinto de cuero que hizo que quedara apretado al pecho y la cintura.

—¿Ya estás? —preguntó Hanna con

su dulce voz.

—Sí —dije dándome la vuelta.

Cuando me giré, vi a Göran sentado en la mesa. Hanna estaba de pie, esperándome. Habían puesto la comida en los cuencos y me aguardaban. Por suerte, tuve un reconfortante caldo que no pude tomarme la noche anterior.

—No sabía que supieras hacer algo tan bueno —murmuré a la vez que me llevaba a la boca otra cucharada.

No dijo nada, se limitó a comer lo que había preparado dejando que algunas gotas del caldo se quedaran en su bigote.

—Está deliciosa —dijo Hanna alagándole con una enorme sonrisa—.

Mi hombre ha aprendido demasiado bien, algún día ocupará mi lugar, ¿no crees, Egil?

—Nadie podrá ocupar nunca tu lugar, tu comida es irremplazable, aunque debo darte la razón, está delicioso —dejé que una sonrisa se dibujara en mis labios mientras veía como Göran se limitaba a asentir.

De repente su gesto se volvió serio, frunció el ceño molesto lo que hizo que algo en mí se preocupara de que era lo que le rondaba por la cabeza.

—¿Qué ocurre, amigo?

—No puedes ir por libre —contestó—. Ese animal podría haberte matado, no es la primera vez que te lo digo.

—No soy un niño, Göran.

Permaneció callado, mientras tensaba su boca mostrando un claro desacuerdo con lo que estaba diciendo. Miró con pesar a su mujer, quien encogió los hombros y siguió comiendo.

—Hasta que no estés totalmente recuperado, te prohíbo volver al *vangr*, te quedarás con nosotros. Hanna y Boril se ocuparán de hacerte las curas, y si no pueden ninguno de los dos, lo haré yo —dijo por fin enfadado—. ¿Entendido?

Asentí pausadamente. Göran se limitó a poner mala cara sin decir absolutamente nada. Hasta que sin que nos lo esperáramos, la puerta se abrió y tras ella apareció padre junto a Hammer

y Jokull, sus dos lobos guardianes. Sin decir ni una palabra, se adentraron en la *gardr*, y permanecieron observándonos hasta que cada uno de ellos tomaron asiento.

—Hammer me ha explicado lo que pasó en el *vangr* ayer —dijo seriamente—. ¿Por qué no viniste a mí?

—Por qué tú no puedes cuidarme —dije de mala manera—. Ella sí —miré a Hanna—. Siempre lo ha hecho, desde que madre no está ha sido ella quien se ha ocupado de velar por mí.

Tragó saliva mirándome con desdén, igual que lo hicieron sus hermanos, pero ninguno de ellos osó decir nada cuando es el *Jarl* quien debía de hacerlo.

—No volverás al *vangr* durante las próximas lunas —tomó una de las jarras llenas de agua, y se la llevó a la boca—. Creo que ya sabes cuales eran las condiciones de cazar el animal.

—Sí, lo sé —contesté.

Era cierto que sabía cuáles eran las condiciones de haber cazado al grábjörn, ocupar el lugar del *hersir*, dirigir a los hombres... Pero, había algo más que necesitaba que hicieran para complacerme.

—Quiero algo más —dije mirando el cuenco—. Quiero que Hammer ocupe mi lugar en la tierra, un intercambio.

—Eso es algo que deberá decidir él, si lo acepta o no, a mí me parece una

grandísima idea, tal vez no le vaya mal volver al que era su lugar hace unos años.

—Pero... Señor... —contestó y acabó doblegándose ante su *Jarl*.

—Ahora te toca cumplir con tu parte del acuerdo —dijo zanjando el asunto.

Vi como el semblante del *hersir* fue cambiando de la tranquilidad al enfado, y del enfado a la furia. Sus ojos brillaban ansiando venganza, por lo que me limité a sonreír, lo que aumentó su malestar y provocó mi risa. El dolor, una vez más, volvió a atravesarme el pecho, doblegándome sobre la mesa.

—Hijo, ¿estás bien? —preguntó preocupado.

—Sí, lo estoy.

Tras eso se puso en pie y se marcharon por donde habían venido, pero no sin antes Hammer poner el punto y final a la conversación.

—Mañana te quiero en la arena a la salida de Sól.

Asentí y le saludé con la mano se marchó sin decir nada más cerrando la puerta tras su enorme espalda.

—No deberías comportarte así, hijo, algún día tendrás problemas.

—No me importa.



CAPÍTULO IV

Estaba acabando de amanecer, el sol hacía acto de presencia apareciendo entre las nubes. La densa niebla ya había llegado hasta nuestras tierras, haciendo que apenas se pudiera ver. No había acudido nadie a nuestro encuentro en el *vangr*, aunque deberían de haberlo hecho a la misma vez que yo, con la salida de Sól. Cerré los ojos mientras escuchaba como alguien se acercaba. Al abrirlos, en la lejanía, pude divisar una

sombra que avanzaba entre la niebla. Cuando estuvo algo más cerca, vi que era Hammer quien se aproximaba.

—¿En qué piensas? —preguntó de malas formas.

—Ya lo verás cuando llegue el momento.

Poco después llegaron el resto, quienes parecían haber sido llamados por el enfrentamiento que ya empezábamos a tener Hammer y yo.

—Despojaos de vuestras pieles — les ordené.

Mientras el resto hacía lo que les había ordenado, vi como la última en aparecer fue la hermosa y guerrera Gala, quien pasó entre todos empujándolos

para hacerse su propio camino. Llevaba el cabello recogido y trenzado desde la parte delantera, haciendo que cayera por su espalda.

Tenía mala cara, aunque más bien parecía enfadada. Podría seguir molesta por lo que había ocurrido la otra vez. Durante un momento me quedé quieto, observando como avanzaba, como desafiaba con la mirada a todos aquellos que se cruzaban en su camino.

—Has llegado —dije al pasar por su lado.

—Cállate —dijo sin siquiera mirarme.

Al abrir la boca para decir algo más y como si hubiera adivinado mi acto,

giró sobre sus talones, sacó un pequeño *knífr* y lo pegó contra la piel de mi cuello amenazándome.

—Una sola palabra más y lo lamentarás —dijo entre dientes.

Fijó sus ojos en los míos, retiró la hoja del *knífr* y se alejó sin que pudiera evitar que me quedara aturdido mirándola. Perplejo por lo que acababa de ocurrir, observé como movía sus caderas, esas con las que los dioses la dotaron para hechizar a aquellos hombres que la observaran con detenimiento. Su trenza se balanceaba de un lado a otro, acompañado por el movimiento de su cuerpo. Hizo que ni el habla me saliera, ni siquiera mi mente

pedía pensar con claridad cuando no era ella quien reinaba mis pensamientos.

—Colocaos ahí —les ordené sin apartar la mirada de la joven—. Durante unos días Hammer ha sido relegado de su cargo, por lo que lo ocuparé yo —dije señalando donde se encontraban—. Por eso, el *hersir*, ocupará mi lugar.

Todos asintieron, sin decir nada al respecto. Quería ver la reacción de sus rostros al explicarle lo que iban a hacer a continuación.

—Os explicaré qué vamos a hacer —hice una pausa, mirando a quienes habían asistido— Bitgin, Olaf, Janson, Gala, Ubbe y Jokull, allí —les ordené señalando uno de mis lados— Björn,

Elof, Hammer, Carón, Gull y Bror, al otro costado.

Hammer y Gala me miraron con desdén sin entender muy bien que era lo que estaba ocurriendo molestos por mi elección.

—¿Por qué lo has hecho?

—Porque he decidido que debía ser así —le dije con una media sonrisa—. ¿Algo que objetar, Gala?

—Quiero que venga conmigo.

—Se quedará en el lugar que le he asignado.

La muchacha volvió a mirarme desafiante, mostrándome su desacuerdo por lo que había decidido. Pero me dio igual lo que ella pensara, haría lo que le

ordenara. Se colocaron unos frente a otros, hablando entre ellos.

—¿Alguien tiene algo que decir?

—No, Egil —respondieron todos al unísono.

Asentí, mirándolos a todos, Hammer estaba molesto, al igual que Gala, pero su enfado no me hizo a hacer cambiar de opinión.

—Debéis esforzaros más en el combate cuerpo a cuerpo, así que, adelante.

Aceptaron lo que dije, algunos de ellos acabaron deshaciéndose también de sus *kirtle*, prepararon sus armas y se colocaron frente a frente los unos de los otros. Carón se emparejó con Gala,

hablaban tranquilamente, ella sonreía lo que hizo que la rabia empezara a crecer en mí.

—Dejad de hablar y empezad — grité intentando que todos hicieran caso por igual—. ¡Vamos!

Se colocaron como había dicho, y esperaron a que emitiera un leve sonido que les indicara que debían empezar. Al hacerlo, desató la fiereza de estos grandes guerreros. Me puse frente a Gala y Carón. Este estaba preparado para atacar, se abalanzó sobre ella y con un grácil movimiento consiguió esquivarle. Tenía una gran habilidad para moverse y una agilidad propia de un *kottr*, la valentía de un experimentado

guerrero y la belleza de una hermosa *valkyrja*. Era toda una guerrera de los pies a la cabeza.

Me quedé perplejo mientras observaba como se iba moviendo dando saltos de un lado hacia otro, haciendo que mi amigo cayera al suelo, mientras ella aprovechaba para tirarse encima de él e inmovilizarle. De algún lugar sacó un *knífr* y lo colocó en su cuello, sujetándolo con fuerza. El cabello de la muchacha cayó hacia delante, y no pude evitar ver como sus pechos casi rozaban el del otro.

Algo empezó a corroerme por dentro, como si hubiera comenzado a arder. Si por mi hubiera sido habría

quitado a Carón de ahí, y me la habría llevado lejos, lejos de cualquier lugar, alejándola de todo hombre que no fuera yo. Tenía que ser mía, no podía dejar que nadie me la arrebatara.

—Vamos, levanta —le ordené a mi amigo.

De un solo giro consiguió tenderla en el suelo, quedando él por encima sentado sobre su cintura, haciendo que mi rabia aumentara aún más. Si hubiera tardado algo más de tiempo en quitarse, habría acabado por perder la cabeza.

—¡He dicho que te levantes! —grité enfurecido.

Le agarré por el cuello del *kirtle*, y tiré de él con tanta fuerza como pude

apartándolo de ella.

—¿Qué crees que estás haciendo? — preguntó dándome un golpe en el hombro.

—Sal de ahí —gruñí pegando mi cabeza a la suya, mientras Gala nos observaba desde el suelo.

—Tranquilo —dijo angustiado.

Le tendió la mano a Gala para que se pusiera en pie y volvieran a empezar. Esta vez sería ella quien atacaría primero, pero el resultado no variaría. Carón volvería a ser derrotado por una de nuestras mejores *skjaldmö*.

—Deberías tener algo más de control.

Di la vuelta intentando coger aire,

calmando el fuego interno que empezaba a quemar mi ser. Fui a ver como el resto practicaba sus golpes, ver a Carón y Gala así conseguía enfermarme.

—Muy bien —les dije a Gull y Janson—, seguid.

Se miraron enfadados, con rabia, nunca se habían llevado del todo bien, por lo que aprovechaban aquellos momentos para calmar las ansias de acabar el uno con el otro. Me dirigí hacia donde se encontraban Björn, Ubbe, Olaf y Birgin, estos habían decidido organizarse por su cuenta y hacerlo en parejas para coordinarse mejor en la batalla.

Me quedé observándole, Ubbe sacó

un *knífr* intentando herir a Birgin, pero no lo consiguió ya que este interpuso su escudo entre ellos. Acabó haciéndole un gesto, sujetó con fuerza el escudo y envistió a Ubbe haciendo que cayera al suelo y junto a él, cayó Björn, quien estaba a su lado.

—En pie.

Por primera vez en mucho tiempo, estaban todos satisfechos con lo que conseguían. Volví a donde se encontraban Hammer y Jokull, un poco más allá de donde estaba mi hermosa *vakyrja*. Me detuve frente a ellos, y observé como el de la gran cicatriz en el rostro acabaría ganando a su *bróðir* en menos de dos movimientos, haciendo

que cayera al suelo. Siempre había sido un gran guerrero, sobre todo en las incursiones.

—Vamos —animé a Hammer.

Fui más allá hasta que escuché como algo caía al suelo, o mejor dicho alguien, ya que fue Hammer, por lo que no pude reprimir que una carcajada se escapara, hasta que vi a Carón y Gala. Estaban sentados en el suelo, sin hacer nada, solo hablaban.

—¡Quiero ver vuestra fiereza! —Les exigí a todos cuando se centraron en mí —. Quiero que penséis en aquellos que quieren atacar nuestro *heimr*.

Todos asintieron con premura, se separaron como había hecho yo antes.

Cogieron sus escudos, algunos de ellos se despojaron de algunas de las pieles que aún conservaban y sujetaron con fuerza sus hachas, espadas y lanzas. Fueron hacia el centro de la pradera, y se colocaron cada grupo a un lado, dejando un gran espacio entre ellos.

—¿Preparados?

Todos asintieron con la mirada fija en aquellos que tenían en frente. Estaban completamente alineados, preparados para atacar en cuanto diera la señal. Hice un ligero movimiento de cabeza.

—¡Escudos! —gritó la hermosa *skjaldmö* dejando la delicadeza a un lado para convertirse en la *valkyrja* que hacía que perdiera la cabeza.

Con un solo movimiento, todos colocaron sus escudos frente a su cuerpo, creando una barrera prácticamente infranqueable.

—¡Escudos! —dijo Hammer, al igual que su hija.

Al igual que los primeros, estos también los sujetaron con fuerza creando otra barrera.

—¡Lanzas! —gritó de nuevo Gala.

Colocaron las lanzas frente a los escudos todos a la vez, tanto en un lado como en el otro.

—¡Adelante!

Empezaron a correr, la lucha había comenzado. Me quedé impresionado por la visión que estaba teniendo, nunca

antes había visto a Gala comportarse así, con esa fiereza, esa fuerza... Lo que creó que un irrefrenable deseo por poseerla creciera en mí más que nunca. Se movía como una auténtica guerrera, como un *kottr*, una *valkyrja* creada por los mismísimos dioses para acabar conmigo. Mi atención se centró en ella, en como luchaba, en cada uno de sus movimientos...

Los escudos chocaban unos con otros, hasta que Gala consiguió agacharse haciendo que Björn pasara por encima de ella, cayendo al suelo.

—¡Aguantad! —gritó, mientras empezaba a golpear el escudo de Gull con su espada.

Todos la obedecían, nadie osaba contradecir ninguna de sus órdenes. Algunos solo utilizaban sus escudos como defensa y arma, a otros no les importaba herir a los demás. Seguían avanzando, vi como el grupo en el que estaba Gala seguía resistiéndose y atacando con fuerza. Pero entonces, se detuvo, se quedó con la vista fija en la linde del bosque, y echó a correr hacia un hombre de nuca afeitada. Cuando este quiso reaccionar y marcharse ya era demasiado tarde, Gala sacó una de las pequeñas hachas que colgaban de su cinto y se la lanzó clavándosela en la espalda, haciendo que cayera desplomado al suelo.

Fui hacia allí lo más veloz que pude. La muchacha se agachó a su lado, acercó su oído a la boca del hombre y tras eso sacó el hacha de la herida. Empezó a golpearle con fuerza clavando la hoja en su cuerpo, y acabando con su vida. Dejó ir un fuerte alarido, acercó su mano a la mía quitándome mi hacha, y sin pensarlo lo decapitó dejándome perplejo. Se puso en pie, le dio un golpe al cuerpo y se volvió hacia nosotros con el rostro manchado de sangre, al igual que lo estaba su cabello y sus ropajes.

El *hersir* fue hacia ella, la abrazó y entonces rompió a llorar. Por un momento quise ser yo quien estuviera ahí, consolándola, calmando su pesar,

pero algo me decía que mi abrazo no iba a ser bienvenido.

Di varios golpes en la puerta de Göran pero nadie me atendió, por lo que me dirigí hacia el gran salón, donde acabarían por ir el resto de guerreros no mucho después. Abrí el portón con dificultad ya que era terriblemente pesado. Al final del salón me encontré con Hanna, quien hablaba con Boril mientras acababan de preparar los manjares que luego se servirían durante la cena.

Mi estómago empezó a rugir hambriento, si por mi hubiese sido no

habría esperado al resto y me habría comido todo lo que estaban preparando. Hans también estaba allí, ayudando junto al resto de mujeres del poblado.

—Me alegra verte —dijo Hanna mientras removía la comida.

Como respuesta le mostré una amplia sonrisa, mientras ella seguía con sus quehaceres. Solo de oler lo que íbamos a comer, mi hambre se volvía cada vez mayor.

—¿Necesitas dos manos más? —Me presté a ayudarla, algo poco habitual para entonces.

—No, hijo —dijo, pero se quedó pensando—. ¿Podrías ir a por Bera?

—Claro.

Sonreí y salí del salón. Había muy poca gente en sus casas, casi todos estaban ya preparados para comer hasta que no pudieran más. Fui hacia la casa de Steit, y me encontré a Carón hablando con su madre, Bera.

—Oh, Egil —dijo la mujer sorprendida—. ¿Cómo te encuentras?

—Voy mejorando, poco a poco.

—Carón me explicó lo sucedido, ¡suerte que cazaste al oso!

—Sí, bueno... —Hice una leve pausa, sin saber bien que decir—. Hanna me ha pedido que venga buscarte, necesita más ayuda en el salón.

—Muy bien, Igor y Zíu —llamó a los *thraell*—. Venid —les ordenó— mejor

seis manos que no solo dos, ¿no? —
añadió una sonrisa.

—Claro.

Después de aquello nos marchamos hacia el salón. Cuando entramos, la mujer nos miró y sonrió alegre.

—Gracias a los dioses que has venido, necesitamos ayuda, no tardarán en llegar esos *úlfir* hambrientos.

Hablaron tranquilamente, mientras me senté en el sitio que solía ocupar. Hanna les indicó lo que debían hacer, por lo que no tardaron en entenderlo y ponerse a ello.

—Mientras ellos acaban, será mejor que vayamos a curarte esa herida.

Al llegar a su *gardr*, me sentó en uno

de los asientos de madera, hizo que abriera el *kirtle* y lo dejara sobre la mesa. La tela que cubría el zarpazo estaba empapada en sangre. Lo más seguro es que durante aquel día hubiera hecho algo que sangrara.

—Has hecho esfuerzos —me regañó.

Durante un instante permanecí pensativo, no recordaba cuando había ocurrido, pero entonces me acordé. El momento en el que había levantado a Carón estando con Gala.

—Parece que sí... —afirmé con pesar.

Dejó ir un suspiro, se puso en pie y fue hacia donde tenía los cuencos, cogió uno de ellos y lo llenó de agua. Puso un

trapo dentro del agua, empapándolo, y dejó el cuenco sobre la mesa.

—Volvamos a limpiarlo —machacó las hierbas necesarias en un cuenco añadiéndolas al agua.

Me apoyé sobre la mesa, e hizo un gesto para que no lo hiciera. Limpió la sangre que había quedado seca, y la que empezaba a salir en aquel momento. Lo volvió a meter y a limpiarlo. La herida no se cerraría si no lo provocaba ella, por lo que puso un *knífr* en el fuego dejando que se calentara. Cuando se volvió del color de las llamas, vino hacia mí y lo puso sobre la herida haciendo que esta se cerrara. Grité desgarrándome la garganta. Dejó el

cuchillo sobre la mesa y puso algo de agua intentando calmarme.

—¿Te duele? —preguntó a medida que iba poniéndome la mezcla y la tapaba con la tela—. Veo que sí, irá siendo menos cuando te recuperes.

Asentí, me puse los ropajes mientras ella fue hacia el fuego para echar unas hierbas en el agua que había calentándose. Poco después se acercó a mí con una jarra humeante.

—Debes tomártelo —me lo tendió—, te irá bien.

—Pero esto...

—No seas niño.

Agarré la jarra, y de un trago me lo bebí todo, intentando deshacerme de ese

repugnante sabor y olor que tenía el líquido.

Salimos de la *gardr* preparados para asistir a la cena. El sol no tardó en marcharse y su brillo apenas iluminaba los caminos de nuestro *heimr*. Aquella noche, padre había convocado una *thing*, una asamblea en la que informaría a todos los habitantes del poblado cual sería nuestra próxima incursión. Abrí la puerta aún con Hanna cogida de mi brazo, hasta que vio a su hombre, quien la buscaba con la mirada y le hizo una señal para que fuese junto a él.

La gran mayoría de mesas y sitios estaban ocupados, menos la mía, aquella en la que solía sentarme, frente al Jarl y

los *hersir*. Gull y Carón estaban sentados en ella, aguardando mi llegada. Busqué a Björn que estaba junto a Linna, después vi como Gala, tan hermosa como siempre, avanzaba entre la gente para sentarse junto a su padre en la gran mesa. Desde la repentina muerte de su madre, todo fue a peor, él se volvió demasiado rudo con todo el mundo, incluso con ella, pero aun así siguió a su lado.

—Escuchad —dijo Hammer alzando la voz—. El *Jarl* tiene algo que decirnos.

Thorbran se puso en pie frente observándonos. Pasó una de sus grandes manos por su cabello y tras eso por su barba acariciándola. Los pelajes que

reposaban sobre sus hombros le hacían parecer el más feroz de todos, pero por ello se había ganado el apodo de Thorbran Grábjörn, el oso.

—*Heill* —nos saludó a todos.

—*Heill, Jarl* —le saludamos.

—Hoy, en esta noche de inicio hacia del solsticio de verano, me gustaría agradecerle a mi hijo, quien cazó un segundo oso el otro día que lo haya compartido con toda su gente —dijo contento.

Dejó de hablar durante unos segundos, carraspeó, clavando la mirada en la hoguera que había en el centro del gran salón, y al levantarla, las puertas se abrieron. Tras ellas aparecieron algunos

de los hombres, junto *thraell* que les ayudaban a cargar con un enorme tronco de fresno.

—Hoy le pedimos a los dioses que nos bendigan con grandes cosechas. —
Alzó la voz.

Helga entró en el gran salón acompañada de dos niños vestidos con dos *kirtles* blancos, y de Hanna.

—Alabados sean los dioses, hermanos, que el tronco arda durante todo el solsticio de verano, y su fuego muera al inicio del invierno, que nos dé luz y calor, en este, el día más puro. Y que el rey Thorbran y su familia, sientan el calor del gran fuego tanto como el amor de su pueblo.

Tras la intervención de Helga, padre se volvió a sentar, pero no por ello dejó de hablar al pueblo.

—Egil ganó a Hammer en un *holmgang*, pero eso ya lo sabéis —carraspeó—. Será mi hijo quien tome su lugar durante la preparación para el ataque y deberéis acatar sus órdenes como si fuera el *hersir* quien lo ordenara.

—Sí, Jarl —respondieron todos.

—No podemos permitir que nadie intente hacerse con nuestras tierras, ¿verdad? —preguntó, escuchando el reproche de muchos— Jokull y algunos hombres marcharán en busca de aquellos que pretenden herirnos. —Les informó

— y ahora, disfrutemos de estos deliciosos manjares que ha preparado Hanna —cogió una jarra y la alzó— ¡por los dioses! Y porque siempre estén de nuestra parte.

—¡Por los dioses! —gritamos todos.

—Qué los dioses guíen a nuestros hombres hacia la victoria, si las *nornas* así lo tejen.



CAPÍTULO V

Algunas noches después.

Me vestí con el *kirtle* y sobre este las pieles del oso que maté. La anudé por encima del hombro y salí de la *gardr*. Tras varios días en un hogar que no era el mío, me alegró poder volver a mi *gardr* y no tener que estar con Hanna, quien se ocupaba de curarme la herida y de alimentarme como si fuera su propio *sonr*. Después de un largo tiempo, había llegado el momento de que marcháramos

a Agden.

Fui hacia los establos a por Espíritu, ya que el camino lo haríamos a caballo. Colgando del hombro llevaba mi hatillo, lleno de comida, ropajes y pieles con las que arroparnos durante el camino. Hans se ocuparía de cuidar a los animales, la granja, y de proteger mi *gardr* mientras estuviera fuera. Al abrir el portón me encontré con Gull y Gala preparando sus animales para nuestra marcha. Me acerqué a Espíritu, el cual no dejaba de golpear el suelo y de resoplar desde que me vio entrar por la puerta. Era más inteligente de lo que parecía. Le acaricié el morro, el cuello y emitió un sonido.

—*Heill* —dije acariciándole una vez más, y le besé—, ¿estás preparado?

El *hestr* movió la cabeza arriba y abajo animado y relinchó de nuevo como si supiera lo que le había dicho. Ladeé ligeramente el rostro, y fue entonces cuando me encontré con la dulce mirada de Gala, que me observaba. Sus ojos brillaban fijos en mí, y una disimulada sonrisa se esbozaba en sus labios. Cuando se percató que me había dado cuenta de su gesto, todo desapareció.

—¿Qué miras? —preguntó de malas formas.

No le di importancia a lo que decía, dejé el hatillo sobre el heno que había

junto a Espíritu, y fui a por un cepillo. Peiné todo su cuerpo, dejando que cientos de cabellos marrones como la tierra cayeran al suelo. Lo dejé donde estaba, y lo preparé para marcharnos. Anudé la cinta de cuero a la altura de su vientre para que no se moviera, y sujeté el hatillo y el escudo a ella. Me deshice de la cuerda que lo sujetaba al poste. Le puse las riendas, me di cuenta de que la muchacha de cabellos rojizos estaba a punto de pasar frente a nosotros. Gala había trenzado algunos mechones del cabello de la yegua entre sí, adornándolo con algunas flores.

—Egil, si no dejas de mirarla así acabará matándote —me advirtió Gull,

quien estaba presente en todo momento.

—No importa... —dije buscando una explicación—. No importa —repetí.

Seguí yendo tras ella, imitando cada uno de sus pasos, hasta que se detuvo en la puerta de los establos, y se subió a Regn, la yegua. Entonces se dio cuenta que estaba siguiéndola, observándola.

—¿Qué?

—*Hvat?*

—¿Qué haces?

—Ir junto a los míos —contesté sin darle mucha opción de seguir hablando.

Monté sobre Espíritu, le di varios golpecillos en el lomo, chasquéé la lengua haciendo que avanzara y me coloqué junto a la hermosa mujer. Esta

clavó su poderosa y sugerente mirada sobre mí, acompañándolo de una mueca. Frunció el ceño cuando pasé frente a ella, dejándola atrás. Quería llegar el primero, pero entonces escuché como Gala empezó a moverse. Gala hizo que su yegua fuera más rápido, así que, la imité.

—No llegarás antes que yo —gritó tras mi espalda, dejó ir un leve chillido, Regn empezó a correr cada vez con más fuerza, pero no tardó en quedarse atrás.

—Claro que sí, lo haré.

Hammer estaba esperando junto a Carón, Janson y algunos hombres más.

Padre no iba a aparecer, no vendría en nuestra expedición, ya que tan solo íbamos a localizar a aquellos que tenían pensado atacarnos.

Algunos de los viajeros que habían pasado por nuestro *heimr* de camino a otro lugar, a lo largo de los años, nos habían hablado de un pueblo, historias sobre la gente que habitaba en las tierras a las que nos dirigíamos. Adoradores de Loki, el Dios de la trampa, aquel que quiso engañar a los dioses. Loki, quien acabaría desencadenando el *Ragnarök* con el fin de acabar con toda la vida.

—¡Egil! —Me gritó Göran justo antes de que me encaminara hacia la *vangr*.

Hice que el *hestr* se detuviera, di media vuelta y cuando fui hacia donde se encontraba frente a la puerta de su *gardr*, estaba esperando que llegara.

—¿Qué ocurre?

—Sé prudente —me pidió—. Vuelve a salvo, junto a tus hermanos, no como hiciste la última vez, ¿entendido?

—Lo haré.

—Más te vale o acabaré contigo en cuanto vengas —se pasó las manos por la cabeza—. Qué los dioses estén contigo.

Me encaminé hacia el *vangr*. El *hersir* no llevaba caballo, ni su hatillo, ni armas, ni escudo, lo que hizo que le mirara extrañado. Vi como hablaba con

Gala, Bror, Janson, Elof y Ubbe. Con un solo movimiento, agarró a Jokull del brazo con fuerza y lo apartó del resto. Hablaban entre ellos algo molestos, o por lo menos eso es lo que me parecía a simple vista. Me detuve junto a Carón, quien también les observaba.

—¿Qué les pasa? —pregunté sin apartar la mirada de ellos.

—Hablan sobre algo que parece no gustarle nada a Jokull, aún no nos han explicado de que se trata, no tardarán en hacerlo, supongo —alzó los hombros y aguantamos sin decir nada más.

Jokull le dio un leve empujón a su hermano, quien apenas se movió de la posición que había tomado. Este frunció

el ceño molesto por lo que acababa de hacer, lo miró con desdén y soltó un soplido. Chasquéé la lengua, lo que hizo que Espíritu comenzara a caminar llevándome hacia donde estaban ellos y quedándome delante de todos, viendo cómo se miraban con cara de pocos amigos aun siendo hermanos, no eran capaces de llevarse bien en ciertas situaciones.

—¿Qué ocurre?

Se miraban entre ellos desafiándose, enfadados.

—El *hersir* no nos acompañará — dijo molesto— lo que hace que esté yo a cargo —sonrió, haciendo que su larga cicatriz se estirara.

—Es mejor para el pueblo que me quede junto al *Jarl* —contestó—. El pueblo no puede quedarse sin protección.

—Y no solo eso sino que algunos de los nuestros deberán quedarse junto a ellos —dijo Jokull enfadado más que antes, tanto que sus ojos brillan de la rabia, jamás le había visto así.

Miré a los hombres que estaban algo apartados, por lo que supuse que serían ellos quienes se quedarían, pero, ¿qué pasaba con Gala?

—Bueno, aun quedándose algunos aquí, seremos suficientes —dije mirando al *hersir*.

—Sí, claro.

—Creo que lo mejor será dividir nuestras fuerzas.

Este asintió, dio media vuelta y me dejó a solas con el *hersir*.

—Egil —me llamó—. Protégela —me pidió, aunque algo me dijo que si hubiera sido necesario, se habría doblado ante mí con tal de que aceptara lo que me rogaba—. Asume de una vez por todas tu lugar en nuestro *heimr*, lucha junto a Jokull, sé que Odín está de tu parte, hijo, no le defraudes.

—Lo haré, *hersir*.

—Bien, ahora vuelve junto a tus hermanos.

Iba hacia donde se encontraban los demás, cuando cogió a Espíritu por las

riendas tirando de él y se acercó de nuevo a mí, agarrándome por el cuello del *kirtle*.

—Cuida de ella, hazlo o lo pagarás con tu vida —gruñó, cambiando el semblante.

Asentí varias veces y me marché colocándome junto a los guerreros, quienes ya estaban sobre sus *hestr*.

—Guerreros —dijo con la voz quebrada, se aclaró la garganta haciendo un sonido desagradable y prosiguió—. Durante esta expedición no os acompañará el *Jarl* Thorbran, ni nuestro *hersir*, Hammer —ladeó un poco la cabeza, para mirar a su *bróðir*—. Esta vez han decidido que será mejor que

permanezcan en nuestro *heimr*, protegiéndola de posibles intrusos, por eso algunos hombres deberán quedarse con ellos —observó a aquellos que se quedarían en el poblado— Janson, Olaf, Ubbe, y Elof, permaneceréis aquí junto al Jarl. Confío en que será lo mejor.

—Que los dioses estén con vosotros y guíen vuestros pasos, hermanos —dijo Hammer—. Sé que lucharéis y defenderéis nuestro pueblo para ganaros un puesto en el *Valhalla* junto a Odín y *Freyja*.

Los nombrados se marcharon junto a Hammer mientras el resto, expectantes observábamos como Jokull nos miraba. Cerró los ojos dejando que el aire

rozara su rostro, calmando el fuego que rujía en él.

—Ha llegado el momento —
sentenció— ¿y Gala? —preguntó
extrañado.

Miré hacia todos lados, ¿dónde estaba? Hacía poco que estaba hablando con los demás y de repente había desaparecido. Bajé al centro del pueblo a buscarla, sin esperar que nadie dijera nada. Entonces la vi junto a su padre dándose un largo abrazo, hablando como si fuese a ser la última vez que se vieran. Había algo extraño en ellos, él se comportaba de manera distinta, distante con ella, tanto que no parecía ni que fuese su padre. Gala, al apartarse de

su lado, se giró y fijó sus ojos en los míos.

—¿La has visto? —me preguntó Jokull.

—Sí, está con Hammer.

Pasé las manos por el pelo corto de Espíritu, el animal estaba cansado, llevábamos mucho andado, tanto que el sendero había dejado de ser tan claro, para empezar a mezclarse con la tierra y las hojas de los árboles que habían ido cayendo a lo largo del tiempo y que por la falta de caminantes se habían quedado sobre el sendero. El viento soplaba con fuerza por lo que era un alivio para los

animales, que exhaustos, luchaban por seguir caminando y no decaer. Encabezando el grupo estaba Jokull, quien nos guiaba hacia nuestro destino con mayor o menor precisión. No se escuchaba nada salvo el repiqueo de las pezuñas de nuestros *hestrs* contra las piedras y el aire pasando entre las hojas de los árboles, haciendo que se balancearan.

El murmullo del agua moviéndose nos alertó, había un río cercano, un lugar perfecto para dejar que los animales descansaran. La noche estaba al caer, y lo mejor era que buscásemos un lugar en el que establecernos. Pasé por delante de todos hasta que llegué junto a Jokull.

Poco a poco nos fuimos desviando hacia donde se escuchaba el agua. No estaba muy lejos, a cada paso que dábamos sentía como estábamos más cerca, hasta que tras atravesar una pendiente lo encontramos. Fui el último en llegar, desde la lejanía podía ver como el agua corría entre las piedras con rapidez, cristalina, tanto que podía ver como los peces nadaban en ella.

—¡Mirad! —Me entusiasmé—. ¡Ahí tenemos nuestra cena! —Todos se giraron para mirarme, mientras señalaba los peces que se movían en el agua.

—Perfecto —murmuró Carón.

Cuando llegamos, bajé del *hestr* de un salto, di varios traspiés hasta

conseguir aguantarme en pie, ya que tras estar tanto tiempo a lomos de un caballo era algo difícil mantenerse como lo hacíamos normalmente. Até al animal a un árbol, y sin pensarlo dos veces me tiré al agua. Algunos pececillos se acercaban a mí, curiosos, así que, intenté atraparlos. El agua empezó a empapar mis ropajes, haciendo que se volvieran más pesados y me fue difícil avanzar con ellos. Me los quité tirándolos sobre la hierba, las pieles y el *kirtle*. Gull hizo lo mismo que yo, saltó frente a mí para ayudarme, aunque lo hizo con una lanza en su mano y ya sin los ropajes, salvo los pantalones. Sonreí al ver como venían. Björn se puso algo

más lejos de donde nos encontrábamos, tras mi espalda. Saqué mi *knífr* de la funda, y conseguí clavárselo a uno mientras se movía insistentemente, hasta que lo tiré sobre los ropajes y ya no pudo hacer nada.

Tras pescar varios peces y tirarlos a la hierba, Gull resbaló y cayó en el agua empapándose de arriba abajo. No pude evitar reírme a carcajadas y junto a mí el resto de guerreros que habían visto lo mismo que yo. Nos sentamos en el borde, sin hacer nada, esperando a que más peces se nos acercaran y así tuviéramos suficiente comida para todos. Pronto cuatro peces más nadarían entre nuestros pies, sin darse cuenta de

que estábamos observándoles. Sujeté el *knífr* con fuerza, y con un solo movimiento ensarté dos peces en él. Miré a Gull quien aún mantenía la mirada fija en los otros dos que intentaban marcharse, pero por desgracia para ellos, los dioses no estaban de su parte y acabó clavando la lanza en los otros dos.

Salí del agua, guardé mi *knífr* en su funda mientras veía como Birgin se colocaba frente a mí con unas cuantas hojas en las manos en las que colocaría los peces. Se sentó junto a ellos y empezó a limpiarlos sacándoles las tripas.

Algunos de los hombres se habían

marchado a por algo con lo que hacer una hoguera Algo en mí no iba bien, una mala sensación se apoderó de mí ser. Cogí mis ropajes para dejarlos junto a Espíritu, fue entonces cuando apareció Gala con varios troncos y ramas, tras ella venía Carón, con algunos más. Jokull lo hizo tras ellos, y una parte de mí respiró tranquilo, no habían estado a solas. Este último se sentó junto a mí. Con una destreza admirable empezó a trabajar en el fuego, el cual acabó por prender poco después tras una gran humareda. Noté como mi cuerpo empezaba a enfriarse a causa del agua del río, por lo que esperé a que el calor empezara a deshacer el frío que me

había tomado. Estuve así durante un buen rato, hasta que recordé que las pieles se habían mojado al entrar en el río, fui a por ellas, y a por el *kirtle*, para que se secaran con el calor del fuego.

—Qué alguno traiga alimento —
pidió el *hersir*.

Birgin que aún no se había sentado, fue hacia su *hestr*, ya que era uno de los que llevaban el alimento. De su hatillo sacó un trozo de pan y una bolsa de tela llena de huevos, los cuales ya habían cocido para que no se rompieran durante el camino. También se había encargado de atravesar el pescado para que fuera haciéndose, igual que con el pan. Giré levemente la cabeza y vi como todos los

guerreros se habían sentado alrededor del fuego pendientes de que no se apagara. La oscuridad había caído sobre nosotros como si nada, dejándonos sin más luz que la de la luna que atravesaba las frondosas copas de los árboles. Todo había ocurrido tan deprisa que apenas nos habíamos percatado de ello.

—Gracias a los dioses hemos podido llegar hasta aquí, y si así lo quieren mañana seguiremos nuestro camino.

—Avanzamos bien, aunque a mi parecer, *hersir*, deberíamos hacer algún otro descanso para no forzar a los animales —dije dirigiéndome hacia el *hersir*.

—Lo pensaré —asintió e hizo una pequeña mueca.

Gala empezó a refregar sus manos entre sí, e hizo lo mismo con la ropa intentando calentarlas. Nada más darme cuenta me puse en pie, fui hacia donde se encontraba Espíritu y rebusque en las alforjas hasta que encontré las pieles que quería, aquellas que estaban hechas del oso que maté. Pasé tras ella, y se la eché sobre los hombros, a lo que en un gesto de sorpresa se giró y me miró. Esta vez en sus ojos no había rabia sino el agradecimiento que no dejaba escapar por esos rojizos labios que se había oscurecido a causa del frío.

Me senté de nuevo donde estaba

intentando mostrarme paciente. Con lo hambriento que estaba me lo comería crudo, en realidad podría engullir un buey y aun así seguiría hambriento. Agarré una de las ramas que sostenían los peces que habíamos pescado, y cuando fui a hincarle el diente a la humeante carne, Jokull me agarró por el hombro y con un ligero movimiento me dijo que esperara. El resto hicieron lo mismo que yo, aunque estos empezaron a soplar.

—Estate quieto.

—No quiero abrasarme —le dije alzando el pescado, enseñándole como desprendía calor, le dio un mordisco, llevándose gran parte de este consigo—.

¿Pero qué te crees que haces? — pregunté sorprendido, y le di un fuerte golpe en el brazo, haciendo que su comida tambaleara a punto de caerse al suelo.

—Te has quedado sin un trozo.

Intenté comérmelo, para que así no me quitara más, pero en vez de eso, tuve que engullirlo para no quemarme.

—Parecéis chiquillos —murmuró Gala mientras arrancaba parte de su pescado y se lo llevaba a la boca.

Me lo fui comiendo, mezclándolo con el trozo de pan que me habían dado. Cuando ya lo había acabado, dejé la rama en el suelo y cogí uno de los huevos que había traído Björn. Busqué

una piedra para golpearlo, tiré la cascara al suelo y al río, dejando que el agua se la llevase como si fuera un pequeño *drakkar*.

—Será mejor que descansemos, dos harán guardia hasta media noche y luego otros dos.

—Yo haré la segunda parte.

—Yo la primera —dijo Birgin—, con Carón, ¿verdad? — Le miró y este asintió.

—Egil hará el segundo, ¿alguien más?

—No es necesario.

Todos permanecieron callados, pero cuando Jokull fue a zanjar el asunto, alguien lo interrumpió.

—Yo me quedaré con él —susurró Gala, a la vez que recolocaba las pieles y terminaba de comerse el trozo de pan.

El *hersir* asintió, se puso en pie y no dijo nada más. Me acerqué al *hestr* y saqué las pieles que llevaba antes, me recosté contra un árbol y me tapé.



41 Hvat? – ¿Qué?

CAPÍTULO VI

Empecé a sentir como alguien me zarandeaba, moviéndome de un lado a otro. No sabía que era lo que estaba ocurriendo. Varios golpes me sacaron de mi estado, de ese sueño profundo en el que estaba sumido y fue entonces cuando escuché como una vocecilla me hablaba.

—Holgazán, levanta —dijo Gala en voz baja.

Estiré los brazos, aquello parecía un delicioso y hermoso espejismo, Gala

llevaba el pelo completamente suelto, y al estar agachada le caía por encima del rostro. Me pasé las manos por los ojos intentando ver bien, pero me costaba. En la mano llevaba una antorcha pequeña hecha con una rama y algo de tela... ¿Tela? Entonces vi como mi *kirtle* estaba tirado sobre la tierra.

—¿Pero...? —pregunté sin entender nada.

—Querrás poder ver, ¿no?

Asentí aún perplejo y adormilado.

—Pero también quiero poder abrigarme —fruncí el ceño.

No dijo nada, contestó con una sonrisa perversa pero a la vez completamente irresistible y hermosa.

Miré hacia todos lados buscando a quienes se habían encargado de vigilar, pero por lo que parecía hacía ya un buen rato que estaban durmiendo como niños. Mientras acababa de situarme, vi como Gala se alejaba con tranquilidad, hasta que escuché el crujido de una rama. Observe a nuestros guerreros, pero no había sido ninguno de ellos, los animales descansaban.

—Gala —le dije, intentando que solo ella pudiera escucharme—. Esconde el fuego. —Le ordené.

Se acercó al río y metió la cabeza de la antorcha en el agua, haciendo que el fuego se apagara. Sería mejor que no se viera el resplandor, o acabarían

descubriendo donde nos encontramos. Me senté en el límite de la bajada que habíamos descendido la noche anterior, justo antes de llegar al camino. Cerré los ojos intentando escuchar todo lo que ocurría. Un búho nos acompañaba con su canto, llenando el bosque con su sonido.

—No digas nada —murmuré, la muchacha iba a decir algo pero entonces apoyé mi dedo índice sobre sus labios.

Esta se acomodó a mi lado, tumbada hacia arriba con los ojos cerrados, dejando que la noche se hiciera con ella. Su pelo quedó esparcido sobre la hierba, podía ver la tranquilidad que emanaba de su rostro, y esa hermosa

media sonrisa que apareció en sus labios. La observé aprovechando mientras no me veía para hacerlo, ya que si se diera cuenta acabaría por enfadarse. Volvió a temblar a causa del frío. Algo dentro de mí me pedía que la abrazase, que le diera el calor que le faltaba y que la protegiera, aún a sabiendas que ella podría ser mejor que cualquiera de los guerreros que entonces roncaban como osos.

De un salto me puse en pie y fui a por las pieles que me cubrían, para echárselas por encima. Cuando se dio cuenta, abrió los ojos. Había algo en ellos, algo distinto, una dulzura que nunca antes había tenido al mirarme. Se

arropó bien, pude ver como su cuerpo se relajaba bajo el calor que comenzaba a sentir. Me senté a su lado mientras no dejaba de observarme.

—¿Por qué lo haces? —preguntó confusa.

—¿Por qué no debería hacerlo?

Me dejé caer sobre el suelo, tumbándome, cerré los ojos y me quedé quieto, intentando no hacer ningún ruido para escuchar lo que la madre naturaleza nos decía. Hasta que empecé a escuchar como Gala se arrastraba por encima de la hierba, y noté que su cabello rozó mi brazo. Levantó un poco las pieles, lo suficiente como para que me cubrieran, y apoyó su cabeza sobre mi hombro. Dio

un respingo, ninguno dijimos nada, permanecemos en silencio hasta que algo me alertó.

Caballos. Escuché como varios *hestrs* avanzaban por el *skógr*⁴², partiendo algunas ramas bajo sus pezuñas, y junto a eso, escuché la voz de un hombre en la lejanía. Aparté las pieles, cubriendo a Gala por completo, y le tapé la boca para que no dijera nada. Se dio la vuelta quedándose apoyada con los codos sobre la húmeda hierba. Esperamos agazapados, vigilando lo que hacían aquellos hombres que acababan de aparecer en el camino, atentos a todo aquello que pudieran decir.

—Si vierais a la muchacha... —dijo

uno de ellos al mismo tiempo que se pasaba las manos por el pelo—. Es una diosa, deliciosa y feroz.

—Exageras —respondió el hombre que iba a su lado.

—Es más de lo que cualquiera de nosotros podría esperar —el tono de voz se había vuelto más ronco, solo le faltaba empezar a babear—. Tiene el cabello largo, muy largo, rojizo como el fuego, suave como la lana de las ovejas. Unos ojos verdes como la hierba fresca en *Solmandr*. Es la mujer que todo hombre querría tener. Un cuerpo digno de una *valkyrja*, con esa forma tan delicada e irresistible, con los pechos exuberantes y turgentes que harían que

cualquier hombre se arrodillara ante ella —dijo mientras se pasaba las manos a lo largo del pecho y el resto del cuerpo—. Solo de verlos dan ganas de lamerlos.

Ladeé la cabeza y la miré, su rostro había cambiado, su expresión había pasado a la rabia y al asco. Cogió un poco de aire y lo dejó ir. Cuando me fijé en ella, mi cabeza volvió a repetir cada una de las palabras que había dicho aquel hombre; ojos verdes, cabello rojizo, *valkyrja*... ¡Estaban hablando de ella! Cogí aire también, cerré las manos en puños intentando apaciguar la rabia que empezaba a crecer en mí. Esos malnacidos habían estado vigilándola,

deleitándose con cada uno de sus hermosos y puros movimientos.

—¿Por qué demonios hablan de ti, Gala? —Gruñí entre dientes intentando que no me oyeran, mientras la agarré con fuerza del brazo.

—Egil, suéltame —me pidió.

Hice lo que me pedía, pero en aquel momento solo pensaba en ir a por ellos, sacarles los ojos y cortarles la lengua para que no pudieran mancillar su nombre.

—No... Yo... —dijo confusa, titubeando—. No lo sé.

Di un fuerte golpe sobre la hierba, encolerizado, intentando calmar el mal que me corroía por dentro, pero era

demasiado fuerte como para hacerlo desaparecer con un solo golpe. Escuchar que hablaban de esa manera sobre ella me ponía enfermo, sería capaz de hacer cualquier cosa con tal de que nadie hablara así de Gala, debería cortarles la lengua por haberlo hecho. Quería ir a por ellos, descuartizar sus sucios cuerpos, no merecían haberla visto... Ella.... Ella era una diosa a la que venerar, no una simple fulana a la que usar.

La muchacha posó una de sus delicadas manos sobre mi brazo, apretándolo para que notara que estaba ahí y que saliera de ese estado de cólera en el que me encontraba que iba

devorándome poco a poco, consumiéndome. Descendió el brazo con su mano tiernamente y agarró la mía con un cariño distinto a todo, únicamente suyo.

—Tranquilo, *víkingr*⁴³ —me susurró.

Desvié la vista hacia nuestras manos, luego a sus ojos, los cuales me rogaban que me calmara, que dejara ir a esos malnacidos que habían ensuciado su nombre. Cuando quise volver a fijarme en ellos, buscándolos con la mirada ya no estaban, habían desaparecido en la oscuridad del *skógr*, al igual que lo había hecho la luz que los iluminaba. Cogí aire, y miré hacia nuestros caballos, permanecían tranquilos,

descansando y sin hacer ningún ruido al igual que nosotros. Apreté las manos y las cerré dando otro golpe contra el suelo con la que aún tenía libre. Mi cuerpo temblaba y ardía igual que lo hacía mi mente al imaginar lo que esos sucios bastardos podrían querer hacerle a Gala, aunque estaba seguro de que ninguno de ellos conseguiría ponerle una mano encima si ella no quisiera.

Giré la cabeza un poco, encontrándome con la mirada de la muchacha, quien me observaba curiosa, con el cabello puesto hacia un lado, y con algún que otro mechón que se le colaba por la parte delantera del rostro. Se pasó la mano por ellos apartándolos.

Acercó su rostro a mi brazo y al notar como temblaba, pegó sus labios a mi piel dándome un delicado beso.

—Ya está —dijo con una dulzura capaz de conmoverme—. Si volvemos a verles, acabarás con ellos —sonrió, y volvió a besarme en el brazo.

Solté un suspiro seguido de un fuerte y profundo gruñido, aliviando la rabia que sentía dentro de mí. Cogí aire y me tumbé sobre la hierba, como lo hacía antes. Para que quedara bajo las pieles, Gala se pegó a mí. Levantó un brazo, y se colocó aún más cerca, se abrazó con fuerza. Besé su cabello a la vez que acariciaba sus hombros. Ninguno dijimos nada, pero no podía dejar de

pensar en lo que había ocurrido, esos hombres deberían estar muertos, no tendría que haberlos dejado escapar. Pagarían por lo que habían dicho, yo mismo me encargaría de ello.

El aire se hizo dueño del bosque, un frío aumentó, las hojas se movían en las alturas y en el suelo, inquietando a los *hestrs*. Gala se acurrucó más contra mí, haciendo que un escalofrío me recorriera erizando mi vello, y cambiando algo en mi interior. No sabía que era lo que estaba haciendo esa mujer conmigo, pero me sentía extraño. Me aparté de ella, me senté y tras eso me puse en pie, lo que llamó su atención. Abrió los ojos y alzó la vista

mirándome confusa.

—¿A dónde vas? —preguntó extrañada.

—Quiero estar atento a los alrededores —contesté mientras empecé a caminar—. Será mejor saber si hay alguien cerca.

—Espera, deja que te acompañe.

—No, vigila aquí —le dije tajante— será más útil para todos.

Hizo una mueca molesta. Seguí caminando hasta que perdí de vista todo aquello que me estaba rodeando antes. Había troncos por todos lados, algunos cortados recientemente y otros más viejos que habían caído por el viento. Le di un golpe a una piedra hasta que

rodó hacia otro montón, donde se había hecho una hoguera. Habían sido ellos, los malnacidos que habíamos visto hacía un rato. Quería dar con su paradero, acabar con ellos, aunque algo me decía que no sería sencillo.

Después de caminar durante un buen trecho, pasé entre algunos árboles y desde la lejanía pude ver como algo brillaba, una hoguera. Debían ser ellos. Di un buen rodeo para que no me vieran. Me moví agazapado hasta que pude verles. Me escondí tras un arbusto junto a un árbol de ramas bajas, lo que me ayudaba a esconderme. Estaban sentados alrededor de una hoguera, mientras comían algo. Mi estómago empezó a

rugir, estaría encantado de poder llevarme a la boca lo que estaban cocinando.

—Deberíamos avanzar pronto —dijo el que hablaba de Gala, mientras le daba un mordisco a la carne—. Aún queda un buen trecho.

—Sí, tenemos que avanzar.

¿Llegar a dónde? No podía dejar que fueran a por los nuestros, así que, volví hacia nuestro asentamiento para avisar al resto.

Corría tanto como me permitían mis piernas, estaba cansado, pero debía llegar antes de que recogieran todo. A lo lejos vi a Gala, apoyada contra el tronco de un árbol con la mirada perdida.

—¡Gala! —grité— ¡haz que despierten!

La muchacha se puso en pie tan deprisa como pudo, tropezó con alguna rama, pero aun así consiguió mantenerse en pie. Se acercó primero a Carón, luego a Gull, Birgin y los demás, dejando que fuese yo quien despertara al *hersir*.

—Jokull —le llamé—. Venga despierte —comencé a zarandearlo.

—¿Qué ocurre? —preguntó adormilado.

—Hemos visto a unos hombres a caballo, avanzaban hacia el poblado, no parecían peligrosos pero he dado un rodeo para vigilar que todo estuviera

bien y los he visto, no están muy lejos de aquí y algo me decía que no eran tan inofensivos como pensábamos, se estaban preparando y no les quedaba mucho —contesté alterado.

—Detente —dijo pasándose las manos por la cabeza—. Tranquilízate, nervioso no me sirves para nada —se pasó las manos por la cara haciendo un gesto de cansancio—. ¿Estamos todos?

—Sí, *hersir* —contestaron todos al unísono.

—Preparaos, vamos a hacerles una visita a esos hombres —aseguró con una sonrisa en la cara.

Fuimos hasta los *hestrs*, los preparamos e hicimos que subieran

hacia lo alto del sendero.

—Egil —me llamó Jokull—. Irás delante.

—Sí, hersir.

Hice lo que me ordenaba, íbamos uno tras otro para que no se nos viera en la oscuridad. No llevábamos nada con lo que ver el camino, pero así evitaríamos ser detectados.

Parecía más corto de lo que pensaba, ya que al ir a caballo todo fue más deprisa. Vimos el fuego que brillaba antes, estaban tumbados, podía verlos, ya no hablaban, lo más seguro es que se hubieran quedado dormidos. Nos acercamos, los observamos desde nuestros animales y entonces Jokull

desmontó. Se aproximó a uno de ellos y con la punta del pie le dio varios golpes para que así se despertara, dormía tan profundamente que no se dio cuenta de que estábamos allí. Junto a estos había un cuenco lleno de un líquido. Bajé del *hestr*, lo cogí y se lo eché por encima.

—¿Pero qué...? —preguntó desconcertado.

Sonreí, aquel iba a ser mi momento, iban a pagar por lo que habían hecho. Miraba hacia todos lados, vio como sus compañeros seguían durmiendo sobre la hierba.

—¿Quiénes demonios sois? —Justo después de preguntarlo, alargó el brazo e intentó coger su espada, pero con la

mala suerte que saqué mi hacha y la coloqué contra su cuello.

—Yo que tú no haría eso —sonreí.

—Será mejor que no muevas ni un solo dedo, o acabarás bajo tierra —aseguró Jokull.

Las manos y todo el cuerpo del hombre empezaron a temblar, pude ver como el terror y la rabia brillaban en sus ojos apretando la mandíbula, hasta que soltó la espada.

—¿Quiénes sois? —Volvió a preguntar.

—Seré yo quien pregunte, ¿entendido? —dijo Jokull, el hombre asintió repetidas veces nervioso—. Egil, aparta eso —hice lo que me decía, pero

no la guardé—. No importa quienes somos, sino lo que podemos hacer si no os vais de aquí —dijo entre dientes, mientras agarraba al hombre por el cuello del *kirtle*—. Marchaos, o arrasaremos con vuestro *heimr* y no quedarán más que cuerpos sin vida —la voz del *hersir* era calmada, tanto que pareció aterrorizar al hombre.

Este no dijo nada, permaneció callado. Tras el revuelo otro de ellos abrió los ojos y al darse cuenta de nuestra presencia se levantó, pasó sus manos por su exuberante barba, mientras nos examinaba uno a uno, hasta que dejó que su mirada se posara en la mía. Llevaba una cicatriz que atravesaba gran

parte de su cara, desde la ceja derecha hasta la barbilla, de arriba abajo, pasando por el párpado y la mejilla, incluso rozando parte de su labio inferior. Tranquilamente, se colocó los ropajes y se acercó por la espalda del primer hombre. Era bastante corpulento, pero no tanto como Jokull.

—¿Quiénes sois? —preguntó al igual que el anterior, aunque este parecía algo más seguro de querer saber de nosotros.

Le examiné de los pies a la cabeza, me di cuenta que aquel era el hombre que hablaba de Gala. Apreté la mandíbula, agarré con fuerza el hacha, el fuego que creía que se había apagado volvió a rugir con fiereza, más que

antes.

—Como ya he dicho, no importa quienes seamos, sino el hecho de que si no dais media vuelta y volvéis a donde pertenecéis, acabaremos con vuestra vida —amenazó el *hersir* entre dientes.

—No me importa lo que creas que tenemos que hacer o no, si quiero pasar, pasaré —respondió desafiante, y tras eso desvió la mirada hacia Gala, se relamió los labios, y le observó con lujuria—. Buenas noches, hermosa.

Ella no dijo nada, se limitó a ignorar como hablaba, pero yo no pude hacer lo mismo, no pude callar sabiendo lo que pensaba. Aparté a Jokull, y pasé frente a él.

Con el mango del hacha, golpeé al hombre en la cara haciendo que diera un paso atrás, que con un rápido movimiento desenvainó su espada. Le miré dedicándole una de mis sonrisas. Iba a acabar con él, costase lo que costase. Escuché como el resto daban un paso hacia atrás. El primer hombre despertó a los otros tres que aún estaban durmiendo. Fui a propinarle un golpe, cuando este lo detuvo con su espada. Estábamos cerca, muy cerca, tanto que podía escuchar su respiración. Me llevé la mano libre a la parte baja de mi espalda y saqué mi *knífr*, antes de que pudiera darse cuenta, se lo clavé en el costado derecho. Este dejó ir un fuerte

gruñido de lo más profundo de su ser, resistiéndose a caer.

Uno de los hombres que antes dormía cogió un hacha y vino hacia mí para atacarme. Con dos movimientos herí al hombre en el vientre y en la espalda. No iba a dejar que ninguno de ellos hablara de nuevo de Gala. Al ver que el de la cicatriz no luchaba solo, Gull se colocó a mi lado dispuesto a ayudarme. Volvieron a atacar. Nuestras armas chocaron una y otra vez, antes de que pudiera herirme con la espada, le propiné un buen golpe en el pecho al hombre de la cicatriz, haciendo que cayera de espaldas y se arrastrara por el suelo, buscando escapatoria. Dos de los

restantes se unieron a ellos, mientras el tercero socorría al líder. Vinieron a por mí, uno de ellos me dio un fuerte golpe en el vientre haciéndome caer de espaldas. Busqué por el suelo mi hacha pero no la encontré, me llevé la mano al cinturón intentando coger una de las pequeñas. Cuando la tuve, se la lancé. Aún quedaba uno de ellos y Gull estaba demasiado ocupado con el otro. No sabía si iba a poder salir de aquello. De repente algo se interpuso entre nosotros, Gala apareció con su escudo colocándose frente a él, protegiéndome. Desenvainó su espada, y atacó al hombre haciéndole un corte en el brazo. Este estaba a punto de hierirla pero ella

fue más rápida y consiguió colocar el filo de su espada sobre su cuello, y acabó desgarrando su garganta, empapándose de sangre.

Mi hermano acabó con el que se estaba enfrentando y golpeó al herido. Cuando me puse en pie, escuché como un caballo empezaba a trotar, el hombre de la cicatriz se escapaba. Me agaché, cogí mi hacha y en el instante en el que fui a echar a correr tras él, Jokull me detuvo.

—No, Egil.

—No sabes lo que han dicho de ella —dije mirando a Gala.

—Acabaremos con ellos, pero no ahora. Los dioses así lo han querido.

Pasé junto a su lado, la rabia me corroía no podía dejar que se fuese así, tal vez aquella iba a ser la última vez que nuestros caminos se cruzaran. Le di un fuerte golpe a uno de los árboles que me rodeaban. Seguí caminando en dirección a donde estaban nuestras cosas, dejando a Espíritu con el resto, necesitaba estar solo.

—Egil, espera —me pidió Gala preocupada, quien venía tras mi espalda.

—*Hvat?* —pregunté de malas maneras.

Esta hizo una mueca, se acercó a mí y me cogió como había hecho su tío. Hizo que me diera media vuelta quedando frente a ella. En sus ojos pude

ver algo, lágrimas, estaban bañados por pequeñas gotas que luchaban por no salir de ahí.

—¿Estás bien?

—Sí, gracias por ayudarme — contesté escueto.

Aún no estaba lo suficientemente lejos del resto como para escuchar lo que dijo Jokull, quien daba nuevas indicaciones.

—Egil quedará al mando, debéis seguir el camino —dijo a viva voz, esperando que lo escuchara—. Yo partiré ahora mismo para avisar al *Jarl*.

Cuando terminó, subió a su *hestr*, y si decir nada más, se marchó.

—Volvamos, mañana saldremos con

*Sól*⁴⁴.

El ocaso llegó, el sol iba desapareciendo tímidamente tras las montañas y la niebla que iba engullendo el territorio haciendo que apenas pudiéramos ver los árboles que nos rodeaban. Antes de que la noche cayera sobre nosotros, salimos de la arboleda para aparecer en un amplio valle de hierba verde y frondosa. Al final pude ver el poblado, el cual estaba en medio de las *fjall*⁴⁵, lo que hacía que fuese más sencillo de proteger contra invasiones, aunque provocaba fuertes rachas de aire.

—¿Es eso de ahí? —preguntó Gull.

—Así es.

Estaba agotado, mis huesos y mis

músculos estaban agarrotados, apenas sentía el trasero. Llevábamos todo el día sobre los caballos para poder llegar lo antes posible, apenas habíamos parado, ni siquiera para alimentarnos, solo avanzábamos. Hice que Espíritu fuese más veloz, el ansia que sentíamos por llegar y poder descansar era aún mayor que cualquier cosa.

Me adelanté al resto, me gustaba sentir como de veloz iba mi *hestr*, como se llevaba el aire todo aquello que rondaba mi cabeza. Gala se acercó a mí, ambos íbamos a la misma altura. No decía nada, solo dejaba que su caballo la llevara. Pasó un buen rato hasta que no aguantó más y dejó salir todas esas

palabras que se agolpaban en su boca.

—¿Por qué te marchaste? —preguntó preocupada.

—Necesitaba estar a solas.

—Querías alejarte de mí —sentenció.

—No inventes, mujer, solo necesitaba pensar —respondí en tono rudo.

Me miró incrédula, pasó por delante de mí, y giró un poco la cabeza, dedicándome una de esas hermosas sonrisas que tenía. ¿Cómo iba a querer alejarme de ella? No iba a dejar que llegara antes, por lo que me coloqué a su vera.

—A ver quien llega antes —me

provocó.

Asentí, no iba a ser más veloz que nosotros. Con el talón le di un golpecillo al *hestr* en la panza, y chasquéé la lengua lo que hizo que el animal fuese aún más deprisa. Las dejamos atrás, al girarme para ver donde se encontraba vi como sus ojos brillaban con fuerza, cuando a Gala se le antojaba algo tenía que conseguirlo. Le di otro golpecillo para que apremiara el paso, pero Regn y Gala cada vez estaban más cerca. Al darse cuenta de cómo la contemplaba sus mejillas se enrojecieron, haciendo que me quedara como un bobo encandilado. Estaba a punto de llegar al poblado, pasó por delante de mí, así

que, disminuyó el paso, pero no lo suficiente como para que pudiera alcanzarla.

—¿Qué te ha pasado, muchacho? —
Le pregunté a mi caballo mientras le acariciaba el cuello—. Estás exhausto —movió la cabeza arriba y abajo como si hubiera entendido lo que le decía.

Sonreí, a pesar de no haber llegado el primero. Me detuve antes de llegar a la entrada del poblado, al igual que había hecho ella, y me puse a su lado esperando a que llegara el resto, quienes no tardarían.

—He ganado —dijo burlándose—. ¿Cuál será mi recompensa, guerrero? —preguntó pícara mientras se mordía los

labios.

—Pues... —dije atontado—. Bueno, ya lo veremos.

Dejó ir una risita, y tras eso hizo una mueca.

El resto acabaron de llegar tras nosotros, salvo Birgin quien no podía avanzar ya que su caballo no dejaba de detenerse cada dos pasos para comerse la hierba fresca que había en el valle. Desmontó del animal, tiró de las riendas varias veces pero este no le hacía caso. Björn, Gull y Carón empezaron a reír descontroladamente como niños.

—Id a ayudarle —les ordené, intentando parecer algo más cuerdo que ellos.



⁴²Skógr – Bosque

⁴³Víkingr – Vikingo

⁴⁴Sól – Es la Diosa del Sol ⁴⁵Fjall – Montaña

CAPÍTULO VII

No teníamos lugar alguno en el que quedarnos, en el que descansar. Avanzamos por el camino de tierra que acabó por llevarnos al centro del poblado, desde allí pude divisar un gran salón, algo distinto al nuestro, más pequeño. Desmonté de mi *hestr*, y dejé que Gull se encargara de él, mientras entré a ver qué era lo que había dentro. De un empujón abrí las grandes puertas que impedían que el frío de la noche

entrara. Todos los que habían allí se giraron para mirarme. Se pusieron en pie agarrando sus armas y preparados para atacar. Dejé mi hacha sobre una de las mesas, dándoles a entender que no iba a hacer nada para herirles. Un hombre, el mayor de todos, se acercó a donde me encontraba. La gente había dejado de hablar y entonces murmuraban algo, a la vez que me observaban curiosos.

—¿Qué hace aquí?

—*Heill, bróðir* —dije tratando de ser lo más cordial posible— mis hermanos y yo venimos de muy lejos, hemos detenido nuestro camino durante un tiempo para poder descansar. —Le

expliqué— nos preguntábamos si habría algún lugar en el que poder pasar la noche —el rostro del hombre se relajó al escuchar aquellas palabras.

—*Heill* —me saludó—. Mi nombre es Olak, bienvenido a Aust-Agden —dijo con amabilidad—. Tus hermanos y tu sois bienvenidos a nuestras tierras —contestó con una humilde sonrisa en los labios— ¿de dónde venís?

—De Rygjafylki —el hombre hizo una mueca de desagrado, carraspeó, por lo que continué hablando—. Quiero decir, hace un tiempo estuvimos allí de paso —me miró con desconfianza, por lo que intenté excusarme, buscábamos respuestas, no empezar una guerra o por

lo menos ahora—. Sinceramente le digo, que espero no volver a tener que pasar por allí, no son más que unos malnacidos.

Lo que acababa de decir me dolió, me molestaba haber hablado así de mi gente, pero la ocasión lo requería. La boca del hombre esbozó una leve sonrisa, tosió e hizo que un chasquido.

—Son unos desgraciados —me mordí la lengua ante su comentario, cerrando las manos en puños intentando controlar los impulsos que me decían que le diera un buen golpe— Me alegra saber que no volveréis allí, no os conviene —dijo poniéndose detrás de mí dándome un golpe en la espalda.

—Sí —contesté entre dientes.

El hombre fue hacia una de las mesas, cogió una jarra me sirvió un líquido amarillento, y me lo tendió para que me lo bebiera. Lo llevé a mis labios, le di un trago y un desagradable sabor inundó mi boca haciendo que una horripilante sensación sacudiera mi interior. Estaba a punto de echarlo todo. Cerré los ojos con fuerza, fruncí el ceño y tragué lo que me había dado.

—¿Qué es esto? —pregunté de mala manera.

Escuché como Olak y el resto de gentes que estaban en la *hús* se reían sin parar desde todas partes.

—Muchacho, aún te queda mucho

por aprender.

—¿Por aprender? —Espete— ¡por los dioses! Si esto parece haberse hecho en el mismísimo *Helheim*⁴⁶.

—Toma —dijo tendiéndome una jarra con agua—. ¿Cuántos sois?

Asentí agradecido por el agua, me la bebí toda de un trago, pero no era suficiente como para hacer que el terrible sabor desapareciera de mi boca. Al dejarlo sobre la tabla de madera, lo rellenó, lo cogí y sin esperar más me lo bebí. Me aclaré la garganta y carraspeé.

—He venido con mis hermanos, somos bastantes, y uno de ellos aún debe llegar —le expliqué—. No tardará en aparecer.

El hombre asintió, se sentó en la mesa en la que estaba comiendo, apoyó un codo sobre la madera y dejó que su mano descansara sobre su frente, con la cabeza gacha. Entonces, se puso en pie y fue al final de la *hús* acercándose al que parecía el *Jarl*. Iba recubierto de pieles, estaba sentado sobre un gran trono hecho de madera y piel de oso que caía por todos lados. Tragué saliva al ver que se ponía en pie y venía hacia mí con paso decidido, me miró de arriba abajo y asintió sin decir nada. Cuando fue a dar media vuelta para marcharse, alzó un dedo y habló.

—Quedaos en los establos, sobre la hierba descansaréis.

Le observé atentamente quedándome con cada uno de sus rasgos. Tenía el cabello lacio hasta los hombros, era *fagrhárr*⁴⁷. Iba vestido con ropajes oscuros como la noche, igual que los hombres que encontramos en el bosque.

—Gracias, *drottin*.

—Soy Sveinn Knútsson. —Se presentó.

Había algo raro en él, algo distinto, su actitud, la forma en la que se movía, los aspavientos que hacía con las manos, era muy diferente a todos los hombres que había visto. Este en cambio parecía delicado y sin maldad.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó curioso.

—Egil, señor.

—¿Egil? ¿Y ya está?

—Así es, *drottin*, Egil Grábjörn — dije entre dientes, no podía darle el nombre de padre o sabrían que era hijo del *Jarl*.

—Egil el oso —comentó.

—Sí, señor.

—¿Por qué, *grábjörn*?

Empezó a hacer demasiadas preguntas, muchas para no sospechar nada, lo que hizo que mis nervios empezaran a tomar mi cuerpo.

—Tengo facilidad para matarlos.

Me miró con los ojos entrecerrados empeorándolo todo.

—Está bien —hizo una mueca y tras

eso alzó las manos—. ¡Qué preparen una mesa para estos humildes hombres! — Ordenó con alegría.

El resto no dejaban de mirarme murmurando cientos de cosas, mientras me observaban de arriba abajo. Hasta que el *Jarl* Sveinn chasqueó los dedos, haciendo que todos le prestaran atención.

—Tranquilos, no es más que una visita —todos asintieron con desconfianza, pero siguieron alimentándose—. Espero que os encontréis a gusto.

—Lo estaremos, señor.

Después de aquello, el joven *Jarl* se marchó de nuevo a su gran trono y siguió

comiendo junto a su esposa, una mujer mucho mayor que él. Los *thraell* sirvieron una nueva mesa en la que esperaban que nos sentáramos nosotros.

—En los establos hay una parte llena de heno, es lo que usamos para echar a los animales, podréis dormir ahí, mejor que en suelo frío.

—*Pakka*, Olak.

—No hay de qué —dijo con una humilde sonrisa.

Me acerqué a la puerta, la abrí lentamente e hice un sonido para que el resto supiera que estaba todo controlado y que podían entrar. Dejaron atados a los caballos junto a un poste que había en la puerta, y fueron entrando

tranquilamente detrás de mí, mientras el resto de la gente seguía hablando.

—Hermanos, este es Olak —dije mirando al hombre que me había recibido—. Y aquel de allí —señalé al final de la *hús*— es el *Jarl*, Sveinn Knutsson, el dueño de estas tierras. Es un placer para mí presentarle a mis hermanos, estos son Björn, Carón, Gala, Birgin y Gull —nombré a los que estaban delante.

—Es un placer teneros aquí —dijo a la vez que los saludaba uno a uno— Gala... —Se detuvo frente a ella, la miró de arriba abajo y sonrió—. No sé de qué recordaré tu nombre, pero me resulta muy familiar.

—No creo que pueda recordarle a nadie, señor —aseguró entre dientes—. Puede que su memoria esté fallando.

—Tal vez esté equivocado —sonrió.
—Sí.

Olak se giró levemente, quedándose frente a mí, me agarró por el brazo más fuerte de lo normal y clavó sus ojos en los míos.

—Me recuerdas a alguien —dijo acariciándose la nuca tras soltarme, con una extraña mirada—. Venid conmigo —fue hacia la mesa que acababan de preparar los *thraell* e hizo que nos sentáramos—. Esto es para vosotros.

—Es usted muy generoso —dijo Björn, agradecido.

—Yo no, el *Jarl*.

Tras comernos la abundante comida que nos habían servido, esperamos que recogieran y a que Olak acabara de hablar con uno de los hombres. Este no tardó en aparecer de nuevo, algo bebido. Podía notarlo en su forma de andar, en cómo se tambaleaba de un lado a otro, pero aun así era capaz de mantenerse en pie.

—Venid, ¡vamos! —gritó con alegría—. Os enseñaré dónde pasaréis la noche.

Nos pusimos en pie todos a la vez y seguimos al hombre. Algunos de mis hermanos apenas eran capaces de contener la risa, por lo que se podían

escuchar algunas carcajadas a nuestras espaldas. Salimos de la *hús*, ya era de noche, los caballos estaban algo angustiados y se movían intentando deshacerse de las ataduras que los sujetaban a la barra de madera. Cogí a Espíritu por las riendas e hice que viniera conmigo, igual que hicieron el resto con sus animales. Íbamos caminando por el pueblo, y fue entonces cuando me fijé en que aparte de que Olak se tambaleaba por su estado también lo hacía porque cojeaba de su pie izquierdo, lo que le impedía a la hora de combatir. No lucharía a no ser que fuera una necesidad extrema. No nos decía nada, solo seguía caminando hacia

adelante, tarareando algo que no lograba reconocer. Al cabo de un rato se detuvo frente a una gran puerta. Esperó a que llegáramos donde se encontraba, quitó la madera que usaban de cierre y abrió.

—Adelante —esperó en la entrada sujetando las puertas.

Nos adentramos en los establos. Eran bastante amplios, deberían de tener muchos caballos que albergar dentro, a pesar de que para entonces estaba casi vacío. Era un buen sitio, íbamos a estar bien. Olak nos hizo un gesto para que dejáramos a nuestros animales en la parte de atrás, dejando la del centro para que pudiéramos dormir, así estaríamos más resguardados del frío de

la noche.

—Qué los dioses estén de su lado — dijo Gala con una sonrisa, pero acto seguido se llevó las manos a la boca.

—¿Qué has dicho, muchacha?

—Yo... Ehm...—respondió sin saber que contestarle.

—Es lo que se suele decir, ¿no, señor? —pregunté interrumpiéndola, intentando sacarla de un apuro.

Gala alzó los hombros, como si no supiera que era lo que estaba ocurriendo, como si no conociera sus malditas costumbres envueltas en el veneno de Loki.

—Aquí no —contestó tajante.

Parecía que la embriaguez del

hombre había desaparecido por completo, estaba serio, daba la sensación de que incluso estaba molesto por lo que le había dicho. Todos asentimos lentamente mientras acabábamos de atar a los animales. Este cerró una de las puertas y siguió aguantando la otra antes de despedirse de nosotros.

—Va a ser una noche fría —nos advirtió a la vez que ladeaba la cabeza y miraba al cielo—. Será mejor que vengáis a tomar algo caliente.

—Bueno...

—¿Tenéis algo con lo que pagarme? —preguntó con una media sonrisa.

No le dije nada, hice como si no le

hubiera escuchado, no quería hacer tratos con ningún desleal a los dioses y este hombre, aun pareciendo honrado, no era más que un enemigo. Sentí como todas las miradas estaban puestas en mí y eso hizo que me girara al instante volviéndome hacia el caballo.

—Supongo que sí...

—¿Qué podéis ofrecerme?

—Cazaremos para ti —dijo Gull—, en eso somos los mejores —sacó un arco de dentro de una de las alforjas que colgaban del caballo— eso de tener que buscar alimento y refugio casi todos los días hace que cojas práctica —dijo inventándoselo.

—Está bien, como comeréis con

nosotros quiero dos jabalíes y un ciervo —nos exigió.

—Es excesivo —contesté serio.

—Hasta que no los traigáis no os iréis. —Nos amenazó.

—De acuerdo.

—Bien.

Clavé mis ojos en los suyos, pero no pude ver nada extraño en ellos, estaba calmado más de lo que me esperaba, aunque algo inquieto pero sin ganas de ningún altercado. Tras eso, se apartó de la puerta y se marchó.

Nos quedamos completamente solos, acabamos de colocar cada uno de los caballos en su sitio dejamos sus cosas sobre el heno que había junto a ellos.

Me fijé en que las paredes eran distintas, era todo diferente, mientras nuestro *heimr* estaba lleno de alegría, y estaba a rebosar de personas, el suyo estaba vacío, era pequeño y no había quien lo protegiera, las gentes parecían decaídas, no tenían algo por lo que vivir, o por lo menos no lo demostraban.

—¿Vamos? —dijo Birgin a la vez que llegaba a la salida.

—Sí.

—Id vosotros —dijo Gala en un tono algo inquietante—. Yo iré en un momento.

—Si quieres me espero.

No quería dejarla sola, cualquiera podría hacerle algo, sobre todo si

apareciese el hombre del bosque. La reconocería al instante, estaba seguro de ello. Pero como siempre, la muchacha iba a hacer lo que quería.

—No, vete.

—Pero... Me quedaré.

—He dicho que no —murmuró molesta.

Asentí, di media vuelta y nos marchamos, dejándola sola junto a su yegua mientras nos miraba con rabia. No sabía que era lo que le ocurría. Solté un soplido, desganado, nunca iba a conseguir entenderla.

Al entrar en la *hús* nos la encontramos completamente vacía, los *thraell* ya se habían encargado de

recogerlo todo y de hacer desaparecer lo que no debía estar ahí. El *Jarl* se había marchado a su *gardr*, ya no había nadie salvo Olak, quien nos esperaba con varias jarras sobre la mesa central, la que estaba junto al fuego. Parecía que estaba algo más calmado y que el efecto de la bebida había menguado.

—Muchachos, probad lo que os ha servido, Olak —dije con una amplia sonrisa, a sabiendas de que las jarras estaban llenas del mismo líquido que probé nada más entrar.

Todos cogieron una de ellas, lo miraron y sonrieron chocándolas. Intenté no reírme, ya que si no sabrían que algo estaba pasando.

—*Skål*⁴⁹ —dijimos todos.

Se lo tomaron de un trago mientras lo dejaba sobre la mesa, no pensaba volver a tomar algo así. Carón con mala cara optó por escupir el líquido al suelo, Birgin lo devolvió a la jarra, Björn se lo tragó asqueado, y Gull se lo tomó con gusto, tanto que miró a Olak con una sonrisa.

—¿Hay más? —preguntó deseoso.

—Sí... Claro —dijo Olak sorprendido, confuso por el hecho de que quisiera beber más de lo que le había servido.

Antes de que el hombre se pusiera en pie a por el jarrón en el que estaba, le hizo un gesto con la cabeza para que no

fuese.

—Toma, bebe el mío —dije pasándole la jarra—, no sé cómo has sido capaz de tomarte eso.

—Está delicioso —tras eso, se tomó todo lo que había.

Olak había guardado algo más de la comida que había sobrado esa noche, la cual era escasa, pero si alguien tenía hambre podía comer. Vi como Björn cogió un trozo de carne y se lo llevó a la boca, desgarrando la carne con los dientes y engulléndolo, como si alguien fuera a quitárselo. Ellos empezaron a comer, pero de repente me acordé de Gala, no había aparecido, ni la había esperado para calentarnos. Cuando fui a

ir a por ella, vi como aparecía por la puerta. Entró boquiabierta viendo como los animales habían devorado la comida como si no fueran más que unos salvajes, y no habían dejado nada más que un poco de pan. La muchacha vino hacia nosotros y se sentó al otro lado de la mesa sin decir nada. Me acerqué a ella pero cuando fui a sentarme puso la mano para que no lo hiciera, parecía enfadada, pero... ¿Por qué? Volví al sitio en el que estaba, no hacía falta decir nada más.

—Comen más que un oso, ¿eh?

—Así es, tienes que ser veloz o arrasan con todo —le contesté a Olak.

Al terminar con la comida, se

tomaron un vaso de leche caliente, en cuanto se lo bebieron, se pusieron en pie dispuestos a marcharse, pero entonces les lancé una mirada haciendo que recordaran que Gala acababa de llegar.

—Podéis marcharos —dijo ella como si nos hubiera visto.

Les hice un gesto con la cabeza y así lo hicieron, menos yo, que me quedé esperando a que terminara, no quería que fuese sola por un pueblo como aquel lleno de buitres.

—He dicho que podéis iros —dijo a la vez que giró la cabeza levemente, entonces solo me vio a mí observándola —. Vete —me ordenó de mala manera.

Desde que llegamos al poblado

pareció distinta, o por lo menos lo estaba conmigo. Salí de la *hús*, dejando que Olak se quedara con ella. Me apoyé en la pared de madera y un repentino bostezo se escapó de mi boca justo en ese momento salió la muchacha.

—¿Qué haces?

—Estoy exhausto —contesté.

Ella asintió, se dio la vuelta y empezó a caminar hacia los establos tranquilamente, mirando todo aquello que había a su alrededor. Fui tras ella, hasta que me puse a su lado observándola. Era tan bella... Cualquiera hombre sería afortunado de tenerla.

Al entrar, vimos como el resto ya estaban acomodándose en la parte que

nos habían dejado, pero al final acabó siendo pequeña para tantos guerreros. Un poco más lejos había algo más de espacio, por lo que opté por ser yo quién se marchara, para que los demás pudieran conservar el calor.

Me acerqué a Espíritu y lo llevé conmigo, por lo menos él podría darme el calor que no tendría estando solo. Lo até con una cuerda larga para que pudiera tumbarse a mi lado, aunque antes saqué el hatillo de pieles con las que me tapé la otra noche y las dejé en el suelo. Cogí el heno y lo esparcí, sobre este puse una de las pieles para estar algo resguardado, y con las restantes me tapé.

—Qué los dioses estén de nuestra parte y nos bendigan dándonos la fuerza para seguir adelante.

Abrí los ojos poco a poco, no sé cuánto tiempo pasó desde que nos pusimos a dormir, pero algo había hecho que me despertara. Estaba tan cansado que se me cerraron los ojos de nuevo, apenas podía aguantar con ellos abiertos. Me pasé la mano por la cara, entonces noté como otro cuerpo se recostó sobre el heno, junto a mí y me abrazó con fuerza. No dejaba de temblar, aunque poco a poco fue menguando a medida que iba cogiendo calor. Pasé un brazo por encima de este, sentí como apoyó su cabeza sobre mi

pecho, dejé que mis dedos se mezclaran con su largo cabello... Gala, era ella, olía a ella, ese dulce olor que solo ella tenía. Estiré de las pieles, cubriéndola bien, dejando que solo su cabeza quedara al descubierto. Hice un esfuerzo y abrí los ojos. Esta descansaba pegada a mí como si no fuera más que una niña indefensa. Habría dado lo que fuera por que todo se detuviese, por tenerla así conmigo, tan dulce y delicada. Se movió un poco, pero solo para acabar de acomodarse junto a mí, pasando una de sus largas piernas por encima de las mías dejándolas a la altura de mi cintura. El simple roce de su piel contra la mía hizo que me tensara más de lo que

ya estaba. Una poderosa llama empezó a arder en mi interior como nunca lo había hecho. Los pantalones empezaron a molestarme, a apretarme. Necesitaba sentirla más, quería tenerla encima, quería tantas cosas con ella que al final acabaría perdiendo la cabeza. Pasé mi mano por su pelo, baje por sus hombros, y al sentir como la acariciaba se movió un poco quedando aún más pegada a mí. La boca se me secó, intentaba serenarme, pensar en otra cosa, calmar este fuego interno que no dejaba de abrasarme por dentro, pero nada de ello funcionaba. Me moví hacia un lado para separarme de ella, lo suficiente como para deshacerme de esa sensación, pero

cuando lo hice en vez de quedarse donde estaba, volvió a acercarse buscando mi calor. La abracé con fuerza, le di un beso en la parte superior de la cabeza y pasé las manos por su pelo. Entonces, vi como abría los ojos, tal vez inconsciente o no, pero no dejaba de mirarme y acabó uniéndonos en un dulce beso. La miré sorprendido, sin entender muy bien qué era lo que estaba haciendo.

—Gala... —murmuré.

Volvió a mirarme y sonrió pícara, se sentó sobre mi cintura y me miró desde arriba. Mi cuerpo reaccionaba a cada uno de sus movimientos, haciendo que me volviera loco. La agarré por la cintura pegándola completamente a mí.

Se inclinó hacia delante, sus pechos rozaban mi torso desnudo y me besaba apasionadamente. ¡Por los dioses! Quería arrancarle los ropajes allí mismo, me daba igual lo que pensarán los demás, tan solo la quería a ella. Abandonó mi boca para centrarse en mi cuello, el cual mordía, lamía y besaba con fiereza y delicadeza. Mi respiración se volvió más agitada con cada una de sus caricias y atenciones. Bajó una de sus manos, dejándola en el límite entre la tela y mi piel. Sonrió, me besó de nuevo y tras eso volvió a tumbarse sobre el heno, como si no hubiera ocurrido nada. Dejé ir un fuerte soplo, me iba a dar algo... Se abrazó a mí, cerró los

ojos, al igual que hice yo intentando calmarme, otra vez, pero me fue imposible, no podía tenerla al lado y mucho menos después de lo que había hecho. Me moví hacia un lado, pero pasó su pierna por encima de mi sin dejar que me alejara.

—¡Por los dioses! —exclamé desesperado.

No había nada que hacer, por lo que cerré los ojos, intentando a descansar algo.

Los primeros rayos del sol iban colándose por las lamas rotas de madera, lo que hacía que mis ojos notaran la luz que llenaba los establos. Me daba la sensación de que acababa de

dormirme y ya estaba despierto. No me moví, seguía de lado, hasta que me di cuenta de que Gala ya no estaba. Me puse en pie y me la encontré un poco más retirada hecha un ovillo, como si no fuera más que un *kottr*. La cogí en brazos tapándola con una de las pieles y la acurruqué a mi lado para darle el calor que había perdido estando apartada.

—¿Qué haces? —preguntó dormida mientras la sujetaba.

—Estabas pasando frío —susurré cariñoso—. ¿Quieres volver a dónde estabas?

Me dijo que no con la cabeza, así que, aproveché para abrazarla con

fuerza dejando que nuestros cuerpos se unieran. Pegué mi nariz a su cabello inspirando su olor a hierbas. Desde que Bera empezó a hacer las mezclas de flores y hierbas, Gala olía tan bien que daban ganas de tenerla siempre al lado. Escuché como alguien más se ponía en pie, salía fuera y daba la vuelta a los establos. Era Gull quien al entrar se dio cuenta de que Gala no estaba en su sitio, así que, vino a alertarme dándose cuenta que estaba conmigo.

—Egil, Gala no... —Comenzó a decir mientras se acercaba, al vernos abrió los ojos asombrado—. ¡Por los dioses! ¿Pero qué has hecho? —exclamó a la vez que movía las manos de un lado

a otro—. Hammer va a cortarte el cuello.

—No pasó nada.

—Claro, eso cuéntaselo a él...

—Anoche vino por que tenía frío —
siseé.

—La decisión es tuya, hermano —
dijo mientras se daba la vuelta.

No entendía nada de lo que estaba diciendo, ¿de qué decisión hablaba? Vi como salió corriendo, tirándose encima de Carón y Birgin, quienes dormían uno al lado del otro. Estos se despertaron al instante y empezaron a golpearle como si fueran niños. Lo cogieron entre los dos, tirándolo al suelo y se sentaron sobre él. Björn que parecía el más

cuerdo de todos, los observa desde donde estaba, pero entonces, no pudo resistirse, los empujó a los dos cayendo junto al otro. Negué con la cabeza, no podía creer que estuvieran comportándose así, estos eran los hombres que luego deberían defender a los nuestros. Dejé a Gala sobre el heno, le eché las pieles por encima, y por último la capa para que no pasara frío y fui hacia donde estaban ellos con los brazos cruzados.

—Dejad de perder el tiempo —dije enfadado— recoged y preparaos, nos vamos de caza.

—Sí, Egil —dijeron todos a la vez.

Volví hacia donde estaba Gala, la

observé desde arriba, era tan sumamente hermosa... Me arrodillé a su lado y le besé la frente, luego le di varios golpecitos en el brazo para que así se despertara, pero cuando abrió los ojos y me vio frente a ella, me dio un golpe en la cara dejando que el calor abrasara mi piel.

—¿Qué haces mujer? —Gruñí— ¿es que has perdido la sensatez?

—No.

—¡No te atrevas a hacerlo de nuevo, o acabaré por devolvértela!

Para un hombre lastimar a una mujer era lo peor que se podía hacer, cualquiera que fuese capaz de hacerlo debía ser castigado, incluso había

hombres que acabaron muriendo por ello. Me miró con mala cara, se puso en pie y se marchó hacia donde debería estar. Fui tras ella mientras el resto iba sacando sus *hestrs*.

—Ahora iremos nosotros —voceé.

La muchacha se pasó las manos por el pelo, lo trenzó dejando que cayera sobre uno de sus hombros, aunque un mechón se le escapó. Sacó sus ropajes de la alforja que había junto a su yegua, se la puso y cuando fue a pasar por mi lado la agarré del brazo para que no se marchara. Hice que diera varios pasos hacia atrás, acercándose a la pared hasta que su espalda quedó pegada. Corrí el riesgo de que alguien la escuchara

hablar, pero no me importaba. Cogí el brazo que tenía suelto, la sujeté contra la pared, para que no se moviera y encajé mi cintura con la suya.

—¡Suéltame! —gritó.

—No voy a soltarte, quiero que me escuches —gruñí contra su boca.

Negó con la cabeza, pero aun así no hizo nada para separar nuestros labios.

—No entiendo tu comportamiento —dije desesperado—. Cuando cae el sol pareces otra mujer, vienes a por mí, me buscas, pero durante el día pareces un *kottr* furioso, y no voy a permitir que sigas así —le expliqué molesto—. No vengas a buscar mi calor y por la mañana cambies, porque entonces no

quiero que te acerques a mí.

—Suéltame —murmuró en voz baja.

Entonces fui yo quien se negó a decir nada, no quería que ocurriera nada más, me resultaba agotador tenerla tan cerca y no poder hacer nada con ella. Me pegué a su cuerpo, la besé frenético, hambriento tanto de su cuerpo como de su alma. No me rechazó, me devolvió cada uno de los besos que le daba. Dejé sus manos libres y la agarré por la cintura, pegándola más a mí. Posó sus manos en mi cuello haciendo fuerza para que nuestros labios no se separaran. Le di un leve mordisco, lo que hizo que un dulce y ardiente gemido se escapara de su boca y entrara en la mía. Pero sin

esperarlo, me separó de ella se acercó a su yegua, y se pasó el arco por la cabeza dejando que colgara de su hombro.

—Será mejor que vayamos con el resto —dijo con frialdad.

Una vez más hizo lo que quería conmigo. Permanecí mirándola, sorprendido, no sabía que era lo que acababa de ocurrir, no entendía absolutamente nada, la confusión y la rabia se apoderó de mí, tanto que ni mi cuerpo ni mi mente reaccionaban.

Un rato después, fui hacia Espíritu, lo monté y salí tras ella haciendo que el animal fuera veloz para así poder alcanzarla antes de que llegara al resto.

—¿Qué ocurre? —pregunté confuso

y molesto.

—No ocurre nada, Egil —respondió escueta.



⁴⁶Helheim – es conocido como el reino de la muerte

⁴⁷Fagrhárr – Rubio, cabello.

⁴⁸Þakka – Gracias, agradecer.

⁴⁹Skál– Salud.

CAPÍTULO VIII

Llegamos junto al resto, en el límite entre los árboles y la explanada. Nos adentramos en el *skógr* lentamente, los que iban en cabeza avanzaban con lentitud, apenas se podía ir a caballo ya que íbamos topándonos con todas las ramas que había a nuestro paso. Desmonté del *hestr*, lo até a una rama baja y le acaricié el morro. De una de las alforjas que colgaban a cada lado del animal saqué mi hacha, me coloqué

bien el cinto en el que llevaba las pequeñas y mi *knífr*. Debería haberlo preparado todo antes de salir, pero Gala hacía que todo se me olvidara.

—Desmontad —les ordené.

Se giraron hacia mí haciendo lo que les ordenó, los ataron a árboles cercanos a donde nos encontrábamos, cogieron todo aquello que les fuese a ser necesario para cazar, y vinieron a mi lado. Cuando ya estaban todos, aproveché para decidir cómo íbamos a dividirnos para llegar con aquello que nos habían pedido.

—Carón y yo iremos hacia aquella zona —dije señalando al norte— vosotros dos —les dije a Björn y Gala

— iréis al este, Gull y Birgin al oeste, el resto, repartíos entre las parejas, ¿entendido?

—Sí, Egil —contestaron todos menos ella.

—Adelante, que los dioses estén de vuestra parte.

Asintieron, se dividieron como había ordenado, y marcharon por donde les había indicado. Carón y yo nos quedamos solos, lo mejor iba a ser estar bien divididos ya que así seríamos más silenciosos y los animales no se darían cuenta de que íbamos avanzando. Mientras caminamos le hice una señal a Carón para que se retirara un poco más y de esa forma poder verlo todo mejor.

Pasó un rato, no habíamos visto nada, ni siquiera sabía cuánto había pasado desde que nos dividimos. Casi había perdido de vista a Carón, pero por suerte aún podía divisarle en la lejanía. Miré hacia todos lados, seguí caminando intentando no tropezar con ningún tronco de los que había en el suelo. De repente, escuché el chasquido de varias ramas, algo se estaba moviendo y estaba seguro de que no era ninguno de los nuestros. Miré hacia donde escuché el ruido y silbé, alertando a Carón. Me acerqué poco a poco, intentando hacer el menor ruido posible. Cuando estaba algo más cerca pude ver como un *heri*⁵⁰ se removía entre las hojas que había en el

suelo, en busca de algo con lo que alimentarse. Saqué una de las hachas que colgaban de mi cinturón y se la lancé, haciendo que quedara clavada en el cuello del pequeño animal, el cual cayó al suelo desplomado. No había muerto, seguía vivo, gritando de dolor. Corrí hacia donde estaba y escuché como mi hermano me seguía, cuando estuve a su lado, me agaché y de un golpe seco con el borde del hacha acabé de partirle el cuello. La sangre del animal me manchó el rostro, pasé dos dedos por el corte y después por mi cara, haciendo que dos largas rayas cruzaran mi piel.

—Bien hecho, hermano.

Asentí mientras veía como él hacía lo mismo que yo. Cuando terminó, sonrió.

—Aquí ante los dioses agradezco la carne de este animal —dije en voz alta.

De mi bolsillo saqué un poco de cuerda, sujeté sus patas hacia arriba y las até para poder cargarlo mejor. Me puse en pie de un salto, cogí la cuerda y vi como Carón me observaba.

—Vayamos a ver que tienen los demás.

Empezamos a caminar, pero entonces fue Carón quien se dio cuenta de que un *rauðdýri*⁵¹ empezaba a moverse junto a un árbol bajo. Me quedé quieto al igual que hizo él, pero no tardó en dar un par

de zancadas y acercarse. Con un movimiento rápido, sacó la espada y lo mató, la volvió a envainar, cogió el animal y se lo pasó por detrás del cuello dejando que las patas colgaran a ambos lados de sus hombros. Sonreí contento de haberlo conseguido, pero aún quedaba la mitad para saldar la deuda con Olak. Fuimos hacia donde estaban los demás. Miré hacia todos lados, y a los primeros a los que nos encontramos fue a Gull y Birgin junto a algunos hombres más.

—¿Qué habéis conseguido? —Le pregunté.

—Un *rauðdýri* —dijo a la vez que levantaba la mano y nos enseñaba otro

ciervo.

Cuando nos encontramos a medio camino y nos juntamos, Birgin sacó pequeño cuenco de una alforja de las que llevaba colgada del hombro, la dejó en el suelo, cogió el ciervo que llevaba Gull, le hizo un corte en el estómago y dejó que la sangre fuese cayendo.

—Oh, *Odín, alfather*, te damos las gracias por bendecirnos con esta maravillosa caza, y por protegernos del mal de *Loki*, sobre todo en estos momentos en los que estamos en sus tierras.

Mojé mis dedos en la sangre, pintando a cada uno de mis hermanos con ella, haciéndole las mismas líneas

que llevábamos Carón y yo. Fuimos hasta los *hestrs*, y también los manchamos, ellos también deberían estar protegidos de *Loki* y de sus seguidores. Cuando le devolví el cuenco a Birgin vi como algo se movía en el la lejanía veloz sin detenerse ante nuestra presencia. Le di un golpe a Gull en el brazo alertándole. Señalé el lugar en el que lo había visto, este preparó su arco, apuntó y dejó que la flecha hiciera el resto. Era uno de los mejores tiradores de todo nuestro *heimr*, por no decir el mejor, aunque en ciertas ocasiones solo Gala era capaz de superarle. Ella lo tenía todo; habilidad con las armas, rápida, ligera y hermosa, todo en uno.

—¿Por los dioses! —gritó Jokull, molesto—. ¿Es que estáis ciegos?

Una sonora carcajada se escapó del interior de Carón quién miró a Gull, este se colgó el arco del hombro, intentando disimular para que no se le escapara la risa ante el *hersir*. Avanzaba con lentitud, pero de repente el *hestr* empezó a ir más deprisa.

—¿Qué demonios creéis que estáis haciendo?

—Cazar —respondió Carón como si fuera un niño.

—De eso ya me he percatado —gruñó entre dientes, nos miró a todos y por último le devolvió la flecha a Gull, a quien se le escapó una leve risa—.

Vuelve a reír y te corto la lengua —le amenazó.

Nos quedamos boquiabiertos ante las palabras de Jokull, no le había gustado nada el fallo de Gull. El *hersir* desmontó de su *hestr*, lo agarró por las riendas y se acercó a mí dándome un leve empujón haciendo que caminara, junto a él.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó a la vez que me cogió con fuerza por el brazo.

Fui explicándole lo que había pasado durante su ausencia, contándole lo imprescindible, lo que habíamos visto sobre el *Jarl Sveinn*, el puesto que tenía Olak, las gentes que habíamos visto, la

razón por la que estábamos cazando...

—Pero... Egil, ¿es que has perdido el juicio?

—No, hersir.

—¿Es que confías en ellos? — preguntó preocupado.

—No, no confío en ellos pero es la manera más sencilla de saber cómo viven y como se protegerían en caso de asalto.

Se pasó las manos por la cabeza y por el pelo, pensando en lo que le había dicho. Me soltó el brazo, dio dos pasos hacia adelante y golpeó una piedra con el pie, de un tamaño considerable.

—Ya puede salir todo bien —me advirtió.

—Sí, señor —le aseguré, me giré para ver donde se encontraban los demás, que iban algo retrasados—. ¡Venga! —Les grité desde la lejanía.

Empezaron a correr para alcanzarnos, cuando llegamos a la linde entre la pradera y el *skógr*, donde se encontraban el resto de animales, vimos como Gala y Björn estaban sentados sobre un tronco, aguardando nuestra llegada. Frente a ellos había otro *rauðdýri*, tenía el cuello partido, señal de que le habían golpeado con fuerza sin herirle.

—¿Qué traéis? —preguntó Björn.

—Carón y yo hemos conseguido un ciervo y un *heri*, ellos tienen algunos

más y vosotros un ciervo, por lo que puedo ver.

A mi lado apareció Jokull, ya que se había quedado atrás a causa de su hestr.

—*Hersir* —exclamó Gala.

Se levantó de un salto, vino hacia nosotros y se abrazó con fuerza a Jokull durante unos instantes, la muchacha estaba contenta de ver que había vuelto sano y salvo. Tenía mucho que contarnos, así que, les propuse ir a la hús para darle a Olak la caza, y que así conociera a Jokull.

Dejamos a los *hestrs* en los establos bien atados para que no salieran fuera. Carón guardó el más grande de los *rauðdýri* para nosotros, sería nuestra

comida cuando no tuviéramos qué llevarnos a la boca, aunque no deberíamos tardar en comerla o acabaría pudriéndose. Después de dejarlo todo, y cargados con los tres animales fuimos hacia el gran salón del poblado. Al abrir el portón nos encontramos solo con Olak, quien parecía estar allí todo el día. Este nos observó estupefacto, estaba seguro de que creía que no seríamos capaces de traerle lo que había pedido. Antes de que llegáramos al final de la mesa, soltamos las presas en una de ellas.

—Olak, me gustaría presentarte a nuestro líder, este es Jokull, él vela por nosotros.

El hombre asintió, se acercó a nosotros y se detuvo frente a él para saludarle. Le agarró por el antebrazo esperando que correspondiera su gesto.

—Me alegra verle en nuestras tierras —dijo con una amable sonrisa en los labios—. Espero que *Loki* esté de vuestro lado, Jokull —cuando pronunció el nombre del Dios vi como el *hersir* apretó la mandíbula, intentando contenerse—. A ver que me habéis traído —comentó a la vez que se frotaba las manos entre sí.

Miró por encima lo que habían dejado sobre la mesa y sonrió satisfecho. El hombre siempre iba con una sonrisa en los labios.

—¡Vaya! Todo lo que os había pedido.

—Así es, Olak, nos dejas un sitio en el que cobijarnos y donde alimentarnos, es lo menos que podemos hacer por ti.

El hombre asintió, caminó hacia la otra punta del salón, y desapareció tras una tela. Al salir vino con unas cuantas jarras las cuales empezó a llenar de aquel horrible líquido.

—No, gracias —dije a la vez que intentaba apartar mi jarra, pero ya era demasiado tarde y estaba rebosante de bebida.

Me giré hacia Gull, quien ya se lo había tomado todo, y esperaba ansioso a que le diera el mío. Al resto nos sirvió

algo parecido a nuestro hidromiel, una bebida hecha de miel y agua que reposaba bajo la atenta mirada de los dioses. Di un sorbo, era buena, pero no estaba tan deliciosa como la que elaboraba Hanna. Siempre había escuchado las historias que narraban las sagas, las cuales hablaban del hidromiel como la bebida que alimentaba a los dioses, sobre todo al padre de todos, a *Odín*, y que al morir si ibas al *Valhalla*, las *valkyrjur* te lo servían hasta que llegara el *Ragnarök*, el momento en el que todos los guerreros de *Odín* deberían luchar a su lado. Le di un largo trago, y dejé que el sabor embriagara mi boca. Era delicioso. El *hersir* y Olak

chocaron sus jarras como muestra de amistad, o por lo menos la que el hombre creía tener con nosotros.

—Venga, mujer, ven aquí —voceó Olak.

Tras la misma manta que había atravesado el hombre apareció una mujer rechoncha, algo mayor que este, con los cabellos revueltos, cara de pocos amigos y los ropajes manchados de tierra y sangre. Se dirigió hacia nosotros y al verla andar me dio la sensación de que la *hús* temblaba.

—¿Qué quieres? —preguntó de mala gana.

—Llévate eso —dijo girándose hacia los animales—. Es lo que

comeremos esta noche, para estos hombres prepara el *rauðdýri* más grande. —Le ordenó a la vez que se volvía hacia nosotros y nos miraba.

La mujer asintió, ya que más que una simple mujer parecía uno de los gigantes que habitaban en el *Jötunheim*⁵², el reino de los gigantes de hielo y roca. Se acercó a donde estaban los ciervos y liebres, ella sola se cargó con uno de los *rauðdýri* y se lo llevó. ¿Cómo era capaz de hacerlo? Habían tenido que cargarlo dos de nuestros hombres. Me quedé asombrado al ver la fuerza con la que lo llevaba, parecía una pluma en sus brazos. Miré hacia un lado, y me di cuenta de que no era al único que había

dejado sin palabras.

—Vaya —dijo Jokull.

—Es toda una mujer, ¿eh? —dijo Olak embelesado.

Lo miré, y no pude evitar hacer una mueca producida por la repugnancia que había sentido al ver a esa mujer.

—Será mejor que vayamos a los establos, descansaremos algo antes de que llegue la noche.

—Claro.

Nos fuimos, pero antes de que pudiéramos hacer desaparecer de nuestra cabeza lo que acabábamos de ver, el hombre cogió uno de los ciervos, y salió corriendo hacia donde había ido la mujer con cara de baboso.

—*Puag*... —espetó Gala.

Gull y yo empezamos a reír ante lo que acababa de hacer, no podíamos dejar de hacerlo. La muchacha nos observaba divertida, y acabó uniéndose a nosotros, mientras los demás nos miraban como si hubiéramos perdido la cabeza. Jokull hizo una mueca de enfado mientras nos observaba.

—Venga —nos ordenó el *hersir*.

Las risas se acabaron en cuanto vimos la cara que puso, estaba enfadado, demasiado. Fuimos hacia los establos, entramos y vi como la yegua de Gala, Regn, y mi Espíritu estaban juntos. No los habíamos dejado así, por lo que me pareció extraño. Me acerqué a ellos,

y me di cuenta de que mi *hestr* estaba desatado.

—Chico, ¿qué haces? —pregunté pasándole la mano por el morro.

Cogí al animal por la cuerda que caía desde su morro y lo llevé a su sitio. Me dejé caer sobre la paja e intenté descansar. Cerré los ojos, mientras oía como mis hermanos hablaban sobre algo, pero no escuchaba a Gala, lo que me creó un desazón extraño. Entonces escuché como alguien se acercaba a mí haciendo que abriera los ojos, me encontré a la muchacha junto a mí.

—¿Ocurre algo?

—Quería saber que pasaba con los *hestrs* —dijo señalándolos.

—No ocurría nada, Espíritu se había desatado para ir a visitar a Regn.

La joven tras oír mi respuesta, asintió, se puso en pie y se marchó a donde estaba.

Los pocos rayos de luz que se colaban entre las lamas acabaron por desaparecer. Dentro de nada podríamos disfrutar de los animales que habíamos cazado. Deliciosa carne, que si estuviese tan buena como la que comimos la otra vez, acabaría devorándola.

—Tú —dijo la muchacha a la vez que me dio un golpe con el pie—. Será mejor que te levantes, o estos arrasarán con todos.

Solté un suspiro, medio dormido, me senté en el heno y la miré. Me tendió la mano, la agarré para que pudiera ponerme en pie pero cuando estuve a punto de erguirme, esta me soltó y caí de culo. Por suerte tenía las pieles bajo mi cuerpo.

—Ahora sí —dijo intentando que no se le escapara la risa.

—No, gracias.

Nos encaminamos hacia la *hús* junto a los demás. Gala había pasado por delante de mí, hablando animadamente con Jokull. Cuando llegaba la noche parecía otra mujer completamente distinta, era graciosa, dulce, sencilla... No un *kottr* desagradable y esquivo.

Aun así seguía siendo la única capaz de robarme el corazón. De un golpe abrió la puerta de la *hús*, haciendo que esta acabara moviendo una de las mesas.

—Vaya... —murmuró algo confusa—. Lo siento —se pasó las manos por el cabello aún recogido e hizo una mueca.

No había nadie, el resto de la gente del poblado ya se habían alimentado junto al *Jarl*. Olak no estaba, pero vimos unas cuantas mesas repletas de comida para nosotros. De repente, la mujer gigante apareció.

—Volverá.

Permanecemos en silencio mirándola, mientras asentíamos y veíamos como se marchaban

desapareciendo tras la tela por la que había salido. Nos acercamos a las mesas que había servidas y nos repartimos en ellas. Habían preparado muchísimos alimentos, había cuencos rebosantes de todo tipo de comida. Nada más sentarnos empezaron las miradas desafiantes, entre unos y otros. Un solo movimiento haría que todo se desencadenara, la guerra por ver quién era capaz de comer más. Cogí una de las bandejas de madera que habían dejado para que nos sirviéramos la comida. Le di varios bocados, dejé la vista fija en la comida y cuando quise darme cuenta ya apenas quedaba nada. Escuchamos como el portón de la hús se abrió, Olak

entró tranquilamente con una gran jarra entre las manos, nos sirvió hidromiel, menos a Gull a quien le dio de esa horrorosa bebida.

—Espero que estéis disfrutando de la comida —dijo mientras se acercaba a nosotros—. Vaya... Si ya no queda nada —se sorprendió al ver que ya habíamos arrasado con todo.

—Sí, está todo perfecto —dijo Carón con la boca llena.

El hombre dejó que una sonora carcajada se le escapara. Sonrió, cogió un asiento de madera que había junto a una de las mesas y se sentó con nosotros.

—Esta vez tendremos que

marcharnos antes a descansar —le di un trago al líquido—. Mañana saldremos a cazar de nuevo —me acabé lo que me quedaba en el plato y me puse en pie.

El resto no tardaron mucho en terminar de comer, así que, los esperé mientras hablaba con Olak, el hombre no había tenido una vida sencilla. Sus padres fueron granjeros, al igual que lo había sido toda mi familia, vivieron honradamente, hasta que los dioses se llevaron a su padre durante una incursión.

Cuando acabaron, fuimos hacia la puerta de la *hús*, y nos despedimos de Olak, quién se quedó en el interior. Al salir avanzamos hacia los establos, en la

lejanía vimos al hombre que logró escapar la noche anterior cuando matamos a sus guerreros. Fuimos rápidamente a por nuestros animales, y recogimos todas nuestras pertenencias. El hombre que antes entraba al poblado, se había detenido en la *hús*, dejando su *hestr* atado a la entrada. No se había percatado de nuestra presencia.

—Tenemos que marcharnos — murmuró Jokull—. ¡Ya!

Salimos intentando mantener la compostura sin hacer mucho ruido, si nos hubiera reconocido tendríamos a todos los *húskarls* de Sveinn tras nosotros. Pasamos frente a la *hús*, cuando estaba al lado del caballo del

hombre, saqué una de mis hachas y corté las riendas haciendo que saliera corriendo en sentido contrario al nuestro.

—¡Vamos! —Gruñó el *hersir*.

Fuimos tan veloces como pudimos, salimos por el mismo camino por el que habíamos entrado. No nos detuvimos en ningún momento hasta que llegamos a la linde entre el prado y el *skógr*. Nos adentramos en este intentando sortear las ramas que se cruzaban en nuestro camino.

—Está bien —dijo el *hersir* en voz baja—. Avanzaremos algo más, sé que es complicado sin ver nada, pero podremos conseguirlo.

Aceleramos el paso para alejarnos lo antes posible del poblado y ganar terreno. Cuando estuviéramos lo suficientemente lejos de este lugar, buscaríamos otro en el que poder pasar la noche sin estar pendientes de si venían a por nosotros.

Tras un buen rato sobre los caballos avanzando sin detenernos, estábamos exhaustos. Llevábamos un día lleno de sobresaltos. Acaricié la crin de mi hest, agradeciéndole el gran esfuerzo que estaba haciendo. Debía ser duro el tener que avanzar de esta manera entre tanta rama y tronco, Espíritu parecía cansado, hambriento y sediento. A medida que nos adentrábamos en la oscuridad de la

noche y del bosque, pude escuchar un río, el mismo que el de la pasada noche. Así que, propuse detenernos allí.

—Bien, permaneceremos aquí —el *hersir* desmontó del animal, me tendió las riendas para que no se marchara y fue en busca del río, que no estaba muy lejos—. Id a buscar algunas ramas y troncos, será mejor que no tardemos mucho en encender una buena hoguera.

Desmontamos imitando su gesto. Atamos a los animales a unas ramas bajas, y unos pocos nos marchamos a por lo que había pedido, esparciéndonos por el bosque. Me adentré en la frondosidad de este, solo, sin nadie a mi alrededor, o eso creía. Escuché como

una delgada rama se quebró, me di la vuelta sujetando con fuerza mi hacha, pero para mi sorpresa, no había sido otra que Gala, la *valkyrja* que había hecho que perdiera la cabeza, y la misma que me había robado la razón.

—¿Qué haces aquí? —pregunté—. Deberías haber ido hacia otro lado.

La muchacha se acercó a mí pausadamente, y negó con la cabeza una y otra vez, dándome a entender que no quería irse a ningún otro lado. Me agarró de la mano y avanzó junto a mí.

—No importa dónde debería estar —sonrió.

Fruncí el ceño, esta mujer hacía que no entendiera nada de lo que la rodeaba,

dejándome sorprendido con cada una de sus palabras. Dejé que me llevara, seguíamos andando, de vez en cuando cogíamos alguna que otra rama, hasta que tuvimos suficientes y volvimos a donde se encontraba el resto. Jokull estaba sentado junto a un gran árbol y con un par de ellas empezó a mover las ramas que le ayudarían a prender la hoguera. Había colocado varias lamas de madera entre dos árboles para que así el calor no se escapara. Gull estaba sentado no muy lejos de Jokull, donde despellejaba el *rauðdýri*, quitándole las tripas y ofreciéndoselas a los dioses para darles las gracias por cuidar de nosotros.

Gala bajó al río sin nadie más. Fui tras ella, no podía dejarla sola. Al llegar al borde, antes de meterse, fue deshaciéndose de los ropajes hasta que tan solo se quedó con un *kirtle* algo más largo y fino que dejaba ver como su delicado cuerpo se escondía bajo él. La observé, hasta que nuestras miradas se encontraron y sus mejillas se tornaron rojizas. Cuando fui a marcharme para no importunarla, me agarró de la mano y tiró de mí hasta que nos unimos en un simple y duradero abrazo. Su cuerpo ardía como el fuego de una hoguera, abrasando mi interior. Necesitaba llevármela de allí, besarla hasta desgastarle los labios, hacerla mía hasta

que me rogase que me detuviera. Sentí como sus manos bajaban desde mis hombros hasta mis manos, las cuales colocó sobre su cintura. Alzó la mirada, uniéndola a la mía, sus ojos se habían vuelto oscuros. La cogí con fuerza, y vi cómo se mordía los labios.

—Te harás daño.

No dijo nada, se limitó a observarme, clavó la vista en mis labios y acabó por unirnos en un beso. A medida que me besaba todo iba volviéndose más poderoso, estaba ansioso por sentirla como nunca antes nadie lo había hecho. Noté como su lengua se abría paso entre mis labios explorándola, buscando la mía. Sonreí

contra su boca, en sus besos podía ver todo lo que callaba, lo que escondía y cuanto anhelaba poder tocar mi piel cuando no estaba cerca. Mi *valkyrja* de ojos verdes me ansiaba tanto como yo ella.

Me aparté, carraspeé y bajé la vista.

—Ehm... —susurré contra su boca intentando sacarnos de nuestro estado o acabaría haciéndola mía y nadie podría apartarla de mi lado, ni siquiera Hammer—. Será mejor que me vaya, tal vez necesiten mi ayuda.

La ayuda la iba a necesitar yo como aquello siguiera así. Si me hubiera dado un solo beso más habría acabado perdiendo la cabeza. La solté y comencé

a andar, esta se metió en el agua, podía escuchar como chocaba contra su cuerpo.

—Egil —me llamó.

Me di la vuelta para mirarla, se había deshecho del *kirtle* que llevaba, cubriendo su pura figura. Era tan hermosa... Tanto que incluso *Freyja* debería estar celosa de ella, sería capaz de hacer invisible a la diosa de la belleza si se pusiera a su lado. Clavé mis ojos en los suyos, la miré de arriba abajo, encendiéndome a cada segundo que la miraba. Podía notar como mi cuerpo la llamaba ardiendo en deseos por tenerla.

—Ven —me susurró con su rasgada

VOZ.

Asentí atontado, bajé al borde, me descalcé y poco a poco entré en el agua fría, aunque no estaba lo suficiente helada como para apagar la hoguera que llevaba dentro. Me acerqué a Gala, quien sin vergüenza cogió mis manos y recorrió su cuerpo. Se pegó a mí, no dejaba que el aire pasara entre nosotros. Sus pechos rozaban mi cuerpo, haciendo que todo mi vello se erizara y que los pantalones me molestaran. Alzó un poco su cuerpo, y colocó sus manos tras mi cuello para poder llegar mejor.

—Marchémonos —murmuró contra mi oído—. Aléjame de aquí. Necesito sentirte, guerrero.

No me lo pensé dos veces, pasé un brazo bajo sus piernas y la sujeté con fuerza. Salí del agua, la cubrí con sus ropajes para que ninguno pudiera ver lo que únicamente era mío. Dejé mis botas allí, no me importaba nada, solo pensaba en amarla como nadie lo había hecho. Le ayudé a colocarse las suyas, rodeé el gran árbol en el que estaba apoyado Jokull para que no nos viera, la dejé en pie y le puse el *kirtle* y las pieles.

—¿Dónde estabas? —preguntó Gull.

—En el río —dije tajante—. ¿Ya está el ciervo?

Gull asintió y me dio mi trozo, aunque en aquel momento no iba solo a

por lo mío.

—Y lo de Gala —le dije en voz baja.

—¿Lo de Gala? —susurró sin entenderlo.

—Venga —gruñí.

Hizo lo que le pedía, me dio ambos trozos con dos rebanadas de pan. Me acerqué a donde estaba Espíritu, le hice un gesto a Gala para que viniera y preparé las pieles. Cuando acabé de colocarlas, me encontré a mi diosa esperándome solo cubierta por las pieles del oso que cacé.

—He traído algo para comer.

Dio varios pasos hacia mí sonriente. Negó con la cabeza, mientras no dejaba

de morder sus labios, metió una de sus manos por dentro de mi pantalón haciendo que mi cuerpo se revolucionara. Parecía que el corazón se me iba a salir del pecho. La cogí colocándola contra el tronco y encajé mi cintura a la suya para que no pudiera moverse. Cogí sus manos, y las coloqué sobre su cabeza mientras la sujetaba. Besé, lamí y mordisqueé su cuello, mientras acariciaba sus pechos.

—No sabes lo que has hecho, mujer —murmuré ido—. Eres mía, Gala, y ya no hay vuelta atrás —gruñí contra su oído.

El reguero de besos iba descendiendo desde su cuello a sus

pechos. Liberé sus manos, estas bajaron hacia mis hombros, no para detenerme, sino para dejarme hacer. Seguí a lo que estaba, empecé a lamerle su rosado pezón, el cual se endureció al instante. Desvié la mirada y vi cómo empezó a pasear uno de sus dedos por los labios, deseosa de más. Mordí su pecho, haciendo que dejara ir un leve gemido. A mi *valkyrja* le gustaba lo que estaba haciendo, por lo que no pude evitar sonreír orgulloso. Pasé al otro repitiendo lo que había hecho. Vi como bajaba una de sus manos hacia el tesoro que guardaba, y con el que *Freyja* la había dotado entre las piernas. Aparté su mano, quería ser yo el primero que lo

hiciera. Fijé mi mirada en la suya, la besé con impaciencia con hambre y lujuria. Dejé mis manos en su cintura, cogió una de ellas y la llevó allí donde quería tener las suyas. Ambos sonreímos con nuestros labios aún unidos. Colé mis dedos entre sus pliegues, donde me encontré con su lugar sagrado aquel donde el placer sería mayor. Jugueteeé con él, haciendo que su respiración cambiara y se volviera agitada, hasta que varios gemidos se le escaparon. Acerqué nuestros rostros y paseé mi lengua por encima de sus labios, encendiéndola aún más. A medida que iba creciendo su fuego lo hacía el mío, provocando que mi sexo se endureciera,

clamando atención. Colé uno de los dedos en su interior, haciendo que abriera los ojos hasta que no pudiera más, noté como la muchacha se movía para que lo hiciera más aprisa. Sus gemidos eran cada vez más fuertes, y no quería que nadie los escuchara, eran solo míos, así que, la besé con fiereza, llevándomelos conmigo.

—Te lo ruego... Egil... —Gimoteó con los ojos brillantes.

Colocó las manos en la cinturilla del pantalón, bajándomelos, dejando a la vista aquello con lo que me habían dotado los dioses. La acarició, haciendo que sonoros gruñidos se escaparan de mi garganta y vi como sonreía orgullosa.

—Hazlo —me susurró al oído.

La cogí en brazos, y dejé que mi miembro paseara por su hendidura. Movi6 las caderas, ansiosa.

—¿Estás preparada, *mo valkyrja*? —
Le pregunté.

Esta asintió y me besó. Poco a poco fui entrando, hasta que dejó ir un profundo quejido, producido por el placer y el dolor. No me pidió que me detuviera, sino que fuese a más. La besé con ansia, quería perderme en su cuerpo y que ella lo hiciera conmigo.

—Estoy bien —susurró.

Sonreí satisfecho, sabía que le dolía aunque hacía lo imposible por que no me diera cuenta. Sin pensármelo dos

veces obedecí sus órdenes. Comenzamos a movernos tan bien, que temía poder hacerle daño, era tan pequeña y frágil. Era impensable lo que aquella mujer hacía conmigo. Observé su rostro, contemplando lo más bello que había podido ver nunca.

«Mía», gruñó todo mi ser.

—Vamos, *raudhárr* —le susurré al oído.

Se agarró con fuerza a mis hombros, así que, aproveché para desviar mis manos, para acariciarla. Empezó a jadear como nunca lo había hecho.

—Yo... ¿Qué es lo que me ocurre?
—susurró desesperada.

—Ya estamos, *kottr*.

Nuestros cuerpos unidos en uno estallaron en cientos de pedazos, ella se dejó ir conmigo y yo a su merced lo hice también. Le besé los labios y el cuello, la dejé en pie para que pudiera abrigarse y extendí las pieles para que pudiera sentarse sin pasar frío.

—Volveré en seguida —dije besándole en la frente.

Al subir del río me los encontré a todos dormidos, ninguno hacía guardia, pero poco me importaba entonces. No iba a ser yo quien se quedara en vela. Aquella noche iba a disfrutar de mi *valkyrja* de cabellos rojizos.

Cuando llegué a donde se encontraba Gala, la vi recostada contra el árbol, se

había cubierto con la piel del oso y estaba comiéndose o mejor dicho, devorando la carne que había traído para ella. Me senté a su lado, me tapé y me dio mi parte. Al terminar, la muchacha se apoyó sobre mi pecho mientras la cubría y poco a poco fue quedándose dormida, abrazada a mí.



⁵⁰Heri – Liebre.

⁵¹Rauðdýri – Ciervo rojo.

⁵²Jötunheim – Mundo de los gigantes.

CAPÍTULO IX

Algunos rayos del sol se abrían paso entre las copas de los árboles, despertando a todos aquellos que nos encontrábamos debajo. Era extraño ver como el sol brillaba en el cielo, ya que solo algunos tímidos rayos eran capaces de llegarnos. Abrí los ojos, la muchacha seguía abrazada a mí, igual que lo había hecho durante toda la noche. Le pasé las manos por el cabello y por los labios, acariciándola levemente para no

despertarla. Aquel fue el despertar más hermoso que había tenido jamás, aunque con ella no podía ser de otra manera. Estiré el brazo, y coloqué una de las alforjas en el lugar que yo ocupaba para que reposara su cabeza en ella, así al levantarme no quedaría tumbada en el suelo. Le eché las pieles por encima cubriéndola por completo.

Rodeé el árbol con cuidado de no despertarla. Me encontré al resto recogiendo todo, ropajes e incluso sus armas. Al escuchar cómo me estaba acercando, se dieron la vuelta y me miraron con atención.

—*Heill*, Egil —dijo Jokull con el semblante serio.

Le correspondí con un ligero movimiento de cabeza el cual sirvió para que se diera por saludado. Gull se acercó y me agarró por el brazo, tiró de mí alejándome del resto, hasta que llegamos tras un árbol donde no podrían escucharnos.

—¿Qué pasó?

—Algo me dice que ya lo sabes, hermano.

Abrió los ojos, apretó la mandíbula, se aclaró la garganta carraspeando mientras me miraba.

—¿Ya está? —murmuró—. ¿Ya es tuya, *bróðir*?

—Siempre lo había sido —solté un suspiro y sonreí de nuevo—. Ni la furia

de los dioses podrá arrebatármela. —Le aseguré.

Me dio varias palmadas en la espalda y sonrió conmigo contento por la buena nueva que le acababa de dar. Me dio un fuerte abrazo, de los que unen más que el fuego y la sangre.

—Bien hecho, Egil —dijo orgulloso—. Cuida de ella, o Hammer acabará contigo —me advirtió.

—Lo sé.

Tras aquello, volvimos junto al resto iba con la vista clavada en el suelo, había algunas marcas. Al alzarla me encontré con ella, mi *valkyrja* de cabellos rojizos como el fuego. La miré de los pies a la cabeza, como su cuerpo

se enfundaba en unos pantalones oscuros como la tierra húmeda tras una tormenta, un *kirtle* claro y sobre este un chaleco recubierto con pelo de *refr*⁵³. Se había recogido los enmarañados cabellos, aunque había dejado que algunos mechones cayeran a ambos lados de su hermoso rostro.

Al verla no pude evitar sonreír como un niño. Nuestros ojos se encontraron, estaba tan sumamente hermosa... Y lo estaba aún más cuando me regalaba una de sus sonrisas.

—*Heill, hersir* —dijo en voz baja acercándose a Jokull.

—*Heill* —contestó a la vez que la apartaba de su lado, y empezó a hablar

al resto—. Recogedlo todo y preparar los *hestrs*.

Cuando fui a por lo mío, la perdí de vista, hasta que sin esperarlo apareció detrás de mí apresándome contra el árbol. Se puso de puntillas, me besó con fiereza y tras dejarme aturdido siguió recogiendo.

—Buenos días a ti también, *kottr* — la cogí por la cintura y le besé su cuello.

Después de eso la solté y seguimos guardando todas las pieles en las alforjas, para después colgarlas en el *hestr*. Desaté al animal, tiré de él, y antes de marcharnos lo llevé al río para que así pudiera beber agua y refrescarse. Al terminar vi como Jokull

nos hacía una señal para que nos dirigiéramos hacia donde se encontraba el resto. Ya habían terminado de recoger sus pertenencias, así que, no tardaríamos en marcharnos. Busqué a la muchacha con la mirada, y la encontré subiendo a su yegua, al igual que todos.

Monté sobre Espíritu, pasé por delante del resto y me puse junto a ella, nuestros caballos iban avanzando a la misma vez. Tenía la vista fija en el horizonte pensando, no pude dejar de observarla, su belleza era tan poderosa, su belleza es tan fuerte que hasta los dioses debían de maravillarse al verla.

No tardamos mucho en llegar a nuestro *heimr*, antes de que se pusiera el

sol estábamos entrando. Toda nuestra gente apareció para recibirnos alegrándose de nuestra llegada, como si les hubiéramos salvado de algo, como si tuviéramos la entrada al *Valhalla* ganada. Había sido duro para los animales, pero habíamos conseguido llegar a tiempo. Ahora sabíamos algo más de las gentes que conocimos, y de su Jarl Sveinn. Todo el poblado se había reunido junto al gran salón para recibirnos, entre ellos padre, y a su lado Hammer, lo que hizo que mi cuerpo se tensara nada más verle.

Desmontamos de los *hestrs*, y el primero que vino hacia mí fue Göran con Hanna a su lado, lucían una amplia

sonrisa. Los dos estaban contentos por mi vuelta, sobre todo él, ya que la última vez hice que se preocupara innecesariamente. La mujer me apresó entre sus brazos con fuerza. Su hombre se limitó a darme varios golpes sobre el hombro a modo de saludo. Tras estos, apareció padre, a quien le hicieron un camino para que pudiera pasar y llegar a nosotros.

—Veo que has llegado sano y salvo, *sonr.*

—Así es, lo han querido los dioses, *fađir*⁵⁴.

Di media vuelta, dejando a padre a mi espalda y fui a ver a quienes habían venido a recibirme antes que él.

—¿Cómo habéis estado durante la expedición?

—Bien, ya sabes que este hombre me cuida pase lo que pase —dijo Hanna, dándole un pequeño golpe a Göran en el vientre. Una terrible tos se apoderó de ella. Apoyé mi mano sobre su espalda y la cogí para que no cayera al suelo—, tranquilo muchacho, no es nada —dejó escapar un suspiro y una débil sonrisa que acabó por encogerme el corazón.

—¿Está bien? —Le pregunté a Göran.

Este hizo una mueca y en silencio negó, no lo estaba, se le notaba, aunque ella quisiera aparentar ser fuerte, estaba enferma. Si no mejoraba pronto, la

perderíamos, era lo que siempre pasaba... La abracé con fuerza, no podía irse, los dioses no podían llevársela a ella también.

—Tienes que ser fuerte —le susurré—. Yo cuidaré de ti.

Asintió, sonrió, me cogió una de las manos y la apretó. Göran nos miró desanimado con una mueca en los labios.

—Egil —me llamó Gala—. ¿Puedes venir?

Asentí. Cogió una de mis manos y tiró de mi hasta que nos alejamos quedándonos tras la gardr de Göran, allí se detuvo y cruzó los brazos bajo sus pechos. Parecía molesta, no lograba

entender por qué, pero no tardaría en resolver mis dudas.

—¿Qué ocurre?

—Deberías hablar con mi padre — dijo seriamente— será mejor que se entere por ti y no porque ninguno de los guerreros vaya a contárselo, en ese caso, morirás, lo sabes ¿verdad?

Le dije que sí con la cabeza, en cuanto volviéramos a donde se encontraba, hablaría con él, o por lo menos aquella era mi intención. La muchacha se acercó a mí con paso decidido y nos unió en un hambriento beso. Después de eso se dio media vuelta y se marchó.

Volví al centro del *heimr*, cogí a

Espíritu por las riendas y me encaminé hacia los establos. El animal tenía ganas de descansar, por lo menos eso sentía yo, debía estar exhausto después de tan largo camino. Las pezuñas del *hestr* repiquearon contra algunas de las piedras que había en el camino.

Até al caballo en su sitio, le quité las riendas y la manta que le cubría, y lo dejé todo. Cuando me acerqué al tablón donde estaba, cogí un par de manzanas y se las llevé a mi fiel *hestr*. Dejé una sobre la palma de mi mano para que pudiera cogerla sin hacerme daño, y luego la otra. Estaba hambriento, tanto que se las comía como si fueran a quitárselas.

—Gracias, amigo —le dije acariciándole el morro.

Cuando fui a darme la vuelta, las puertas se abrieron y apareció padre tras ellas.

—¿Qué ocurre, *sonr*? —preguntó con una preocupación extraña en él.

—No vuelvas a interrumpirme cuando estoy con Göran.

—Está bien —hizo una pausa y dio varios pasos hacia donde me encontraba—. *Sonr*, no sabes el desazón que he sentido en tu ausencia.

—¿Desazón? —dije haciendo una mueca.

—Sí.

—Entiendo... Igual que el que nos

provocaste tú a *móðir*⁵⁵ y a mí cuando no estabas.

Sentí como las palabras salían despedidas de mi boca, no podía aguantarlo más, ya no. Pude ver cómo le dolieron haciendo mella en él. Pasé por su lado dándole un golpe en el hombro. No estaba recibiendo más que aquello que se ganó en su día, y nada haría que lo olvidase. Lo dejé solo para que pensara en lo que le había dicho.

Al salir de los establos me marché a mi *gardr*, pero no antes sin pasar por la de Göran y Hanna. Si no fuera por ella ya habría muerto hacía tiempo, ellos me cuidaron cuando padre no fue capaz de hacerlo. Abrí la puerta y me la encontré

sentada junto a la mesa sosteniendo una jarra humeante.

—¿Qué es? —pregunté curioso.

Le dio un largo sorbo, dejando que reposara en su boca.

—Es un brebaje para este malestar que tengo —dijo desanimada—. Esto lo cura todo, hasta el corazón más magullado.

Me senté junto a ella. Cuando dejó la jarra sobre la mesa, la cogí para oler el líquido que había dentro.

—¿Puedo? —pregunté.

—Te prepararé uno —cuando fue a ponerse en pie le agarré la mano para que no lo hiciera.

—¿Está en el fuego?

La mujer asintió, por lo que me acerqué a la lumbre y miré lo que había sobre ella. Cogí una de las jarras que había sobre la mesa y vertí un poco. Lo dejé todo como estaba y me senté a su lado. Le di un trago, y su sabor fue casi tan malo como lo que nos había servido Olak.

—Vaya... —susurré carraspeando y mirando a la mujer.

—Lo sé —rió.

—De tan horrible que está todos los males se te irán.

La mujer se echó a reír después de lo que había dicho, hasta que la tos volvió a aparecer.

—Será mejor que descanses.

—Sí, tranquilo, estaré bien —me aseguró—. Ve a descansar tú también, esta noche daremos las gracias a los dioses por vuestra vuelta.

—Le diré a Hans que venga a ayudarte.

—Gracias, muchacho.

Asentí, me levanté y coloqué bien el asiento. Me acerqué a la mujer, le di un beso en la mejilla y me marché a mi *gardr*.

Al abrir la puerta me encontré el fuego encendido, miré hacia todos lados, Hans no estaba por ninguna parte. Cuando me giré, vi que estaba Gala tumbada sobre él, dormida entre las pieles. La arrojé con algunas más

cubriéndola por completo para que no pasara frío. Fui hacia el cuenco de agua, lo cogí y lo puse junto al fuego para que se calentara. Me deshice de mis ropajes dejándolos sobre la mesa, metí un trozo de tela en el agua, el cual usé para limpiarme la arena, la sangre y las manchas que cubrían mi cuerpo. Seguí por el pelo mojándolo y cepillándolo con una herramienta de los francos. Me pasé las manos por la cara limpiándola, notando como el vello empezaba a crecerme. Con la ayuda de mi *knífr* acabé con él. Cogí otros ropajes de un gran baúl.

Me acerqué con sigilo a Gala y le di un beso en la frente, era preciosa,

simplemente única. Nunca antes había visto una mujer como ella, ni parecida, su rostro era tan delicado y a la vez tan amenazante que cualquier hombre podría sentirse cohibido bajo su mirada. Le pasé las manos por el pelo con delicadeza hasta que poco a poco fue abriendo los ojos clavándolos en los míos.

—Aguardaba tu llegada, guerrero.

—Eso veo —dije sonriente—.

Gracias por el agua y el fuego.

—Necesitaba algo con lo que no tener frío —se excusó.

Le di un casto beso en los labios. Al separarme de ella pude ver como una sonrisa se dibujaba en su boca.

—Será mejor que vuelva —dijo mientras se ponía en pie—. Deberías descansar y yo... Hablar con padre — tiró de sus ropajes colocándoselos bien y se marchó.

Me tumbé donde estaba ella, había dejado su olor en las pieles, cerré los ojos e intenté dejarme llevar.

La vi, estaba volando en lo alto del cielo con las alas abiertas. Era brúnn, oscura como la tierra, aunque algunas zonas acababan volviéndose hvítr. Era majestuosa, grande, hermosa, pero a la misma vez podía ver esa belleza salvaje que nada en este reino podía igualar.

Quería cogerla, que fuese mía, ella me daría la libertad que tanto ansiaba.

Me fijé en su boca, en su vientre, una enorme mancha lo cubría, daba vueltas a mi alrededor, sin detenerse. Ojalá pudiera domarla, la tendría conmigo para siempre.

Cayó en picado abriendo las alas, acercándose a mí. Se posó sobre mi hombro, ladeó un poco la cabeza, y no pude evitar mirarla.

—Arnar —susurré.

Le pasé la mano por el pecho y no se movió. La observaba maravillado, era terriblemente hermosa. Cuando fui a tocarle de nuevo, alzó el vuelo, dejando ir un fuerte quejido. Volvió,

era ella, la mujer que había visto en el bosque.

—Arnar —dijo ella.

La mujer cerró los ojos y fue entonces cuando un terrible olor a humo llenó mi pecho, cientos de ruidos me rodeaban, golpes, escudos... Hasta que todo desapareció.

Varios golpes hicieron que saliera de mi sueño y volviera a la realidad sobresaltado. Me pasé las manos por los ojos intentando despertarme. De un salto me puse en pie y cuando fui hacia la puerta, apareció Hans.

—¿Dónde estabas? —Le pregunté

furioso.

—La señora me dijo que me marchara, *drottin*.

—¿Qué señora?

—La hija del *hersir*, *drottin*.

—La próxima vez espera a que llegue yo o lo lamentarás —dije entre dientes— ¿entendido?

—Sí, *drottin*.

Asentí y tras eso le hice un gesto con la cabeza para que fuese a ver quién había en la entrada.

—Ya va —escuché como gritaba Gull al otro lado de esta.

Al abrirla entró como una ráfaga de aire en una tormenta. Me miró de arriba abajo y llegó hasta donde me

encontraba. Puso mala cara y después de eso, cruzó los brazos.

—¿Qué estabas haciendo?

—Dormir.

—Por los dioses, Egil, deberías de estar ya en el *heimr*.

Me humedecí el cabello intentando trazarlo, pero no era capaz de llegar, por lo que el *thraell* la terminó.

—Gracias, Hans.

Asintió, igual que lo hice yo con Gull.

—Vamos —dijo Gull entre risas.

Le miré con mala cara. No había tiempo que perder, debía llegar antes de que lo hiciera el resto del poblado.

Entramos en el *heimr*, no éramos los

únicos que habíamos llegado antes de tiempo, estábamos hambrientos. Göran, Carón, Elof, Janson, Gyda y su *bróðir*, Aaren, hijos ambos de Olaf y Paiva, quienes también estaban allí. Fueron sentándose cada uno donde pudo, hablaban entre ellos, incluso algunos peleaban entre sí.

Hanna apareció al final del gran salón, con un enorme cuenco entre sus manos. Estaba acabando de preparar la mesa del *Jarl*, siempre le había gustado ser personalmente quien dejara todo bien puesto. La notaba distinta a como estaba hace apenas un rato, una enorme sonrisa se dibujaba en sus labios, rebosante de alegría.

Fui hacia donde se encontraba, detrás de mí vino Gull con una sonrisa a la vez que miraba a Gyda. Ese muchacho sería capaz de arrimarse hasta a una kýr si pudiera. La hija de Bror no parecía suficiente para él, pero ya me encargaría yo de que no se anduviera por las ramas y de que no hiciera sufrir a las muchachas. Hanna me recibió con un fuerte abrazo, como siempre hacía.

—Todas las mujeres han venido a ayudarte —dije mirando alrededor.

—Sí, siempre lo hacen, pero hoy más que nunca, todos los *thraell* del *heimr* han querido venir.

Vi como Göran se acercó a nosotros a paso ligero. Venía desde el otro lado

de la mesa, estaba hablando con Elof y algunos hombres más.

—Egil —dijo dándome un fuerte golpe en la espalda.

—¡Pero hombre, no seas tan burro!
—Le regañó Hanna molesta.

—No pasa nada —le aseguré, miré de reojo a Göran—. Estoy bien —añadí con una sonrisa—. ¿Cómo te encuentras?

—Me encuentro mejor, ver como todos estáis aquí conmigo me da mucha fuerza.

Göran la abrazó y besó. Justo después las mejillas de la mujer se enrojecieron a causa de la vergüenza, y no pudo evitar reír. Aquellos que nos dimos cuenta de lo que ocurrió nos

reímos también.

Las mujeres eran ayudadas por los *thraell*, colocaban algunos trapos cosidos y decorados por ellas mismas. Los repartían por encima de todas las mesas, una en cada sitio. Miré toda la sala, la habían llenado de pieles de telas rojizas como la sangre. Al final del salón vi a Gull de nuevo, quien hablaba con Gyda acercándose más de lo normal, aunque a ella no le importaba, ya que no dejaba de jugar con algunos de los mechones de su lacio cabello.

—¡Eh! —Le grité.

Alzó la vista, la cual tenía clavada en sus pechos y se volvió hasta donde

estaba yo. Hizo un movimiento con la cabeza indicándome que estaba escuchándome.

—¿Qué te crees que estás haciendo?

—Nada, solo estábamos hablando.

—¿Crees que no veo lo que haces?

Me contestó que no con la cabeza varias veces, ya que se había percatado que no estaba bromeando.

—¿Qué estoy haciendo mal?

—¿Y Linna? ¿No te importa hierirla así? Sabes qué te hará Bror si te ve que das esperanzas a su niña y luego vas detrás de otra, ¿no?

Se lo pensó un instante, tragó saliva con dificultad, e hizo una mueca. Tenía razón, Bror no era el hombre más temido

de todo el poblado, pero no habría que tentarlo mucho o acabaría por convertirse en el rey del *Helheim*. Asintió y se marchó pensando en ello.

Observé lo que hacía, se acercó a Gyda, hablaron muy poco, la muchacha parecía triste, él le dijo algo más y esta le dio un fuerte golpe en la cara. Tras eso, se dio media vuelta y se marchó.

Gull volvió conmigo, se sentó en el banco agachando la cabeza y soltó un soplido.

—Has hecho bien, amigo —le di un golpe en el brazo.

Ya estaba todo preparado, empezaron a llegar todos los que faltaban llenando el heimr. El primero

en aparecer, dejando a un lado todos los que ya estábamos en el salón, fue padre, se había vestido con sus mejores pieles, las cuales le colgaban por la espalda cubriéndole por completo. Con él venían Hammer y por detrás no tardaron en aparecer Atel y Agnetha, los padres de Gull, quienes iban hablando con Steit y Bera, los padres de Carón, él venía detrás. Olaf y Paiva, observaban como sus pequeños, Ivar y Aaren correteaban por el salón intentando escapar de las manos de Björn. Jokull vino a toda prisa con Janson detrás de él hablándole aunque no le prestaba mucha atención.

De repente el tiempo se detuvo, dejó de existir todo lo demás y vi como Gala

entraba tras el resto. Sentí mi corazón latir frenético, mi boca se secó por completo y no podía apartar la mirada de ella. La observé de arriba abajo, se había recogido el cabello. Se había oscurecido los ojos con carbón envolviéndolos en una nube negra que hacía que el verde resaltara, dejando que ese *kottr* que tanto me gustaba saliera. Había cambiado sus ropajes algo más masculinos por un hermoso vestido rojizo, oscuro como la sangre que había derramado. Este se ceñía completamente a su cuerpo dejando a la vista esas deliciosas formas que me hacían perder el sentido. Sobre sus hombros lucía una larga capa oscura

recubierta de pieles. Los dioses habían creado esta maravillosa criatura y la habían hecho para mí.

Sonrió al ver como la miraba, aquel presente estaba dedicado a mis ojos. Caminaba con elegancia, mientras se aproximaba a mí. Cuando llegó a donde me encontraba, me puse en pie y me abrazó con fuerza quedándose pegada a mi pecho.

—Buenas noches —le susurré al oído mientras acariciaba la piel que había sobre su capa.

Frente a nosotros vi como Hammer nos observaba, no nos quitaba el ojo de encima, igual que lo hacía Jokull, pero este lo hacía de otra forma, más calmada

y compasiva, incluso intentaba sosegar a su hermano.

—¿Vienes conmigo? —Me preguntó.

—Sí —la cogí de la mano y la llevé hasta nuestra mesa, la que siempre ocupábamos— me dejas sin aliento, estás hermosa —le dije sin dejar de mirarla.

De repente me puso las manos a ambos lados del rostro, y me besó. Cuando nuestros labios se separaron me quedé observándola, sorprendido de lo que acababa de hacer. Debería haber hablado ya con Hammer, reclamar a su hija como mía, a no ser que ya lo hubiera hecho ella, en ese caso, mi vida peligraba y bastante.

Ayudé a Gala para que pudiera sentarse bien, me coloqué junto a ella mirándola completamente perdido, aquella mujer hacía que perdiera la noción del tiempo. En aquel momento solo quería deleitarme con toda la perfección que había en ella. En aquel momento pasé a ser suyo, solo suyo, y lo sería hasta que los dioses me reclamaran en el *Valhalla*.

La muchacha se sonrojó, pero no dijo nada solo me contemplaba. Se pasó la mano por la mejilla derecha, apartándose un mechón que le molestaba, para dejarlo tras su oreja. Sonrió algo cohibida.

Aún no íbamos a empezar a comer,

por lo que me puse en pie y me acerqué a Gull, que estaba al otro lado de la mesa.

—Hermano —le dije a la vez que le di un golpe en el hombro—. Salgo.

—Cuando vaya a hablar el *Jarl*, te aviso.

Sonreí y le guiñé un ojo. Volví a donde estaba Gala, me agaché un poco, lo suficiente como para que mi boca quedara a la altura de su oído.

—Ven —le susurré.

Esta asintió un par de veces y me tendió la mano para que le ayudara a levantarse. Nos encaminamos al exterior, mientras avanzábamos sentí como Hammer nos seguía con la mirada,

atento a cualquier movimiento que hiciéramos. La muchacha me cogió de la mano y algo me dijo que aquello no iba a gustarle nada al *hersir*. Giré un poco la cabeza y efectivamente, tenía razón. Me encontré con una mirada fulminante.

A medida que íbamos caminando nos seguía, mirándome con rabia y odio, pero no decía nada, tampoco intentó impedírnoslo. En otra ocasión ya habría acabado conmigo o al menos lo habría intentado.

Di varios pasos por delante de ella, le solté la mano y aproveché para abrir uno de los portones para que así pasara delante de mí. El cabello le caía por la espalda, quedándose por encima de las

pieles que había en la capa.

—¿A dónde nos dirigimos? — preguntó.

—Quiero que los dioses puedan admirar tu belleza tanto como lo hago yo, mi Gala —contesté cogiéndola de nuevo—. No hay nadie tan hermosa como tú, ni la mismísima *Freyja* podría competir contigo.

Las palabras sobraban, tanto que se agarró a mi cuello y me besó con ansia, aquella que había reprimido cuando estábamos en el interior del *heimr*. Pasé mis brazos alrededor de su cintura y le correspondí, dejando que fuese ella quien nos guiara, quien pusiera el inicio y el fin. Al separarnos caminamos un

poco más, lo suficiente para que nadie nos viera. Fuimos tras la *gardr* de Atel, la más cercana al *heimr*.

—Egil... Yo... —Intentó decir, pero algo hizo que se contuviera.

La miré a los ojos, estaban perdidos en el horizonte, en el fin de las montañas. Me giré para ver qué era lo que estaba observando, pero no había nadie. Sin darle más importancia me volví hacia ella, pegué mis labios a su cuello mimando un poco su cuerpo. Lo mordisqueé como si fuera la comida que estaba a punto de devorar, haciendo que dejara ir leves y gozosos gemidos que hacían que mi fuego interior rugiera con fuerza. Posó sus manos sobre mis

mejillas haciendo que la mirase. Se aupó quedando a mi altura, estábamos muy cerca el uno del otro, el verde de sus ojos apenas se podía ver, solo había oscuridad en ellos.

La veía distinta a cuando nos fuimos, algo había cambiado en ella, pero no solo en Gala, sino que también había cambiado en mí. Volvió a tirar levemente de mí uniéndonos en un beso arrollador. Pegué mi cintura a la suya, quería que me sintiera. Tenía tantas ganas de hacerla mía que el ansia provocaba que la tela de mi pantalón estuviera a punto de partirse, y eso no pasó desapercibido para la muchacha. Estaba hambriento de sus besos,

necesitado de sentir su calor, el de su cuerpo contra el mío.

Una de sus manos bajó hasta la parte baja de mi cintura, pasó dentro del pantalón y empezó a acariciarme haciendo que mi corazón latiera frenético. Mi cuerpo anhelaba el suyo, sus suspiros, jadeos y gemidos, aquellos que me hacían perder el sentido. Le mordí los labios entre beso y beso.

—Egil —me llamó Gull desde la entrada del *heimr*.

Me giré hacia donde venía la voz, me separé de Gala y tiré de la ropa colocándola bien. Agarré su mano encaminándonos hacia el interior. Podía ver su inquietud, miraba hacia todos

lados, luego a mí, pero no decía nada solo observaba lo que había a nuestro alrededor.

—Egil, yo... —Repitió, pero entonces volvió a callar. Dejó la mirada fija en la lejanía mientras íbamos avanzando.

—¿Qué ocurre?

Negó con la cabeza varias veces, y no dijo nada más, se mantenía en silencio y se limitaba a caminar dando largas zancadas.

—Tranquila.

La muchacha dejó ir un profundo suspiro que salió de lo más oculto de su interior. Su semblante había pasado de ser el de una joven alegre al de una

mujer distante y resentida.

Se detuvo en seco, me puse frente a ella para que no siguiera caminando, posé mis manos sobre sus hombros y la abracé. Lo que pareció ser liberador para ella. Le di un beso en la frente, bajé mis manos hasta su cintura, y un cosquilleo la recorrió.

—Gracias —murmuró con una sonrisa, no necesitaba nada, solo cariño para permanecer bajo ese escudo.

Seguimos caminando, entramos en el gran salón y vimos como todos estaban pendientes de nosotros. Tenía la mano de Gala cogida, pero cuando fui a soltarla, ella la agarró con más fuerza para que no pudiera separarme. La miré

extrañado sin entender muy bien por qué lo hacía. No me importó, hasta que me encontré con Hammer, quien permanecía en pie, y en ese instante todo mi cuerpo se tensó. Fijó sus ojos en los míos haciendo que algo en mí empezara a alterarse. No quería volver a tener que luchar contra él y mucho menos por Gala. Mi pecho se hinchó de orgullo, estiré la espalda y miré a la hermosa mujer que me acompañaba.

Se aproximó a nosotros hasta que se quedó a la espera de que fuésemos nosotros quienes acabáramos de avanzar. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, me cogió por el brazo y tiró de mí hasta que nuestros

cuerpos quedaron separados por menos de un palmo. Pegó su cabeza a la mía, haciendo que todo se tensara más.

—Hazle daño y no habrá lugar en los nueve reinos en el que puedas esconderte Egil Thorbransson —amenazó con un gruñido—. ¿Entendido? —Alzó la voz de tal manera que hizo que hasta Gala se estremeciera.

—Sí, *hersir*, pero tenga por seguro que no haré nada que pueda lastimarla, y si alguien lo hace, si alguien la daña, seré yo quien salga de caza.

Asintió y me soltó, volvió a su sitio junto a padre mientras nosotros nos marchamos al nuestro. El *Jarl* se puso en pie y desde su mesa se preparó para

hablar a su pueblo.

—Buenas noches, hermanos, gracias a los dioses hemos podido reunirnos todos los miembros de esta gran familia —alzó los brazos al nombrar a los dioses y los fue bajando a medida que iba hablando—. Como sabéis, estos hombres y nuestra skjaldmö estuvieron en Aust-Agder, para averiguar si estaban planeando atacarnos. Hace unas semanas Egil fue visitado por el espíritu de Astrid, mi difunta mujer, a quien los dioses tienen en su gloria —cuando pronunció el nombre de mi madre, el corazón se me encogió mientras unas lágrimas producidas por el dolor de su murete luchaban por salir. Me pasé las

manos por los ojos intentando deshacerme de ellas—, le dijo que dentro de un tiempo nuestro *heimr* sería atacado cuando el hielo se deshaga y el tímido calor de *Sól* nos acompañe. Por eso decidí que lo mejor era que algunos hombres marcharan. —Dejó la vista fija en mí— la primera noche en las tierras de nadie se toparon con unos hombres que parecían venir hacia aquí, estaban preparando algo, así que, nuestro *hersir* Jokull, vino a avisarnos de ello mientras que el resto siguieron liderados por mi *sonr*.

El pueblo soltó alaridos al escuchar la mención que nos hizo padre a Jokull y a mí. Este se puso en pie, se echó un

poco hacia atrás en el asiento en el que estaba, y prosiguió.

—Gracias a Egil pudimos pasar desapercibidos entre las personas que allí vivían incluso conocieron al *Jarl Sveinn Knúttsson* —hizo una pausa, en la que le dio un largo sorbo a su jarra de cerveza—. Su pueblo es muy distinto al nuestro, solo hay un camino que lo atraviesa, justo a la entrada está su *hús*, donde siempre hay alguien. Conocimos a Olak. Quien nos prestó su ayuda pensando que no éramos más que viajeros. Frente a esta había unas cuantas *gardr*. Fácil de atacar, en el caso de que tuviéramos necesidad de hacerlo.

—Tras haberlo explicado todo, ¿alguien quiere añadir algo? —preguntó el Jarl en voz alta.

Nadie dijo nada salvo yo, que me puse en pie haciendo que todos me prestaran atención.

—Hay algo que me gustaría que supierais, sobre todo nuestro *hersir* Hammer —hice una pausa—. Cuando estábamos vigilando que nadie apareciera vimos a unos hombres. Hablaban sobre una mujer y esa no era otra que nuestra Gala, así que, sería bueno que algunos de los *húskarls* estuvieran cerca de su *gardr*. Sé que es una mujer fuerte y peligrosa —la miré— pero necesitará ayuda, todos debemos

estar atentos.

—De eso te ocuparás tú —sentenció Hammer, quien derramó su cerveza al ponerse en pie.

—No dudes que lo haré, daría mi vida por salvar la suya.

El hombre de larga barba rojiza asintió, y volvió a sentarse junto a sus hermanos y yo junto a mi *valkyrja*. Padre observaba el momento pero cuando vio que todo pasó, le hizo un gesto a Jokull para que volviese a sentarse, mientras él de nuevo se levantaba.

—Esto es lo que debíamos contaros, así que... ¡Qué empiece la cena! —Alzó las manos al cielo—. Esta vez nuestra

Hanna está algo débil, por lo que todas las mujeres y los *thraell* del poblado han estado ayudándola. Os lo agradezco a todos —sonrió orgulloso—. Debemos dar las gracias a los dioses por esta deliciosa comida que tenemos hoy y por dejar que nuestros guerreros hayan podido volver. —Hizo una pausa, dejando la mirada perdida—. Pidamos a los dioses que ayuden a nuestra Hanna, para que siga entre nosotros —padre alzó su jarra y el resto hicimos lo mismo — *Skål*, hermanos, que los dioses nos bendigan.

Bebimos ansiosos de nuestras jarras, y luego lanzamos un gran rugido de alegría a los dioses, agradeciendo todo

lo que teníamos y lo que tendríamos. Vi que Gala ya no tenía bebida, así que, le serví un poco más a lo que ella me contestó una hermosa sonrisa.

—Gracias —susurró.

Comenzamos a comer, estaba todo delicioso. Jamás había comido algo tan bueno, ni madre era capaz de prepararlo. Estaba hambriento aunque no solo de comida. Ladeé la cabeza y observé como Gala hablaba tranquilamente con Gull, quien finalmente se había sentado a su lado. Cogí un trozo de carne, ella apenas comía, lo que me preocupaba.

—¿Qué ocurre? —Le pregunté.

—Nada, ¿por qué?

—No estás comiendo nada, ¿te encuentras bien?

Asintió poco a poco, desvió su mirada a la comida y siguió con su carne. Cuando se lo terminó le dio un largo trago a su jarra, me besó en la mejilla y se puso en pie. Fue avanzando entre las mesas con elegancia y belleza, llevándose parte de mi calor con ella, hasta que se marchó.

Gull vino a ocupar el sitio que antes era de la muchacha preocupado por su huida, lo que me hizo dudar.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó inquieto.

—No, tranquilo, no tenía hambre — respondí intentando restarle

importancia.

—¿Y por qué se ha ido tan pronto?
Podría haberte esperando.

—Bueno, da igual.

Gull fue a por su cuenco y vino a hacerme compañía mientras acabábamos de comer. Aunque en cuanto acabara iría en su búsqueda, no quería que estuviera sola y menos después de haber visto a aquellos malnacidos. Engullí el trozo de carne. Mi hermano me observó con la boca abierta sorprendido, creo que nunca antes había comido tan deprisa como lo estaba haciendo.

—¿Pero estás bien?

—Sí —respondí de mala manera con la boca repleta de comida.



53 Refr – Zorro.

54 Fađir – Padre.

55 Móđir – Madre.

CAPÍTULO X

De un salto me puse en pie haciendo que hasta la mesa se moviera, por lo que todos me observaron a la vez que me levantaba y salía corriendo del gran salón.

Nada más salir, fui tras la *gardr* de Atel, pero no encontré a nadie, después junto a la de la *völva*, tras la *hús* de Steit y Göran, subí el camino que iba hacia el *vangr*, miré desde la distancia pero no

vi a nadie, no estaba allí. ¿Dónde demonios se había metido aquella muchacha? Fui hacia mi *gardr* tan veloz como pude intentando no caer. Busqué en el interior de esta, pero tampoco había nadie. Al salir vi algo de luz dentro de los establos, y me dirigí hacia allí. Tal vez estaría cepillando a su *hestr*, eso solía calmar sus nervios cuando estaba angustiada.

Thor hizo acto de presencia, antes de que entrara un fuerte trueno resonó por todo el Midgard, haciéndolo temblar. Cuando llegué a la entrada vi como la cola de un caballo asomaba al final de estos. Fui hacia él, no era ninguno de los nuestros, era oscuro como la noche, con

las patas *hvítr*⁵⁶ y alguna gran mancha en el vientre. Mi cabeza me gritaba que ya lo había visto en algún otro lugar, ¿pero dónde? Intenté pensar, aunque no era capaz de recordarlo.

Abrí la puerta con sigilo para no molestarla, y cuando vi lo que estaba ocurriendo en su interior, mi corazón se rompió en cientos de pedazos. No podía creerlo, ¿por qué estaba haciéndome aquello a mí? Apreté la mandíbula sin decir nada observando lo que hacían. Sobre un manto de heno estaba Gala tumbada y sobre ella un fuerte hombre. Este ladeó la cabeza lo que me hizo recordarle. Aquella noche volvió a mi mente la cicatriz que atravesaba parte de

su rostro, el del hombre que mancilló el nombre de mi *valkyrja* de cabellos rojizos, aquel al que no me dejó matar cuando tuve oportunidad. Fue entonces cuando lo supe.

Sentí como mi sangre ardía, el calor producido por la ira que iba creándose en mi interior hacía que todo se volviera más fuerte. Cientos de preguntas se agolpaban en mi mente, no podía dejar de pensar en todo aquello que habían podido llegar a hacer o en lo que habrían hecho si no hubiera estado yo aquí para impedirlo. La rabia hizo que apretara los puños con fuerza. Iba a acabar con él, lo mataría, la sangre correría y saciaría parte de mi sed de

venganza.

Vi como el hombre acercó su rostro al de ella, y terminó besándola. Una terrible sensación me invadió, haría que pagara por aquello que estaba haciendo. Aquel hombre no volvería a su *heimr*.

Con un fuerte golpe acabé de abrir la puerta, haciendo que chocara con la pared que había tras ella.

—¿Pero...? ¿Qué...? —Tartamudeó Gala.

Me acerqué a ellos y cogí al hombre por el cuello sujetándolo con fuerza. Lo puse en pie, le di un empujón haciendo que retrocediera varios pasos y le atesté un buen golpe en la boca. Dio varios pasos más pero me adelanté, estábamos

muy cerca, tanto que le di un buen golpe en su miembro. Nunca más estaría con otra mujer. Cayó de rodillas al suelo, y aproveché para darle un puntapié en el hombro, haciendo que cayera hacia atrás quedando totalmente tendido sobre la tierra. Me senté sobre él sin pensármelo dos veces para empezar a golpearle con fuerza. Mi rabia era cada vez mayor, lo mataría con mis propias manos.

Gala vino por detrás intentando detenerme, me agarró del hombro y me dijo algo que no logré escuchar. Estaba tan enfurecido que ya no me importaba nada. Me cogió del brazo y al deshacerme de ella cayó al suelo. Intentó ponerse en pie, pero se había

hecho daño y no tardó en resbalar y caer de nuevo.

Seguí golpeando al hombre que tenía bajo mi cuerpo, una y otra vez, no iba a detenerme hasta que no escuchara su último aliento. Le cogí del cuello apretándole con fuerza, no podía respirar, la nariz le sangraba al igual que lo hacía su boca, con suerte acabaría ahogándose con su propia sangre. Puse una de mis manos sobre su frente mientras con la otra seguía agarrándole por el cuello, le levante un poco la cabeza y la estampé contra el suelo con tanta fuerza que se hizo un boquete.

Podía escuchar como Gala gritaba a mis espaldas con tanta fuerza que su

garganta acabaría quebrándose. ¿Acaso amaba a aquel hombre? Aquella pregunta hizo que mi corazón muriera lentamente, agonizando ante cada una de sus palabras que eran como puñaladas, apagando la luz que había en mí y que solo ella era capaz de mantener brillante. Me quedé mirándola, en su rostro pude ver el terror, la agonía. Mientras la observaba dejé de hacer fuerza, y aquel malnacido aprovechó para golpearme en la boca y luego en el ojo. Gala dejó ir un chillido, y cientos de lágrimas empezaron a recorrer su rostro.

De un salto me puse en pie y después sobre él, le di un puntapié en la barbilla,

lo que hizo que acabara por perder el conocimiento. Le cogí del cabello que llevaba anudado, y lo arrastré por encima del suelo hasta llegar a mi *hestr*.

—¡Egil, Egil! —Rogó Gala mientras se acercaba a mí arrastrándose por el suelo.

—No pareces más que una esclava, arrastrándote por el suelo, rogándome, como una vulgar *thraell* a la que usar. Tal vez es lo que eres —dije con maldad—. ¿Qué le has pedido a este hombre por tus... favores? Podrías habérmelos ofrecido a mí la otra noche, tal vez hubiera pagado gustoso. —Añadí con una sonrisa.

Me acerqué a las mantas, cogí la de

Espíritu y se la coloqué, también las riendas le quité el cordel que llevaba y al salir se lo tiré a Gala quien lloraba desconsoladamente agachada en el suelo.

—Será mejor que te pongas uno de estos, *hundr*. —Me reí de ella.

Cogí al hombre por el cabello, lo subí al animal, le até las muñecas entre sí y pasé la cuerda bajo el vientre del caballo, luego até sus piernas bien sujetas para que no pudiera escapar cuando despertara. Pasé por debajo de las mantas para que no cayera, no quería que fuera Espíritu quien acabara con él, sino yo. Fui hacia el lado por donde colgaba su cabeza, le cogí del pelo,

saqué una de las pequeñas hachas que colgaban de mi cinto y se lo corté. Me monté sobre el *hestr* y al pasar junto a la muchacha le lancé el pelo.

—Así tendrás algo con lo que recordarle —escupí apretando los dientes.

Al salir me encontré con Carón, Gull y Jokull, quienes venían hacia los establos, alarmados por los gritos de Gala, y los golpes que le estaba dando, pero no me importaba. Cuando estábamos a la misma altura se dieron cuenta de que llevaba a un hombre conmigo, nos miraron de arriba abajo.

—¿Qué ha ocurrido?

—Preguntadle a esa *hundr*, yo tengo

algo de lo que ocuparme —gruñí preso de la rabia.

Pasaron junto a nosotros sorprendidos e hice que el animal fuera cada vez más deprisa, dejando el poblado atrás, y con él a toda mi gente, incluido mi corazón, que aquella noche murió.

Me senté sobre un tronco que había caído. Frente a mí tenía al malnacido que se estaba aprovechando de la que debía ser mi mujer. Estaba atado al árbol, sentado, para que así no pudiera moverse, y sus piernas estaban atadas entre sí para que no intentara a salir corriendo. Estábamos lo suficientemente lejos de mi *heimr* como para que nadie

escuchara los gritos, solo los dioses y yo los escucharíamos.

Le observé con detenimiento y cientos de preguntas recorrieron mi mente, haciendo que la ira creciera en mí, no podía dejar de imaginarme a aquel necio robándome aquello que era mío. Cerré los puños preparándome para lo que estaba por venir.

Había ido a por algo de agua al río, el cual no quedaba muy lejos de donde nos encontrábamos. Eché parte del líquido sobre el hombre empapándolo y haciendo que se despertara. Quería divertirme con aquel desgraciado, sacar todo el mal que había en mi interior e iba corroyéndome lentamente. Empezó a

toser confuso, enfadado e incluso algo asustado. Me miró con los ojos muy abiertos, y en ellos pude ver la rabia. Respiraba con dificultad, más de lo que esperaba.

Rasgué parte de mi *kirtle*, lo puse contra su rostro y seguí echándole agua. No dejaba de moverse intentando deshacerse de mí, pero no lo conseguía, solo consiguió toser descontroladamente. Cuando se lo quité, clavó sus ojos en los míos los cuales brillaban a causa de la cólera, me acerqué más a él y le di un buen golpe que le dejó marca en gran parte de la cara.

—¿Por qué ella? —Gruñí.

—Fue ella quien vino a buscarme, tal vez no le hayas dado lo que necesitaba —sonrió con saña.

Apreté con fuerza los dientes intentando contenerme, pero... ¿Por qué hacerlo? Si los dioses hubieran querido que me detuviera ya lo habrían impedido. Le di un puntapié en el costado, lo que hizo que se doblara hacia adelante. Solté una carcajada y le observé. Levantó la cabeza poco a poco, y pude ver en sus ojos la furia por no poder defenderse.

—*Kom allfader Odin, kom moder min Frigg*⁵⁷ —grité.

Tenía parte de la cara manchada de su propia sangre, la cual había salido de

su nariz y su boca. Cuando la escupió, salió algún que otro diente que se había ido cayendo golpe tras golpe. Tenía el rostro hinchado, tanto que algunas partes se habían oscurecido. Me puse frente a él para observarle, permanecía callado con la vista fija al frente. Pagaría por lo que había hecho, sabía que los dioses querían que lo hicieran tanto como lo deseaba yo.

—No sabes todo lo que habría hecho con ella —susurró y apenas le escuché.

Dejó ir un quejido y cerró la boca. Me agaché a su lado para quedar a la misma altura y así poder escucharle mejor. Posé una de mis manos sobre su cuello y apreté un poco para advertirle,

ya que dependiendo de lo que dijera haría una cosa u otra.

—¿Qué has dicho? —Siseé entre dientes.

—Qué no sabes todo lo que habría hecho con esa hermosa *hundr* —aseguró orgulloso—. Seguro que habría gozado como nunca, más que contigo.

Estaba seguro que aquel hombre había perdido la razón y que tan solo quería que acabara con su vida. Acabaría haciéndolo, pero antes se arrepentiría de todo lo que había hecho y dicho. Me puse en pie, di la vuelta al árbol y me agaché junto a sus manos atadas para que no pudiera intentar nada. Separé sus dedos y agarré dos de ellos,

saqué de mi cinto una de las pequeñas hachas con la que le había cortado el cabello, y la paseé sobre ellos.

—Parece que estos dos ya no los vas a necesitar —dije riéndome—. Vas a necesitar ayuda, amigo —cuando acabé de hablar, eché hacia atrás la mano para coger impulso. Él se movía inquieto bajo la atadura y la presión que hacía con la otra mano—. Quieto o te dejaré sin mano de un solo golpe —le advertí, y se quedó paralizado ante mi firmeza.

Miré hacia atrás, luego hacia el cielo, asentí a los dioses y con un movimiento veloz acerqué el hacha a sus dedos, cogí impulso y se los corté. El hombre gritó tanto como podía,

desgarrándose la garganta a causa del dolor. Los dedos cayeron al suelo, y la sangre empezó a salir haciendo un pequeño charco. Cogí una de las hojas y los dedos. Volví a dar la vuelta al árbol, y me puse frente a él, los dejé sobre sus piernas, mojé un par de dedos en el líquido y le hice dos amplias rayas sobre las mejillas.

—*Odín*, yo lo marco así, no dejes que pise el *Asgard*⁵⁸, condena su alma. —Pedí en voz alta—. Vaya, ¿qué ha pasado? —pregunté con una sonrisa.

Le coloqué la pequeña hacha bajo su barbilla para alzarle el rostro, quería ver el pánico en sus ojos, como el dolor recorría todo su cuerpo. Su cara se

había humedecido a causa de las lágrimas que se le habían escapado.

—Vuelve a decir lo que me has dicho antes —insistí mirándole a los ojos—. Repítelo si osas.

—Sabes lo que es —respondió con desdén—. Es una buena *thraell*, ¿dónde la encontraste?

Sonreí, no sentía ninguna lastima hacia él, al contrario, iba a hacer que sufriera hasta que yo quisiera, hasta que pidiera clemencia, hasta que los dioses hicieran que me detuviera. Volví a su espalda, ahora preparé la otra, repetí lo mismo que había hecho con los otros dos dedos, solo que ahora la sangre me salpicó manchando parte de mis ropajes

y mi cara.

Los recogí y los dejé sobre sus piernas junto a los otros dos. Ladeó la cabeza para no ver como el líquido empapaba la tela, como sus dedos yacían muertos sobre sus pantalones. Intentó alzarla, dejando la vista en ellos pero no pudo soportarlo, estaba perdiendo demasiada sangre.

—¿Sabes? —pregunté mirándole—. Quiero que veas lo que hago.

Me agaché a su lado quedando delante de sus piernas a la altura de sus rodillas. La observé, una de ellas tenía una horrible cicatriz que la atravesaba de un lado a otro.

—Aquí ha pasado algo.

No me contestó, se limitaba a mirar lo que hacía, sus ojos desprendían la rabia y la ira que había en su interior que no dejaba escapar. Pasé el hacha por encima de la cicatriz de un lado a otro, la coloqué sobre esta, la alcé un poco y al bajarla le hice un pequeño corte. El vello se le erizó, a la vez que un escalofrío recorría su cuerpo. Por fin consiguió alzar el rostro y escupió cayendo el líquido sobre mi mano.

—Parece que no estás contento.

No me lo pensé dos veces y comencé a arremeter contra su pierna, una y otra vez, hasta que vi como el hueso iba quebrándose, astillándose y haciendo que todo fuera a peor. El hombre no

podía dejar de gritar, tanto que casi se quedó sin voz. Me reí con ganas, había perdido su lugar en el *Valhalla*. Estaba pagando por lo que había hecho, pero aún no era suficiente, hasta que no acabara destrozado y descuartizado no terminaría. Acabaría con su vida como él lo había hecho con la mía, y lo enviaría al *Helheim* junto a Hela. Aunque con él se llevase mi corazón, aquel que solo latía por la que creía que era mi *valkyrja*.

La rabia me consumía de nuevo, no quería imaginar lo que habían llegado a hacer, y yo como un auténtico necio preocupándome por ella. Arremetí de nuevo contra su herida, iba a hacerla tan

grande que ni muerto se olvidaría de aquel momento. No dejó de gritar, pero a mí no me importó.

—Seré bondadoso contigo.

—¿Sí? —preguntó esperanzado.

—Sí.

Con las manos empapadas de sangre me senté en el tronco y dejé que respirara tranquilo, lo observaba mientras él tenía la vista clavada en su pierna, la cuál nunca recuperaría.

—Ya está, ya lo he sido suficiente.

—Pero... —susurró confuso, y empezó a moverse exasperado, lo que hacía que la agonía que sentía se hiciera mayor.

Sonreí orgulloso, le di un último

hachazo, esta vez con la más grande y con más fuerza que todas las anteriores lo que acabó separándola de su cuerpo.

—He pensado en hacerte un presente —le dije con maldad.

Cogí un trozo de cuerda, la até a la inerte pierna y se la di.

—Esto es para ti, disfrútala.

Me miró con mala cara, aunque tampoco podía hacerlo de otra manera ya que la sangre que había perdido era demasiada como para no estar débil, poco le quedaba para perder el conocimiento, acabaría muriendo desangrado, llevado por el dolor que le estaba haciendo pasar. Le eché un poco de agua por la cara para que despertara,

pero no surgió ningún efecto, ya que simplemente agonizaba.

—Mátame —me rogó—. Mátame ya...

Centré mis ojos en él, estaba lleno de sangre al igual que yo. Al cortarle la pierna parte de ella me salpicó y al pasarme la manga del *kirtle* para limpiarme, no hice más que empeorarlo.

—Sé... Sé que no eres un mal hombre, solo protegías lo tuyo —murmuró en voz baja, brindándome su último aliento.

—Y lo protegeré aunque me cueste la vida.

Tras eso, sin esperar nada más, saqué mi *knífr*, di la vuelta al árbol, y

coloqué el filo de este contra su cuello. No dijo nada, permaneció en silencio con la cabeza gacha esperando su final. Con un corte rápido y sencillo lo degollé, dejando que la sangre empapara de nuevo sus ropajes. Aquel hombre jamás podría ir al Valhalla, su único destino sería el *Helheim*.

Volví a sentarme en el árbol caído observando cómo iba vaciándose. Pasé un par de dedos por la sangre, los coloqué sobre mis cejas, y los bajé hasta llegar al cuello creando dos largas líneas.

Me subí a Espíritu, dejé al hombre ahí, los animales harían el resto, por lo menos ellos tendrían un buen manjar con

el que alimentarse algunos días. Salí del bosque sorteando los árboles, en la lejanía vi como Carón y Gull aparecieron sobre sus *hestrs* en mi busca. El primero nada más verme alzó un brazo saludándome, haciendo que el animal fuera más deprisa.

—¿Dónde has estado, hermano? — preguntó preocupado.

—¿Habéis hablado con ella?

—No ha querido contarnos nada.

Se pasó una de las manos por la nuca alzando los hombros sin saber qué decir, y miró como se aproximaba Gull a su espalda. Los tres desmontamos de los animales y nos sentamos en el suelo.

—Estábamos preocupados —se

sinceró Gull.

—Gracias, hermanos.

—Cuéntanos, ¿qué ocurrió?

—Habría dado mi vida por ella, mi corazón era suyo, lo iba a ser para siempre, habría sido capaz de dar mi vida a *Loki* por tenerla conmigo hasta que *Odín* me reclamara, pero... Me ha matado en vida —dije entristecido—. Estaba extraña en el *heimr*, cuando terminó de comer se marchó y preocupado fui tras ella —dejé ir un suspiro.

—¿Y la encontraste? —preguntó Carón, que dejó de hablar cuando vio la mirada que le dedicó Gull.

—Claro que la encontré, y tanto que

la encontré... Yacía con uno de los hombres de la otra noche, estaban revolcándose sobre el heno del establo —apenas podía seguir hablando, la rabia volvía a mí.

Cerré mis puños, apreté los dientes intentando aliviar aquel dolor que sentía por dentro pero no sirvió de mucho.

—Solo de pensarlo... —Gruñí.

—Tranquilo —me dijo Carón.

—Necesito que habléis con padre, que lo traigáis a mí, no puedo seguir aquí si esta ella, no quiero verla —dije con desdén—. Hacedme ese favor, traerlo al interior del *skógr*, estaré esperándoos. Si la veis no le digáis nada, ni a ella ni a nadie —les pedí—.

A Göran y Hanna, decidles que estoy bien y que les quiero.

—Entendido —dijeron ambos.

—No os demoréis —les rogué.

Asintieron decididos, no sé qué haría sin ellos. Montamos en nuestros caballos y se marcharon al igual que yo, solo que en distintas direcciones adentrándome entre los árboles.

El bosque tenía más claridad que cuando salí de él, la calma que lo rodeaba lo hacía completamente único, era capaz de apaciguar todo lo que llevaba dentro. Si por mí hubiera sido habría vivido aquí, alejado de todo. Cazaría para mí, buscaría agua para mí, lo haría todo para mí mismo y no para

los demás.

Llegué donde se encontraba el cuerpo sin vida del hombre, lo observé, la sangre aún no había sido absorbida por la tierra. Até a Espíritu en una de las ramas, dejé que pastara no muy lejos de donde me encontraba pero lo suficiente como para que no se acercara a la hierba manchada de la sangre de *Loki*. Me senté en el tronco, apoyando los brazos en mis rodillas y luego enterré la cabeza dentro de mis manos. No quería pensar, pero una y otra vez me venía el recuerdo de Gala bajo aquel hombre en los establos, sobre el heno, el mismo lugar en el que había estado conmigo. Un par de amargas lágrimas creadas por

la rabia y el dolor recorrieron mi rostro y acabaron muriendo sobre la tierra húmeda. Me sequé la cara con el *kirtle*, estaba tan sucio que me asqueaba a mí mismo. Pero, lo primero que tenía que hacer era marcharme de aquel lugar.

No se escuchaba nada salvo los pasos de mi *hestr*, el cual se movía incómodo sobre la tierra. No sabía a donde iba a ir, ni qué iba a hacer, pero de lo que estaba completamente seguro era de que padre podría ayudarme, él sabría a donde debía dirigirme. En aquel momento solo esperaba que no volviera a decepcionarme.

Cerré los ojos con fuerza, estaba exhausto, no había dormido nada, me había pasado la noche torturando a aquel malnacido y tras dejar que la rabia se fuera disipando mi cuerpo se había quedado sin fuerza.

Decenas de lágrimas empezaron a recorrer mi rostro, el cual ya estaba húmedo por aquellas que se habían escapado. Siempre habían dicho que los hombres no debíamos llorar, que no era más que una muestra de debilidad, pero en aquel momento era lo único que podía hacer, la desolación que sentía por dentro era demasiado intensa como para mirar hacia otro lado. El suplicio que me corroía por dentro parecía una

tormenta llena de rayos y truenos, de las que arrasan con todo.

No pude contenerme más y dejé ir un profundo grito a la vez que golpeé con fuerza el suelo haciendo que la tierra saltara alrededor de mi puño. Pero de nada sirvió, el desconsuelo no cesó, seguía latente.

El repiqueo de los caballos avanzando me alertó, en la lejanía pude distinguir como se acercaban. Intenté deshacerme de las pequeñas gotas que se habían creado en mis ojos. Al verme padre frunció el ceño, desmontó de su caballo y le dio las riendas a Gull para que lo sujetara. Cuando fui a ponerme en pie, me hizo un gesto para que no lo

hiciera, así que, me quedé quieto y fue él quien se agachó para sentarse a mi lado.

—Estás horrible, *sonr* —me observó—. Me han explicado lo ocurrido, no sé cómo Gala ha podido hacerte algo así —murmuró mirándoles—. Tengo entendido que quieres marcharte.

—Así es.

Antes de que pudiera contestar nada, Carón y Gull dieron un paso al frente, nos observaron a la vez que rebuscaban algo en las alforjas de sus caballos.

—Hemos traído ropajes, comida y agua —explicó Carón.

—Gracias, hermano —le dije con una triste sonrisa.

—Entonces, ¿quieres marcharte?

—Debo hacerlo, padre.

—Hace un tiempo, mientras estabais en Aust-Agder, enviaron un guerrero del poblado del norte, aquel que hay atravesando las montañas. El *Earl* Ragnarr está enfrentado con poblados vecinos y necesitan guerreros, apoyo desde nuestras tierras, pero no quise cedérsela sin saber si volveríais sanos y salvos.

Hizo una pausa, y clavó sus ojos en los míos con pesar.

—Irás junto al *Earl* Ragnarr, estarán agradecidos de tener un guerrero como tú.

Tal vez aquello no era lo más acertado, pero en mi corazón lo sentí

así, necesitaba alejarme de aquí, conocer a otra gente, combatir por salir vivo de allí por mí mismo y no por los demás. Alejarme de ella sería lo mejor.

—Eso haré, padre.

Me puse en pie y él conmigo. Me abrazó con fuerza, pude escuchar como un quejido se escapó de su interior. Al separarnos me miró con seriedad, pero pude ver como en sus ojos brillaban algunas lágrimas. Le agarré por la nuca, pegando nuestras frentes y clavando mis ojos en los suyos.

—*Fađir*, volveré —le aseguré.

Él asintió desanimado, le besé en la mejilla y le volvía a abrazar, mis dos hermanos nos interrumpieron.

—Pediré a los dioses que estén de tu parte, Egil, no estarás solo allí — murmuró Carón.

—Tranquilo, volveré.

—Eso espero.

—Todos pediremos a los dioses que vuelvas —añadió Gull intentando mantener la compostura.

—*Sonr*, sé que *Odín* estará contigo guiando tus pasos.

—Recordad, no digáis nada de lo que aquí ha ocurrido —hice una pausa y miré a padre—. No le cuentes nada a Hammer ni a Jokull, no quiero que nadie sepa dónde estoy.

Todos asintieron, no dijeron nada más. Padre me dio dos alforjas, una de

ella repleta de pieles, ropajes, un *knífr*, una pequeña hacha, y en la otra, comida, mucha comida. Miré en esta segunda y vi el *knífr* que le regaló el abuelo la primera vez que se marchó a luchar, lo miré a la vez que acaricié cada una de las runas que había talladas en él. Seguí rebuscando hasta que encontré lo máspreciado de todo, uno de los amuletos que llevaba madre con el *valknut*. Ella siempre decía que nos protegería.

—Pensé... Pensé que había desaparecido aquella noche.

—Pude encontrarlo, y ahora es tuyo.

Observé el colgante y lo acaricié de arriba abajo.

—Ella te protegerá, *min sonr*.

Cogí aire, intentando reprimir todo lo que llevaba dentro. Me acerqué a Espíritu, le anudé las alforjas a cada uno de los lados, desaté el nudo que lo sujetaba a una rama y monté sobre él. Los miré desde la altura, ninguno osamos decir nada más. Seguimos en silencio, hasta que di la vuelta y me marché.



⁵⁷ *Kom allfader Odin, kom moder min Frigg*– Ven, padre de todos, Odín, ven madre Frigg.

⁵⁸ Asgard – Reino de los dioses Æsir.

CAPÍTULO XI

Las acometidas producidas por las furiosas gotas de agua sobre la madera de la *gardr* hicieron que me desvelara. Miré hacia arriba, vi como decenas de rayos iban iluminando el interior de la casa al igual que prendían el cielo. Sentí como este iba a partirse de un momento a otro, los dioses no estaban contentos y nos habían enviado a nuestro venerado *Thor* para que nos lo hiciera saber.

Un fuerte trueno retumbó entre las

montañas provocando que me asustara, parecía que todo iba a quebrarse. Me hice un ovillo bajo las pieles agarrándome con fuerza a estas.

—¿Dónde estás? —pregunté con un hilo de voz.

Otro fuerte estruendo hizo crujir el firmamento, al final acabaría por caerse a pedazos encima de nosotros. Me encogí aún más, hasta que las pieles taparon mi nariz y solo mis ojos y parte de mi cabeza sobresalía bajo estas. Una desesperada lágrima se escapó de mis ojos recorriendo mi mejilla y cayendo finalmente sobre la tela que me cubría. Me puse en pie, estaba furiosa, llena de rabia.

—¿Por qué demonios tuviste que marcharte?! —chillé.

Fui hacia la mesa y le di un fuerte golpe haciendo que todo lo que había sobre ella cayera al suelo.

Salí de la *gardr*, corrí con desesperación hacia la *vangr* huyendo de mi misma, de los recuerdos que él dejó, dejando que las gotas de lluvia me empaparan, dejando que se llevaran parte de mi tristeza y mi dolor. Me coloqué en el centro de esta, estaba sola.

—No me arrepiento de nada —le grité al Dios—. ¿Me escuchas? ¡De nada!

Caí de rodillas abatida por la soledad, por el frío y la tortura que me

suponía vivir sin él. No tenía fuerzas para seguir manteniéndome en pie, haciendo como si nada hubiera ocurrido, como si jamás hubiera estado aquí conmigo. Cientos de lágrimas luchaban por calmar el malestar que sentía por dentro, aquel que no me dejaba vivir.

—Te odio... No sabes cuánto te odio —murmuré llena de rabia.

Cubrí mi rostro con mis manos, no quería que los dioses me vieran así, no quería que pensaran que era débil, ellos habían decidido que aquello fuese de esa manera, las malditas *Nornas* habían creado esta tortura para mí.

—¡Yo te maldigo, Egil Thorbransson! —grité desesperada—.

Odio el vacío que has dejado, ¡te odio!

Apoyé mis manos en el suelo, enterrándolas bajo la tierra y la hierba.

—*Odín*, llévame —le rogué.

—¡Gala! —Escuché como padre me llamó detrás de mí.

Me giré y vi como corría hacia donde me encontraba resbalándose con el barro que se había ido formando. Cuando llegó a mí se arrodilló, me pasó su brazo por encima de los hombros cubriéndome con sus pieles y me abrazó con fuerza.

—Ya está, mi pequeña niña.

Lloré contra el pecho de mi padre, aquel que siempre me había resguardado del mal hasta entonces, cuando había

sido yo misma la que se lo ganó. No podía evitar que las pequeñas gotas que salían de mis ojos empaparan su kirtle, haciendo que algún que otro hipido se escapara de mi boca, por el hecho de que no podía dejar de llorar. Apenas tenía fuerzas para ponerme en pie, por suerte él me ayudó intentando que me levantara, pero ni aquello fue suficiente, así que, acabó cogiéndome en brazos, para resguardarme junto a su calor.

Aún llovía cuando me desperté, ya había pasado toda la noche y se había hecho de día. No había nadie en la *gardr*. Podía escuchar como habían

salido algunos carros, como la gente corría de un lado a otro por las calles.

Me puse en pie, sentía el frío en mi piel, mi *kirtle* aún estaba húmedo, así que, me desvestí y fui a cambiarme de ropajes. Lo dejé sobre la mesa y me coloqué frente al arcón. Cogí el *kirtle* más abrigado que tenía, sobre este me puse otro, unos pantalones y me enfundé las botas. Iba a salir, por lo que sería mejor que me abrigara para no mojarme. Saqué del mismo arcón una de mis capas, aquella que estaba cubierta por la piel del primer oso que mató Egil, aquella que me regaló. Antes de ponérmela me recogí el cabello en dos largas trenzas, también estaba mojado y

no quería que fuese a más. Me la puse ajustándolo con un broche de oro que trajimos en la última incursión al norte.

Cuando estuve lista, abrí la puerta, saqué primero la cabeza y luego un brazo para ver cuánto llovía. Apenas caían cuatro gotas, pero lo suficientemente grandes como para poder dejarte completamente empapado en poco tiempo. Al salir corrí hacia los establos, iría a por Regn, mi adorada lluvia. Cuando no era más que una niña me encantaban estos días, correr bajo ella, por lo que decidí llamarla así. Lluvia, oscura como la noche, veloz como el viento y hermosa como ninguna.

Al entrar, una oleada de sentimientos

y recuerdos chocaron contra mí, igual que todas las otras veces que había estado aquí. Nuestra discusión, el primer beso, el encuentro... Se me encogió el corazón solo de pensar en aquello, en todo lo que ya no estaba. Mi vikingo se marchó sin importarle nada y nada le importará cuando vuelva, igual que a mí. No quiso que le explicara lo ocurrido y aunque quisiera a su vuelta, tampoco se lo explicaría. Estaba nerviosa, demasiado, acordarme de él era lo que llegaba a sacar lo peor de mí.

Empecé a cepillar a Regn, adoraba hacerlo, ver como cientos de sus cabellos iban cayendo al suelo moviéndose por el viento que entraba

entre las aberturas que el tiempo había ido haciendo en las lamas de madera. Cada vez le daba con más fuerza, por lo que el animal acabó quejándose.

—Ya acabo —le dije mientras le acariciaba el pecho.

Cogí su manta y las riendas y volví hacia ella. Cuando las vio se movió inquieta, no sé si lo hizo ansiosa por salir o asustada por los truenos que aún resonaban en el cielo. La preparé para salir, aquel día debíamos ocuparnos de la caza y por primera vez vendría con nosotros Gyda, la hija de Olaf. Me alegró saber que íbamos a tener a otra mujer con nosotros, así no estaría tan sola.

Desde que Egil se marchó, ni Carón ni Gull habían vuelto a hablarme, a no ser que fuera alguno de los *hersir* quienes se lo ordenaran.

Monté en la yegua, coloqué bien las pieles para que no se engancharan con nada, las estiré por el lomo de ella para que así no se mojara tanto. A la salida de los establos me encontré de frente con Gull, quien me miró con mala cara, podría dejar las hostilidades a un lado, ya que seguíamos viviendo en el mismo *heimr*. Lo saludé con un ligero movimiento de cabeza, pero no me hizo caso, simplemente se colocó a un lado para que así pudiera pasar, clavando la mirada al frente. Cuando llegué al centro

del poblado, vi como Gyda montaba en su caballo, se despidió de su madre Paiva y avisó a su padre que iba a marcharse conmigo hacia la *vangr*.

—Buenos días —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Buenos días.

Parecía nerviosa, algo alterada. Supuse que era normal, era la primera vez que iba a venir con nosotros arriesgándose a que le pudiera pasar cualquier cosa, además debería demostrarle a su padre de lo que era capaz.

—¿Ocurre algo? —preguntó preocupada.

—No, tan solo he pasado una mala

noche —murmuré sin querer dar explicaciones.

—Bueno... —dijo sin saber muy bien que contestarme—. Puedes hablar conmigo, si lo deseas, Gala.

La miré mientras pasaba junto a mí, era unos cuantos años menor que yo, cuando éramos niñas habíamos estado siempre juntas pero a medida que fuimos creciendo perdimos aquel contacto. Yo empecé a juntarme con los hombres, mi padre me enseñó a montar y cazar, así que, pronto me uní a ellos en los saqueos e incursiones como *skjaldmö*. Cuando fuimos a subir hacia la *vangr*, apareció Jokull quien iba andando. Estaba serio, demasiado, parecía

preocupado, tal vez hubiera hablado con padre y este le habría contado lo ocurrido durante la noche. Hizo un movimiento de cabeza para que le siguiéramos junto a los demás. Olaf se colocó junto a su *dóttir*⁵⁹, quedando a mi lado Janson, con quien apenas tenía trato.

—Está bien, muchachos —dijo Jokull—. Tenemos que ir a por algo con lo que alimentarnos.

Todos asentimos, hasta que dio la señal.

—Traed lo justo y necesario.

Recordaba una de las últimas veces fuimos de caza, como Egil desmontó de su *hestr* y salió corriendo dejando a

todo el mundo atrás, consiguió llegar el primero, cazar el oso y llevarse la recompensa. Desmonté de la yegua, la até al tronco de un árbol dejando las pieles sobre ella para que no se mojara. Agarré mi arco y mi espada, y salí corriendo. Las trenzas se me iban hacia la espalda, moviéndose al mismo son que el viento. Ladeé la cabeza y vi como el resto aún seguían a caballo, algunos de ellos pasaron por delante de mí pero cuando llegaron a la linde, tuvieron que desmontar. Para entonces yo ya les había adelantado y me había adentrado en el *skógr*.

No se escuchaba nada salvo las gotas de lluvia cayendo sobre las hojas

de los árboles, y algún ave piando. Me detuve y le hice una señal al resto para que hicieran lo mismo que yo y así poder oír por donde podía haber algo, pero no me hicieron caso, siguieron avanzando alertando a los animales de que estábamos aquí, por lo que me separé de ellos.

Corrí hacia el norte de la montaña, apenas les escuchaba, de repente vi como un *heri* pastaba tranquilamente junto a dos más pequeños, los cuales probablemente fueran sus hijos. Los perseguí intentando no alertarles. Me subí sobre una roca para así poder ver mejor por dónde se movían. Saqué una de mis flechas, y la coloqué en posición.

Al dejarla ir, vi como atravesó la cabeza del animal, pero entonces resbalé y caí golpeándome la espalda y la cabeza. Me pasé la mano por la sien, tenía algo de sangre, aunque solo rezaba a los dioses por que no fuera nada. Intenté levantarme, pero tenía un pie atrapado entre dos rocas y todo me daba vueltas.

—¡Ayudadme! —grité con todas mis fuerzas—. ¡Por los dioses! ¡Ayúdame!

Miré hacia el animal, estaba muerto, pero no solo por una de mis flechas sino que había otra más en él, sabía perfectamente quién era.

—Sé que estás ahí, ayúdame —le rogué.

Nadie respondía a mis gritos, solo se

escuchaba a los animalillos inquietos, hasta que el crujido de una rama los alertó. Estaba en lo cierto.

—Ayúdame, por favor —pedí desesperada.

Me movía intentando sacar el pie del hueco en el que estaba metido, pero no servía de nada, solo hacía que me doliera. Tal vez no debería haberme alejado del resto.

Suspiré, y escuché como alguien se acercaba, hasta que vi como Gull apareció por encima de la roca desde la que me había caído. Me observó desde arriba sin decir nada, solo me miraba.

—Por favor... —susurré.

Se dio la vuelta y se marchó por

donde había venido. Volví a moverme agobiada, golpeé la roca con el otro pie, intentando hacer el hueco más grande para poder sacarlo. Se movía pero no lo suficiente.

—¡Gull! —grité— ¡ayúdame, por *Odín*, sácame de aquí! —Le rogué—. Sácame de aquí o te juro que en cuanto pueda escapar te mataré —le amenacé perdiendo la calma, sentí como algunas lágrimas empezaron a salir de mis ojos. Los sequé, no quería que me viera así.

No me contestó, seguía callado, tal vez ya se hubiera marchado y no estuviera. Lo más seguro es que me hubiera dejado allí, a mi suerte. Miré hacia todos lados, buscando algo que

podría ayudarme a salir, pero no encontraba nada. Coloqué el arco junto a mi pie y empecé a empujar, la roca se movía un poco más, si la desplazaba demasiado acabaría por caérseme encima. Estaba moviéndose cada vez más, había acerado. Gull apareció cuando estaba a punto de derrumbarse y este la agarró para que sacase el pie del hueco, y como pude, me puse en pie apoyándome con el arco.

—G... Gracias —mascullé entre dientes.

—No me las des, no lo he hecho por ti, sino por él —dijo sin mirarme.

¿Por él?

Me apoyé en el arco y poco a poco

fui andado. Dejando que fuese él quién se encargara de llevar al animal. Avanzar así era duro, lo más seguro era que alguno de los huesos de mi pie se hubieran quebrado. Solo quería llegar a casa para olvidar este día. Mientras pasaba entre los árboles vi a Gyda quien iba subida a su caballo.

—¡Gala! —gritó asustada al ver como mi sien sangraba y mi pierna apenas podía moverse.

Bajé la vista, vi como mi bota estaba rasgada y manchada de sangre, pero no le di importancia, cuando llegase a mi *gardr* ya lo arreglaría.

—¿Qué ha pasado?

—Nada, caí al cazar un ciervo.

—Deja que te lleve.

—No es necesario —apreté para aguantar el dolor.

Pasé junto a ella quien no dejaba de insistir a pesar de que ya le había dicho que no varias veces. No quería deberle nada a nadie, además, el dolor era lo único que me hacía sentirme viva. Cuando Jokull me vio aparecer entre los árboles vino corriendo a cogirme. Me tomó en brazos y con una fuerza que no sabía que tenía me subió a su *hestr*. Me hizo algunas preguntas, a las cuales no respondí, solo le pedí que me llevara a mi *gardr*, quería curarme la herida y descansar.

—¿Qué haces aquí? —preguntó

padre al verme aparecer.

Vio como Jokull apareció detrás de mí aguantándome para que no cayera al suelo. Bajó la vista, hasta que la fijó en mi pierna.

—¿Qué ha pasado?

—Estábamos de caza, y resbalé al lanzarle una flecha a un ciervo. —Les expliqué— lo tiene Gull —miré a Jokull.

—Por los dioses, Gala.

Me senté sobre el lecho, me quité la bota y subí el pantalón para dejar al aire la pierna. Había una herida, era un rasguño que parecía más aparatoso de lo que era. Padre se acercó a mí con un cuenco de agua, lo dejó a mi lado y

volvió con un trozo de tela para limpiarla. Metió el trapo en el líquido y quitó la sangre que había alrededor de esta, y me hizo ver que era peor de lo que pensaba.

—Haz venir a Hanna.

—No es necesario —me negaba a que fuese ella quien viniera, no quería que se involucrara en aquello.

Volvió a limpiar la sangre que había salido y me envolvió el pie cubriendo la herida con un trozo de tela, para que así se curara antes. Me puso dos ramas para que no doblara el tobillo y las ató con fuerza.

—Ya está —mustió.

Jokull nos observaba dejando ver

una mueca en su rostro. Para ponerme en pie, padre me agarró por debajo de los brazos y me colocó bien.

—Tendrás que llevar el arco para caminar —me avisó.

—Lo sé —asentí mientras me apartaba los mechones que se habían escapado de mis trenzas—. ¿Vamos?

—Sería mejor que te quedaras aquí —dijo Jokull.

Fui andando como pude, hasta que Jokull me cogió en brazos y me subió de nuevo a su *hestr*, lo agarró por las riendas y tiró de él hasta que llegamos al *vangr*. Allí varios guerreros estaban esperando sus órdenes. Frente a ellos había cuatro *heris*, entre los cuales

estaba el que cacé yo. Nos observaban sin decir nada, hasta que el *hersir* se puso frente a ellos.

—Avisad al resto, hemos terminado.

Asintieron, volvieron a meterse en el bosque para ir a buscar al resto. Mientras, Jokull me subió a Regn para que pudiera ir a donde quisiera. Me había metido las botas en las alforjas, y las había colgado de la yegua.

—Voy a ver a Atel, a ver qué puede hacer con eso —murmuré mirando la alforja.

Me dirigí hacia la cabaña de Atel, él sabría qué era mejor. Era el mejor frilaz que hay en todo el territorio, junto a su mujer. Agnetha era quien se encargaba

de tejer nuestros ropajes junto a algunas mujeres. Cuando estuve frente a ella, le di varios golpes en la puerta con el arco, subida sobre el *hestr*, ya que no podía desmontar. Agnetha salió a recibirme poco después.

—*Heill* —dijo sin más.

—*Heill*, me preguntaba si podrías hacer algo con mis botas, he caído y me he enganchado con algunas rocas —dije mirándolas—. Gracias a Gull sigo viva.

—Entiendo... —dijo cogiéndolas—. Tal vez sí pueda arreglarlas.

—Gracias, de veras. Si necesita cualquier cosa, hágamelo saber, y haré todo lo posible por conseguirlo.

La mujer *jarpr*⁶⁰ asintió, se dio la

vuelta y cerró la puerta sin decir nada más. No tenía ganas de hacer nada, el tiempo me había cambiado y la ausencia de Egil aún me dañaba. Habían pasado unas semanas desde que se marchó y nadie era capaz de contarme nada, tampoco hacían el esfuerzo de comprenderme. Desde el momento en el que salió con Espiritu del establo supe que no volvería a verle y ese instante, mi corazón se partió y dejó de latir. No me importaba lo que dijo, como se comportó conmigo ni lo que al final hiciera con Bertel, pero aun así había algo en mí que moría cada vez que recordaba todos los momentos con él; sus besos, sus caricias... Cada día

anhelaba más su calor. Me sentía furiosa, sin fuerza, débil. Aquel hombre era capaz de manejar mis sentimientos a su antojo aun estando lejos. Sentía como algo en mi volvía a quebrarse una vez más, de mis ojos empezaron a emanar cientos de lágrimas. Cada momento del día mi pensamiento era suyo. Pero aquello no bastaba para traerle de vuelta, para hacerme olvidar todo el dolor, para que simplemente le amara como lo hacía. Me pasé las manos por los ojos intentando calmarme, pero nada podría hacer que aquel dolor menguara, no hasta que él volviera, aunque su vuelta se convirtiera en una tortura.

Cogí aire e hice que Regn fuera

hacia el establo. La dejé en el interior y me marché a nuestra *gardr* como pude. Suerte que llevaba mi arco, sino no habría podido andar. Tendría que haberle hecho caso a Jokull, debería haber descansado.

Al entrar no me encontré a nadie, así que, me tumbé sobre el jergón cerrando los ojos e intentando dormir. Pero de nada servía, todo lo relacionaba con él, no era capaz de controlar lo que sentía aun habiéndose marchado seguía conmigo. En aquel momento me resigné y dejé de luchar contra mí misma. Todo el dolor empezó a moverse en mi interior como un río desbocado, deseando conseguir la libertad que no

tenía. Volví a llorar como una niña, igual que hice la noche anterior, me sentía como si él se hubiera llevado todo, la fuerza que me mantenía en pie, no podía estar así, no podía afrontarlo, solo existía el vacío, la agonía y la congoja. Me faltaba el aire y apenas podía respirar, sollozos agonizantes salían de mi interior rasgándome la garganta. Toqué la tela del jergón, estaba empapada por las lágrimas. Era complicado de entender, un día sabías lo que querías y necesitabas, poco después todo se había ido, la cordura que tenías la perdías, veías como tu corazón se iba despedazando a cada segundo que pasaba por culpa de una falta. Un mal

paso hacía que tu vida cambiase, ¡malditas *Nornas*! Ellas habían sido las culpables de que yo estuviera así.

—¡Dioses y *Nornas*! Ojalá el *Ragnarök* llegara ya y *Loki* acabara con todos vosotros —dije mirando al cielo—. ¡Deberíais estar en el *Helheim* por todo lo que hacéis! Rogamos que estéis de nuestra parte y así nos lo agradecéis... —grité llena de rabia.

—¿Estoy? ¿Ya estoy? ¿Esto funciona?

Miré hacia todos lados, no había nadie hasta que delante de mí apareció una muchacha de cabellos largos y rojos como la sangre, oscuros como la noche. Parecía estar hablando con alguien, pero

no lograba saber con quién, en la guardr solo estábamos ella y yo.

—¡Por los dioses, que asco de dones! —Refunfuñó.

Dio media vuelta y clavó sus ojos claros en los míos. Ladeó un poco la cabeza y lo único que pude hacer fue sacar mi *knífr* de debajo de las mantas. Lo alcé amenazándola, pero pareció darle igual.

—Vaya, vaya... Así que, tú eres la que no deja de hablar mal de los dioses —dijo a la vez que se acercaba dando pequeños saltos.

Cuando estuvo lo suficientemente cerca, desenvainé la espada, parecía que el *knífr* no servía de nada. La coloqué a

un palmo de su rostro.

—¿Qué te crees que estás haciendo, niña? —Me preguntó divertida.

De una de sus manos empezaron a salir hilos de luz que acabaron por quitarme las armas tirándolas al suelo mientras solo podía observarla perpleja. ¿Qué era? Me miró haciendo una mueca, soltó un bufido y de repente se puso a reír como si algo en mí le hiciera gracia, lo que hizo que me enfureciera.

—Soy Lyss —dijo con su cantarina voz—. ¿Alguna vez tus padres te han hablado de los dioses?

—¡Claro que sé quiénes son los dioses!

—Bien, parece que vamos

adelantando —sonrió y prosiguió hablando con palabras que no lograba entender—. Así por lo menos no empezamos de cero —se pasó las manos por el cabello y lo peinó, aunque no siguió ninguna forma—. Como no sabes ni qué, ni quién soy, bueno quién sí que lo sabes porque te lo he dicho, pero te lo voy a explicar bien. —No entendía nada de lo que estaba diciendo pero intentaba prestarle atención—. Mi nombre es Lyss, soy una *valkyjria*, una *dísir*⁶¹, hija de la hermosa y cascarrabias *Freyja*, la diosa *Vanir*.

—Hm... —dije pensativa—. ¿Pretendes que crea esa historia?

—No seas estúpida, muchacha.

—¿Est...? ¿Estúpida?

—Sí, corta, insolente, ridícula, boba, tonta —explicó moviendo las manos— ¿sigo? —preguntó a la vez que alzaba sus oscuras cejas.

Le dije que no con la cabeza y seguí observando cada uno de sus gestos. Llevaba unos ropajes extraños, su cabello también era distinto a todo lo que había visto y su forma de hablar también era diferente, aunque era una mujer muy hermosa, si es que realmente era mujer.

No dije nada, solo miré cómo movía sus manos de un lado a otro, parecía que no pudiera estarse quieta en un mismo sitio.

—Muchacha, he visto todo lo que ha pasado —hizo una mueca—. No le echés la culpa a ese hombre, ¡y vaya hombre! —exclamó sin dejar de moverse— ¿cómo pudiste dejarle escapar? —Volvió a alzar las cejas— si hubiera sido tú, a más de una le habría sacado los ojos para que no le miraran. —Vi como dejó ir una carcajada, pero se puso seria, algo que no había hecho desde que apareció—. Mira, las *Nornas* no han tenido nada que ver, es verdad que ellas tejen las telas del destino bajo el Yggdrasil, pero a cada paso que das estas cambian, fuiste tú quien eligió mal. Aquí los dioses no pueden hacer nada, así que, no los culpes a ellos. —Me

miró fijamente—. La única culpable eres tú y debes aceptarlo.

Lo que me estaba diciendo me dolía, pero lo peor era la rabia que iba creciendo en mí, porque sabía que estaba en lo cierto, tenía razón solo yo había sido la culpable de que Egil se hubiera marchado, todo eso hizo que cayera de cabeza a un abismo del que no sabía si iba a poder salir. Me acerqué a la mesa y la tiré al suelo de un puntapié, el cual me hizo daño en el pie, ya que seguía doliéndome.

—Mira que eres estúpida —dijo mirándome de arriba abajo, levantando un dedo—. No voy a volver a repetir que significa ser estúpida, si no te

acuerdas, mala suerte.

Movió la cabeza a ambos lados, cogió aire y lo dejó ir a modo de suspiro. Se volvió a pasar las manos por el cabello y lo dejó caer al otro lado.

—Ya te he dicho lo que te tenía que decir, no sabes lo incómodo que es ver lo que ocurre y no poder gritaros en la cara lo que pienso. Sois un poco... Patéticos, pero bueno, espero haberte ayudado a abrir los ojos —afirmó mientras iba desapareciendo.

—¿Él está bien?

—Me vuelvo al *Valhalla*, niña, no hay más preguntas que responder. —Se encogió de hombros y lo último que dijo fue—: espabila muchacha, o me lo

llevaré yo.

Me senté sobre el jergón, intentando entender lo que había ocurrido, ¿qué demonios había pasado? Acababa de ver a una *valkyrja*. Pero... ¿Ellas no solo se encargaban de llevarse las almas de los caídos en batalla? Suspiré, una *valkyrja* había venido a verme, Lyss. Tenía que darme prisa, no pensaba perderle así como así, no iba a permitir que nadie se lo llevara, ni ella. Encerré mi rostro entre las palmas de mis manos, cogí aire e intentando tranquilizarme, tenía que pensar en algo no podía seguir así. Tenía que encontrarle como fuese.

Me puse en pie, el dolor ya no me importaba, solo necesitaba salir de allí,

dejar de pensar en todo aquello que atormentaba mi mente, despertar de la horrorosa realidad y cambiar lo que podría llegar a ser mi destino. No estaba dispuesta a perder el tiempo, ni a perder a Egil.

Fui al arcón, saqué las pieles de padre, las metí en una alforja, cogí mi capa hecha de la piel del oso de Egil, la dejé sobre la mesa y fui a por algo de comida. Rebusqué por la *gardr* y solo encontré un buen trozo de pan, huevos de las *hœnas*⁶² y queso hecho con la leche de *kýr*. Me lo iba a llevar todo. Dentro de la misma alforja de las pieles guardé algo de heno y algunas ramas secas para poder encender un fuego.

Me puse la capa sobre los hombros y al asomarme por la puerta, me di cuenta que ya no llovía, todo había vuelto a la normalidad y el sol lucía extrañamente entre las nubes que aún perduraban en lo alto del cielo. Fui hacia el establo andando tan veloz como pude. No me importaba sentir el dolor que me atravesaba la pierna a cada paso que daba. Cuando llegué a Regn, me encontré un trozo de tela con algo escrito. Lo miré, era distinto a todo lo que había visto antes, apenas pude entender lo que había en él.

—De nada —dijo Lyss con su dulce VOZ.

Di un par de saltos y fue cuando me

di cuenta que el dolor había desaparecido y el pie estaba completamente curado.

—¿Lyss?

Nadie respondió, pero algo me dijo que aquella *valkyrja* entrometida me había sanado.

—Gracias, *valkyrja* —susurré a la vez que sonreí.

Até bien a la yegua y las alforjas a cada uno de los lados de esta con fuerza para que nada se cayese. Cogí a Regn y tiré de ella hasta que llegamos a nuestra *gardr*, si durante la noche llovía íbamos a pasar frío, así que, la dejé en la entrada y fui a por algunas pieles más para que estuviéramos más

resguardadas. Cuando estaba a punto de salir, la puerta se abrió y me topé con padre.

—¿Qué hace ahí Regn?

—Me marchó, *faðir* —anuncié seriamente.

—¿A dónde? ¿Es que has perdido la cordura? —preguntó—¿Y tu pierna?

—Estoy bien, *faðir*. Pero, lo más seguro es que sí que la haya perdido, pero no me importa. Necesito alejarme de aquí.

No dijo nada, solo observó cómo le aparté, salí al camino y monté sobre la yegua. Doblé la capa como pude y la metí en una de las alforjas, la cual estaba a punto de romperse a causa de

tantas cosas que llevaba.

—Ve con cuidado, vuelve sana y que *Frejya* esté contigo.

Asentí y le di un ligero golpe al animal en el lomo, hice un chasquido con la lengua y esta avanzó. No iba a tardar mucho en anochecer, así que, debía buscar un lugar en el que refugiarme por si aquella noche llovía.

Cuando llegué a la pradera, algo llamó mi atención, había una luz que se movía. Algo en mi me rogaba que fuese a ver qué era lo que movía aquella claridad, pero mi mente me pedía lo contrario, así que, hice acallar esa vocecilla que me decía que fuese y seguí mi camino. Me adentré en el bosque, no

mucho, ya que en realidad iba rodeándolo para así poder llegar cuanto antes al río. No sabía cuánto tiempo iba a quedarme, pero necesitaría el agua.



⁵⁹Dóttir – Hija.

⁶⁰Jarpr – Castaño, cabello.

⁶¹Dísir – seres divinos femeninos.

⁶²Hœnas – Gallinas.

CAPÍTULO XII

No tardamos mucho en llegar ya que estábamos bastante cerca del poblado, allí era donde solían pescar además del lago. Dejé que Regn pastara tranquilamente junto al río, mientras aproveché algunas ramas secas, otras frondosas y llenas de hojas para así poder usarlas como lecho. Con varios troncos y ramas largas hice una pared entre dos árboles que estaban pegando el uno al otro, y con unas cintas las

anudé. Lo cubrí de ramas y hojas para que así el agua no pasara con tanta facilidad. Desanudé las alforjas que colgaban de la yegua, las eché sobre el jergón y la até junto al árbol en el que había dejado todo, no quería que si algo la asustaba se marchara sin rumbo. Eché sobre las hojas un par de pieles para cubrirlas, después de eso saqué el heno e hice una pequeña hoguera, donde encendería el fuego antes de que oscureciese.

Llevaba un buen rato intentando prender el heno que no quería arder, apenas quedaba luz en el bosque, estaba a punto de desaparecer tras las grandes montañas que abarcaban todo el terreno.

Empecé a desesperarme, no sabía qué hacer, si no conseguía algo que me calentara durante la fría noche aquello sería terrible. Me puse en pie y di varias vueltas, necesitaba relajarme, no podía ser que me pusiera así por no encender un simple fuego. Me senté de nuevo, agarré una rama y un tronco partido por la mitad. Cogí aire y lo solté a modo de suspiro. Cerré los ojos con fuerza y los abrí. Poco después lo conseguí, ¡por fin!

Sumida en mis pensamientos dejé que el fuego prendiera, me acerqué a Regn, la desaté y me la llevé conmigo hacia el agua. Me agaché frente a ella, metí las manos en el río para llevármelas a la boca y beber, luego las

pasé por mi cara intentando despejarme. Al alzarla volví a ver aquel resplandor que vi desde la *vangr*. Lo miré pero no pude distinguir quien era, solo podía ver que era un hombre. Levantó un poco la mano, el fuego se acercó a su rostro y pude verle, era él.

—¡Egil! —grité a la vez que me puse en pie, y me metía en el río intentando atravesarlo.

Al salir de este casi me caigo al resbalar me con el agua que había en mis botas, pero nada importaba solo él. Atravesé el *skógr* enganándome con ramas y hojas, intentando sortear los troncos que había en el suelo. Seguí adelante tirando de las ramas que se

metían entre mis pieles, me daba igual que los ropajes se rasgaran, corría tanto como podía, hasta que tropecé y caí.

—¡Egil... Egil! —grité de nuevo, entre lágrimas.

Apoyé las manos en un tronco cercano e intenté ponerme en pie, pero uno de mis pies resbaló haciendo que volviera a caer.

—Bien —gruñí.

Al ponerme en pie volví a correr, hasta el momento en el que llegué al lugar en el que debía estar él. Miré hacia todos lados, con desesperación pero no estaba, no había nadie, no había luz, no había nada salvo más y más bosque. Le di un puntapié a una piedra

enfadada, tal vez padre tenía razón y había perdido la cabeza visto los acontecimientos de este último día.

Volví hacia mi lado del río, puse a la yegua más cerca de donde estaba para que cuando tuviera que descansar pudiera resguardarse bajo el cobijo que había hecho, así estaría tan caliente como yo. Antes de tumbarme junto a ella le puse la capa por encima. Me recosté sobre el jergón, me tapé con las pieles y corté un trozo de pan. Comencé a darle unos bocados, pero no tenía hambre, solo quería dormir y dejar de pensar en lo ocurrido, olvidarme de todo este mal.

—No está, se fue y no volverá, no por ti, estúpida —me dije a mi misma

recordando la extraña palabra que aquella misma tarde me había enseñado Lyss.

No entendía por qué solo podía sentir aquella angustia y desespero. Antes no era así, no me habría importado que se marchara, pero para entonces era distinta, tras la vuelta de Aust-Agden que todo cambió, el amor que sentía hacia él me había cambiado. Cientos y miles de lágrimas acudieron a su recuerdo, destrozando todo lo que quedaba en mí, desmoronando cada una de las partes que aún se mantenían en pie en mi interior. Me puse las pieles por encima de la cabeza, no quería que nada ni nadie me viera. Me abracé a mí

misma, me pasé las manos por el rostro intentando detener las lágrimas que tanto se esforzaban por hacerme recordar una y otra vez el momento en el que le vi salir del establo, su última mirada, aquella que estaba llena de rabia y odio.

En instantes como aquel una inmensa furia empezaba a crecer en mí, no debería ser así, fui yo quien le traicioné a él. Había tantas preguntas de las que me gustaría tener una respuesta, tantas... Muchas veces pensaba en que era el destino, las *Nornas* habían decidido que jamás llegaríamos a estar juntos como ansiábamos, o tal vez él lo ansiara más que yo, si hubiera sentido su amor como él lo hacía por mí, todo habría sido

diferente. A pesar de ser la mayor tortura que podría haberme tocado en mi existencia, no cambiaría nada de lo que hice ni porqué lo hice. Aun sintiendo que moría por dentro, seguía estando orgullosa de ser de esa forma, y de tener lo que tenía, aunque no fuese lo mejor.

Regn me dio varios golpes con el morro encima de la cabeza, me destapé y posó su hocico contra mi frente, la fui acariciando poco a poco, era una yegua muy lista. Junto a mí había un gran trozo de tierra por lo que se acomodó mejor dejando su gran cabeza sobre mis piernas.

Me acurruqué contra ella para mantener nuestros cuerpos calientes.

Parecía que *Thor* no iba a visitarnos, pero aun así cogí sus riendas y las até a una rama baja para que no se asustara con sus truenos. Eché las pieles por encima de ambas, cerró los ojos y dejó que la acariciara hasta que acabé por dormirme.

No sabía cuánto tiempo había estado durmiendo, pero el brillo de los rayos en el cielo me alertó, por lo que me desperté sobresaltada. Los truenos aún no habían empezado a estallar, por lo que la yegua seguía dormida. Estiré bien la capa para que quedara totalmente tapada. Solo esperaba que no lloviera mucho o tendríamos que volver a la *gardr* antes de tiempo.

Cuando las gotas de lluvia empezaron a caer me di cuenta de que gracias a que los árboles eran altos y frondosos apenas dejaban que estas se colaran entre las hojas, y las pocas que se colaban acababan muriendo en el resguardo que había hecho. El fuego seguía encendido y cubierto, para que no se apagara, le eché unas cuantas ramas más que llevaba guardadas en la alforja. La hoguera volvió a arder tanto como al principio.

Cerré los ojos pero no lograba volver a dormir, miré al cielo intentando ver desde la lejanía. Los rayos iban iluminando el cielo, hermosos hilos de luz empezaron a moverse en este. Tal

vez fuese Lyss quien estaba jugando con ellos, por lo que pude ver, ella también era capaz de hacer aparecer un rayo sobre la palma de sus manos. No sabía qué hacer, estar allí esperando que llegara la mañana, o a que dejara de llover iba a hacer que me desesperada. Me puse en pie dejando que Regn durmiera tranquila. Di varias vueltas alrededor de donde estaba, buscando una rama que fuera lo suficientemente gruesa como para tallar en ella.

Encontré muchas pero demasiado delgadas como para usarlas. Golpeé un tronco que tenía en frente haciendo que se girara, bajo él había varias ramas algo más gruesas que las otras. Me senté

junto a la yegua, pasé una de las mantas sobre mis piernas y me recosté contra el árbol para tallarla.

Tras un buen rato quitando lo sobrante, le hice unos bordes más finos en la parte central, no cortaría tanto como podría hacerlo uno como los de Bror pero de algo serviría. Parecía que era corto, por lo que fui a por otro que fuese más o menos igual que el anterior. Sería la empuñadura de mi nuevo *knífr*.

Fui tallándolo, hice una abertura en la parte superior para que encajara con la otra. Rebusqué en la alforja, recordaba haber traído un largo cinto, el cual usaría para reforzarlo. Al encontrarlo, empecé a envolver la zona

en la que se unían ambos trozos, y lo até por el final. Quedó un espacio en medio, en el que decidí grabar a *Algiz*, la runa de la protección, y junto a ella la zarpa de un *kottr*, como me llamaba Egil. Esta *kottr* iba a volverse más fuerte de lo que lo era antes y si tenía que acabar con alguien no se lo pensaría dos veces.

Puede que aquello fuese lo que necesitaba, una señal que me hiciera ver que podía luchar por lo que era mío, que podía seguir adelante a pesar de todo lo que pudiera ocurrir, a pesar del dolor, a pesar de que me destrozara por dentro. No podía dejar que me hundiera. Era hija de Hammer Horkisson, y no iba a rendirme.

Cuando amaneció recogí las pieles guardándolas en las alforjas, apagué el fuego que aún seguía encendido y me acerqué al *fljótv*. Dejé que Regn entrara en el agua y bebiera tranquilamente mientras yo me aseaba, me quité los ropajes y me limpié un poco mojando mi cabello, después lo peiné con los dedos y lo recogí en una larga trenza por la que caía el agua. Me coloqué de nuevo mis ropajes y noté como iban empapándose, como el *kirtle* se mojaba al igual que las pieles.

Monté sobre Regn pero no sin antes humedecerle el pecho. El sol brillaba extrañamente en lo alto del cielo, ya no había ni rastro de aquellas nubes

oscuras que anoche nos acompañaban. Sonreí, sentía la fuerza que antes me faltaba, los dioses me habían dado la esperanza que necesitaba para seguir adelante.

—Vamos —dije mientras chasqueaba la lengua.

Para la vuelta fuimos por el interior del bosque, tal vez encontrase algo que cazar y llevarme al pueblo para la cena. A medida que iba avanzando me fui adentrando más y más en la inmensidad de este, miré por todos lados buscando algo que llevarme, pero no veía nada. Hice que la *hestr* se detuviera, para que no se asustara. Cogí el arco que antes colgaba de mi hombro, saqué una flecha

y apunté. La *heri* estaba quieta comiendo algo que había cogido, era bastante grande. Intenté fijarme bien y antes de que pudiera moverse y desaparecer de donde se encontraba, dejé que la flecha corriera sobre el aire hasta que se clavó en la espalda del animal.

Nos acercamos tranquilamente, cuando estábamos a menos de dos pasos desmonté de Regn y me agaché a cogerlo. Los dioses estuvieron de mi parte, porque en ese preciso momento vi como una flecha se clavaba en uno de los árboles que había frente a mí. Me giré y a lo lejos vio como alguien corría y se alejaba, podría ser uno de mis hermanos, pero... ¿por qué me atacaba?

Monté de nuevo en ella, fui hacia donde estaba el que me había intentado herir pero algo hizo que me detuviera. No me lo podía creer, en medio del camino había un cuerpo sin vida atado a un árbol. Di la vuelta a su alrededor y vi que le faltaban algunos dedos, los animales se habían llevado todo lo que él no tenía. Me tapé la boca, ¿habría hecho aquello Egil? Suspiré y seguí adelante sin mirar una última vez al despojo que había detrás de mí.

No dejaba de pensar en quien había sido el que había intentado herirme. Algo me decía que fue Gull, ya que era el único que podría tirar desde tanta distancia y ser capaz de acertar de lleno,

¿pero por qué querría acabar con mi vida? Cuando salí de la pradera me lo encontré, estaba tranquilo con el arco colgando del hombro. Me acerqué a él con el arco y la flecha preparada, hice que Regn se detuviera frente a él y le apunté entre los ojos.

—Vuelve a hacerlo y los dioses reclamarán tu alma —aseguré entre dientes.

Le miré haciendo una mueca, le golpeé con el arco y guardé la flecha. No hizo falta que dijera nada más, una sola mirada hizo que se marchara. Desde que me salvó de aquella roca no habíamos vuelto a vernos.

Vi como Jokull estaba junto al resto

hablando con ellos, preparándoles para lo que estaba a punto de suceder. Nos había visto aparecer desde la lejanía por lo que hizo que todos se detuvieran atentos a lo que les contaba. Cuando estaba acercándome me erguí y clavé la mirada en el horizonte, no la desvié hacia ellos en ningún momento, solo seguí mi camino.

Bajé al centro del pueblo, me acerqué a la *gardr* de Bror, otro de los grandes *frilaz* del pueblo junto a Atel, este primero se encargaba de las armas y el segundo de las pieles. Até a Regn en el poste que había en la entrada y di varios golpes en la puerta para que vinieran a recibirme. Al final fue Linna,

su hija, quien me abrió. La muchacha *fagrhárr* se colocó uno de los mechones tras la oreja y sonrió al verme. Era la primera que me sonreía, salvo Gyda, desde la marcha de Egil.

—*Heill*, Gala —me saludó alegremente.

—*Heill*, Linna, venía a ver a tu *faðir*.

—Claro, pasa —se hizo a un lado—. Adelante.

Esperé a que fuese ella la que pasara por delante, para que me guiara por el interior hasta llegar a donde se encontraba Bror.

—*Faðir* —le llamó—. Ha venido Gala.

El hombre apareció tras una larga piel marrón como la tierra húmeda con las manos manchadas y el rostro sudoroso.

—*Heill*, Gala, ¿qué necesitas? — preguntó con su grave voz.

—Anoche hice una empuñadura para un *knífr* y me gustaría que hicieras el cuchillo, además de la funda —le tendí la empuñadura.

Bror hizo una mueca algo extraña. Cogió lo que le estaba dando y empezó a mirarlo desde la parte de abajo hasta llegar a arriba.

—Creo que podré hacerlo — carraspeó y miró a Linna tras mirarme a mí—. La funda deberías pedírsela a

Atel, es él quien se ocupa de ellas.

—Podría pagarte por ello ahora mismo.

—¿Con qué?

—Un *heri*, grande, lo he cazado antes de venir.

El hombre asintió, salí de la casa y fui en busca del heri. Lo saqué de la alforja, le quité la flecha que aún seguía clavada en él y volví al interior de la *gardr*. Escuché como Bror y Elsa, su mujer, hablaban acaloradamente sobre algo pero no lograba entender qué era lo que estaba ocurriendo. Hice un poco de ruido al caminar para que supieran que estaba aproximándome, y se callaron.

—Aquí tienes —dije dándole la

liebre.

—Bien.

—¿Cuándo estará listo? —pregunté ansiosa.

Dejó los ojos fijos en la mesa de madera que había tras mi espalda y frunció el ceño pensando durante un momento.

—Tal vez lo tenga mañana antes de que se ponga el sol, ven entonces.

—Gracias, Bror.

Tras acabar de hablar con él, salí de su *gardr* para dirigirme hacia la de Göran, estaba segura de que ellos sabrían algo del paradero de Egil, o por lo menos podrían decirme si seguía con vida. Golpeé la puerta insistentemente

pero nadie vino a atenderme, seguí dándole unas cuantas veces más hasta que después de un rato fue Göran quien me recibió.

—En esta casa aún conservamos el oído —espetó molesto.

—Lo lamento.

—¿Qué quieres? —preguntó de mala manera.

—Me gustaría saber si... si Egil está bien... He pensado que... —susurré y noté como mi voz iba desapareciendo tras decir su nombre.

—Eso a ti no te incumbe, muchacha.

Intentó cerrarme la puerta, pero puse mi mano impidiéndoselo antes de que se cerrara del todo.

—Sí, me importa más de lo que crees.

—Si no está con nosotros es por culpa tuya —espetó con odio.

—No me importa lo que pienses, solo quiero saber si está bien.

—Sí, lo está —tras eso cerró la puerta dando un buen golpe.

Dejé ir un soplido intentando controlarme. Antes de irme le di un puntapié a la puerta, por las formas que había tenido al hablarme, aunque yo tampoco tuve las mejores.

Fui hacia mi *gardr*, pero al entrar no vi a nadie, así que, decidí ir a la *hús* de Thorbran, aunque no quisiera ni verme, debía avisar a mi padre de mi vuelta.

Me encaminé hacia allí atravesando casi todo el poblado, desde que le eligieron como *Jarl*, Thorbran y su familia habían vivido en lo alto de la colina, desde allí podía vigilar todo lo que ocurría. Aunque la cosa cambió después de que un incendio en la antigua *gardr* acabara con la vida de su mujer, Astrid. Egil no pudo soportar vivir en el mismo lugar en el que su madre había muerto, y fue por eso por lo que se marchó a la *gardr* donde vivía desde entonces, entre el *heimr* y los establos. No estaba muy lejos, sobre todo si ibas a caballo. Até a Regn en el poste que había en la entrada, en algunas de las cabañas habían puesto amarres en los que dejar a los animales.

Subí los escalones que había para llegar a la entrada, podía escuchar como mi *faðir* y el *Jarl* hablaban sobre algo, parecían enfadados, también pude escuchar como Jokull intervenía. Algo estaba a punto de ocurrir, sino no estarían así. Di varios golpes en la puerta esperando a que me abrieran, pero no parecían tener intención a hacerlo, sin esperar más fui a abrir y me encontré a una mujer con los cabellos negros.

—¿Qué deseas, muchacha? — preguntó cariñosa.

La observé detenidamente, también lo que había a su espalda. Padre estaba en pie y pude ver como algo se hinchaba

en su frente. Aparté a la mujer delicadamente y fui directa hacia él, le agarré por el brazo e hice que se sentara. Noté como su respiración iba calmándose y acabó por ceder. Se tranquilizó y entonces me miró, pero no antes sin que Thorbran se dirigiera a mí.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con desprecio.

Le miré con mala cara, hice una mueca e ignoré su pregunta, no valía la pena discutir por algo que no serviría de nada.

— *Faðir*, vuelvo a nuestra *gardr*.

—Vaya, tú al menos puedes volver a casa —comentó irónico Thorbran.

Permanecemos en silencio, ninguno

de los cinco osó decir nada. Tenía la mirada fija en mí, solo que la suya desprendía todo el dolor y el desprecio que se podía encontrar en los nueve reinos, algo que yo jamás sentí por él.

—Porque mi *sonr* no puede, ¿sabes?

—Aclaró.

—Lamento que sea así, Thorbran...

De veras. Pero fue él quién decidió marcharse.

Se puso en pie furioso más de lo que jamás lo había estado, era más alto que yo, rudo e imponente. Parecía un gigante de *Jötunheim*, fuerte y más duro que una roca.

—¡Egil se marchó por tu culpa! Por tus venas corre la sangre de *Loki* —

gruñó con maldad.

—¿Quién te crees como para hablar así de ella?! —Le rebatió padre.

Me apartó hacia un lado, cogió al *Jarl* por el cuello del *kirtle*, acercó su cabeza y dejó pegada su frente a la del otro. Ninguno de ellos dijo nada, solo se miraban. En ese momento Thorbran aprovechó para golpearle en la boca, y padre dio un paso hacia atrás cayendo sobre el asiento en el que estaba. Se puso en pie de un salto y le devolvió el golpe, y tras este otro en el costado. Se subió a la mesa para quedar por encima de él, pero de nada sirvió ya que el *Jarl* lo tiró al suelo, se echó encima de él y lo golpeó con fuerza.

—¡Deteneos! —grité.

—Tranquilos —dijo Jokull quien intentó que se calmaran, pero no sirvió de nada.

El asiento cayó por detrás de padre, quien intentaba agarrar a Thorbran por el cuello, tirándolo al suelo y colocándose sobre él. Le dio un fuerte golpe en la boca, pero lo que no esperaba era que se lo devolviera con un rodillazo en la espalda.

—*Faðir!* —grité angustiada.

Seguían golpeándose sin dejar que ninguno de los dos pudiéramos detenerlos, incluso la *thraell* intentó hacerlo. Cuando estaban en la parte más feroz de la lucha solo se me ocurrió

colocarme entre ellos, por lo que me llevé un buen golpe haciendo que cayera al suelo, igual que ocurrió con Egil. Jokull vino a ayudarme, me puso en pie y me sentó para comprobar que estaba bien. Fue entonces cuando se interpuso entre ellos con los brazos extendidos separándolos. Los dos se miraron con rabia, la furia que había en ellos iba a tardar en consumirse, no podrían convivir como lo habían hecho hasta ahora y una vez más la culpa iba a ser mía.

—Quietos —gruñó molesto, les dio un empujón a cada uno para que se separaran aún más.

—Solo quería deciros eso —me

pronuncié—. No os golpeéis más, sois hermanos, no vale la pena, tenéis unos hijos deplorables.

Los tres me observaron con la boca abierta, confusos y sorprendidos por lo que acababa de decir. Cuando fui a salir me encontré de nuevo con la mujer que me observaba como si fuera una extraña.

—¿Qué miras? —Le pregunté molesta.

—No es nada... —Se apresuró a decir.

—Eso creía.



CAPÍTULO XIII

Herpa, año 887. Siete meses después.

Salí de la *gardr* alarmada por el gran alboroto que estaba teniendo lugar en el centro del poblado, no quería ser la última en enterarme de qué era lo que estaba ocurriendo. Entré de nuevo en el interior, me coloqué bien las botas y los ropajes, cogí el cinto del que siempre colgaba mi *knífr* y una de mis hachas. Me pasé el arco por encima del hombro,

no sabía si vendrían a atacarnos o a hacernos una visita, pero aun así debía ir preparada. De un golpe cerré la puerta, corrí por la tierra hasta que llegué a donde se encontraban los demás, empujé a algunos de ellos que estaban en mi camino para poder avanzar velozmente, pero choqué con unos cuantos que me impedían el paso. En la lejanía vi como unos guerreros se acercaban, ¿Egil?

Intenté apartar a todos los que había delante de mí, pasé como pude bajo sus piernas y sus brazos. Llegué a la parte delantera, la ropa se me había enganchado en los cintos de los demás, lo que había ocasionado que algunas

partes se rompieran, los pantalones se me habían rasgado y manchado, pero no importaba. Apoyé las manos sobre las rodillas, limpié la arena que había en ellos y descansé un poco mientras acababan de acercarse. Estaba exhausta, sentía como el corazón se me iba a salir del pecho, ya no solo por los nervios sino por el esfuerzo.

Todos hablaban, cuchicheaban, nadie se callaba, era extraño ver como todos tenían algo que decir, algunas de las cosas que oí no eran más que sandeces sin sentido. Padre apareció por uno de los lados poniéndose delante al verme en esa postura, estaba preocupado.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí —dije a la vez que me erguí—.
¿Qué está ocurriendo?

Alzó los hombros como respuesta, no sabía de quién se trataba ni qué era lo que querían hacer aquí, por lo que debíamos esperar.

—Parece que tenemos visita e importante, mira —señaló a Thorbran.

Este apareció por el lado contrario por el que había venido padre, se colocó bien los ropajes y se puso frente a todos.

—Hermanos —dijo alzando los brazos—. Tengo algo muy importante que explicaros —comentó con algo de pesar—, como veis, se están acercando unos hombres —dio media vuelta y señaló lo que veía a su espalda—. Allí

está nuestro Egil, vuelve de los montes del norte, de haber estado con el *Earl* Ragnarr, allí ha librado una fatídica batalla, pero gracias a los dioses y a que fue Egil, consiguieron salir vencedores, por ello le tenemos de vuelta.

Durante un momento el corazón dejó de latirme, mi sangre se congeló como la nieve y mi cuerpo dejó de reaccionar. Mi mente me gritaba que saliera corriendo, que diera media vuelta y desapareciera por donde había venido, que huyera. Pero, ¿cuánto tiempo había estado esperando aquel momento? El día en el que le volviera a ver iba a arreglarlo. Había sido demasiado tiempo sufriendo como para marcharme

así, sin ni siquiera ser capaz de mirarle a los ojos. Jamás pensé que cuando llegara ese momento, mi cabeza y mi cuerpo serían capaces de perder el sentido por él, por su presencia, si no lo amara como lo seguía amando habría dado media vuelta y me marcharía con la poca fuerza que aún conservaba. Pero aun así, preferí quedarme, sufrir, ver como mi corazón volvería a romperse en pedazos cuando le tuviera frente a mí.

Cada vez estaban más cerca, apenas quedaba nada para que llegara, desaparecerían tras las casas y quedarían totalmente escondidos lo que suponía que no tardarían en llegar frente a nosotros. Aparecerían con toda su

gallardía, sus hazañas y las recompensas por todos los logros conseguidos. Podía escuchar como las pezuñas de los *hestrs* iban resonando, alertándonos de que estaban cerca, un fuerte viento se levantó ante su llegada, lo que hizo que mi cabello se moviera.

Alcé la vista y la clavé en el cielo buscando la fuerza que me ayudó a encontrar a Lyss, la *valkyrja* que estaba segura de que había permanecido a mi lado durante todo este tiempo. Cogí aire y lo solté varias veces intentando calmarme, hasta que apareció él...

Egil subido sobre Espíritu, parecía más hermoso que cuando se fue, flamante, valiente y musculado, igual

que su dueño. Observé con detenimiento al que antes era mi hombre. Se había dejado algo de barba aunque no la llevaba muy larga. El cabello le pasaba los hombros, aunque lo llevaba recogido en una larga trenza la cual iba danzando de un lado a otro a cada paso que daba el animal. Iba cubierto con la piel de su oso, grande e imponente. Escuchamos el chillido de un águila que acabó descendiendo entre las nubes para colocarse sobre uno de sus hombros. Había algo extraño en él, distinto, algo que hacía que el vello se me erizara con tan solo mirarle.

Centró su mirada en la mía, clavó esos hermosos y penetrantes ojos en los

míos. Por alguna razón estos se me llenaron de lágrimas ante el contacto con él, en ellos ya no había dulzura ni la delicadeza que antes me profesaban, ya no existía, había dejado paso al frío, a la dureza y al orgullo. Su cuerpo también había cambiado, parecía mucho más grande, sus brazos se habían fortalecido, igual que sus piernas, su mandíbula se marcaba más, lo que le hacía parecer feroz. De su cuello colgaba algo brillante. Cuando se acercó pude ver como un *valknut* de *Odín* brillaba.

Sonreí inconscientemente mirándole embobada, pero cuando vi bien como me observaba se esfumó todo, en su rostro se dibujó una mueca de asco. Mi

sonrisa desapareció como si nunca hubiera existido. Los ojos me escocían y las lágrimas empezaban a acechar.

Con él venían tres guerreros más, o eso creía ya que al segundo de estos apenas podía verle, solo pude atisbar que tenía una larga cabellera de oro. Los otros dos eran muy parecidos a él, aunque uno de ellos era más mayor que el otro. Cuando llegaron al frente, Egil desmontó y entonces fue cuando vi a quien pertenecía aquella cabellera. Su piel era blanquecina como la nieve, parecía haber sido creada por los dioses, tenía unos labios sonrosados y carnosos, algo más de lo que debería ser normal. Egil se acercó a ella, agarró las

riendas de su *hestr* y la ayudó a abajar cogiéndola en brazos.

Iba vestida con un largo *kirtle* adornado con decenas de cadenas que iban desde cada extremo de sus hombros. Era oscuro como la noche, lo que hacía que su piel pareciera aún más clara de lo que era, le llegaba hasta los pies. Sobre esta llevaba una larga capa hecha con pieles de *melrakki*⁶³. La miré con rabia, le habría arrancado la cabeza allí mismo sin que nadie pudiera impedirlo, estaba ocupando el lugar que debería ser mío. Egil la tomó por la mano acercándola a él, pegó su frente a la de ella y le dio un casto beso, lo que hizo que todo mi cuerpo empezara a

arder.

Volvió a besarla, pero aquella segunda vez lo hizo con los ojos fijos en mí, quería herirme, que viera como le daba su amor a otra. Cuando se separaron fui hacia él con paso decidido, le di un empujón a la muchacha y a él le golpeé en la mejilla, lo que hizo que su rostro se ladeara y ardiera. Fui a darle otra vez, pero ella me agarró por el brazo para que no llegara a repetirlo. Con un movimiento veloz me solté, haciendo que cayera al suelo. No sabía con quién se estaba enfrentando.

No pude evitar que una sonora carcajada se escapara de mi boca, pero

tampoco hice nada por parar ni por disimularlo, me reí delante de ella. Hasta el momento en el que fue Egil quien me agarró por el brazo haciendo que diera media vuelta, dejándome frente a él y como si nada, me devolvió el golpe. Lo que hizo que esta vez fuese yo quien cayera al suelo. Miré hacia todos lados y vi como mis hermanos me observaban, incluso algunos se rieron, otros simplemente estaban asombrados ante lo que acababa de ocurrir. Él me miraba desde arriba con mala cara y superioridad.

Las lágrimas volvieron a aparecer en mis ojos, amenazando de nuevo con salir. Me las pasé por la cara y fue

entonces cuando noté algo en mi nariz. Había empezado a sangrar. Padre apareció entre todos, se agachó a mi lado, me cogió por los brazos y tiró de mí hasta ponerme en pie. Apenas podía aguantarme sola, tras tanto tiempo llena de fuerza, mi cuerpo había dejado de responder a lo que pedía. Lo que más me dolió en aquel momento fue que hubiera osado golpearme. Estaba furiosa, la rabia seguía en mí, si hubiese podido tirarme encima de él, le hubiera golpeado hasta que consiguiera que entrara en razón y admitiera que aún seguía queriéndome.

Estaba a punto de marcharme, de irme lejos de allí, para no volver a verle

nunca más pero no quería perderme lo que iba a ocurrir. Me fui junto a padre en la parte de atrás, dejando que el resto pasara hacia adelante.

—Hermanos —oí como dijo el vikingo cuando vio como Gull y Carón se acercaban a él—. Anhelaba este momento —los tres se unieron en un fuerte abrazo y al separarse se colocaron a su vera.

Thorbran se colocó junto a los recién llegados, y esperó a que fuese él quien diera un paso al frente y hablara con el pueblo.

—Hace mucho desde que marché —su voz había cambiado, era más ronca, pero seguía siendo igual de hermosa—.

Como supongo que ya os habrá contado el Jarl, hace un tiempo me vi obligado a marcharme, no podía quedarme aquí —aseguró haciendo una mueca a la vez que me miró—. Pero él me ayudó a que fuera junto a Ragnarr y a grandes guerreros —miró a sus nuevos compañeros—. Estaban a punto de librar una gran guerra, necesitaban ayuda.

—Gracias a que viniste Egil, pudimos salir victoriosos —añadió el más joven de los tres.

—Fue gracias a los dioses, Ingo— le respondió restándole importancia.

Ingo parecía el más pequeño, tenía el cabello *døkkhárr* ⁶⁴, lo llevaba más

largo por la parte delantera y afeitado por la trasera dejando la nuca a la vista. El otro que venía con ellos desmontó de su *hestr* y uno de los nuestros se acercó rápidamente para aguantar las riendas, aunque acabó por atarlo al poste que había frente la *gardr* de Atel.

—Hubo algún que otro contratiempo, pero al final todo salió bien gracias a los dioses —afirmó orgulloso—. Como podéis ver, he traído conmigo a dos de mis hermanos, Ingo y Kirk —los señaló con la mano y luego se centró en la muchacha—, además de Karee —la cogió por la cintura y la pegó a él, esas ganas de darle un buen golpe volvieron a gritar en mí. La muchacha sonrió al

escuchar su nombre en la boca de él—. Tras acabar la batalla salimos de expedición, saqueamos los territorios enemigos, entre los cuales estaba ella, aquellos que se resistieron fueron castigados, nos llevamos riquezas... — Hizo una pausa y prosiguió—, desde entonces Karee estuvo conmigo —la miró—. Nunca está mal un poco de compañía, ¿no? —Le guiñó un ojo a los hombres que había frente a él.

Me repugnaba escuchar como hablaba, en ningún momento pensé que Egil fuese capaz de tener ese comportamiento que estaba mostrando, es más, jamás habría pensado que podría estar con una mujer que no fuese

yo, y más habiéndola apartado de su familia.

—*Sonr* —dijo Thorbran—, me siento orgulloso de ti —se acercó a su hijo, se abrazaron y le dio varios golpes en la espalda.

Ella no era más que una esclava, una *thraell* que había traído solo para hacerme daño, estaba segura de que era por eso.

—Gracias, *faðir*.

—Vaya diosa has traído contigo —dijo deleitándose con la joven a la vez que la miraba de arriba abajo.

Esta se limitó a sonreír mientras que observaba cada uno de los habitantes de nuestro poblado, aquellos que habían

venido a recibir al que era su dueño. Muchos de los hombres vitorearon a su *Jarl*.

Me di la vuelta, ya había visto suficiente de aquel humillante encuentro en el que el hombre que pensaba que iba a estar conmigo durante toda la vida y su padre habían babeado delante de esa muchacha. Fui pasando entre la gente y cuando estaba a punto de marcharme a mi *gardr* me encontré con Hanna, quién tenía mala cara.

—¿Qué te ocurre? —pregunté posando una de mis manos sobre sus hombros.

Desde que él marchó apenas habíamos vuelto a hablarnos, aunque es

cierto que nunca tuvimos una gran amistad.

—Ese no es mi niño —dijo disgustada.

—Yo también me he dado cuenta, Hanna.

La boca de la mujer esbozó un gesto de tristeza, lo que hizo que sin pensarlo me abrazara a ella para menguar esa tristeza. Esta lo recibió gustosa, ya que me apretó contra ella dejando ir un suspiro.

—Sé que lo hiciste por algo, yo no te culpo —susurró en mi oído.

Tras eso empecé a llorar como una niña, como si hubiera sido lo que me faltaba para que me desbordara, no

entendí ni porqué ni como, pero lo hice, todo lo que había estado aguantando desde que se marchó hasta aquel preciso instante, desapareció gracias a ella.

—Vamos —me cogió del brazo llevándome hacia su *gardr*.

Cuando entramos me sentó en uno de los asientos de madera que había junto a la mesa, mientras se acercó al fuego y colocó un cuenco de agua al que le echó unas cuantas hojas. Me tapé la cara con las manos, odiaba que alguien pudiera verme llorar, que pensarán que era débil.

—No hagas eso niña, deja que vea tu hermoso rostro —me pidió dulcemente.

Sonreí como una tonta, pero aun así

hice lo que me pidió, me quité las manos de la cara y agarré un trozo de tela que había sobre la mesa para secarme las lágrimas.

—¡No, ese no! —exclamó la mujer cuando ya me había secado.

Cuando me quité el trapo de la cara Hanna empezó a reírse como si no pudiera dejar de hacerlo, por lo que le dio algo de tos.

—Por los dioses chiquilla, lo que has hecho —cogió un pequeño cuenco lleno de agua y vino con otro trapo—. Tienes la cara manchada; los ojos, la frente y los mofletes.

Una carcajada salió de mi interior, la primera desde que la rubia cayó de culo

al suelo, ambas reímos sin recordar qué era lo que había fuera.

—Así me gusta —sonrió.

—Gracias.

Cogió un asiento, se colocó a mi lado y me miró.

—No voy a pedirte que me expliques porqué lo hiciste, no soy a quién debes contárselo ni ahora es el momento, pero si te voy a pedir algo —hizo una pausa para poder mirar el agua—. Sé fuerte y lucha por lo que quieres niña, no dejes que se te escape.

Agaché la cabeza pensando en lo que me estaba diciendo y era exactamente lo que me había pedido la *valkyrja*, que no me rindiera, que no dejara que se

escapara y que luchara por él. Egil era lo que quería, y haría lo que hiciese falta para separar esa sucia esclava de él antes de que acabara ocupando mi lugar.

—No voy a rendirme —le prometí.

—No lo hagas —dijo mientras se ponía en pie e iba a por dos jarras que llenaría del agua que había preparado.

Cuando los trajo me dio uno de ellos y esperó a que le diera un trago. Estaba delicioso, sabía realmente bien no como lo que nos había servido Olak.

—Está delicioso —susurré mientras despegaba el vaso de mi boca.

—Me alegra que te guste.

Le di otro sorbo mientras observaba los gestos que iba haciendo. Desde que

enfermó tiempo atrás, su cuerpo había envejecido a pasos agigantados, gracias a los dioses no había sido nada y aún seguía entre nosotros. Gracias a ella una pequeña llama de esperanza había vuelto en mi interior.

—Sabes... —Empezó a decir—, como habrás visto, no le gustas mucho a mi Göran, no es por nada, aprecia demasiado a ese muchacho que se fue siendo un dulce regalo de los dioses para volver hecho todo un hombre —la tos volvió a interrumpirla, así que, le dio un trago al líquido, para calmarla—. Egil ha sido como un hijo para nosotros, desde que su madre murió, Göran y yo hemos intentado protegerle de todo...

Hasta que fuiste tú quien acabó por dañarle —su voz acabó por desvanecerse a medida que terminaba de hablar.

—Ya imagino... Göran debió pasarlo mal.

Me mordí el labio obligándome a serenarme.

—Sí, la verdad es que ambos lo hicimos, y es posible que ahora nada vuelva a ser como antes. Egil ha cambiado.

Asentí sin decir nada, ya que temía que mi voz acabara quebrándose antes de que terminara de hablar.

—Yo... Debería marcharme, no quiero molestar.

—No eres molestia, ven cuando quieras y no tengas en cuenta a Göran, no es más que un viejo gruñón.

Me hizo gracia como hablaba de Göran, como hablaba del hombre al que más amaba y del que nunca se separaría. Estaba segura que los dioses sabrían guardarles un buen lugar para ambos en el *Valhalla*.

Cuando me dispuse abrir la puerta y marcharme, alguien dio dos golpes en ella. Al abrirla me encontré frente a frente con Egil quién me miró perplejo. Con él no venía nadie, era solo él, el muchacho, el hombre que había vuelto, sin guerreros.

—*Heill*, Egil —susurré algo

molesta, me pasé las manos por el pelo dejando algún mechón tras mi oreja.

A Egil poco le importó lo que había dicho, el saludo, era alguien completamente distinto al hombre que fue, ya no tenía esa alegría en la mirada, ni la perspicacia de la que antes alardeaba.

—¿Está Hanna? —preguntó directamente mirándome con desconfianza.

—Sí, está dentro —murmuré—. Yo me marcho ya...

—Muy bien —dijo haciéndose hacia un lado para que pudiera salir.

Aquello que se había ido curando en mi interior volvía a resquebrajarse, pero

no acabó por romperse del todo, solo había un pequeño trozo que lo sostenía.

Pasé junto a él y pude llevarme con él todo su olor.

—Escúchame —le pedí.

—¿Qué?

—Me gustaría hablar contigo.

—Yo no tengo nada que hablar contigo, aparta de mi vista y procura no cruzarte en mi camino.

Me quedé perpleja mirando como de un buen golpe cerró la puerta. Estaba tan confusa que ya no sabía ni qué hacer, solo viendo como se acababa de comportar había hecho que me quedara aturdida, no quería ni imaginar cómo sería lo que estuviera por llegar.

Crucé el pueblo cuando escuché como Thorbran y padre hablaban con el resto de las gentes que habían ido a ver a su héroe perdido.

—Esta noche habrá una gran cena, así que, esperamos veros a todos —dijo padre.

Aquella iba a ser mi noche, no iba a dejar que esa *hundr* acabara llevándose a mi hombre, si pude sorprenderle una vez, podría volver a hacerlo con los ojos cerrados. Seguí mi camino y en ese momento apareció Linna de la nada, choqué contra ella, suponiendo que era lo que quería, ya que no se apartó.

—¿Dónde estabas? —preguntó preocupada—, he estado buscándote.

—Eso ya me lo suponía, sino no estarías preguntándome —contesté con sorna a la vez que me pasaba las manos por el pelo—. He estado en la *gardr* de Göran, con Hanna y luego me he topado con Egil...

Miró al cielo y dejó ir un suspiro.

—Oh, Egil, ¡qué hombre!

—Céntrate en Gull y deja a Egil tranquilo —gruñí.

Hizo una mueca imitando mi gesto y luego rio, lo que hizo que me molestara más de lo que ya lo estaba.

—¿Es que no has visto que planta tiene? Ha cambiado mucho, a mejor —gritó emocionada como si fuera una niña—. Y mira que antes ya...

—¿Quieres cerrar el pico? —grité enfadada interrumpiéndola.

Comencé a andar rápidamente, no quería escucharla más, ya había visto como estaba Egil, como era antes de marcharse y sabía que ahora no era el mismo, pero seguía provocando lo mismo que antes en mí. Miré a Linna de reojo, tenía la cabeza gacha y vino detrás.

—Perdóname —me pidió corriendo detrás de mí—. Por favor, Gala —murmuró.

—Ven conmigo.

Asintió alegremente y fue dando saltitos llenos de energía a mí alrededor como una niña. Durante todo este tiempo

ella había sido la única que estuvo conmigo, a parte de Gyda quien al final decidió hacerse a un lado y dejarse llevar por todo aquello que decían de mí. Linna había estado a mi lado aguantando mis enfados, mis llantos y mis ratos de alegría, los cuales eran bastante escasos.

Fuimos hacia mi *gardr*, cuando entramos se sentó sobre el jergón y yo a su lado, antes eché agua en dos jarras, después del paseo debía estar sedienta. Dejé que mi cuerpo quedara estirado sobre las pieles, miré hacia arriba intentando que mi mente descansara por un momento y solté un suspiro.

Linna imitó mi gesto, se tumbó a mi

lado, posó una de sus largas manos sobre las mías, cogió aire y lo soltó.

—Escucha, Linna... —susurré.

—Te escucho.

—Creo que desde que nos conocemos nunca te he agradecido todo lo que has hecho por mí.

—No debes agradecerme nada, Gala.

Cerré los ojos e intenté no pensar en nada, pero cuando creí que lo había conseguido me di cuenta de que seguía haciéndolo, pero por suerte, ya no era Egil quien ocupaba mi mente.

—¿Has escuchado que esta noche habrá un gran banquete en honor a Egil?
—preguntó curiosa.

Asentí sin abrir los ojos esperando a que siguiera hablando, había veces que solo me gustaba escuchar su voz, era relajante notar algo tan suave como lo era ella, capaz de hacerme descansar a pesar de todo lo que tenía alrededor.

—¿Irás?

—Claro —murmuré.

—¿Irás así? —preguntó mirándome de arriba abajo

Le dije que no con un movimiento de cabeza, a lo que ella respondió dándome un golpe en el brazo al no hablar.

—Vestiré el vestido que me hizo madre hace tiempo —dijo entusiasmada—. ¿Qué te parece?

—Es una gran idea.

—Lo sé —noté como me miraba—. Ehm... ¿Podría venir aquí? —preguntó —, me gustaría que me peinaras.

—Claro, ven.

—Si quieres luego puedo peinarte, sabes que lo hago bien, no tanto como podría hacerlo Hanna o *min modir*⁶⁵... —aseguró sonriente—. Además, tenemos que ponerte mucho más guapa que a esa *hundr*, aunque tú siempre serás la más hermosa, no sé qué hace Egil con una *thraell* como esa.

La miré perpleja por lo que acababa de decir sobre aquella *thraell* que había traído el vikingo a nuestro poblado.

—Creo que se llama Karee —murmuré.

—No me importa cuál sea su nombre, aquí la más bella eres tu, Gala Hammerdottir, no Karee.

No pude evitar que una amplia sonrisa tomara mis labios, me sentía bien, gracias a ella podía estar en calma.

Había veces que recordaba a Lyss, mi *valkyrja*, aquella de cabellos oscuros y de ojos claros, tanto como la plata. Me preguntaba si seguiría viendo lo que aquí ocurría. Si aquello seguía así iba a estar contenta de lo que estaba consiguiendo. Haría que desde el Asgard sonriera por mí.

Reí yo sola a causa de lo que estaba pensando, estaba segura de que aquella *valkyrja* sería capaz de acabar con

Karee con alguno de sus rayos. Linna me miró con mala cara pero después rio conmigo.

—¿Cuánto falta para que *Sól* marche? —Le pregunté.

—Tal vez deberíamos ir de caza con el resto.

Asentí, me puse en pie y estiré mis ropajes, le hice un gesto para que ella hiciera lo mismo. Me puse mis pelajes y salimos de la *gardr*.



⁶³ Melrakki – zorro.

⁶⁴ Døkkhárr – moreno.

⁶⁵ min modir – mi madre.

CAPÍTULO XIV

Nada más salir de la *gardr* miramos a ambos lados, no había nadie en el camino, fuimos hacia el establo y vimos que todos los *hestrs* estaban dentro. Resoplé, ¿qué demonios estaban haciendo, es que no íbamos a alimentarnos con nada? Alguien debería estar cazando.

Preparamos a nuestros *hestrs* para salir, dejé las puertas abiertas, montamos en ellos y salimos de ahí.

Cuando llegamos al centro del poblado, frente a la *heimr* no había nadie, parecía que todos habían desaparecido, así que, nos acercamos a la *gardr* de Hanna a ver si necesitaba algo. Bajé de Regn, dejé que Linna cogiera las riendas y las aguantara mientras yo iba hacia la entrada, di varios golpes en la puerta. Como la última vez, Göran me recibió poniendo mala cara.

—¿Qué deseas? —preguntó entre dientes.

—¿Está Hanna?

—Sí —contestó escuetamente a la vez que dio media vuelta y se giró hacia ella—mujer, preguntan por ti.

El hombre se marchó

desapareciendo en la oscuridad que había dentro y fue entonces cuando apareció ella con una dulce sonrisa en los labios.

—Estaba preparando todo para el gran banquete.

—Para eso mismo veníamos, ¿necesitas algo? —pregunté.

La mujer se quedó pensando durante unos instantes, se dio la vuelta para ver lo que le habían traído, fue hacia la mesa de madera y cuando se volvió me sonrió.

—Han sacrificado a los dioses una *kyr*, la han traído Carón y Gull, pero no sé si eso será suficiente, ¿podrías ir a ver si encontráis algo más?

—Claro, Hanna, te lo traeremos.

—Traed algunas flores para adornar las mesas.

Asentí, se acercó a mí y me abrazó, esta vez algo más leve que el anterior.

—Gracias, Gala, que los dioses te bendigan —murmuró con dulzura.

Dio media vuelta y se marchó por donde había venido. Cogí las riendas de Regn, me subí a ella y cuando fuimos a dar la vuelta para marcharnos hacia el bosque, nos encontramos con Karee, estaba intentando coger agua del pozo. Mi cabeza me pedía que fuera por detrás y la asustara, lo más seguro fuese que acabara dentro. Al pasar junto a ella, esta nos dedicó una radiante sonrisa.

—*Heill* —dijo con una dulce voz.

Le hice un gesto con la cabeza junto a una mueca, era la sonrisa más mala que había dedicado a nadie.

—Ahí se caiga y se ahogue —susurré para que solo Linna pudiera escucharme.

La muchacha intentó aguantar la risa, pero no tardó mucho en romper el silencio con sus carcajadas, tan sonoras que lograron llamar la atención de la esclava. Seguimos adelante, subimos hasta la *vangr*, pero en vez de ir a la parte del bosque en la que solíamos cazar nos marchamos a la que había tras la *gardr* del *Jarl*. Allí nunca iba nadie, por lo que los animales solían estar más

tranquilos y más visibles ante nuestra presencia.

—¿No sería mejor dejar aquí a las yeguas? —inquirió Linna cuando llegamos al lugar.

Asentí, tenía razón, lo mejor para avanzar por el interior del bosque sería ir a pie, ya que sino acabaríamos haciéndonos daño con algunas ramas. Desmontamos de los animales y los atamos para que mientras nosotras estábamos cazando ellas pastaran tranquilamente.

—Linna, será mejor que tú te ocupes de las flores —le dije a la vez que vi como hacía una mueca—. Tienes más delicadeza para ello, además tu madre te

ha enseñado bien cuáles son las más bellas.

—Está bien...

Nos separamos, ella se fue hacia el este y yo hacia el oeste dejando atrás el poblado, alejándome de todo lo que había a nuestro alrededor. Me colgué bien el arco, ya que a cada paso que daba se iba cayendo. No veía nada, ningún animal apareció en mi camino, tampoco escuché ningún ruido salvo el de los pájaros piando.

Después de un buen rato, en la lejanía divisé una pequeña liebre que saltaba de un lado a otro tranquilamente, sin percatarse de que estaba allí. Saqué una de las flechas, la coloqué en el arco

y dejé que corriera por el aire hasta que se clavó en su pecho. Esta cayó desplomada al suelo, me acerqué a donde estaba, le quité la flecha y la metí en una pequeña alforja que colgaba de mi hombro. Seguí andando de un lado a otro para encontrar algún animal más que llevarle a Hanna, y que así no faltase comida.

Avance entre los árboles, pero entonces el bosque empezó a cerrarse, lo que antes eran altos troncos con cientos de ramas, se había vuelto arbustos bajos de largas ramillas que iban enganándose en mis ropajes y mi cabello. Fui quitándolas a medida que iba pasando, saqué mi espada e intenté

cortar las que había frente a mí. Entre tanta rama y tanta hoja pude divisar un animal, el cual parecía un pequeño ciervo, y era para mí, totalmente mío. Repetí lo que había hecho con el otro, saqué una flecha, la coloqué en la posición correcta, apunté y acabó atravesándole el muslo al ciervo, por lo que no pudo avanzar. Intentó correr, pero no le sirvió de nada, le lancé una flecha más que se clavó en su lomo. Me acerqué a él, vi como el pobre agonizaba, y con la daga le hice un corte en el cuello.

—Gracias dioses por darnos esta vida.

Pensaba que era mío, que no había

nadie más a nuestro alrededor, pero estaba equivocada. Escuché como un fuerte rugido resonaba en todo el bosque, haciendo que un escalofrío recorriera todo mi cuerpo. Cogí aire y me giré despacio, intentando no hacer movimientos rápidos. Vi como detrás de mí se encontraba un enorme *grábjörn*, de pelaje oscuro como la noche. Pensé que estaría más lejos, pero una vez más me equivocaba. Estaba tan cerca que podía escuchar su agitada respiración, algo me decía que no iba a salir viva de allí. Estaba llevándome su comida. El animal se puso en pie, aguantándose con las patas traseras lo que hizo que pareciera aún más peligroso.

Empecé a gritar con todas mis fuerzas, intentando ahuyentarlo o que alguien me escuchara y viniera a ayudarme. Pero parecía que nadie estaba lo suficientemente cerca como para oírme. El animal fue acercándose a mí corriendo hacia donde me encontraba, no sabía que hacer por lo que eché a correr pensando que en algún momento se agotaría. Giré levemente la cabeza para ver donde se encontraba, al no mirar hacia el suelo acabé tropezando y caí. Estaba demasiado cerca, mucho, escuché un grito profundo, tanto que llamó la atención del oso.

Vi como Espíritu apareció entre la frondosidad de los arbustos, sus

poderosas pezuñas hicieron agujeros en el suelo tras su salto. Me sorprendió verles así, aunque más que una sorpresa fue alegría, parecía que una vez más mi vikingo iba a salvarme. Egil desmontó del *hestr* sin que este siquiera se detuviera, se puso frente a mí, interponiéndose entre el oso y yo.

Me echó un vistazo para ver si estaba bien o no, tras eso flexionó las piernas y se preparó para un posible ataque contra el animal. El oso rugió con todas sus fuerzas y Egil lo hizo con él. Dio varios pasos hacia adelante con el hacha en la mano pero no logró asustarlo. Así que, decidió atacarle, le dio un golpe en una de las patas traseras

sobre las que se aguantaba haciéndole un buen corte del que la sangre no dejaba de salir. Tras ese otro en el costado para que se marchara, pero tampoco sirvió de nada, ya que la piel era lo suficientemente dura como para que no le dañara demasiado. Como último recurso alzó los brazos, le gritó de nuevo tan fuerte y tan ferozmente que el animal acabó por darse por vencido, se dio media vuelta y se marchó.

Cuando este se giró, se quedó mirándome desde su posición. En sus ojos vi pena, dolor, pero también la amargura y la rabia que seguía viviendo en él. Me tendió la mano, la agarró y me ayudó a ponerme en pie, se subió a

Espíritu y se marchó.

—Gracias —le dije antes de que fuese demasiado tarde.

No dijo nada, se limitó a marcharse por donde había venido y a desaparecer de nuevo tras las ramas que antes no me dejaban verle.

Me acerqué al ciervo que yacía en el suelo con algunas hojas enganchadas a su pelaje húmedo por la sangre. Me abrí paso poco a poco hasta que llegué a donde se encontraba Regn, que me esperaba tranquilamente junto a la yegua de Linna. Até al ciervo sobre el lomo de mi *hestr* y fui a buscar a Linna, quien estaba buscando las flores para Hanna.

Fui hacia donde se había dio ella al

separarnos, pero no la veía por ningún sitio, seguí adentrándome en el bosque, en mi camino cada vez había más árboles, arbustos, troncos y piedras, pero ni rastro de la muchacha. Miré si había alguna huella, y sí que las había pero no eran claras, las observé y vi cómo se desviaban hacia un lado por lo que decidí seguirlas. En aquel lado del bosque los árboles eran más altos. Escuché caminar a alguien y el sonido del río, el cual pasaba a lo largo del *skógr*. Estaba demasiado lejos de donde se encontraban las yeguas. Empecé a correr temiéndome lo peor, y solo le rogaba a los dioses porque Linna estuviera bien. Necesitaba saber que

aquel *grábjörn* se había marchado y que no se había encarado a ella.

—¡Linna! —grité con todas mis fuerzas.

Pero nadie respondió, lo que hizo que los nervios crecieran cada vez más en mi interior, y que mi corazón latiera con más fuerza. Necesitaba encontrarla.

—¡Contesta! —Le rogué— ¡por los dioses, Linna! —grité.

Seguía sin responder, así que, aceleré el paso, fui más deprisa hasta que llegué al río, lo veía desde lejos, las flores debían estar allí. Cuando llegué a la linde del bosque la encontré sentada con los pies en el agua.

—¿Qué demonios haces? —Le grité

mientras me acercaba a ella.

Esta, sobresaltada, se puso en pie de un salto dentro del agua, cuando estaba saliendo cayó empapándose los ropajes. Me miró con los ojos muy abiertos, se sentó de nuevo sobre la tierra colocándose las botas como pudo.

—Lo siento —dijo arrepentida—. Estaba buscando flores y...

—Pues espero que las tengas, o te quedas hasta que las encuentres y hay un oso no muy lejos de aquí, seguro que te ayudaría a encontrarlas.

—¿Qué... qué? ¿Un *grábjörn*?

Cerré los ojos, cogí aire y lo dejé ir. Al abrirlos la miré, ahora sí que le interesaba lo que estaba diciéndole. Di

media vuelta y caminé hacia donde estaban nuestros hestrs.

—Aguarda —me rogó—. No me dejes sola.

Vino corriendo detrás de mí asustada. Intentaba ir más deprisa, quería pasar por delante de mí, pero sus zapatos no se agarraban al suelo ya que de ellos no dejaba de salir agua. La muchacha empezó a correr.

—Por favor, Gala —gritó detrás de mí—. Tengo las flores, las tengo.

Seguí avanzando sin hacerle caso, ella corría a mi espalda, hasta que acabó por agarrarse de mi brazo para así poder ir a mi ritmo. La muchacha alzó las manos y en una de ellas llevaba un ramo

de hermosas flores, todas distintas.

—Está bien —dije a la vez que me apresuraba a llegar a donde se encontraban las yeguas.

No quería estar dentro del bosque cuando ese animal volviera a entrarle el hambre. Ese oso podría habernos matado de un solo zarpazo, igual que podría haberlo hecho con Egil, pero a él no le importó solo había pensado en protegerme.

—¿Cómo sabes que hay un oso rondando por aquí?

—Me he topado con él.

—¿Qué? —exclamó.

—Egil apareció para salvarme...

—¿Cómo has dicho? ¿Egil?

—Aguarda.

No contesté, seguí caminando, tiró de mi mano pero no consiguió que me detuviera, así que, siguió tirando de ella hasta que llegué a Regn. Me subí a la yegua y la miré desde arriba.

—Como que me estuvo a punto de matar. Egil, sí. Él vino a ayudarme y me salvó del ataque de aquel animal, si no hubiera aparecido lo más seguro es que ahora mismo no estuviéramos hablando.

Se quedó boquiabierta, aturdida por lo que le contaba, su cuerpo tampoco reaccionaba, así que, con el pie le di un golpe en el brazo para sacarla del estado en el que se había quedado y que así se moviera. Dejó ir un suspiro, y

dijo: —Qué hombre —murmuró.

—Sube al *hestr*, nos tenemos que ir.

Hizo lo que le había dicho, desanudó ambos caballos y se subió a la suya, dio media vuelta y me miró.

—A ver quién es más veloz —me desafió.

—Yo —aseguré atando con fuerza el *rauðdýri*, y me pasé la cuerda por la cintura para que no cayera.

Chasquéé la lengua, con aquel simple sonido Regn ya sabía que era lo que debía hacer, pasó de ir tranquila, a ir tan veloz como el viento, parecía que nuestra presa iba a salir volando. Giré un poco la cabeza y vi como Linna se quedaba atrás, parecía no saber que mi

yegua era la más rápida de todo el poblado, por no decir del territorio.

Cuando estaba llegando al camino que llevaba hasta el centro del poblado, hice que Regn se calmara, así no llamaríamos la atención de todo el mundo. Me fijé en el sol, apenas se veía tras las nubes y estaba a punto de esconderse detrás de las montañas, no quedaba nada para que tuviéramos que reunirnos con el resto en nuestro *heimr*. Iba a conseguir relucir más que las estrellas, haría que Egil se quedara aturdido. Dejé ir una carcajada llena de satisfacción. Había sido capaz de hacer que un hombre que ya no era el mío viniera a protegerme poniendo su vida

en peligro por mí. Egil volvería a entregarme su corazón, al igual que yo le daría el mío, no pensaba dejar que se escapase.

Nos dirigimos hacia la *gardr* de Göran y Hanna, le llevaríamos lo que habíamos cazado y las flores que habíamos recogido para ella, así podría seguir cocinando la comida para el gran banquete. Desmonté de mi yegua, le di las riendas a Linna, y esta me tendió las flores que había cogido. Me acerqué a la entrada y la mujer me recibió gustosa. Se las di, y fui a por los animales.

—Oh, son maravillosas —susurró ella.

—Espera a ver lo que hemos traído.

Desaté al ciervo, lo cogí en brazos, era realmente pesado por lo que lo dejé en el suelo y tiré de sus patas arrastrándolo hasta el interior de la *gardr*. Fui a por la liebre y la dejé sobre la mesa que había junto al otro animal. Al darme la vuelta vi como la mujer me observaba.

—Estás mucho mejor, te veo distinta —dijo a la vez que pasó una de sus manos por mi cabello colocando un mechón tras mi oreja.

—Gracias... Sí, creo que tengo las fuerzas que antes no encontraba.

—Toma, muchacha —dijo yendo hacia una mesa que había al final de la estancia— esto te irá bien para el

cabello.

Hanna, además de ser conocida por sus dones y su deliciosa comida, también lo era por tener un amplio conocimiento de plantas y flores, creaba ungüentos con hierbas sanadoras. Me tendió un cuenco repleto de una mezcla.

—Vaya —dije observándolo—
gracias.

—Déjalo un poco en el cabello, te quedará precioso.

Asentí, sonreí y salí de su *gradr*. Linna me miró, observó el cuenco, con cuidado lo guardé en mi alforja y me subí a Regn.

—¿Qué es?

—Es un presente de Hanna.

La muchacha asintió, me dio las riendas y nos marchamos cada una a nuestras gradrs.

—Voy a por mis ropajes.

—Te espero allí.

Dejé que se marchase, fui hacia los establos, dejaría a mi yegua que descansara y comiera mientras nosotras nos preparábamos para ir al gran banquete. Cuando entré, me encontré a Egil cepillando a Espíritu. Desmonté de mi hestr, la dejé en su sitio atándola tan solo con una cuerda para que no se marchara y le di dos manzanas. Acerqué una de ellas a su hocico para que supiera que la tenía delante y le dio un mordisco. Agarré la alforja que le había

quitado.

—Muy bien —dije a la vez que le pasaba la mano por el cuello.

Antes de salir, observé a Egil, llevaba el *kirtle* rasgado y se veía su fuerte espalda. Tenía algo en ella, pero no lograba verlo bien. Di varios pasos hacia él, sin poder evitarlo estiré el brazo hacia su suave piel y cuando estaba a escasos milímetros de rozarla, se dio la vuelta y me agarró por la muñeca, mirándome con rabia.

—¿Qué crees que haces?

—Yo...

Avergonzada me di la vuelta y salí corriendo de los establos. De un golpe abrí la puerta de mi *gardr*, cuando

estuve dentro me eché sobre el jergón dejando que las pieles cubrieran mi rostro. No iba a llorar, dentro de mí no había tristeza sino ira. Entró Linna y me encontró. Se sentó a mi vera y empezó a acariciarme el cabello.

— ¿Qué te ocurre?

—¿Que qué ocurre? —Repetí furiosa —. Que voy a hacer que los dioses se la lleven, ¡maldita! Y si no se la llevan los dioses, me la llevaré yo y no volverá.

Me miró boquiabierta por cómo estaba hablando, o gritando mejor dicho.

—Tranquila —pasó su mano por la espalda.

Se puso en pie, alzó un poco la cabeza y la miré, fue hacia el final de la

gardr, cogió un cuenco de agua y lo dejó sobre la mesa. Se volvió a sentar junto a mí y me agarró por los hombros tirando de mí hacia arriba.

—Levanta —me ordenó.

A regañadientes hice lo que decía, me puse en pie, dejé que fuese ella quien me llevara hasta uno de los asientos. Metió mi cabello en el agua para mojarlo y después peinarlo. Cuando estaba bien empapado lo secó. Linna me echó la mezcla que me había dado Hanna, después recogió mi cabello y guardó un poco para ella. Mientras Linna se iba preparando, me acerqué al arcón donde guardaba mis ropajes. Lo abrí y vi como mi hermoso vestido

rojizo sobresalía, esperando a que volviera a vestirlo después de tanto tiempo esperando. Lo saqué y lo dejé sobre el jergón junto con mis pieles de *refr.*

Volví a meter el cabello en el agua quitándome el unguento. Cuando ya no quedaba nada, Linna lo secó pasando sus largos dedos por él, tras eso, lo colocó bien y lo peinó con un cepillo de oro que padre trajo en la última incursión.

—Vas a ir hermosa —murmuró.

Recogió mi cabello dejando que dos largos mechones cayeran a ambos lados de mi rostro, trenzó los mechones y los colocó alrededor del recogido. Un

tirabuzón se escapó de las trenzas y cayó sobre mi oreja derecha. Me miró y se tapó la boca con la mano pero no dijo nada.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Estás preciosa.

Sus ojos brillaban de emoción al mirarme, su rostro lo decía todo.

—Gracias.

La ayudé a hacer lo mismo mojando su cabello y limpiándolo. Lo sequé y lo peiné varias veces para que quedara más lacio. Desde los lados de su cabeza cogí tres mechones y los trencé, uniéndolos al final para sujetar el resto de su cabello. Cuando estuvo lista, se colocó un hermoso vestido que le había

tejido Elsa. Le quedaba tan bien, Gull acabaría tirándose encima de ella para arrancarle los ropajes. Era tan delicada y dulce como el mejor de los hidromieles.

—Ahora tú —susurró mientras estiraba la tela.

—Sí —soplé.

Me deshice de mis ropajes dejándolos sobre el jergón, sin nada que me cubriera paseé por la *gardr*. Linna cogió el vestido, y me lo dio para que no cogiera frío. Cuando me lo puse sobre el largo *kirtle*, me di cuenta de que me quedaba grande. Parecía que estaba enferma, me pasé las manos por las mangas, eran algo cortas. Sobre el

vestido me puse un chaleco de piel que hacía que no se notara lo que había perdido, quedaba totalmente ceñido a mi cuerpo.

—Perfecta —susurró Linna.

Antes de salir cogí mis pieles y me las puse por encima. Asomé la cabeza por la puerta, miré a ver si los demás ya habían empezado a salir de sus *gardrs*, entonces vi que sí, que iban entrando en el interior de nuestro *heimr*. Avisé a Linna quien estaba acabando de cubrirse con sus pieles.

Antes de que pudiéramos llegar a la entrada, nos encontramos a padre, junto con él iban Atel y Gull, quién se quedó callado al ver lo hermosa que iba Linna,

no era capaz de apartar la mirada de ella.

—*Heill* —dijo Atel con una amplia sonrisa—. Las dos estáis radiantes, los dioses estarán orgullosos de vosotras.

—Siempre son bellas, Atel —dijo padre.

Gull asintió una y otra vez, como si no supiera decir nada más, estaba completamente prendado de Linna, desde que esta dejó de prestarle atención no había parado de seguirla como si no fuera más que un *hundr*. Estaba segura que sería capaz de hacer que se arrodillara frente a ella con tan solo una mirada.

La di un golpecito a mi hermana en

el costado y sonreí, esta me correspondió con otra sonrisa dejando ir una leve risilla nerviosa. La agarré del brazo para ir directamente al interior del gran salón. Tiré de ella ligeramente intentando que no tropezara con nadie y la guié. Nos despedimos de padre y los demás, cuando llegamos a las grandes puertas me quedé parada, ¿estaba preparada para ver a Egil con Karee? Sí, lo estaba, o eso creía, en el peor de los casos mi vestido acabaría hecho pedazos, al igual que el suyo.

—Vamos —dijimos los dos.

Nos miramos y asentimos a la misma vez. Las puertas estaban abiertas, andamos tranquilamente hasta que

entramos, el *heimr* había sido decorado con las hermosas flores que Linna había cogido aquella tarde, la hoguera ardía con fuerza calentándonos. La gente que ya estaba dentro no dejaba de hablar, haciendo alguna que otra broma. Aaren e Ivar corrían por todo el salón, mientras Gyda les perseguía, intentando que no se marcharan. Jokull ya estaba sentado en su mesa junto al Thorbran, con quien hablaba.

Dimos una vuelta entre las mesas buscando a Hanna para saludarla, pero no logramos encontrarla. Mientras volvíamos al inicio del salón vi como Gull entraba, parecía que ya había dejado de mirarme mal, pero aun así se

notaba el malestar entre nosotros. No me había perdonado lo que hice, aunque tampoco se lo había pedido.

—Buenas noches —nos dijo a ambas—. Estás más hermosa que *Freyja*, Linna —tomó una de sus manos—. Sería un placer que pasaras la noche conmigo, durante el banquete —se puso nervioso.

—Yo... Bueno... He venido acompañada de Gala, no me gustaría dejarla sola —intentó deshacerse del muchacho.

—Tranquila, cenaré sola o ya encontraré con quién hacerlo —aseguré a la vez que le di un leve empujón para que se marchase con él, no le haría ningún mal pasar un buen rato.

Al final conseguí que se marchara, siempre había sido muy testaruda, Linna se fue con Gull, pero no antes sin abrazarme.

—Gracias, *systir* —me susurró al oído para que solo yo la escuchara.

Besé su mejilla y le di otro empujoncito para que se marchara. Después de eso, me fui hacia la mesa que ocupábamos normalmente los hijos del *Jarl* y los *hersir*, el mismo lugar en el que me senté la última noche con Egil. Antes de que pudiera sentarme apareció él, deshaciéndose de mi seguridad y mi cordura. Era tan bello, tanto que hacía que perdiera el sentido, no pude evitar admirar todo su cuerpo.

Iba vestido con un *kirtle* blanco que le queda totalmente pegado al cuerpo, las mangas las había subido hasta la altura de los codos. Sobre el *kirtle* llevaba un chaleco de piel curtida oscuro como la tierra húmeda. Como abrigo iba cubierto de pieles que caían sobre sus hombros. Era lo suficientemente grande como para poder resguardar a varias personas bajo ella. Se había recogido el cabello rubio en una trenza que le nacía en la parte delantera de su cabeza hasta la nuca. Miré hacia un lado y fue cuando me di cuenta que iba solo, ¿dónde estaba la *thraell*? Vino hacia donde me encontraba a reclamar su sitio.

—¿Qué haces aquí?

—No solo te sientas tú aquí. ¿Acaso es solo tuya?

—Sí, y lo sabes.

—Por cierto, ¿te has dejado a la *hundr* en la *gardr*? —pregunté con una sonrisa.

—No hables así de Karee, es un millón de veces mejor que tú.

Se giró y volvió por donde había venido, salió del salón y yo tras él, no iba a dejar que aquello acabara así.

—¿Qué es un millón de veces mejor que yo? ¿Qué sabrás tú como soy!

—Sí.

—¡No es verdad! Solo intentas convencerte de ello para no desearme a

mí.

Estábamos junto a la *gardr* de Göran, dejó de caminar y se giró en mi dirección, para venir hacia mí. Cuando quería moverme hacia atrás no pude, me quedé atrapada entre la pared y él. Pegó su cuerpo al mío, podía sentirle, seguía respondiendo a mí como lo hacía antes de marcharse. Su respiración se volvió agitada, tanto como la mía, podía escuchar como su corazón latía frenético gritando algo que él no quería oír. No sé cómo lo hizo, pero cuando quise darme cuenta ya tenía mis manos sujetas contra la pared.

—No me hables así —pegó su frente a la mía dejándome inmóvil.

No podía hacer nada, mi corazón me rogaba que nos uniera, que le besara de tal manera que viera cuanto le había anhelado en ese tiempo, así que lo hice, acabé uniéndonos en un apasionado beso, el cual me devolvió, pero tras este acabó dándome un bofetón.

—Qué sea la última vez que haces algo así —gruñó.

Tras eso, se dio media vuelta y se marchó sin decir nada más.



CAPÍTULO XV

Me pasé las manos por el vestido estirando las telas, tragué la poca saliva que me quedaba en la boca, intenté recomponerme de lo que había ocurrido, di varias vueltas alrededor de la *gardr* de Atel y cuando estuve más o menos preparada para volver a toparme con Egil, entré en el gran salón. Cuando Linna me vio se quedó sorprendida, se puso en pie y vino corriendo hacia donde me encontraba.

—¿Estás bien? —preguntó preocupada.

—Sí... Tranquila, estoy bien.

—No te creo.

—Créeme, estoy bien —dije intentando parecer segura de mis palabras—. Ve con Gull —solo los dioses sabían que mi corazón había vuelto a resquebrajarse.

Le di un empujoncito para que se marchase pero me dijo que no con la cabeza, sabía que algo había ocurrido ahí fuera, algo que no le había explicado y hasta que no le dijese qué era lo que rondaba mi mente no se marcharía. La agarré por el brazo, apartándola de todos y llevándola junto a los grandes

portones. La muchacha me miró con mala cara, alzó las cejas y esperó a que le explicara.

—He peleado con Egil...

—¿Qué ha ocurrido?

—He besado a Egil, estábamos hablando acaloradamente, tan cerca... No he podido resistirme.

—Pero... ¿es que has perdido la cabeza?

—Eso creo, él ha hecho que así sea.

Suspiré, bajé la mirada al suelo, estaba molesta a la par que triste pero no podíamos hacer nada al respecto por mucho que deseara pasar el resto de mi existencia a su lado, este tal vez no tuviera las mismas intenciones ni ganas.

La muchacha me abrazó y me besó en la mejilla intentando reconfortarme.

—Ve con Gull —la animé.

—Está bien —dijo frunciendo el ceño—. Ven a por mí si necesitas mi apoyo, ¿entendido?

—Sí, tranquila.

Continuó mirándome con mala cara, así que, asentí y le di un leve empujón para que volviera junto al hombre al que quería, al menos una de las dos podría conseguir lo que tanto deseaba. Me fui hacia mi mesa en la que estaba al principio. Iba a sentarme donde yo quisiera, no iba a dejar que Egil y esa *thraell* ocuparan mi lugar. Vi como Egil apareció y de su mano iba Karee, esa

maldita esclava iba a desaparecer, si los dioses no se la llevaban sería yo quien acabara haciéndola marcharse, tanto de mi vida como de la suya.

Tras ellos venían Ingo y Kirk con esa cara de pocos amigos que siempre llevaban, hablaban entre ellos mientras lo observaban todo, tal vez no tenían ganas de compartir con nosotros lo que habían preparado. Volví a fijarme en la *fagrhárr*, había recogido sus cabellos, dejando que una larga trenza cayera a uno de sus costados. Se había oscurecido los ojos, lo que me hacía verla aún más repulsiva. Llevaba un vestido rojizo, muy parecido al que vestía yo, estaba segura de que había

sido él quién le había pedido que lo hiciera. En algún momento haría que admitiera que no podía compararla conmigo.

Vi cómo se acercaban, hicieron que algunos de los *huskarls* se sentaran en otro lugar para que fueran ellos quienes ocuparan sus asientos, dejando así a Karee a mi lado. Cogí aire y lo solté, hice lo mismo varias veces intentando calmarme. El calor empezó a nacer en mí igual que lo hacía la rabia y la ira. Cerré los ojos con fuerza e intenté controlarme, casi no era capaz de hacerlo, y si no podía, aquello acabaría llenándose de sangre.

Thorbran se puso en pie frente a

nosotros llamando la atención de todos los que nos encontrábamos en el *hemir*.

—*Heill, bróðirs* —dijo saludándonos—. Esta noche doy la bienvenida a nuestros nuevos guerreros, al que ya estuvo aquí, hijo de nuestras tierras y a los hombres que han venido junto a él, Kirk e Ingo, los dioses os agradecerán que hayáis luchado junto a él, y a Karee, sé que lo habrás cuidado muy bien —le dedicó una sonrisa a la esclava y prosiguió—. Espero que os encontréis como en vuestra *heimr* — cogió su jarra y la alzó— esto va por vosotros, disfrutad.

Todos aplaudieron y vitorearon al *Jarl*, quien no se merecía nada de

aquello, ni él, ni ninguno de los recién llegados.

Después no escuché nada más, no comían, tan solo estaban quietos. Tenía ganas de acabar con aquella *thraell*. En mi cabeza solo había rabia, esa que ella era la única capaz de producir en mí, acabaría con ella, con ese cabello *fagrhárr*, no le dejaría ni uno. Dejé ir una fuerte carcajada, varias personas me observaron fijamente. Hice una mueca y bajé la vista hacia la mesa.

—Deberías ser más discreta —dijo la muchacha.

—¿Has dicho algo?

—Deberías saber comportarte y tener respeto al Jarl, Gala.

—Creo que una esclava como tú debería ser la última en decirme que debo o no hacer.

Me miró con indiferencia, hizo una mueca y apretó la mandíbula pero no llegó a contestarme. No podía hacerlo, ya que si lo hiciese aquello acabaría mal.

Cuando terminé, decidí ir a cambiarme de ropajes, no me sentía bien viendo como aquella *thraell* y yo íbamos tan iguales, no lograba entender como Egil había podido hacer algo así. Me puse en pie y salí del salón. El poblado estaba completamente vacío, todos estaban en el *heimr*, iba a ser una noche muy larga llena de alegrías y

celebraciones, para algunos.

A medida que iba avanzando por el camino hacia mi *gardr*, fui deshaciendo los lazos que sujetaban mi chaleco, al entrar me lo quité tirándolo sobre el jergón. Me desanudé el vestido, ya que iba atado a mi espalda, dejé que fuese deslizándose por todo mi cuerpo hasta que se arremolinó a mis pies. Di un paso hacia atrás para así recogerlo, pero cuando fui a hacerlo unas manos me agarraron de la cintura, me cogieron y me colocaron hacia un lado. ¿Quién era? Las miré y puse las mías encima de ellas. Egil.

Dejó que su cabeza descansara sobre mi hombro, notaba como su respiración

chocaba contra mi piel, llevándose consigo mi olor. Hacía tanto que ansiaba este momento... El calor de su cuerpo contra el mío me envolvió, necesitaba sentir sus manos, su aroma, todo...

—¿Qué haces aquí? —pregunté confusa.

—No preguntes, por favor —susurró delicadamente contra mi oído.

Hice lo que me pedía, no dije nada más, tan solo disfruté de ese pequeño instante junto a él. Me dio la vuelta para que pudiera mirarle, así podría verme mejor. Me miró de arriba abajo, hizo que diera varios pasos hacia atrás para que quedara contra la pared, me agarró de nuevo por la cintura e hizo que mis

piernas rodearan la suya. Ansioso buscó mi boca, me devoró con cada uno de sus besos, dulces, agonizantes y llenos de anhelo.

Las lágrimas descendían por mis mejillas una vez más, algunas de ellas acabaron muriendo en su pecho, otras eran capturadas por sus labios. Había deseado tantas veces que llegara aquel momento. Ese en el que estuviéramos unidos de nuevo, era tanto el amor y el deseo que sentía por él que no podía contener las pequeñas lágrimas llenas de dolor y ansia, aquellas que me liberaban de las ataduras que eran su falta y su abandono.

—Ya está —susurró mientras besaba

mi cuello.

Pude notar como su miembro crecía en el interior de sus pantalones. Quería bajar una de mis manos a él, necesitaba tocarle, pero me lo impidió sujetando mis muñecas con una de sus manos, colocándolas sobre mi cabeza. Empujó su cintura contra la mía, como si no lleváramos ropajes, necesitaba tenerle. Sus besos volvieron a concentrarse en mi boca hambrientos y llenos de furia. Iban de aquí para allá, me los daba y se los devolvía, jamás me cansaría de disfrutar de aquellos momentos junto a él.

Separé nuestras bocas para poder mirarle. Tenía los labios hinchados y sus

ojos desprendían más deseo del que jamás podría haber imaginado, era tal lo que sentía a través de ellos que no pude evitar sonrojarme.

—Te lo ruego... —susurré con un hilo de voz.

Con un par de movimientos me dejó en el suelo, se deshizo del *kirtle* que llevaba y me colocó sobre el jergón, mientras él se quitaba los pantalones, dejándolos tirados en el suelo. Abrió mis piernas y se colocó entre ellas, que lo recibieron gustosas y con tantas ganas como lo hizo todo mi cuerpo.

Sujetó uno de mis pechos, besándolo, lamiéndolo y mordisqueándolo. Un débil gimoteo se

escapó de mí y tras este vino otro el cual acabó por capturar con su boca. Se colocó en posición y poco a poco fue poseyéndome con sus ojos fijos en los míos. Jadeamos al mismo tiempo perdidos el uno en el otro. Dejó su cabeza apoyada sobre mis pechos mientras empezaba a moverse. Nuestra respiración se había vuelto irregular. Nos dejamos amar, tanto como lo deberíamos haber hecho durante todo el tiempo en el que habíamos estado separados. La distancia y el dolor había hecho estragos en cada una de nuestras mentes y cuerpos, que en aquel momento empezaban a sanarse.

Se movió con más rudeza lo que hizo

que el placer fuera aún mayor, empezó a acariciarme mientras me observaba sabiendo que si seguía así acabaría por desfallecer.

—Aguarda —me pidió.

Asentí varias veces, perdida en su mirada. No tardó mucho en estar preparado para mí, ya no había reproches, solo podía ver el amor que aún sentía. No podía esperar más, lo que sentía era demasiado fuerte como para aguantarlo. Mi cuerpo me pidió que lo dejara salir, y así lo hice entre gimoteos y jadeos. Egil me miró y justo después hizo lo mismo quedándose extasiado sobre mi cuerpo.

Le besé el hombro que quedaba a la

altura de mi boca, se apoyó sobre los codos en las pieles que cubrían el jergón y me observó. Posó sus labios sobre los míos y me dio un fugaz beso.

—Será mejor que volvamos — concluyó.

Se puso en pie, mientras yo me senté sobre el jergón y me cubrí con una de las pieles, para no coger frío. Se colocó los pantalones y se marchó sin esperarme, sin mirar atrás. Me puse en pie, me vestí con otros ropajes y me coloqué la capa que llevaba. Me sentía confusa, no entendía lo que acababa de ocurrir.

Salí corriendo de la *gardr* y al llegar a la *heimr* le vi junto a la muchacha

fagrhárr, abrazándola y besándole el rostro y el cuello. Cuando fui a acercarme a ellos, apareció Linna en mi camino.

—¿Qué ocurre?

—Nada, había ido a cambiarme de ropajes —respondí sin siquiera mirarla.

Egil le pasó las manos por el cabello, y le cogió la trenza para que le quedara por la parte trasera de la oreja recogida. Acarició sus mejillas, se las besó y luego besó sus labios. Cerré los puños, la cólera empezaba a vivir en mí de nuevo. Iba a acabar con él, no iba a dejar que siguiera así.

Aparté a Linna de un manotazo, quien me persiguió avanzando hasta la

parte donde estaba el hombre que no dejaba de matarme una y otra vez. Cuando llegué a donde se encontraban, cogí a Egil por la parte trasera del cuello del *kirtle* que llevaba y le tiré hacia atrás con tanta fuerza que hice que cayera de espaldas al suelo. Este se arrastró hasta que me senté a horcajadas sobre él. No se iría sin pagar lo que estaba haciendo. Lo golpeé una y otra vez con el *knífr* con tanta fuerza que empezó a sangrar. Lo agarré del cuello e hice que su cabeza se golpeará contra la pared. Me tenía cogida por las piernas, pero de poco servía.

—¿Qué te creías que ibas a hacer?
—grité con todas mis fuerzas.

Permaneció callado, no osaba contestarme. Volví a golpearle hasta que la *thraell* apareció por detrás para sujetarme, pero no tardó en caer sobre la comida, ya que le di un buen golpe. Al ver como esta cayó, los dos nuevos hermanos de Egil se pusieron en pie y junto a ellos, Carón y Gull, quienes rápidamente se acercaron. Puse el *knífr* contra su cuello.

—No vuelvas a tocarme —gruñí contra su oído.

Entre los cuatro me agarraron, al tirar de mí un corte se hizo en el pecho de Egil. Me sacaron de la *heimr* tirándome sobre la tierra. Aquello era lo último que necesitaba, que me echaran

de mi propio salón sin que nadie hiciera nada por detenerlos.

Me levanté como pude aunque mis pies se resbalaron sobre la arena que se escapaba bajo estos. Iba a entrar de nuevo cuando Kirk e Ingo se interpusieron en mi camino, me cogieron y no dejaron que pasara.

—¡Dejadme! —grité tan fuerte como pude, hasta que fue padre quién apareció por detrás de ellos y los agarró a ambos por el cuello.

—Soltadla —les ordenó.

No hicieron caso, así que, padre los echó hacia atrás para que dejaran la puerta despejada, lo que hizo que me cayera al suelo. Cuando desistieron y se

marcharon hacia su sitio, me tendió la mano para que pudiera levantarme de un salto.

—¿Estás bien? —Me preguntó preocupado.

—Sí, tranquilo.

Este asintió enfadado y se marchó a su sitio, aunque no antes sin pedirme que fuese junto a él y a Jokull. Acepté sin pensarlo por lo menos me aseguraba de no acabar con esa maldita esclava. A medida que fui avanzando a lo largo del salón, vi como Linna hablaba acaloradamente con Gull por lo que había hecho, aunque realmente no era comparación con el comportamiento de los otros dos. Padre se sentó, y me dejó

un sitio entre él y Jokull, pero no me senté, me quedé apoyada sobre la cabeza del segundo *hersir*, mientras este observaba como la *thraell* hablaba con Egil, hasta que este se dio media vuelta y se marchó.

Me senté en el asiento que quedaba, le quité la jarra a padre y empecé a beber la cerveza que había en ella, la boca se me había secado tanto que parecía el pasto en invierno. Serví un poco más de bebida, en mi jarra y en la de Jokull y lo animé a que chocara conmigo. De un trago me lo tomé todo sin dejar que apenas pasara por mi boca.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jokull al cabo de un rato.

Giré levemente la cabeza, sentí cómo se me iba de un lado a otro, le miré y tras clavar mis ojos en los suyos los desvié hacia la *fagrhárr* quien no dejaba de hablar con Kirk, intentádoselo llevar al jergón.

—Egil me traicionó, no es más que un ruin miserable —murmuré—. Se merecía que le golpeará, solo que no lo he hecho lo suficiente.

Jokull no dijo nada, permaneció callado con los ojos cerrados. Cogí aire y lo dejé ir a modo de suspiro, no pude evitarlo. Ví como Egil volvía a aparecer, se había cambiado los ropajes y ahora iba preparado para algo más que un simple banquete. Cuando la esclava

se dio cuenta dejó de hablar con Kirk y fijó la vista al frente. El vikingo se acercó a ellos, y les dijo algo que nadie logró escuchar. Asintieron y el primero se marchó. Salieron a toda prisa del *heimr*, tenían algo entre manos y me enteraría de qué era.

Me puse en pie, todo me daba vueltas, apenas podía mantenerme, así que, me dejé caer hacia atrás sobre el asiento. Volvieron a entrar, esta vez trajeron dos hombres atados, amordazados y desnudos. Egil iba detrás de todos, con una amplia sonrisa en los labios, se llevó una mano al cinto y vi como de este colgaba su espada y un hacha. No entendí que era lo que querían

hacer. Kirk e Ingo hicieron que estos dos se arrodillaran frente al *Jarl* y los *hersir*.

—*Faðir* —dijo el vikingo detrás de los dos *thraells*—. He traído a estos dos hombres para que... Nos entretengan, queríamos agradecer la buena acogida que íbamos a tener, así que, pedí que Ingo y Kirk fueran a por estos dos esclavos. Esta noche lucharán para nosotros, y el que gane podrá ser un *leysigni*, será libre de hacer lo que le plazca —calló un instante para ver qué era lo que todos murmuraban—. Espero que aceptes este presente de los dioses.

Miré a Jokull, quien no dejaba de observar como los hombres que estaban

arrodillados frente a nosotros padecían, incluso temblaban del miedo. El *Jarl* se puso en pie, dio un golpe en la mesa para que todos callaran y le prestaran atención.

—Lo acepto, *sonr*, será un placer ver como luchan por su libertad —dijo orgulloso— es más, el que gane tendrá su *frelsisol*.

Todos los que se encontraban allí dentro lanzaron gritos de alegría, apoyando la decisión de su líder. Thorbran hizo un movimiento de cabeza aprobando lo que había hecho su hijo. Este hizo que sus compañeros se hicieran a un lado, se colocó tras ellos, les dijo algo al oído, sin que pudiéramos

escucharlo y les quitó las ataduras.

—Empecemos —alzó los brazos Egil.

Los hombres confusos miraron a un lado y al otro, cogieron las armas que les habían prestado y unos escudos maltrechos. Clavaron sus miradas, asintieron y empezaron a desafiarse. Nuestros hermanos se levantaron y los rodearon e incluso los empujaron para que se animaran a seguir.

Desde donde me encontraba, pude ver como Egil se escabulló del *heimr*.

—Lo siento Jokull, tengo que ir a... —dije alzando el dedo—. Volveré —añadí sin aclararle nada.

Me puse en pie, eché para atrás el

asiento como pude y tropecé, pero por suerte padre me agarró para que no cayera de bruces contra el suelo. Le di las gracias con un ligero movimiento de cabeza, el cual entendió a la perfección. Al pasar junto a Linna, esta me tendió la mano en el brazo y le lancé una sonrisa, pero no me detuve. Gull me miró con mala cara, cuando ella se percató le dio un manotazo y le dijo algo, lo que hizo que me riera. Salí del *heimr* tan veloz como pude. Corrí por el camino, hasta que uno de mis pies chocaron contra una piedra, las gotas empezaron a caer, empaparon el suelo e hizo que cayera de bruces.

—Dioses... —susurré entre dientes.

Apoyé las manos en el suelo, luego las rodillas y apareció, como siempre, para salvarme de las tinieblas. Un poderoso rayo atravesó todo el cielo, lo que hizo que me estremeciera. Me cogió por la cintura y me puse en pie. Cuando estaba totalmente erguida nos separé dándole un empujón, me di media vuelta y seguí caminando como si no estuviera.

Me gustaría ser más fuerte con él, más segura, tanto como lo era al principio, pero cada vez que le veía algo se rompía en mi interior. El dolor y el desconsuelo volvieron haciendo que un incontrollable hipido se escapara. Las lágrimas volvieron a nacer en mis ojos de nuevo, deseosas de sacar todo el

dolor que llevaba dentro. Volvió a tomarme por la cintura, crucé los brazos bajo mis pechos, abrazándome a mí misma intentando controlar lo que sentía. Se pegó a mi espalda, todo su cuerpo me envolvió dándome el calor que no tenía. En algún momento del pasado me habría dado la vuelta para besarle, o por el simple hecho de poder disfrutar de su hermoso rostro.

Descrucé los brazos y le di un golpe en el vientre, pero no me soltó, resistió el dolor abrazado a mi cuerpo, lo que hizo que me fuera imposible dejar de llorar. Lo que antes eran unas pocas gotas de lluvia se había vuelto una fuerte tormenta, la cual ya no se iba a detener.

Sentía el dolor, el miedo, la congoja de tenerle tan cerca pero a la vez sentirle tan terriblemente lejos. Me doblegué hacia adelante llevada por todo aquello que atormentaba a mí ser. No quería que me viera llorar, no quería ser tan débil, no quería que sintiera pena. Gateé por encima de la tierra ensuciándome las manos y los ropajes. Nada me importaba entonces. Me puse en pie y seguí caminando, por lo menos ya no me sujetaba.

Comencé a correr de nuevo, escuché como venía detrás de mí, también corría, siempre había sido más veloz que yo, no tardaría en alcanzarme. Un poderoso trueno resonó en lo alto del cielo y la luz

del rayo nos iluminó como si el sol hubiera salido en un día sin nubes. Era *Thor* quien nos lanzaba una señal. Egil me cogió de la mano, me quedé quieta con la vista fija en el suelo, él también permaneció en su sitio y así nos quedamos agarrados de la mano, sin decir nada. Tiró de mí hasta que volvió a cobijarme entre sus brazos, pero no, no quería, no podía sentirle otra vez.

Volvió a agarrarme con fuerza para que no lograra soltarme como había hecho antes. Pero entonces me di la vuelta fijando mis ojos en los suyos. Sentí como las pequeñas gotas que caían del cielo empezaban a calar en nuestros ropajes empapándolos. Pero no me

importaba, tampoco el notar como mis cálidas lágrimas me recorrían el rostro mezclándose con la lluvia.

—¿No te das cuenta? —susurré sin fuerza.

Él dijo que no con la cabeza a la vez que me observaba. ¿Por qué ya no había rabia ni agonía en sus ojos? No lograba entenderlo. Dejó que su cabeza descansara sobre la mía, cerré los ojos contra su pecho, dejando que el dolor volviera. La lluvia apretó y fue aquello lo que hizo que dejara de estar en el estado en el que me encontraba. Lo aparté de mí.

—¡¿Cómo puedes hacerme esto?! —
Le grité— no... No te das cuenta, no

sabes toda la amargura y la congoja que he estado sintiendo cuando no estabas y ahora que has vuelto no dejas... No dejas de matarme poco a poco, una y otra vez —grité desconsolada.

Me abrazó dejando que nuestros corazones se tocaran, jamás volverían a encajar como lo habían hecho, el mío estaba completamente roto.

—Lo siento, *mo kottr* —me susurró.

—No, no lo sientes, tú ya no sientes nada —dije golpeándole el pecho con el puño cerrado—. ¡No sientes nada por mí! —grité—, ¿me escuchas? ¡Nada! Sino no, no me torturarías como lo has hecho, ni te comportarías de esa manera.

Lloré angustiada, no podía

soportarlo más. No decía nada, solo callaba, como siempre, no sabía ni siquiera que decir, no tenía defensa alguna.

—Márchate... Márchate y no vuelvas —susurré.

—¿Qué has dicho?

—¡Qué te marches! ¡No quiero verte más! ¡Nunca! —grité llena de ira.

Me miró sorprendido, cerró los ojos y vi como una lágrima se deslizó por su rostro, me dio un beso en la frente y se marchó, sin decir nada más. Ví cómo se iba, sin fuerzas caí de rodillas al suelo y lloré descontroladamente. Dolía tanto, era tanta la angustia y el dolor que sentía, que si no la sacaba de mi interior

acabaría muriendo.

Un rato después me puse en pie, fui hacia mi *gardr*, pero él ya no estaba, había desaparecido en la oscuridad de la noche bajo la niebla de las montañas.



CAPÍTULO XVI

Noté como alguien me besaba la mejilla, sentí como si hubiera una persona junto a mí. Abrí los ojos poco a poco, pero no vi a nadie. Padre dormía plácidamente y una oscura sombra cubría toda la *gardr*. Me senté sobre el jergón aún tapada por las pieles, miré hacia todos lados pero nada había cambiado, todo seguía igual, salvo que padre había dejado sus ropajes tirados en el suelo.

Me pasé las manos por el rostro, me froté los ojos y fue cuando le vi, ahí estaba. Egil estaba sentado sobre uno de los asientos que deberían estar alrededor de la mesa, observándome con la mirada fija en mí.

—No sabes cuánto anhelaba verte dormir —susurró a la vez que se puso en pie sigilosamente.

Fue acercándose al jergón mientras yo me tumbaba, se agachó y acabó colocándose junto a mí, sentado a mi lado. Me pasó las manos por el cabello, acercó su rostro al mío y nos unió en un fugaz beso, tras este otro, aunque con más ansia que el anterior.

Cerré los ojos, sentí como sus dedos

paseaban entre mi cabello, hasta que me quedé completamente dormida.

Algunos rayos de *Sól* se colaban entre las maderas rotas iluminando el interior de la *gardr* y desvelándome. Estiré los brazos que acabaron por tocar la madera, giré la cabeza hacia un lado, buscando a Egil pero no estaba. Me pasé las manos por los labios recordando sus besos. Tal vez solo hubiera sido un sueño. Él se marchó antes de que volviera a la *gardr*.

Saqué las piernas de debajo de las pieles y el frío me envolvió. En nuestra *land*⁶⁶ siempre hacía frío, el sol apenas salía por lo que su calor era escaso.

Miré hacia el jergón de padre, no

estaba, debía haberse levantado antes de que amaneciera. Había dejado las pieles sobre el jergón y los ropajes de la noche anterior junto a estas. Me puse en pie, me limpié la cara con algo de agua y me pasé las manos mojadas por el cabello para que fuese más sencillo de cepillar. Cuando ya estaba limpia me vestí con los ropajes de la noche anterior.

Me coloqué un chaleco de piel curtida que me protegería y me mantendría caliente. Salí de la *gardr* en busca de padre, o de alguno de los guerreros con los que debería estar pasando la mañana. Estaba exhausta, no quería ir de caza, siempre acababa teniendo algún que otro percance, sobre

todo desde la llegada del vikingo.

Antes de dirigirme hacia la *vangr*, me detuve frente a la *gardr* de Hanna y Göran, golpeé varias veces la puerta. Esta vez no tardaron en venir a recibirme, y fue la mujer quién lo hizo con los cabellos revueltos.

—*Heill* —le dije con una amplia sonrisa.

—Buenos días, niña.

—Veo que te encuentras mejor.

La mujer asintió a la vez que se recogía el cabello con una cinta.

—Solo venía a ver cómo te encontrabas, vuelve dentro vaya a ser que enfermes.

—Gracias, niña.

Me di la vuelta pero no antes sin darle un abrazo con el que la mujer me dio las fuerzas que me faltaban. Mientras andaba hacia la *vangr* escuché como la puerta se cerró a mi espalda. Desde la lejanía vi cómo se iban separando, iba a ser la última en llegar. Cuando Jokull me vio, movió los brazos diciéndome que fuese más deprisa.

—¡Vamos! —gritó Jokull.

Corrí hacia donde se encontraba, y cuando llegué a lo alto de la *vangr*, vi como también estaba Karee, junto a Kirk e Ingo, pero no había ni rastro de Egil. Me acerqué a Jokull, lo separé del resto y cuando vi que nadie podía escucharnos, le pregunté: —¿Qué hacen

aquí?

—Ha venido el *Jarl*, estarán presente durante todo el día y tal vez algunos más.

Bufé, esto era lo último que esperaba ver. Iba a tener que verla hasta donde ella no debería estar. Me pasó la mano por la espalda intentando tranquilizarme, pero no sirvió de nada. Como ya habíamos terminado de hablar volvimos a nuestros sitios, colocándome junto al resto de guerreros. Nos explicó que era lo que estaban haciendo los recién llegados en nuestra *vangr*, mientras eso ocurría vi como Karee se acercó a mí. Cuando llegó a donde me encontraba me agarró del brazo con fuerza para que le

prestase atención.

—Se lo que hiciste ayer con mi hombre —dijo la *thraell*—. Aléjate.

La miré de arriba abajo, haciéndole una mueca de repugna.

—Creo que estás equivocada —añadí mientras ella lo negaba con la cabeza— Egil fue, es y será mío, para siempre, él lo sabe tan bien como tú y como yo, no quieras engañarte. —Giré un poco la cabeza, para ver si Jokull se había percatado de que no estábamos prestándole atención—. Más te vale ser tú quien se aleje de él —la amenacé— o acabaré contigo, y no tendré la piedad que tuvieron los dioses.

No dijo nada, solo dejó sus ojos

fijos en los míos intentando atemorizarme o peor, pero al final fue ella quien acabó por desistir e irse junto a los suyos.

Me reí tanto como quise mientras la veía marcharse, no podía evitarlo, de repente escuché como Egil saludaba a Carón y Gull, les dio un buen abrazo a cada uno y se quedó junto a mí escuchando lo que decía Jokull. Pensé que se habría marchado.

—*Heill, Egil* —le dije con una sonrisa, recordando lo que había ocurrido aquella noche.

No contestó, permaneció callado prestando atención al resto. Jokull decidió quienes se emparejarían, así

llevaríamos una mejor compenetración a la hora de luchar. Se dio cuenta de que solo quedábamos nosotros dos y por suerte o por desgracia, Jokull se acercó y a regañadientes nos dijo que nos pusiéramos juntos.

—Iréis juntos.

—Sí, *hersir*.

Egil se limitó a asentir mientras me observaba, tenía los ojos fijos en mí, podía sentir como me examinaba, como se quedaba con cada uno de los rasgos de mi cuerpo. Cuando el *hersir* se marchó para hablar con los demás, este se acercó.

Di unos pasos hacia adelante cuando terminó de hablar y Egil me agarró del

brazo para que no siguiera avanzando. Se puso frente a mí y sonrió. Aquel era el primer instante en el que le pude ver tranquilo. Ladeé un poco la cabeza y vi como Karee sonreía.

Fruncí el ceño, iba a acabar por los suelos. Jokull dio la señal, pero él no se dio cuenta y no lo escuchó, así que, la primera en atacar fui yo, no esperé. Le pasé la pierna por detrás de las suyas, y lo empujé haciendo que cayera al suelo. Le miré desde arriba y sonreí victoriosa, pero sin que pudiera percatarme, me agarró del tobillo y tiró de él haciendo que cayera y me golpeará. Me hice daño, bastante más del que podría haber esperado. Me quedé tumbada en el

suelo, y rápidamente vino a ver si estaba bien.

Parecía que no me conocía... Cuando lo tuve prácticamente encima, le di un golpe en la mejilla que acabó por tumbarlo. Me senté sobre él, le agarré las muñecas para que no pudiera moverse, pero tenía demasiada fuerza, lo que hizo que acabara por soltarle. Me agarró por la cintura y se puso en pie, aún conmigo cogida. Nuestros ojos se encontraron y durante un instante parecía que todo se había detenido, bajé la vista a su boca y vi como sonreía divertido. Algo me hizo pensar en que volvía a ser la esclava la causante de su sonrisa, pero no, no podía ser, era a mí a quien

miraba.

Ladeé la cabeza para observar su gesto, estaba molesta, tanto que se había dado la vuelta para no ver lo que estaba ocurriendo. Aunque cuando notó como la contemplaba se giró y me miró con rabia. Le saqué la lengua, volví a mirar a Egil, le di un mordisco en el hombro para que me soltara y entonces vi algo dibujado en su espalda. Conseguí lo que quería, me dejó rápidamente en el suelo.

Reí, le miré pícaramente, a lo que respondió cogiéndome de nuevo, esta vez dejándome colgada sobre su hombro, con las piernas sobre su pecho y la cabeza y el resto del cuerpo pegado a su espalda. Volví a reírme, para que no

lo hiciera, Egil me dio una palmada en el trasero a lo que respondí con un quejido dándole un manotazo.

—¡Suéltame! —grité.

No me hizo caso, empezó a andar alrededor del resto de guerreros que estaban practicando. Cuando pasamos todos nos miraron, no había ni uno que siguiera luchando.

—¡Llévatela! —gritó Linna desde el otro lado.

—¡No! —grité.

Comenzó a correr conmigo encima, haciendo que rebotara contra su hombro, lo que haría que mi vientre fuese a terminar dolorido. Cuando nos adentramos en el bosque se detuvo, me

dejó en pie, apoyándome contra un árbol y empezó a besarme frenético. Aún no me había recuperado del anterior cuando volvió a hacerlo con total libertad. Unió su cuerpo al mío, como había hecho la noche anterior en el camino, me besó con fuerza y ansia.

—No podía soportarlo más — susurró mediante un gruñido.

Le observé, no dije nada, era incapaz de contestarle. Giré un poco la cabeza, ver cómo me observaba hacía que me sintiera cohibida.

—Espera —me rogó.

—No... —contesté como pude, a la vez que intentaba marcharme—. No, Egil...

—Por favor, Gala —me suplicó.

Me quedé completamente quieta, mientras él colocó sus manos en mi cintura, las subió hasta mi barbilla y me obligó a mirarle. Sus ojos tenían un color rojizo, estaban llenos de lágrimas. Me abracé a él sintiendo su dolor, no podía evitarlo, ver como se encontraba me partía el corazón, más aún que cuando no me quería cerca de él. Puse mis manos a ambos lados de su rostro, fijé mis ojos en los suyos y vi como algunas gotas se deslizaban por sus mejillas, pero antes de que cayeran al suelo impedí que lo hicieran con fugaces besos.

Lo abracé de nuevo, le besé el pecho

y cuando me separé de él su semblante había cambiado, estaba serio, sus ojos ya no desprendían la alegría que tenían al entrar la bosque. No había lugar para el amor. Me apartó dejándome pegada al árbol, se pasó las manos por los ojos secando las pequeñas gotas que habían humedecido su rostro, se acercó a mí y me besó. Tras eso, dio media vuelta y se marchó por donde habíamos venido.

Corrí hasta llegar a su lado, me detuve frente a él para que no pudiera avanzar, y puse mis manos sobre sus fuertes brazos.

—¿Qué te crees que estás haciendo?
—espeté molesta—. ¿Qué derecho tienes para hacerme esto?

Continuó callado, serio, sin decir nada, para mi nada de aquello era suficiente, quería palabras. Levanté la mano y le di un golpe en la mejilla. Me giré y fui junto al resto. No iba a dejar que esto fuese a más. Mi corazón me rogaba que siguiera intentándolo, que luchara por los dos, así que, a pesar de estar sufriendo di media vuelta para hablar con él, pero antes de que pudiera hacerlo me interrumpió.

—Hago esto porque te lo mereces —gruñó—. No eres más que una hundra en celo, falta de amor —dijo con desdén—. Aléjate de mí, no quiero verte más.

Parpadeé perpleja, perdida, no entendía nada de lo que estaba

ocurriendo. No era capaz de entender por qué hacía unos instantes me besaba con tanto frenesí y luego me trataba de aquella manera.

—*Hví...? Illr*⁶⁸! —grité—. ¡No eres más que un *ragr* ! ¡*Sonr* de *Loki*! —chillé y tras eso me tiré encima de él.

Ambos caímos al suelo, solo que él recibió el golpe más fuerte. Estaba sobre él, impidiéndole que se moviera, aunque de poco servía ya que era capaz de levantarme aun poniendo resistencia. Empecé a golpearle con las manos cerradas una y otra vez, hasta que se cansó y fue él quien me propinó un buen golpe, haciendo que cayera de espaldas.

Me pasé la mano por donde me había

dado, noté como la sangre empezaba a emanar de la herida que me había hecho. Se puso en pie, mientras el resto venían a por mí a ver si me encontraba bien. Kirk e Igno le pasaron un brazo por encima de sus hombros para ver cómo se encontraba, su rostro estaba magullado al igual que el mío. Se deshizo de sus nuevos hermanos y siguió caminando.

—¡Gala, Gala! —gritó Linna, a la vez que corría hacia mí junto a ella aparecieron Olaf y Björn.

Se acercó a donde estaba y se arrodilló a mi lado, quedando casi a mi altura. Me senté sobre la hierba húmeda, me pasé la mano por la boca y sentí

como la sangre se esparcía por mi rostro. Puse la mano a la altura de mi barbilla, frente a mí, vi como se había humedecido del líquido, lo que hizo que me asustara.

—¡Qué alguien traiga agua! —gritó Birgin mientras corría hacia nosotros.

Linna rompió un trozo de su *kirtle*, hizo un nido y lo puso contra la herida que tenía en el labio para que fuese empapándose. Cuando fui a levantarme sentí que mi cuerpo no respondía, apenas tenía fuerzas para seguir sentada, era tan poco lo que podía aguantar que poco me quedaba para caer de espaldas.

—Gala, ¿te encuentras bien? —Me preguntó Olaf, quien se quedó

arrodillado al igual que Linna.

Quería decirle que estaba bien, pero no podía. No sabía que me estaba pasando, pero no podía moverme, el cuerpo me pesaba tanto que me era imposible seguir consciente.

—¡Se nos va! —gritó Birgin a Björn, quien hablaba con Linna.

Sentía como todo se me escapaba, caí al suelo. Se me nubló la vista, no podía ver nada, y todo se volvió demasiado frío y oscuro.

Me había quedado dormida después del golpe que me había propinado Egil. Cuando quise abrir los ojos no podía, mi boca no emitía ningún sonido y ni mis brazos ni piernas respondían como

debería. Sabía que estaba tumbada sobre algo suave y caliente, estaba segura de que era sobre un jergón. Habíamos dejado el *vangr*. Escuchaba como algunas personas andaban alrededor de mí, algunos hablaban, estos eran Birgin y Olaf. También pude oír como Linna hablaba con ellos enfadada.

—¿Podéis estaros tranquilos?

Estos no respondían, estaban callados, moviéndose por el interior de la *gardr* y de vez en cuando se acercaban a donde me encontraba. La muchacha se sentó a mi lado, y pasó las manos por mi pelo acariciándolo. Lo que me hizo recordar la otra noche junto a Egil. No entendía que era lo que le

pasaba por la cabeza, era como si fuera dos personas en un mismo cuerpo. En ciertas ocasiones anhelaba tener a Lyss conmigo, ella podía darme las fuerzas que me faltaban.

Un trueno resonó en el cielo, pero no parecía llover. Era Lyss, era ella, sabía en qué estaba pensando, si estuviera aquí me ayudaría a acabar con ellos dos.

—¡Mirad! —gritó Linna— ¡está sonriendo!

Los hombres se acercaron como si fueran un rebaño de geits, o un par de animales hambrientos.

—Tienes razón —murmuró Birgin.

Varios golpes en la puerta nos alertaron de que alguien quería entrar.

Alguno de ellos se puso en pie y abrió la puerta.

—*Faðir* —dijo Gyda— ¿cómo se encuentra?

—Bueno...

La muchacha entró y el padre cerró la puerta a su espalda, se acercó a donde estaba Linna y se sentó con nosotras.

—Le ruego a los dioses que se recupere pronto —murmuró la muchacha.

—Yo también.

—¿Dónde está el *hersir*?

Permanecieron calladas durante un buen rato, solo las escuchaba respirar y como los otros murmuraban algo sentados en un lado. Linna me cogió de

la mano, intenté hacer fuerza, moverla. De nada sirvió, sentí su calor pero no era capaz de responderle. Alguien volvió a golpear la puerta y aquella vez fueron más fuertes y repetitivos que la anterior.

—¿Dónde está? —gritó padre—
¿dónde? —repitió sin dejar siquiera que los demás contestaran.

—Aquí, Hammer, tranquilo.

Las apartó a las dos sacándolas de mi lado y se sentó. Acercó su rostro al mío y besó mi frente a la vez que acariciaba mi cabello.

—Tranquila, hija mía —su voz sonaba débil, quebrada—. Sé que saldrás de esta, los dioses están contigo,

Freyja te protege.

Saldría de aquel estado si los dioses lo querían así sería, y acabaría con esa maldita *thraell* que intentaba usurpar mi sitio y a mi hombre. Acabaría torturando a quien me había hecho aquello.

—¿Ha dicho algo? —preguntó preocupado.

—No, *drottin*, no ha dicho nada, solo ha sonreído.

Padre no dijo nada, permaneció a mi lado abrazándome con fuerza.

—*Hersir*, nosotras cuidaremos de ella.

—No, me la llevaré a nuestra *gardr* conmigo.

—No creo que sea bueno para Gala

que la movamos —susurró Linna.

Él dejó ir un gruñido a modo de desacuerdo pero permaneció callado, por lo que acabaría aceptando lo que la muchacha le dijo. Me dio un beso en la frente, acarició mi cabello de nuevo y se puso en pie. Linna ocupó su lugar y me cogió de la mano.

—Si algo ocurre te lo haremos saber. Este no dijo nada y se marchó.

Algo después, volvieron a irrumpir en la *gardr*, esta vez golpearon ligeramente. Fue Gyda quien fue a atender a quien había en la entrada. Una ráfaga de aire entró junto a él, sabía quién era sin que siquiera hablara, acababa de entrar Egil.

—¿Cómo está? —preguntó preocupado, su voz sonaba distinta a esta mañana, parecía afectado.

Al escucharle se me heló la sangre, parecía que mi corazón había dejado de latir durante unos segundos e intenté cerrar mis manos, pero no pude.

—Márchate por dónde has venido —dijo Linna enfada.

—Deja... Deja que la vea —pidió a la vez que dio varios pasos hacia adelante— por favor... —Le rogó.

—¡Te he dicho que no! —Gruñó ella.

Apreté su mano como pude, no sabía ni como lo había hecho, pero al final lo había conseguido. Se giró rápidamente, noté como me observaba, volví a

apretarla y entonces fue cuando gritó: —
¡Se ha movido!

Todos se acercaron, Egil incluido. Podía escuchar como alguien entró en la casa sin pedir permiso, algo iba a ocurrir, podía sentirlo.

—Karee, ¿qué haces aquí?

—Así que estaba en lo cierto... Estabas aquí, viendo a esa hundra —
respondió ella con desprecio.

Cuando despertara más le valía correr, porque iba a acabar con ella, no querría volver a pisar nuestra *land* nunca más en su vida. Los dioses debían castigarla, y si no lo hacían ellos sería yo quien lo hiciera.

—No hables así de ella —me

defendió Egil.

—¿Cómo has dicho?

—Te he dicho que no hables así de ella —dijo entre dientes molesto—. Discúlpate, pide perdón, a ella y a los dioses.

Escuché como iba acercándose poco a poco con pasos indecisos, hasta que fue él quien fue empujándola por detrás.

—¡Hazlo! —Gruñó.

No dijo nada, permaneció callada, podía notarla cerca pero tal vez a la que sentía era a Linna y no a ella. Si pudiera le hubiera sacado los ojos con mis propias manos.

—Hazlo —le ordenó de nuevo.

Permaneció en silencio, pero cuando

menos me lo esperaba algo cayó encima de mí.

—¡Mira lo que ha hecho esta *thraell*!
¡Llévatela de aquí ahora mismo! —gritó Linna, quien la golpeó.

Aquella maldita *thraell* iba a saber quién era yo, iba a desear estar en el *Helheim* junto a Hela cuando despertase. Linna cogió un trozo de tela mojado y me limpió. Gyda se quejó, empezó a recriminarle al igual que lo hicieron Birgin y Olaf, hasta que algo hizo que todos se callaran, un fuerte golpe.

—Eres una *thraell* a la que domar —dijo enfadado—. Los dioses te castigarán por lo que has hecho, y yo

también.

Después de aquello escuché como se marcharon los dos.

—Vaya golpe... —dijo Olaf sorprendido.

Sonreí orgullosa, después de todo seguía habiendo algo en él. Tenía su merecido. Acabaría teniendo lo que se había ganado en cuanto me recuperara. Mis hermanos rompieron a reír y la verdad es que me habría encantado poder unirme a ellos. Apreté de nuevo la mano de Linna, esta vez con más fuerza aún.

—Ha vuelto a hacerlo —dijo con alegría.

Había anochecido, podía notar el frío. No sabía qué había pasado. Me senté sobre el jergón, aunque no sin antes encontrarme con el cabello de alguien sobre mi rostro. Grité, inmediatamente me tapé la boca, cuando me di cuenta que era Linna quien dormía a mi lado. Lo recordé todo. La muchacha se despertó, se sentó junto a mí y me abrazó con fuerza.

—Nos has tenido muy preocupados todo el día.

Le devolví el abrazo gustosa, cuando nos separamos me besó la mejilla y sonrió como si fuera una niña. Llevaba el cabello revuelto, pero a pesar de ello seguía siendo preciosa.

—Os he estado escuchando.

—¿Todo? —preguntó sorprendida.

—Sí, todo.

Suspiró y rio, seguidamente se tapó la boca dándose cuenta que lo estaba haciendo demasiado fuerte y que sus padres podrían acabar despertándose.

—Deberías de haber visto su cara cuando Egil le ha dado el golpe, no podía aguantar la risa.

—Me habría encantado verla, aunque la habría matado con mis propias manos.

—Seguramente —murmuró.

Saqué las piernas de debajo de las pieles, la tapé y me puse en pie, noté como el frío empezaba a hacerse con mi

cuerpo recorriéndome de arriba abajo.

—¿A dónde vas?

—Necesito tomar el aire solo un momento, no tardaré.

—¿Quieres que te acompañe?

Se lo negué con la cabeza, quería estar sola y tranquila, sin que nadie viniera detrás de mí. Dejé bien colocadas las pieles, cogí la capa de Bror que había sobre la mesa, la cual me quedaba muy grande, pero por lo menos podría calentarme. Abrí la puerta poco a poco, intentando hacer el menor ruido posible. No quería despertar a nadie.

Anduve un poco por el centro del pueblo, por delante de las *gardrs*, hasta que me apoyé en el pozo y me senté en

el suelo a observar el cielo. No había estrellas tan solo la luna, una enorme luna. Las nubes habían desaparecido dejando que ella ocupara todo su reino.

—Veo que te encuentras mejor —me sobresalté al escuchar a Egil a mi espalda. Giré levemente la cabeza hacia donde estaba y le miré.

—Sí —respondí escueta.

Vino hacia donde me encontraba y se sentó junto a mí quedándose apoyado contra las piedras del pozo. Pasó un buen rato en el que estuvimos callados, mirando cómo junto a la luna había aparecido un pequeño punto que cada vez se volvía más brillante, mientras él observándome a mí, detenidamente. No

entendía por qué estaba haciéndolo, y lo peor de todo era que seguía confiando en él a pesar de todo lo que había hecho. Me había defendido frente a la *thraell*, aquello debía significar algo.

—Lamento haberte hecho daño... —murmuró.

No le dije nada, me limité a seguir observándola, igual que hizo él en su momento. Posó una de sus grandes manos sobre mi rodilla y la dejó durante un buen rato, hasta que decidí apartarla haciendo que cayera al suelo.

—No, no lo lamentas, crees que es justo por lo que yo hice.

¿Por qué me sentía tan débil cuando estaba a mi lado? Era algo irracional,

algo que jamás lograría entender. Podía hacer conmigo lo que quisiera, aunque intentaba resistirme. Se quedó callado, si no era el uno era el otro, ambos respondíamos cuando queríamos, o a veces ni eso.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó en voz baja.

—Tenía que hacerlo —susurré a la vez que sentía como un enorme vacío empezaba a hacerse con mi interior.

—No, no tenías, no debías hacer eso... —murmuró—. No a mí... —Un escalofrío me recorrió por completo— ¡me engañaste, Gala! —Gruñó.

Mis ojos se llenaron de lágrimas y ellas con libertad propia se escaparon,

empapando mi rostro y mis ropajes sin que pudiera hacer nada por detenerlas.

—No te engañé...

—¡Os vi, Gala! —gritó— os vi... —aseguró abatido.

—No viste nada, ¡nada! —afirmé entre dientes, enfadada, llena de ira.

Posó una de sus grandes manos sobre mi barbilla, haciendo que girara levemente la cabeza. No podía aguantar más, no podía seguir sintiendo aquel dolor que iba a acabar conmigo, ese que él había creado y que parecía no importarle. Al verme llorar se quedó sorprendido.

—Lo tenías todo... tú lo tenías todo —susurré—. Todo de mí.

Un extraño escalofrío recorrió mi cuerpo cuando me di cuenta que no era la única que estaba sintiendo aquella pena arrolladora que me desgastaba poco a poco.

—No... no llores —me rogó—. Por los dioses, Gala, no llores —me pidió quebrándose— no puedo verte así...

—No me mires, no tienes por qué hacerlo —giré la cara, para que así no tuviera que sufrir—. Ahora no puedes verme así, pero allí arriba te dio igual... Fuiste capaz de golpearme e irte.

Me tapé la cara con las manos, no podía aguantarlo.

—Márchate, vuelve junto a Ragnarr, márchate con esa esclava... Ayúdame a

olvidarme de ti, Egil Thorbransson.

Al levantar la mirada, pude ver como por el rabillo del ojo como se arrodillaba ante mí. Me agarró por la cintura e hizo que me moviera hasta que quedé sentada sobre él. No sabía ni como lo había hecho, pero allí estaba frente a él.

Me abrazó con fuerza, tanta que pude sentir como su cuerpo temblaba al igual que empezó a hacerlo el mío.

—¿Por qué lo hiciste? —susurró.

—Perdóname, Egil... perdóname — le rogué.

Una pequeña lágrima salió de sus ojos y recorrió su hermoso rostro, dejando un largo camino de dolor en él.

Me abrazó con más fuerza aún, y no pude evitar romper a llorar desconsoladamente. Dejamos que todo el dolor y la agonía que había en nuestro interior se fuesen, mezclado con las lágrimas, para así dejar paso a la luz de la luna y las estrellas. Me sujetó con tanta fortaleza que incluso llegó a dejarme sin respiración, pero nada me importaba entonces. Podía sentirle, no solo el calor de su cuerpo, sino también como nuestros corazones iban curándose el uno al otro, complementándose, creando un nuevo ser.

—Dímelo —me suplicó.

Le dije que no con la cabeza, no podía hacerlo, no en aquel momento.

Solo podía deshacerme en sus brazos como había deseado hacer durante tanto tiempo.

—¿No ves cómo estoy? —preguntó alzando la voz—. Solo tú puedes deshacerte de mis barreras, de los escudos que ponga por delante, hacer que el frío y el dolor desaparezcan, solo tú eres capaz de hacer que ese muchacho que se marchó con el alma y el corazón destrozado vuelvan —murmuró—. Solo tú puedes dañarme, rauðhárr.

Lloré con más fuerza que antes, sus palabras hacían meya en mí tanto como lo había hecho su ausencia.

—Lo siento... lo siento —le susurré.

—Solo te lo rogaré una vez más, mi

hermosa *valkyrja* —se obligó a decir—. Si no respondes me marcharé y no volverás a verme.

Pasó sus manos por mi cabello acariciándolo, y por mis mejillas borrando el rastro de las lágrimas. Cogí aire, no podía dejar que volviera a desaparecer, no quería perderle, no así. Si se marchaba de nuevo moriría de pena, acabaría por llevarse todo lo que había en conseguido recuperar.

—Egil... —murmuré.

—Por favor...

—Yo... yo solo quería mantenerte a salvo... Tenía miedo de que te hicieran daño, te buscaban a ti... —Dejé ir un suspiro, quedándome vacía por dentro

—, lo hice por ti, Egil.

—¿Qué quieres decir? —preguntó confuso secando mis lágrimas.

—Él lo sabía todo, cuando iban a atacar, donde, quien lideraría el asalto... Quién iba a acabar con tu vida —murmuré rota.

Se deshizo en lágrimas dejando que quejidos y lamentos salieran de su interior. Todo ese dolor, esa rabia iba desapareciendo, deshaciéndose en las pequeñas gotas que emanaban de sus ojos. Agachó la cabeza, hasta que coloqué mis manos a ambos lados de su rostro y la levanté.

—*Du blir løyst frå banda som bind deg, du er løyst frå banda som batt deg*

69 —susurró contra mi oreja liberándome.

—Te necesito —supliqué perdida—. Necesito que me quieras como nunca —susurré en un arrebató.

—*Rauðharr*⁷⁰ —me llamó—. No puedo quererte como nunca, porque nunca podré amarte más de lo que ya te amo.

Nos abrazamos y dejamos que el tiempo pasara en silencio. Envueltos por el frío de la noche, pero con la calidez de nuestros corazones uniéndonos como nunca.



⁶⁶Land – Territorio/Tierra

⁶⁸Illr – Malvado

⁶⁹ Du blir løyst frá banda som bind deg, du er løyst frá
banda som batt deg – Serás libre de los lazos que te
atan, ya eres libre de los lazos que te ataban ⁷⁰

Rauðhárr – Pelirroja.

CAPÍTULO XVII

Amaneció y ya no era capaz de sentirla conmigo, su calor había desaparecido al igual que se desvaneció ella. No sabía dónde estaba. Me pasé las manos por la cara, los ojos y los abrí poco a poco. Estaba tumbado sobre mi jergón. No era capaz de recordar cómo había llegado hasta allí, ni en qué momento se había marchado. Miré hacia un lado y me encontré a Karee tumbada junto a mí demasiado cerca, un poco

más lejos estaban Kirk e Ingo sobre un amplio camastro.

Aparté a Karee dejándola a un lado, me puse en pie y fui a por algo de agua para limpiarme el rostro. Me puse unos pantalones y cogí un *kirtle*, sin pensarlo salí de la *gardr*. Ya era capaz de verlo todo como debía ser, ellos no eran nada, no eran mi familia, estuvieron junto a mi cuando no estaba bien, pero solo por el interés, necesitaban ganar aquella batalla, me necesitaban para liderar a sus gentes en el terreno. Pero nada más. Los únicos que habían permanecido junto a mi habían sido aquellos que vivían en estas *lands*, ellos habían cuidado de mí cuando lo había

necesitado, Gala lo había hecho.

Realmente ni siquiera sabía por qué había traído conmigo a Karee, tal vez en aquel momento la necesité para tapar la ausencia de Gala, pero ya no iba a servir para nada.

Me sentía furioso conmigo mismo, no podía creer que hubiera hecho todo por Gala, por herirla, por ver como sufría viéndome con otra mujer... Todo lo que había creído durante el tiempo que no estuve era incierto. Pensé que me había traicionado con aquel hombre, tal vez no lo hiciera, a lo mejor tenía razón y solo era por saber cuándo atacarían nuestro *heimr*. Desde que llegué no había dejado de lastimarla, creía tener

derecho a hacerlo igual que ella me había herido a mí.

Corrí por el camino de tierra que iba hacia el centro del poblado, llevaba el *kirtle* aún en la mano, pero no me importaba solo quería verla a ella, necesitaba saber que estaba bien, saber qué era lo que había ocurrido anoche. Había ciertas cosas que se quedaron grabadas en mi mente y en mi corazón. Verla llorar y como rogaba mi perdón hizo que cayera a sus pies, solo ella iba a poder levantarme.

Me dirigí hacia la *gardr* de Linna, allí pasó todo el día desde que la golpee en el *vangr*, ni siquiera sé por qué lo había hecho, no quería herirla, no así,

pero estaba tan furioso, tanto que fue demasiado. Me di cuenta de que seguía amándola a pesar de todo lo que había hecho conmigo, aquello fue lo más duro. Desde que llegué solo me había enfrentado a ella, con la mujer a la que amaba y que amaría durante toda mi existencia.

Golpeé la puerta insistentemente, cuando esta se abrió apareció Bror sin nada encima, solo con unos pantalones enseñando su gran barriga. Me miró de arriba abajo, no pude evitar dejar ir una carcajada al ver cómo iba. Este me lanzó una mirada llena de repulsión y rabia, entonces sonrió. Se aclaró la garganta y entró de nuevo, al salir

llevaba puestas unas pieles que le cubrían prácticamente al completo.

—¿Qué es lo que quieres? — preguntó seriamente.

Me aclaré la garganta yo también, parecía que no me salía la voz, mis manos empezaron a temblar y el corazón me latía frenético.

—Yo... —Fijé mi mirada en la suya y cogí aire—. Vengo a ver si está Gala aquí, como pasó parte del día y la noche... —Le expliqué a la vez que me pasé las manos por el pelo—. Pensé que estaría aquí.

—Entiendo.

—¿Está o no está? —añadí nervioso. Me lanzó una última mirada algo

extraña, se dio la vuelta echando un vistazo en el interior y me miró de nuevo.

—Aguarda aquí.

Se giró, entró de nuevo en el interior de la *gardr* sin cerrar la puerta, desapareciendo en la oscuridad. Podía escuchar como hablaba con Linna, estaba molesta, hablaban lo suficientemente bajo como para que no pudiera escucharles. Tras eso oí como se acercó a la entrada.

—*Heill*, Linna —le dije con una sonrisa.

—¿Qué haces aquí?

—Vengo a por Gala.

Hizo como su padre, una mueca, me

miró de arriba abajo y torció el gesto aún más si podía ser.

—¿Qué haces así?

Me miré y entonces me percaté de que aún no me había puesto el *kirtle*, por lo que iba sin ropajes.

—He salido corriendo...

Se quedó callada mirándome como su madre, Elsa, que no dejaba de llamarla para que entrara a comer.

—Se ha marchado a su *gardr*, a ver a Hammer.

Asentí, me acerqué a ella y la besé en una mejilla, sonreí y me marché corriendo hacia la *gardr* de Gala. Nada iba a detenerme, aunque al pasar frente a la mía me encontré con Karee asomada a

una de las ventanas, observando lo que pasaba por el camino.

—¿A dónde vas? —gritó.

—A ti no te incumbe.

Seguí corriendo por el camino de arena hasta que estuve frente a la entrada. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo haciendo que el nerviosismo se apoderara de mí, provocando que mis manos se humedecieran. Mi corazón iba tan deprisa que sentí que me faltaba el aire.

Alcé una mano, intentando llamar la atención de Gala, pero hubo algo que hizo que la bajara y me quedara plantando frente a la puerta. Me quedé pensando en qué iba a ocurrir nada más

verla. Si fuese Hammer quien abriera la puerta era capaz de dejarme irreconocible por el golpe que le di a su *dóttir*. El respeto que le tenía aumentaba a cada paso que daba, cada vez temía más el día en el que decidiera librarse de mí.

Intenté calmarme, necesitaba verla, saber que estaba bien y que lo que ocurrió anoche no fue un sueño, una dulce y perfecta ilusión creada por mi cabeza. Alcé la mano de nuevo y di varios golpes.

Escuché como Hammer le pidió que abriera la puerta. Estaba nervioso, demasiado. Era uno de los mejores guerreros de toda nuestra *land*, ¿acaso

iba a temerle ahora al hersir? Sí, a pesar de ser un buen guerrero el *hersir* podía ser el peor de todos los hijos de Loki cuando debía proteger lo suyo.

—Egil... —susurró Gala al verme.

Antes de que pudiera contestarle se abalanzó sobre mí y me abrazó como nunca antes lo había hecho. Noté su cuerpo ardiente contra el mío dándome la calidez que no había tenido desde que me fui. Cuando se separó de mí, se alzó como pudo y nos unió en un beso.

—Vaya... —dije aturdido—. *Heill, mo kottr.*

Esta sonrió más contenta de lo que jamás la había visto. Su pequeño cuerpo volvió a pegarse al mío, antes no

parecía tanta la diferencia, pero ambos habíamos cambiado, ella parecía más menuda ante mí. Bajé la mirada y vi cómo se cobijaba bajo mis grandes brazos que la envolvían para que nunca volviera a separarse de mi lado.

—¿Vienes conmigo? —pregunté con la barbilla pegada a su coronilla.

—¿A dónde?

—Vengo a buscarte en un rato, prepárate —le dije sin explicarle nada más.

Dio un salto, se alzó y me besó de nuevo en los labios. Al darse la vuelta, le di una palmada en el trasero, haciendo que inmediatamente se girara hacia mí, no pude evitar sonreír, así que,

ella me respondió sacando la lengua.

Fui hacia mi *gardr*, al entrar me encontré de nuevo con Karee. Estaba sentada en uno de los asientos con los brazos cruzados bajo sus pechos, enfadada, muy enfadada. Me miró con mala cara de arriba abajo e hizo una mueca.

La ignoré, no iba a servir de nada explicárselo, lo que hiciese o dejase de hacer solo me incumbía a mí. Me puse el *kirtle*, y estiré las pieles del jergón. Cuando ya lo había hecho, me deshice de la trenza que sujetaba mi cabello, lo humedecí y lo peiné volviéndola a hacer. Nada más ver que había colocado bien las pieles, Karee se tiró encima

para desmontarlas.

—¿Qué es lo que quieres, Karee?

Se acercó a mí pegándose a mi espalda, pasó sus manos por debajo de mis brazos y me abrazó. Me besó en el hombro acercando su nariz a mi piel, oliéndola. Esta era más alta que Gala, por lo que llegaba a todos lados sin tener que alzarse. Ladeé la cabeza y la aparté, no quería que me tocara.

—¿A dónde vas?

—Al bosque, necesito despejarme.

—¿Has ido a ver a esa maldita *hundr*? —preguntó de manera despectiva refiriéndose a Gala.

Sin pensarlo dos veces me di la vuelta y la golpeé con tanta fuerza que

cayó de culo al suelo quedándose tumbada en él. La mano se le había quedado marcada en la mejilla y una amarga lágrima se escapó de uno de sus ojos.

—¿Qué es lo que has dicho? —La reté.

—Vas a verla... —aseguró en voz baja—. Vas a ver a esa fulana... ¡Ella no merece tenerte, mi amor! —gritó entre dientes.

La agarré del cuello del vestido que llevaba y la puse en pie dejando que sus ojos quedaran a la altura de los míos. Hice que su espalda chocara con fuerza contra la pared de madera y apreté los dientes encolerizado.

—Repítelo —gruñí ferozmente.

Esta me dijo que no con la cabeza repetitivamente, pero vi en su mirada como no iba a rendirse así como así, lucharía por algo que no era suyo hasta cansarse. Si se le ocurriera hacerle algo a Gala, acabaría con ella, si es que mi *kottr* no lo hacía antes.

Me escupió manchándome la cara con su saliva, igual que hizo con Gala cuando yacía en el jergón de Linna. La tiré al suelo con tan mala suerte que acabó golpeándose contra este, quedando inconsciente. La acerqué a uno de los postes de madera que había en la *gardr*, cogí una cuerda y la até. Seguro que ya no iba a volver a moverse.

—Ni se os ocurra soltarla —les advertí a los otros dos, quienes me miraban temerosos.

—No, señor.

—Hans —llamé al *thraell*—.

Vigíalos —le pedí en voz baja.

—Sí, *drottin*.

—Vigiladla —les ordené.

Los dos asintieron a la misma vez y se quedaron callados observándome. Guiñé un ojo a Hans, solo confiaba en él. Cogí un trozo de tela, la mojé en el agua y me limpié. Tras eso salí de la *gardr* enfadado, no quería volver a herir a Gala, pero necesitaba verla, debería esperar para estar con ella, pero no podía.

Cuando llegaba a su *gardr*, escuché como desde la lejanía Karee empezó a gritar, había despertado demasiado pronto y estaba desesperada por salir de allí. Padre bajó por el mismo camino por el que yo iba, por lo que podía escucharle perfectamente. Hizo una mueca y me miró.

—¿Qué está ocurriendo ahí?

—Karee me ha faltado al respeto —espeté—. Está atada a un poste —le dije con total normalidad.

Frunció el ceño, no estaba del todo de acuerdo con lo que había hecho, pero no me importaba, era libre de hacer lo que quisiera y más con ella.

—¿Qué pasa, *faðir*?

—Sé que ha hecho mal, pero no la tengas mucho atada.

Asentí tranquilamente, le di un golpe en la espalda y me encaminé de nuevo hacia la *gardr* de Gala. Desde mi vuelta, los lazos que me unían con padre habían cambiado por completo, el hecho de haberme marchado nos unió más que nunca, ni cuando era niño estábamos tan juntos.

Di varios golpes en la puerta, cuando se está abriendo me puse nervioso, tenía unas terribles ganas de verla.

—¿Estás preparada? —pregunté mientras la abría, y me di cuenta que era Hammer quien estaba abriendo la puerta.

Antes de que pudiera decir nada, el *hersir* me dio un buen golpe en la boca, por lo que dejé ir un profundo gruñido. Gala era igual que su padre, tenían los mismos golpes, solo que Hammer tenía más fuerza. Di varios pasos hacia atrás, por suerte no tropecé con nada. Gala asustada por el quejido, salió fuera y regañó a su padre.

—¿Qué demonios estás haciendo? —gritó enfadada.

—Se lo merecía —aseguró con la voz entrecortada.

La *raudhárr* se acercó a mí con desesperación, me acarició la zona en la que me había golpeado su padre.

—¿Estás bien?

—Sí, tranquila —abrí la boca un poco más de lo normal.

El hombre pasó junto a nosotros y se marchó hacia el centro del pueblo, acabaría encontrándose con padre. Aparté un poco a Gala y fui tras él, cualquiera habría dicho que había perdido la cabeza.

—Hammer, espere —le pedí.

—¿Quieres otro, muchacho? —inquirió con rabia.

Le dije que no con la cabeza, sus ojos podían dejarme ver la ira que sentía por dentro, esa que sentía sobre mí.

—Me gustaría disculparme.

Vi cómo se sorprendió, no se

esperaba que fuese a disculparme, ya que alzó las cejas y abrió bastante los ojos asombrado.

—Señor... —Empecé—. Lamento mucho haberle hecho tanto daño a su hija, pensé que me había traicionado, pero en realidad no lo había hecho, solo quería protegerme de aquellos que quieren atacarnos —aseguré con pesar—. Mi único deseo ahora es hacerla tan feliz como me sea posible.

Gruñó pero no dijo nada, me observó y asintió lentamente, y permaneció en silencio esperando a que siguiera.

—Deje que me ocupe de ella, necesito compensarle por todo lo

ocurrido, no puedo dejar así las cosas.

—Está bien —dijo seriamente—. Haz que vuelva a llorar y cumpliré lo que te dije, no habrá reino en el que puedas esconderte. —Me amenazó.

—Sí, señor, puede estar tranquilo.

Asintió y sin decir nada, se marchó, hasta que en la lejanía vio a padre dirigiéndose hacia la *gardr* de Göran, por lo que fueron los dos.

Gala se acercó por mi espalda, la besó y se alzó. Aproveché para agarrarla y subirla encima de mí. Rodeó mi cintura con sus delicadas piernas y me sujetó con fuerza.

—¡Vamos!

La miré por el rabillo del ojo y pude

ver como una enorme sonrisa iluminaba su hermoso rostro. Nunca podría encontrar una mujer tan perfecta como ella, tan hermosa y completa, fuerte, valiente, con coraje y honor, y con la dulzura que desprendía con una sola mirada.

Me reí contento por tenerla conmigo de nuevo, me moví por el camino andando de un lado a otro, hasta que entramos al interior de la *gardr*. La dejé en el suelo y cuando iba a preguntarle si estaba preparada para marcharnos me lanzó esa mirada de *kottr* que tenía, llena de deseo y perdición.

—Podríamos dejar lo que tengas pensado para otro momento, ¿no crees?

—preguntó con esa voz rasgada que me hacía perder la razón.

No dejaba de sorprenderme. Me cogió de la mano, dio varios pasos adelante y con una sola mirada me incitó a acabar de entrar en su *gardr*. Movía la cintura de un lado a otro, los ropajes eran más grandes de lo normal, holgados, pero en su cuerpo parecía lo más tentador de todo el *Midgard*. Hizo que diéramos la vuelta, cerró la puerta de un golpe y delicadamente empezó a besarme. Sus manos recorrieron mi cuerpo hasta que se deshizo de mi *kirtle*, el cual me había puesto únicamente para ir con ella, y me envolvió con su calor, con su cuerpo.

—No sabes cuánto he anhelado este momento —susurró, y tras eso empezó un reguero de besos que fue desde mi cuello hasta mi boca y después por los hombros, el pecho y mi vientre.

Se detuvo en el límite entre los pantalones y el resto de la piel que se ocultaba tras la tela. Mi cuerpo ardía en llamas, tanto que el sudor empezó a nacer en mí, iba a volverme loco tan solo con unas caricias. El corazón empezó a latirme con más fuerza y una terrible presión se creó en mi pantalón, la cual no pasó desapercibida a los ojos de Gala.

Coló dos dedos pegados a mi piel para deshacerse de ellos. La detuve para

que no me los quitara no podía ser tan veloz, no ahora que había vuelto. Quería cuidarla, cobijarla como no había hecho durante todo ese tiempo. Puse la mano sobre este y lo subí, lo que hizo que una mueca de inconformidad se dibujara en el rostro de mi *valkyrja*.

—¿Qué ocurre? —preguntó poniéndose en pie a la vez que colaba una de sus manos entre la tela.

Dejé ir un leve gruñido al notarla. Los dioses iban a desear ocupar mi lugar entre sus manos.

—Aguarda Gala —le pedí.

Estaba impresionado, no reconocía a mi dulce mujer que ahora parecía un *kottr* sin control. De un salto hizo que la

cogiera, rodeándome con sus largas piernas, apoderándose de mi cuello, besándolo, lamiéndolo y dándole delicados mordiscos que acabaron por convertirse en latigazos de placer que se grababan a fuego en mi piel.

—¿Por qué quieres esperar, Egil?

Negué con la cabeza, no quería hablar, solo quería escuchar como jadeaba y gemía por mí, pero la cabeza me rogaba que me detuviera.

—Déjame a mí, *raudhárr* —dije besándola una y otra vez.

Esta al separar nuestros labios, centró su mirada en la mía y me observó llena de anhelo y ansia. Aparté las pieles que había sobre el jergón, y la

tumbé sobre él. Me senté junto a ella pasándole las manos por el cabello, acariciando sus mejillas, paseando mis dedos por sus labios hasta que acabé besándola. Me cogió la mano pidiéndome que ocupara mi lugar entre sus sagradas piernas.

Me centré en sus labios, rojos e hinchados por los besos, tenía la boca entreabierta y su respiración se había vuelto agitada haciendo que su pecho subiera y bajara alterado. Coloqué mis manos sobre sus pechos acariciándolos, mimándolos, podía sentir como su corazón iba cada vez más deprisa.

—Egil... Por favor, te necesito —me rogó.

—No, aún no.

Bajé una de mis manos, mientras que con la otra me mantenía alzado para así poder observarla bien y no aplastarla bajo mi cuerpo. Gala dejó que sus manos descendieran por su vientre, hasta llegar a la tela que cubría sus piernas, y la subió dejándola a la altura de su cintura. Sonrió pícaramente. Fue entonces cuando me di cuenta mientras la miraba, que no debería haberme marchado, porque sin ella ya no había vida posible, no había nada que mereciera la pena si no podía tenerla conmigo, si no podía compartirlo todo con ella.

—Eres la mujer más hermosa que he

visto en toda mi vida, Gala —le susurré al oído.

Tenía la cabeza algo agachada, y al alzarla vi como sus mejillas se habían vuelto rojizas.

—*Mo víkingr* —murmuró ella—. Eres mío, vikingo.

—Siempre lo he sido —murmuré rindiéndome de ella.

Me abrazó con fuerza y tras eso vino un beso, después otro y muchos más. No sé cuánto iba a aguantar respetándola, pero tenía que intentarlo. La mano que antes había subido las telas se colaba entre nosotros, posándose sobre su sexo ardiente que no hacía más que clamar atención, aquella que aún no le había

dado. Uno de mis dedos se coló entre sus pliegues y empezó a acariciarla. Desesperado la mimé como se merecía, como mi mujer merecía. Sí, ella era mía, solo mía.

Sus ojos se abrieron tanto como pudieron cuando uno de ellos invadió su interior abriéndola poco a poco, preparándola para lo que estaba por venir, dejó ir un profundo suspiro que me hizo sonreír. Mientras tenía uno dentro de ella, seguía acariciándola, a la vez que la besaba ansioso, adorando la bondad de sus labios y el amor que había en cada uno de sus besos.

Algunos gemidos se escaparon de su boca mientras quedaban completamente

capturados por la mía. Estaba lo suficientemente preparada como para darme la bienvenida que merecía, quería darle el placer que le debía.

—Por favor, Egil —volvió a rogarme.

Aquella vez no se rindió, metió la mano por dentro de mi pantalón y empezó a acariciarme, lo que provocó que varios gruñidos se escaparan de mi interior. Ronroneaba como una auténtica *kottr*, mientras me besaba. Ya no podía más, me iba a hacer perder el sentido, tanto que la tela se rasgaría en cualquier momento. Con una mirada le pedí que siguiera, que se deshiciera de ellos y me acerqué a ella entrando en su interior.

—Por *Freyja* —consiguió decir—. No... No lo recordaba así...

Sonreí orgulloso y la besé en los labios. Empezamos a movernos, ella estaba tan cerca de rozar el *Valhalla* que empezó a temblar al sentirme. Hacía tanto que no estaba así con ella, desde nuestra última noche juntos no había yacido con nadie, salvo la otra noche, cuando apenas disfruté.

—Espérame —le susurré.

Hizo una mueca y vi como sus labios se enrojecían ante la presión que sentía en su interior y el placer que le creaba. Parecía desesperada, necesitaba llegar.

—Mi hermosa mujer, mi cuerpo, mi alma y mi mente son todo tuyos —gruñí

contra su oído—. Dame lo que me pertenece.

Poco después mi joven mujer se dejó ir entre gemidos y jadeos llamándome. Su interior me arrastró con ella. Al salir noté un extraño cosquilleo, me tumbé a su lado mientras me abrazaba y besaba mi hombro. Le pasé uno de mis brazos por debajo dejando que se apoyara en él, hasta que acabó por quedarse dormida acurrucada junto a mí, hecha un ovillo.



CAPÍTULO XVIII

Abrí los ojos poco a poco y vi como Gala me observaba curiosa con una hermosa sonrisa en sus labios. Me besó la frente y volvió a sonreír, no sabía cuánto había estado durmiendo, pero la noche había caído sobre el poblado, había oscurecido y no íbamos a poder hacer lo que había pensado.

—Te adoro —dije con la mirada fija en sus ojos.

Alcé un poco la cabeza y la besé. Vi

cómo se mordió el labio, lo que hizo que quisiera ser yo quien lo hiciera. La agarré por la cintura y la coloqué encima de mí. Cuando notó como mi miembro clamaba su atención se sorprendió. Nada más despertar ya estaba ansioso de ella, todo este tiempo separado de mi hermosa mujer había hecho estragos en mí. Se estiró sobre mi cuerpo pegando su boca a la mía, y se lamió los labios, lo que hizo que la hoguera que tenía dentro ardiera con más fuerza. Mientras me besaba iba restregándose contra mi sexo acariciándolo, lo que ocasionó que dejara ir un gruñido.

—Delicioso —susurró Gala al

capturarlo en su boca.

Sonrió haciendo que perdiera el sentido. Vi como desaparecía bajo las pieles, sintiendo como iba deshaciéndose del cinto que sujetaba mi pantalón, no la creía capaz de lo que estaba por hacer. Apreté los dientes con fuerza, a la vez que notaba como iba deshaciéndose de las telas que me cubrían lamiendo mi erección de arriba abajo.

—Por los dioses...

Aún no había hecho nada y ya la necesitaba conmigo. Sentía una terrible necesidad de ver lo que estaba haciendo, así que, me deshice de las pieles que le cubrían y se las dejé sobre

su espalda para que no tuviera frío. Alzó la vista lo suficiente como para que pudiera ver como la observaba.

Dejé ir un profundo gruñido, aquella mujer era capaz de hacer que perdiera el sentido con dos lametones. Quería tenerla conmigo, no podía dejar que siguiera así o acabaría perdiéndolo todo. Pasé mis manos por su rostro acariciándola, pidiéndole que me hiciera caso. Con un ligero movimiento de cabeza le dije que no, la cogí de la mano tirando de ella pero me lo negó. Apartó mi mano y siguió haciendo lo que quería. Mi respiración se volvió agitada, mucho, más de lo que ya lo estaba.

—Gala —susurré mediante un gruñido— Gala... —Repetí.

Si no se detenía acabaría por perder el sentido. Pero no lo hizo, no se detuvo. Vio como mi cuerpo se tensaba, como estaba preparado para rozar el *Valhalla*. En sus ojos pude ver el deseo y el ansia.

—Vamos, guerrero —susurró.

No pude esperar más, la agarré del cabello y fui yo quien no la dejé moverse. Iba a arrepentirse de lo que había hecho. Me dejé llevar por un gran oleaje de placer que estaba arrasando conmigo.

Sonrió orgullosa, se mordió uno de los dedos, subió mis pantalones y se colocó junto a mí. Me besó y antes de

que se diese cuenta o pudiera resistirse, le di la vuelta dejándola bajo mi cuerpo, ya no podría escaparse.

—Ahora me toca a mí, *kottr*.

Se pasó el dedo que antes mordía por el labio, luego se lo metió en la boca y acabó mordiéndolo. Sonrió preparada para mi asalto. Cuando fui a deshacerme de las telas que le envolvían me percaté de que ya no llevaba nada, parecía estar más que preparada para mí. Alcé la vista al darme cuenta de lo que había hecho. Dejó ir una carcajada ante mi gesto e inmediatamente se puso la mano en la boca.

Volví a ella, dejé que mi lengua lamiera cada uno de sus rincones

mientras mis dedos la acariciaban, hacía lo que quería con ella. Gala alzó las piernas levemente para que pudiera darle más placer. Su pecho empezó a subir y bajar lentamente, intentaba controlar su respiración. A cada caricia que daba, su cuerpo temblaba a causa del placer. Abandoné la parte baja, mientras iba lamiéndola fui recorriendo su cuerpo hasta llegar a sus pechos los cuales acaricié delicadamente. Los lamí, mordisqueé y mimé, primero uno y luego el otro. Mi *valkyrja* alzó las caderas señalándome lo que quería, mientras me miraba con la boca entreabierta.

—Oh, Egil —murmuró cuando volví a lamerla.

Esta vez adentré dos de mis dedos en ella, a la vez que iba lamiéndola de arriba abajo. Noté su desesperación, volvió a moverse para que fuese más deprisa y que así aquella tortura acabara, pero no quería que fuese tan rápido. Ella no me había obedecido, así que, sufriría las consecuencias.

—Te lo ruego, Egil... —Me suplicó.

No hice caso a lo que me pedía, seguí lamiéndola con delicadeza, llevándome conmigo todo su placer. Moví los dedos en ella haciendo que acabara por aceptar su placer, dejando que su cuerpo temblara. Atrapé toda su dicha, me relamí y la limpie.

Estaba preparado para seguir, para

darle todo aquello que había guardado para ella. Así que, me coloqué entre sus piernas y poco a poco fui entrando en ella, notando como aún estaba tan sensible que un simple roce haría que desfalleciera.

—Vas a hacer que pierda la cabeza... —Gruñó.

—Eso quiero, *raudhárr*.

Fui moviéndome en ella mientras ambos no podíamos evitar dejar ir cientos de gimoteos como si no hubiera otra forma de dejar ir todo lo que llevábamos dentro. Tanto tiempo separados no nos había hecho ningún bien. Había ansiado durante tantos días que aquel momento llegara, el tenerla

sola para mí.

—Eres mía, *raudhárr* —le dije—. Dilo —le ordené.

—Soy tuya, mi vikingo.

Aquello último me hizo perder el sentido, la agarré de las muñecas y entré en ella con fuerza una y otra vez, escuchando como iba deshaciéndose, como pequeños quejidos se escapaban de su boca. Al estar tan débil no tardó en mirarme ansiosa, era lo único que necesitaba, ver como su hermoso rostro se había vuelto el mismísimo reflejo de *Freyja*. Aunque ella llegaba a ser aún más hermosa que la diosa, estaba llena de gozo y deseo.

—Te quiero, *mo víkingr* —ronroneó.

Algo tan simple y sencillo, una declaración de amor, hizo que ambos nos perdiéramos el uno en el otro, mientras ella me besaba y mordía mis labios. Después de salir me quedé tumbado boca abajo, mientras notaba como sus delicadas manos dibujaban lo que llevaba en mi espalda.

—¿Qué es? —preguntó seria.

No hice caso a lo que decía, tampoco tenía ganas de explicarle lo que había ocurrido, ni por qué lo hice, aunque tarde o temprano volvería a preguntar y conociéndola acabaría enfadándose.

—Quiero saberlo —dijo molesta.

—No es nada, mujer.

—Sí, si lo es —murmuró—. *Svara*

71.

Dejé ir un profundo suspiro, me di la vuelta y vi como su rostro estaba serio. Frunció el ceño al ver que no le respondía, y no pude hacer nada más que explicárselo.

—Está bien —dije sin ganas—. Cuando me marché estaba dolido, hundido, enfadado conmigo mismo, contigo...

Asintió a la vez que suspiraba, pero no dejaba de atenderme.

—Sigue —me pidió.

—Estuve en el bosque, torturé a aquel hombre. Le hice llorar, le corté una pierna y lo dejé sin dedos, tenía

miedo a convertirme en algo que no era, tenía miedo de hacerte daño a ti —añadí cabizbajo—. Hablé con padre, y me ayudó a marcharme —cogí aire y lo dejé ir—. Estando con ellos, preparados para atacar, un águila vino a mí, aquel indomable ser que jamás nadie había conseguido acariciar vino a mí, y se posó sobre mi hombro lo que hizo que el pueblo de Ragnarr me respetara aún más —recordaba aquel día a la perfección—. Luché con ellos, los ayudé a vencer las primeras batallas, por lo que decidí que quería llevar las alas de *arnar*, aquel hermoso animal que me dio valor. El dolor hizo que la angustia desapareciera poco a poco, me hizo

olvidarte... Hasta que volví.

Se quedó callada con los ojos llenos de lágrimas, entristecida, sé que no lloraría pero la historia había movido algo en su interior.

—Será mejor que descansemos — susurré.

Le di un beso en la mejilla, cuando fui a darme la vuelta me agarró del brazo haciendo que no me girara, dejándome boca arriba. Me dio un ardiente beso en los labios y se acurrucó junto a mí.

A la mañana siguiente, cuando abrí los ojos ella no estaba, las mantas estaban todas encima de mí, menos una que había en el suelo. Miré a todas

partes y vi que Hammer tampoco estaba, tal vez nos escuchó. No me importaba que lo hubiera hecho, pero algo me decía que no iba a estar demasiado contento con ello. Me senté sobre el jergón, me coloqué bien los pantalones y vi como Gala apareció envuelta en telas, con el cabello empapado. Algunas gotas recorrían por ese hermoso cuerpo creado por los dioses.

—*Heill, kottr* —susurré perdido en su belleza.

—*Heill, Egil* —me imitó sonriente.

Se acercó a mí, se arrodilló sobre las pieles y me abrazó a la vez que resiguió las alas de arnar con los dedos.

—¿Has podido dormir bien? —

preguntó cuándo nos separamos.

Asentí desconcertado, era tan bella que era capaz de hacer que olvidara todo, que tan solo ella me importara. Si no fuera porque teníamos que ir al *vangr* junto al resto, no dudaría en volverla a hacer mía una vez más.

Me dio un golpecito en el hombro para que cayera hacia atrás sobre el jergón, se sentó sobre mi cintura, empezó a besarme lentamente el pecho subiendo por mi cuello y acabó en mi boca.

—No, *kottr*... —murmuré luchando contra mis instintos.

Esta frunció el ceño, se puso en pie malhumorada, al parecer quería

exactamente lo mismo que yo. Fue hacia el cuenco de agua y se quedó allí, deshaciéndose de las gotas que aún le recorrían. Me levanté, me acerqué a ella por la espalda y besé su hombro, su cuello y sus mejillas.

—No es que no quiera, pero nos echarían en falta —le susurré al oído.

No dijo nada, permaneció callada con la vista fija en la madera. Como parecía no prestarme atención, bajé una de mis manos hacia su cadera, adentrándome entre sus piernas, dejando que mis dedos entraran en ella. Dejó ir un leve gimoteo y giró la cabeza para mirarme. Adoraba verla disfrutar en mis manos. La acaricié, al ver como su

respiración cambiaba y cómo su cuerpo gritaba mi nombre toda idea se escapa de mi cabeza. Aparté la mano y la dejé donde estaba.

—¿Qué crees que haces? —gritó molesta.

No pude evitar reír, venía detrás de mí hasta que me alcanzó y me golpeó en la espalda con fuerza.

—Luego te recompensaré, mi salvaje mujer.

Dejó ir un gruñido enfadada. Sonreí, me puse el *kirtle* y esperé a que terminara de colocarse los ropajes.

Cuando estuvo preparada, me cogió de la mano y tiró de mí hacia fuera de su *gardr*. Estábamos a mitad de camino

cuando vi como Karee salió de la mía, junto a ella iba Kirk e Ingo. Fuimos hasta donde se encontraban, pero antes de que pudiera decir nada, Gala me soltó la mano y se abalanzó contra la *thraell*. Le dio un fuerte empujón, lo que hizo que acabara cayendo en el interior de un agujero lleno de agua formado por la lluvia del día anterior.

Observé como Gala la miraba desde arriba. No iba a hacer nada por detenerlas, ella misma se lo había merecido y solo mi *kottr* podría cobrarle su propia venganza. Esta se irguió sacando pecho, y empezó a reír. Sin que pudiera darse cuenta, Karee desde el suelo movió uno de sus pies

haciendo que cayera al suelo, pero por suerte no se mojó, aunque no tardó mucho en hacerlo, ya que acabó tirándose encima de la otra llena de rabia, tanta que la agarró del cabello y la golpeó contra la tierra, lo que me dejó perplejo. Tras eso le devolvió el gesto que le había hecho cuando estaba indefensa. De repente, se llevó la mano a la bota y sacó un pequeño *knífr* hecho de madera y hierro. Acercó la hoja de este al nacimiento del cabello y lo rasgó todo, dejándola prácticamente sin él. Lo tiró al suelo, y le colocó la mano sobre el cuello ahogándola. Ninguno de nosotros nos atrevimos a ponernos frente a Gala. Colocó el *knífr* de nuevo sobre

su cuello acercándose a ella hasta pegar sus frentes.

—Aléjate de aquí, o acabaré contigo —rugió como una auténtica salvaje.

Karee dejó la vista en los ojos de ella. Me aproximé por detrás de las dos, le coloqué la mano sobre el hombro de Gala y esta rápidamente se giró para mirarme. Tenía los ojos oscuros, apenas se podía ver el verdor que solían tener.

—Ya está, *mo kottr* —le dije.

Asintió, pero no la soltó, esta vez puso el *knífr* sobre el hombro derecho de la muchacha *fagrhárr* y le hizo dos cortes formando una cruz. Gala sonrió y antes de levantarse le dijo algo más: — Él es mío, ahora y siempre.

Se puso en pie, y volvió a mirarla. La muchacha estaba asustada, apenas podía ponerse en pie, pero cuando lo hizo Gala volvió a por ella.

—Márchate o terminaré lo que he dejado a medias —siseó entre dientes.

Esta asintió aterrorizada, se colocó bien los ropajes, los cuales tenía empapados de agua y entro en la *gardr*. Gala se puso a mi lado y me cogió de la mano esperando a que dijera algo.

—Kirk e Ingo, me desobedecísteis, regresad junto a Ragnarr, podéis quedaros con Karee y haced lo que queráis.

Dejé a Gala y entré en el interior de la *gardr* detrás de Karee, quien se había

sentado sobre el jergón y lloraba desconsoladamente.

—¡No la has detenido! —gritó.

—No debía hacerlo, te lo mereces.

Me miró llena de ira y rabia.

—Espero que a mi vuelta no estés aquí —dije con seriedad.

Asintió, se secó las lágrimas, tenía los ojos rojizos de haber llorado, de la agonía que había nacido en ella, pero se lo tenía más que merecido. Me di la vuelta y me marché con Gala.

—Iros antes del atardecer —les dije a los dos guerreros.

Agarré la mano de mi mujer y nos encaminamos hacia el centro del pueblo, quería darle algo que tenía guardado

para ella.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó curiosa.

—Le he dicho que se marche antes de que vuelva.

La muchacha no dijo nada, permaneció callada, algo ausente lo que hizo que me preocupada.

—¿Estás bien?

—Sí, tranquilo —contestó con una dulce sonrisa—. ¿A dónde nos dirigimos?

—Tengo algo para ti.

Cuando llegamos frente a la *gardr* de Bror hice que se detuviera, di varios golpes en la puerta. Nadie nos recibió hasta que ante nosotros apareció él,

quien nos miró asombrado, ya que hacia demasiado tiempo que no nos veían así.

—Vaya... *Heill* —dijo con su grave voz.

—¿Tienes lo que te pedí? —Le pregunté.

El hombre dijo que sí con la cabeza, nos hizo un gesto para que nos quedáramos en la entrada, así ella no vería de qué se trataba. No tardó mucho en salir de nuevo. En una de sus manos llevaba algo envuelto en un trozo de tela rojiza con algunos bordados de oro, como el vestido más hermoso de Gala.

Me lo dio, le di un golpe en el hombro y no nos dijimos nada más. El hombre se quedó esperando en la puerta,

para ver la reacción de la muchacha. La miré a los ojos y vi como estaba ansiosa por saber qué era lo que escondía aquella tela. Cuando fue a cogerla de entre mis manos, la eché hacia un lado para que no llegara.

—¿Qué es?

—*Kottr*, quiero que lo olvidemos todo.

Me miró confusa, pero aun así aceptó lo que iba diciendo, asintió sin apartar la mirada de mí.

—Olvidar todo... —Repitió.

—Sí, quiero olvidar todo este mal que ha habido entre nosotros —dije cogiendo aire—. Quiero darte algo, consévalo pase lo que pase,

¿entendido?

—Sí —dijo con los ojos llenos de lágrimas.

Fui deshaciéndome de la tela y de entre sus pliegues salió un hermoso brazalete de plata, en el que había tallado un hermoso *kottr* de ojos verdes iguales a los de ella. Con la mano que tenía libre, la agarré por la muñeca con delicadeza y le coloqué su nuevo tesoro. Unas pequeñas gotas empezaron a descender por sus mejillas, empapando su *kirtle*.

—¿Qué te pasa? —susurré contra su oído, mientras la abrazaba.

—Es hermoso...

—Como tú, mi bella *valkyrja*.

Posó sus manos a ambos lados de mi rostro y me besó con dulzura, tras el beso miró el brazalete, luego a mí y me abrazó sin dejar que nos separase.

—Gracias, Egil, gracias.

Clavó de nuevo su mirada en el presente, repasó cada una de las hendiduras que había en él, hasta que se detuvo en las piedras verdes que simulaban los ojos. Bror había hecho un gran trabajo, nunca pensé que con tan poco tiempo fuese a tener algo tan bello. Había dejado a un lado todo su trabajo para conseguir prepararme esta hermosura.

—¿Esperas aquí un momento?

—Claro.

Volví hacia la puerta de la *gardr* de Bror y le di un fuerte abrazo.

—Gracias, es un tesoro.

—Un placer, Egil, me alegra haber visto cuanto le ha gustado.

Le di un apretón de manos y volví junto a ella quien me esperaba sentada sobre las piedras del pozo. Caminamos sin rumbo, en realidad deberíamos de estar en la *vangr* de caza, pero no tenía intención alguna de ir. Nos acercamos a su *gardr* para que pudiera cambiarse de ropajes ya que se había empapado al tirarse sobre Karee.

Al entrar vimos que todo estaba esparcido por el suelo, revuelto, algunas cosas estaban manchadas y otras incluso

rotas. Había sido ella, estaba completamente seguro.

—Maldita... —espetó Gala—. Espero que *Loki* se la lleve junto a Hela al *Helheim* porque se lo merece.

—Tranquila —intenté calmar a la furia que sentía por dentro—. Yo me encargo.

Salí de la *gardr* a toda prisa. Karee sabría lo que había hecho, Gala no dejaría que se marchara así como así. Cuando estaba llegando me di cuenta de que Gala me pisaba los talones, además de que ella era la primera en llegar a los establos y montar en Regn, sin ni siquiera ponerle las riendas. Fui tras ella siguiendo sus pasos, sabía tan bien

como yo que no andaría muy lejos.

Nos acercamos al bosque, miramos por todas partes pero no se veía nada. Se adelantó y fue quien la encontró no muy lejos de la *vangr*. Pude ver desde la lejanía como algo ocurría, Gala había llegado a donde estaba. Me aproximé a ellas, lo suficiente como para poder observar lo que estaba pasando. Mi *raudhárr* estaba frente a la *thraell*, quien se estaba quedando colgada en el aire, como si algo la sujetara. No había ni rastro de Kirk e Ingo lo que me sorprendió.

Al llegar pude verlo todo con más claridad. Varias cuerdas, o que lo parecían hechas de rayos de tormenta la

alzaban, atándola por las muñecas y los tobillos. Karee no dejaba de gritar llena de terror mientras Gala la amenazaba. De las cuerdas empezaron a saltar chispas que le provocaron dolor, hasta que Karee quedó dormida y cayó al suelo.

—Eso te pasa por enfrentarte a quien no debes —añadió Gala.

Perplejo por lo que acababa de ocurrir, fui hasta donde se encontraba y la miré, no entendía nada de lo que había pasado, así que, esperé que me lo explicara o acabaría perdiendo el sentido solo de pensar en ello. Antes de volver a montarse sobre la yegua, se puso sobre Karee y le remarcó el corte

que le había hecho antes, así recordaría el momento en el que se cruzó con Gala Hammerdottir.

—Gracias, Lyss, *systir* —con los dedos, cogió sangre de Karee que yacía en el suelo y se los llevó al rostro, haciéndose dos largas líneas bajo el ojo derecho—. Doy gracias a los dioses por haberme unido a ti, Egil, por que las *Nornas* hayan vuelto a entrelazar nuestro destino.

Limpió el *knífr* en los ropajes de Karee, se puso en pie de un salto y vino a donde me encontraba. Me miró con una sonrisa en los labios, debía de tener el gesto torcido, no entendía nada de lo que había ocurrido. Di media vuelta a

Espíritu y la miré.

—¿Qué ha ocurrido ahí? —pregunté.

Pasó por delante de mí otra vez, pero no dijo nada, permaneció callada haciendo que mi curiosidad creciera cada vez más.

—*Svara*... —Gruñí.

—Está bien.

Dejó que Regn se detuviera y se colocó junto a ella.

—Cuando te marchaste maldecí a las *Nornas*, culpaba a los dioses de tu marcha, por la desgracia que había caído en mí. Un día vino a visitarme una *valkyrja*.

—¿Una *valkyrja*? —pregunté abriendo los ojos.

—Sí una de ellas —dijo con una sonrisa en los labios—. Su nombre es Lyss, ella me ayudó a encontrar la fuerza de la que carecía, aquella que necesitaba para seguir adelante, si no hubiera sido por ella, no habría seguido luchando por ti.

—Entiendo...

—Siempre hay cosas que no son como deberían, tal vez lo nuestro si debía ser así, y ella me lo hizo ver.

—Así que, una *valkyrja* ha hecho eso.

Clavó los ojos en mí y asintió sin decir nada más. Una *valkyrja* había ayudado a mi mujer, había cuidado de ella cuando yo no había estado. Me

habría gustado agradecerle todo lo que había hecho por ella y aunque tuviera que gritarle al cielo, acabaría por hacerlo. Volvimos a la *gardr*, recogimos todo lo que Karee había tirado al suelo. Había cuencos rotos, telas rasgadas... Fue entonces cuando me di cuenta que no debería haberla traído.

—Deberíamos hacer algo —le dije.

—¿Hacer algo? —preguntó.

—Vayamos a la *vangr*, quiero hablar con el resto de nuestros guerreros, no permitiré que nadie vuelva a despreciarte ni que hablen mal de ti.

Asintió, por lo que nos dirigimos hacia la *vangr*, donde se encontraban todos los demás guerreros junto a

Hammer y Jokull. Antes de que nos vieran agarré la mano de Gala, quería que todos se dieran cuenta de qué era lo que estaba ocurriendo y lo que iba a pasar. Con un gesto le pedí al *hersir* que me dejara hablar, este asintió y se hizo a un lado para que pudiéramos ponernos frente al resto.

—Quiero hablar con vosotros sobre algo —hice una pausa y cogí aire—. Lo primero es que Kirk, Ingo y Karee se han marchado, yo mismo los he echado de aquí —empezaron a hablar, carraspeé haciendo que todos callaran—. Esta hermosa mujer —dije mirando a Gala— ella es la mujer de mi vida, y por ello de toda mi existencia, por lo que espero

que la respetéis como lo hago yo y quien ose desobedecerme, sufrirá las consecuencias, ¿entendido?

—Sí, Egil —dijeron todos a la vez.

—Bien, seguid con lo que estábais haciendo, obedeced al *hersir*, se lo merece —miré a Jokull.

Este intentó restarle importancia, ocupó su lugar y dejó que nos marcháramos. Cogí a la muchacha y la subí conmigo encima del *hestr* de Gull, ya que habíamos dejado los nuestros en los establos.

—¿A dónde nos dirigimos?

—Quiero ir al lugar al que quería llevarte, siento la terrible necesidad de hacer algo y aquel es el sitio indicado.

Asintió y no dijo nada más. Empezamos a movernos, atravesando la vangr.

Nos adentramos en el bosque igual que antes, solo que esta vez atravesamos la zona de caza. Cuando llevábamos cabalgando un rato, vi como empezaba a dejar paso a una pradera. Pero no todo lo que Gala veía era realidad, ya que tan solo era un saliente que daba a un enorme lago. Era allí donde me llevaba madre cuando tan solo era un niño.

—Por los dioses —murmuró ella.

Hice que el animal se detuviera antes de que llegáramos al final del camino, desmonté y le ayudé a bajar. Até al *hestr* a la rama de un árbol y cuando me giré

vi como Gala tenía los ojos llenos de lágrimas emocionada.

—¿Por qué me has traído aquí?

—Quiero... Quiero que hablemos.

—¿Qué hablemos?

Noté como mi corazón iba cada vez más deprisa, me temblaban las manos e incluso se me humedecían, igual que todo el cuerpo. En otra ocasión habría salido corriendo, igual que me lo gritaba mi mente. Pero no iba a hacerlo.

—Gala —dije con voz temblorosa.

—¿Qué ocurre, Egil? —preguntó preocupada.

—Hemos estado separados y no quiero que nada nos vuelva a alejar —aseguré a la misma vez que cogía aire,

apenas podía hablar—. Los dioses serán testigos de esto —susurré— Gala, quiero que seas la mujer que me dé hijos, con la que los dioses me bendigan. Desde el primer momento en el que me topé contigo supe que debías serlo. Las *Nornas* me contaron mi destino, sabía que tú estabas en él y a pesar de que luchaba porque no fuese así, al final tuve que aprender a vivir sin corazón —le dije—. Siempre lo habías tenido tú.

—No te entiendo, Egil —dijo confusa—. ¿Qué te ocurre?

—*Raudhárr* —cogí aire—. Quiero pasar el resto de mi vida a tu lado, y si el *Alfather* lo quiere, llegar contigo al

Valhalla.

Noté como mis ojos empezaban a humedecerse, si me dijera que no quería pasar el resto de su vida conmigo acabaría conmigo. Habría sido capaz de tirarme y dejar que el agua me llevara consigo. Fijó sus ojos en los míos, vi cómo se habían llenado de lágrimas también. Me acerqué a ella y la abracé sin que dijera nada, y sentí como su cuerpo temblaba.

—Sí, Egil, sí —susurró contra mi pecho.

—¿Sí? —pregunté nervioso.

—Sí, deseo estar contigo hasta que los dioses quieran llevarme.



⁷¹ Svara – Responde.

⁷² Arnar – Águila

CAPÍTULO XIX

Cuando regresamos al poblado, dejé que Egil devolviera el *hestr* a Gull, y me fui en busca de padre, necesitaba explicarle todo lo que había pasado. En menos de dos lunas había cambiado todo, mi vida había cambiado desde que Egil llegó. Padre debía ser el primero en saberlo, pero temía a su reacción.

Anduve lentamente, tal vez no dejara que Egil me tomara por esposa. Pero no me importaba, si se negaba me

marcharía, no iba a dejar que nadie nos separara, quería a mi padre más que a nadie en el mundo, pero no podía negarse a ello, no podía separarme del hombre al que más amaba. Si todo lo que pensaba ocurría, hablaría con Thorbran y Jokull, ellos le harían entrar en razón. Antes de encontrarme con padre, me pasé por la *gardr* de Göran, esperé a que abrieran pero vi como la puerta estaba abierta. Entré en busca de alguien que me dijera lo que estaba ocurriendo, vi como Göran, Steit y Helga, la anciana *völva*, estaban arrodillados junto a Hanna.

Me llevé las manos a la boca, tras ver como la mujer yacía encima de su

jergón, apenas podía abrir los ojos, no hablaba y respiraba con dificultad. Cuando escucharon como había entrado, Helga se giró hacia mí.

—¿Qué ha pasado? —Le pregunté.

Pocas veces había hablado con ella, no salía de su *gardr* salvo cuando los dioses le hablaban, cuando alguien corría peligro. Desde que no era más que una niña la recordaba igual, era como si no pasaran los años para ella, hay quien decía que era un *dísir*, una enviada por los dioses, aquella que nos cuidaría de todo mal, había alguien que decía que era capaz de ver el telar de las *Nornas*.

—Hanna ha empeorado, algo la

mantenía con fuerzas, hasta ahora —me explicó con pesar.

Fui hacia donde estaba, le puse la mano en el hombro a Göran y este no pudo evitar abrazarme lleno de dolor por lo que le ocurría a su mujer. Intenté darle el consuelo que necesitaba pero no estaba segura de poder reconfortarle como debía hacerlo.

—¿Puedo quedarme con ella? —Le pregunté.

Este asintió, le dio un golpe a Steit en la espalda y Helga, que ya me habían oído, y se marcharon. Me senté junto a ella, apenas podía verme, pero aun así me reconoció y una débil sonrisa se esbozó en sus labios. Me acerqué a su

frente y la besé con delicadeza.

—Gala... —susurró con las pocas fuerzas que le quedaban.

Le pedí que no dijera nada, que permaneciera callada, no quería que se esforzara.

—He venido a contarte algo —le dije, esta asintió débilmente—. No puedes irte, Hanna... No te nos vayas —mis ojos se llenaron de lágrimas—. Sé que los dioses lo han decidido así y que allí tienen un lugar para ti, pero necesito que te quedes conmigo.

Nunca había tenido una gran relación con ella, pero el simple gesto que tuvo cuando volvió Egil, me llenó tanto que ya no podía imaginarme el pasar frente a

su *gardr* y no entrar a verla, no comer su deliciosa comida, no quería pensar en qué ocurriría si se marchara, en cómo estaría Egil.

—Hanna, tienes que ser fuerte, lo suficiente como para llegar a nuestra *festarmál*⁷³.

—¿Vuestra *festarmál* ?

—Sí, Hanna, Egil ha pedido mi mano, estaremos juntos para siempre, igual que Göran y tú.

Una delicada lágrima recorrió su rostro, fue entonces cuando las mías también se escaparon. Me pasé las manos por las mejillas secándolas y también lo hice por las de Hanna.

—No puedes faltar, por favor...

Hanna... —Le rogué con pesar—.
Aguarda un momento.

Me puse en pie, iba a volver, pero necesitaba que Egil la viera. Salí de la *gardr* y allí estaban todos los que antes la rodeaban. Corrí en dirección a la *vangr*, pero cuando fui a llegar al camino que me llevaba hasta allí choqué con mi hombre.

—Eh, ¿a dónde vas, *valkyrja*?

—Necesito que me acompañes — dije exhausta.

—¿A dónde?

—Hanna está mal —le agarré por la muñeca y tiré de él hacia el centro del poblado.

Corrí hacia allí, no había tiempo que

perder. Cuando llegamos a la puerta nos detuvimos, pasé frente a él, pero cuando me giré para mirarle vi como no podía contener la rabia y el dolor que sentía, las lágrimas creadas por la angustia empezaron a emanar de sus ojos, hasta que se arrodilló junto a ella.

—Hanna... Hanna... —susurró.

Esta abrió un poco los ojos para poder verle mejor. Me senté junto a él y le abracé mientras sujetaba una de las manos de la mujer.

—Soy Egil... —dijo con dulzura—. ¿Sabes? Vas a ponerte bien, porque tienes que estar conmigo cuando tome a esta hermosa mujer que tengo junto a mí —añadió con los ojos llenos de

lágrimas—. No puedes irte, necesito que estés aquí, conmigo... Presente el día más feliz de toda mi vida —un profundo sollozo se escapó de su boca, lo que hizo que le abrazara con más fuerza— Hanna, has sido como mi madre, sé que nadie podrá ocupar su lugar, pero tienes que estar aquí conmigo como lo habría estado ella.

Verle así hizo que todo lo que había en mi interior se derrumbara, haciendo que un enorme vacío arrasara con todo lo que quedaba. El pesar que él sentía era el mismo que el mío. Su cuerpo temblaba, estaba frío. Era extraño, pensé que la felicidad que había sentido antes de entrar iba a ser efímera, no creí que

fuera a sentir tanta pena y tanto dolor.

—Allí estaré, niño —le prometió.

—Te lo ruego, Hanna, tienes que mejorar —le suplicó Egil desesperado.

Helga apareció tras nosotros, con el ceño fruncido y algo molesta.

—Marchaos muchachos, tengo que hacer mis cosas —dijo seriamente.

Ambos asentimos, nos pusimos en pie y salimos abrazados de la *gardr*. Mi vikingo abrazó a Göran quien rompió a llorar en sus brazos, el pobre hombre solo se sentía liberado con él, y como grandes hermanos que eran, Egil no dejaría jamás que estuviera solo. Steit nos miró y dejó ir un suspiro. Cuando se separó, lo abrazó también.

—Tenemos que ser fuertes por ella, los dioses han reclamado su presencia, deberíamos alegrarnos por ello —dijo Egil intentando animarle.

—Sí, debemos ser fuertes —añadí —. Todo saldrá bien, Göran.

Egil pasó uno de sus brazos sobre mis hombros y me apretó junto a él, pude sentir la pena en su interior, la congoja. Si Hanna muriera sería un gran golpe para él. Pero, a pesar de todo ahí estaría yo, cuidaría de él cuando cayera. Le cogí de la mano, intentando que se sintiera mejor.

—Necesito despejarme —susurró.

Me besó la frente, me abrazó y se encaminó hacia la *vangr*, lo más seguro

era que se marchara al río. Desde que era un niño iba allí cuando algo no iba bien, podía recordar perfectamente el día de la muerte de Astrid, Thorbran y padre estuvieron buscándole hasta la saciedad y allí lo encontraron.

Fui hacia mi *gardr*, lo primero que debía hacer era contarle a padre lo que había ocurrido con Hanna y tras eso explicarle lo que Egil quería proponerle. Solo rezaba a los dioses para que le alegrara lo que iba a contarle de mi unión con el vikingo, y si no lo hacía, tenía muy claro que era lo que iba a ocurrir. Al entrar no vi a nadie, por lo que supuse que estaría en la de Thorbran. Al *Jarl* le gustaba contar

con la compañía de padre desde que se conocieron, cuando no eran más que unos jóvenes guerreros y granjeros se volvieron inseparables, como si fueran hermanos de sangre.

La *gardr* del *Jarl* estaba lejos, aunque no me importó ir hasta allí. Observé las montañas, como el cielo se oscurecía y como las nubes lo cubrían todo poco a poco, tapando la poca claridad que había. Entonces recordé algo, o mejor dicho a alguien.

—Lyss... Necesito tu ayuda —me arrodillé en el suelo y miré al cielo—. Sé que puedes hablar con ellos, los dioses te ayudarán, solo tú pues ayudar a que Hanna siga con vida, por lo menos

hasta que Egil me tome... Necesito que viva... —susurré, perdida—. Te lo ruego, Lyss... Haz lo que esté en tu mano.

Ninguna señal iluminó el cielo lo que me hizo pensar que ella no había estado ahí cuando le hablaba, o simplemente no había querido prestarme atención. Algo me decía que no quería que Hanna viviera, pero recapacité, ella no dejaría morir a una mujer como Hanna, tal vez no pudiera hacer nada para que los dioses la mantuvieran con vida...

Me levanté y seguí caminando. Antes de que pudiera darme cuenta y aún pensando en Lyss, mis pies se toparon

con los escalones que iban hacia la entrada de la *gardr* del *Jarl*. Cuando fui a golpear la puerta, esta se abrió y me topé con padre, el cual salía furioso de ella. Caí de espaldas contra el suelo, bajando de golpe por las escaleras. Solté un bufido, me había hecho daño.

—Gala —gritó padre cuando vio como caía.

De mi interior salió un quejido, me puse en pie como pude apoyándome en el suelo. Me dio la mano para ayudarme a pasar, pero no la necesitaba.

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué estás tan alterado? —Le pregunté preocupada, pero entonces su rostro dejó de tener una mueca de preocupación para volver al

enfado—. ¿He hecho algo?

No dijo nada, solo fijó sus ojos en los míos, lo que hizo que un desagradable escalofrío recorriera todo mi cuerpo erizando cada uno de los vellos que me cubrían.

—¿Padre? —Le llamé dándole un golpecito en el hombro.

—¿Que qué me ocurre? —preguntó molesto—. Sabes perfectamente lo que está pasando.

Igual que había salido empezó a caminar hacia nuestra *gardr*.

—No, no sé qué te pasa —le grité.

Se detuvo en seco, no pude reaccionar a tiempo por lo que acabé topándome con su espalda. Se dio la

vuelta, lo que hizo que por poco cayera al suelo de nuevo, ya que me consiguió agarrar por el hombro para que aquello no pasara.

—¿Cuándo tenías pensado contármelo? —Me gritó enfadado.

—¿El qué?

—¡Sabes bien de lo que hablo!

—¿La enfermedad de Hanna?

—¿Hanna? —Dejó ir un bufido—
¡qué Egil te quiere tomar como mujer!

Lo miré perpleja, no entendía como había podido saberlo. Tal vez Egil se lo explicara a Thorbran antes de hacerlo y él se lo dijera a padre.

—Egil acaba de hacerlo —contesté escueta—. Seré su *húsfreyja*, padre.

Nadie va a poder impedirlo.

—No puedes hacer eso, no dejaré que ocurra, ¿es que no recuerdas el mal que te hizo, *dottir*? —preguntó haciendo una mueca de decepción—. Estabas destrozada, él creó todo ese dolor que había en ti, el desasosiego que no te dejaba vivir, los gritos a media noche, los llantos... Yo estuve allí, Gala, no puede ser que ahora te dejes llevar por él.

—¿Cómo qué no? —pregunté con asombro—. Yo misma me gané ese dolor, padre, él también sufrió por mi culpa y nadie lo vio.

—Ese hombre ha entrado en tu cabeza, ha cambiado lo que pensabas.

—No, no lo ha hecho, *faðir* —dije molesta—. Aun sufriendo he seguido amando a Egil por encima de todo.

Se dio la vuelta y no hizo caso a lo que le decía, si hubiera pasado él por lo que habíamos sentido nosotros habría hecho lo mismo que Egil, estaba completamente segura.

—No serás su *húsfreyja*, Gala, no dejaré que lo hagas y no hay nada más que hablar.

—Intenta impedírmelo.

Salí corriendo, pasando por delante de él. Iba a saber quién era yo, había dejado de ser una niña a la que podía controlar, no podría hacerlo y mucho menos podría prohibirme estar el resto

de mi vida con el hombre que era portador de mi corazón.

Fui hacia nuestra *gardr*, antes de entrar vi como me observaba desde la lejanía. Cuando estuve dentro cogí unas alforjas y las rellené de ropajes y pieles, la necesitaría. Iba a marcharme, si no me dejaba ser la mujer de Egil, me iría y no volvería.

Oí como los pasos fuertes y rudos de padre se iban volviendo cada vez más claros, hasta que llegó frente a la entrada. De un golpe abrió la puerta haciendo que esta chocara con tanta fuerza que las lamas de madera acabaron rompiéndose.

—¿A dónde vas? —Me gritó.

—Me iré, no quiero estar contigo, seré de él, eso tenlo por seguro, no pienso dejarlo escapar ahora que lo tengo conmigo de nuevo.

Se acercó a mí, me agarró del brazo e hizo que me diera la vuelta por completo hasta que me quedé frente a él. Alzó una mano y me dio un duro golpe en una de mis mejillas, si no fuera porque me tenía sujeta, habría caído al suelo. Una pequeña lágrima se escapó de mis ojos a causa del dolor.

—Te quedas, y no hay más que hablar.

Me dio un empujón, haciendo que cayera sobre el jergón. Me arrastré por el suelo, una parte de mi estaba aterrada,

no podía creer que padre me estuviera haciendo aquello. Gateé pasando bajo la mesa, y fui hacia la entrada. Cuando se dio cuenta de que estaba a punto de salir, le dio un golpe y la cerró colocando una gran tabla de madera para que no pudiera marcharme. Alcé la vista y vi como su rostro se había tornado al de *Loki*, estaba tan enfurecido que ni siquiera parecía él. Con una sola mirada me indicó que me pusiera en pie, quería irme, pero estando él aquí no lo conseguiría.

Hice lo que me pedía, anduve alrededor de la mesa una y otra vez, él estaba sentado en uno de los asientos.

—¡Siéntate! —Me gritó mediante un

gruñido.

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo haciendo que temblara. Oí como alguien pasaba junto a nuestra *gardr*, lo que hizo que escuchara como padre estaba completamente ido. Se acercó a la puerta, dio varios golpes, pero padre me impidió que dijera nada tapándome la boca. Con el pie di varios golpes en el suelo, también a uno de los asientos, lo que hizo que cayera.

—¿Gala? —preguntó Egil.

Le di un fuerte mordisco en la mano para deshacerme de él, me escabullí por debajo de sus brazos, pero no tardó en agarrarme por el *kirtle*.

—¡Sácame de aquí! —grité.

Padre me tiró sobre el jergón, lo hizo con tanta fuerza que acabé golpeándome la cabeza, por lo que dejé ir un quejido. Egil se dio cuenta que había un agujero en la madera, y se asomó para ver qué era lo que estaba ocurriendo. Padre iba a golpearme de nuevo, pero entonces, mi vikingo abrió la puerta apartando la madera de un golpe. Se acercó a padre y antes de que pudiera darme lo agarró por el brazo empujándolo y tendiéndome la mano.

—¿Te encuentras bien? —preguntó con dulzura.

—Sí, tranquilo.

Giré la cabeza y vi como padre nos miraba. Estaba furioso, más que eso,

estaba lleno de rabia, contra él y contra mí.

—Fuera de mi *gardr* —gruñó.

—No me voy a ir, Hammer, no sin ella —sentenció mirándome.

Me cogió la mano, me agaché para coger las alforjas que había preparado y cuando me levanté vi como padre se acercaba, preparado para lo que estaba a punto de ocurrir. Se irguió sacando pecho, intentando amedrentar a Egil.

—*Hersir*, no quiera que los dioses jueguen en su contra de nuevo.

—Ella no se marcha.

Egil se puso frente a mí protegiéndome de lo que pudiera ocurrir, para que así padre tampoco

podría agarrarme. Estaban preparados, observé como todo el cuerpo de Egil se tensaba al ver como padre avanzaba en dirección a nosotros. Este fijó sus penetrantes ojos en mi vikingo intentando intimidarle, pero parecía no funcionar. Dio dos pasos hacia adelante, apenas quedaba espacio en el que moverse. Se observaban entre ellos, fijándose en los movimientos que hacía el otro. Padre gruñó, Egil permaneció en silencio, no quería que ocurriera nada malo, pero por protegerme acabaría pasando.

—Hammer, por los dioses... Deja que nos marchemos —le rogó.

—Tú te marchas, ella no.

—Padre, por favor... —Le rogué.

—He dicho que no. —Gruñó de nuevo entrando en cólera.

Egil al ver que nuestras palabras no surgían efecto, se dio media vuelta, me agarró por la cintura y me besó en los labios.

—Márchate, hoy lucho yo por ti, *kottr* —me susurró al oído.

Cuando me dejó ir separando su cuerpo del mío, me guiñó uno de sus hermosos ojos, me besó, sonrió y no pude hacer otra cosa que devolverle la sonrisa, aunque acabó siendo una mueca. Sujeté con fuerza las alforjas para que no se me cayeran, le di una palmada a mi hombre en la espalda. Di varios

pasos hacia atrás intentando que padre no se percatara de ello. Cuando fui a volverme, padre se dio cuenta de lo que hacía, intentó detenerme, pero Egil se interpuso en su camino para que no pudiera moverse.

Corrí tanto como pude, me dirigí hacia los establos. Algunas piedras del camino resbalaban bajo mis botas lo que hizo que tropezara, aunque no caí al suelo. Al entrar dejé las alforjas junto a Regn y le coloqué todo lo necesario para que pudiéramos marcharnos. Noté como mi corazón latía desbocado.

Desaté las cuerdas que la sujetaban saqué a la yegua y de un salto me monté en ella, aunque de tanto impulso casi caí

por el otro lado. El animal empezó a caminar sin que le hubiera dado la orden, lo que era extraño que hiciera. Nos colocamos junto a la puerta, de un golpe la abrí y salimos.

Atravesamos el poblado tan deprisa como pudimos, pasamos junto a nuestra *gardr*, y fue entonces cuando escuché un fuerte golpe. Quería detenerme, socorrerles, pedirles que no pelearan más, pero ya no podía hacer nada salvo marcharme. Cuando llegué al centro del poblado me encontré a Linna saliendo de su *gardr*, escuché como me gritaba algo, pero no me detuve. Seguí mi camino pasando entre mis hermanos, los guerreros que estaban junto a Jokull en

la *vangr*. Este se quedó mirandome perplejo, también me gritó, pero al igual que con la muchacha, no fui capaz de escucharlo.

Me adentré en el bosque, seguí avanzando, no me detuve en ningún momento. Aminoré el paso cuando vi que Regn estaba cansada, pero aun así seguí, descansaríamos cuando llegáramos. No tardamos mucho, ya que podía ver la claridad que había al otro lado de los árboles.

Justo cuando llegué a la linde entre los árboles y el pequeño prado, hice que la yegua se detuviera. Aquel lugar era hermoso, hacía nada que había estado allí pero aun así era incapaz de no

emocionarme. El bello y gran lago reflejaba los escasos rayos del sol que iluminaban nuestro cielo. Desmonté y até al *hestr* a uno de los árboles, con la suficiente cuerda como para que pudiera pastar tranquilamente sin caer al agua. Me acerqué a ella, le pasé las manos por el lomo y el cuello, me coloqué frente a ella dejando que pegara su morro a mi hombro abrazándola.

—Bien hecho —la felicité.

Lo dejé todo en el suelo menos el arco, el cual siempre llevaba colgado y volví al bosque, en busca de algunas ramas con las que poder hacer una hoguera que me durara toda la noche y así tener algo de calor. Fui poco a poco,

para no hacer ningún ruido, así si algún animal estaba cerca podría cazarlo. Recogí algunos troncos y ramas, cuando vi que eran suficientes las até con una cinta, así podría llevarlas mejor, y en ese momento vi como una liebre saltaba de un lado a otro.

Dejé el montón que llevaba sobre el suelo. Saqué una de mis flechas, miré hacia donde se encontraba y fallé. Asomé la cabeza y vi como seguía tranquilo. Cogí otra de mis flechas, y al final acabó atravesando al animal. Me acerqué a él y junto a este vi algunos troncos más, así que, lo recogí todo y me fui hacia donde se encontraba Regn.

Intenté hacer una hoguera, era algo

que no solía hacer y me costaba, pero al final conseguí que se prendiera. Las coloqué sobre unos troncos y ramillas secas para que fuera avivándose.

Como ya tenía el fuego preparado, cogí a la yegua y descendimos poco a poco hacia el lago. Reí al ver como el *hestr* fue directo al agua, aun teniendo la cuerda cogida. Corrí a su lado intentando llevar su paso. Se metió en el agua por completo mientras me agachaba en la hierba, intentando no caer en ella. Pero antes de que pudiera darme cuenta, Regn me dio con el hocico en la espalda, provocando que me desequilibrara y cayera. Me puse en pie y el agua me llegaba a las rodillas.

La miré y esta empezó a andar, intentando mojarse un poco para aliviarse. Fui echándole agua por encima para así refrescarla.

Estaba oscureciendo y el aire empezaba a levantarse. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Me había deshecho de la ropa, que había dejado tirada en el suelo junto a la hoguera para que así fuese secándose. Me coloqué junto a las alforjas, miré una de ellas y me di cuenta de que apenas había metido pieles, por lo que saqué una de las capas y me la eché por encima.

El crujido de una rama me alertó. No sabía quién podía venir, lo que me asustó. Cogí el arco y preparé una

flecha, si se acercaba al fuego le dispararía en cuanto pudiera verle. Entre las ramas del árbol más cercano apareció Egil, con una gran marca en la parte superior de su mejilla, tenía el ojo hinchado y rojizo, pero aun así sonreía. Me tapé la boca nada más verle. Aquello se lo había hecho padre por mi culpa... Suspiré sin apartar la mirada de él, podría haberle hecho cualquier cosa... Me di cuenta que en sus magulladas manos llevaba unas pieles, gracias a él no pasaríamos frío.

—Parece que hayas visto a quien no querías, Gala —dijo desde arriba.

—Por los dioses... —Me asusté.

Se sentó junto a mí apoyándose

contra un tronco, me pegué a él, dejando que mi cabeza descansara sobre su pecho, pasó sus brazos por encima de mis hombros desnudos y me abrazó.

—Gracias.

—No me las des... Era lo que debía ocurrir.

Alcé la vista y vi como él la tenía fija en el ardiente fuego.

—Tienes que curarte eso —me preocupé.

—Tranquila, ya está —le restó importancia.

Le pasé la mano por el pecho, acariciándolo con mimo. Suspiró y sonrió, podía notarlo. El contacto de nuestras pieles, el calor de nuestros

cuerpos hacía que su corazón latiera cada vez más, lo que hizo que el mío también lo hiciera. Fui dándole besos sobre el pecho, hasta que me alzó la barbilla con uno de sus dedos y me indicó que me colocara encima de él. Rodeó mi cuerpo con sus fuertes brazos mientras pasaba los míos tras su cabeza. Lo miré a los ojos, solo me prestaba atención a mí. Me besó con delicadeza en los labios, creí que jamás llegaría ese momento.

Me abracé a él, cogió una de las pieles y la estiró por encima de ambos para que no pasáramos frío. Cerré los ojos escuchando su corazón, que latía descontrolado.

—Será mejor que duermas un poco, ha sido un día largo.

No quería dormir, solo quería estar junto a él durante toda mi vida. Quería observarle, escucharle hablar, ver cómo me besaba, sentir su calor, sentir su corazón...

—Te necesito, *mo víkingr* —le dije.

—Y yo a ti, mi hermosa *valkyrja*.

Pegó su boca a mi cabeza y me besó. Cogió aire y suspiró. Todo estaba ocurriendo demasiado deprisa, una pérdida, padre, Hanna... Parecía que iba a ser un desastre y no quería que todo aquello arruinara todo lo que tanto había deseado.

—Mi cuerpo y mi corazón son tuyos,

kottr —susurró contra mi oído como si no quisiera que nadie le escuchara.

Me sentía tan bien junto a él. Le besé en los labios y bajé la vista al brazalete que desde aquella tarde rodeaba mi brazo, era hermoso, relucía bajo la luz de la hoguera. No pude evitar repasar cada una de las formas que había en él una y otra vez. Le pasé los dedos por esos ojos verdes y sonreí.

—Es bonito, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, es hermoso, me encanta.

—Eres tú, *mo kottr*, igual de hermosa.

Sonreí a la vez que notaba como me colocaba uno de los mechones tras la oreja a pesar de que uno de ellos se

escapó.

—Gracias —murmuré.

—No me las des.

Alcé la vista observando lo que le había hecho padre, se había vuelto rojizo y algo oscuro. Hice una mueca de desagrado, lo que hizo que él riera descontroladamente.

—No estoy tan mal —aseguró entre carcajadas.

—¿No?

Me dijo que no con un ligero movimiento de cabeza, así que, alcé la mano y le toqué la herida haciendo algo de fuerza, por lo que acabó quejándose.

—Qué tozuda eres, mujer —me apartó la mano.

—Duele.

—Claro, si me das así es normal que me duela —rio—. Eres la mujer más dura que he conocido jamás.

Sonreí alagada por lo que había dicho, me alegraba ser como era. Nuestras mujeres eran fuertes, capaces de domar a sus hombres y yo lo había conseguido con el mío. Con ayuda de mis piernas, me alcé un poco hasta que llegué a la altura en la que tenía el golpe, le besé con mimo y cuando me separé de él, sonreí.

Me recosté de nuevo a su lado mientras me tapaba protegiéndome con sus grandes brazos.



⁷³ Festarmál – Celebración de boda.

CAPÍTULO XX

No sabía cuánto llevábamos durmiendo, debía ser algo más de media noche, aún no había ni amanecido pero por alguna razón me desperté. Cuando fui a recolocarme, me di cuenta de que todo había cambiado desde la otra noche. Egil me había tumbado en el suelo sobre un montón de pieles, y él se había quedado recostado contra un tronco para que pudiera apoyar la cabeza en sus piernas.

Apenas estaba tapado, se había encogido a causa del frío. Cogí una de las pieles que había encima de mí, me pegué a él y nos la pasé por encima a ambos, sino acabaría enfermando. Al sentir como me recostaba contra él y como mi calor le envolvía se despertó, abrió los ojos y me miró adormilado sin saber bien qué estaba ocurriendo. Pasó uno de sus brazos por encima de mis hombros igual que había hecho antes y me abrazó con fuerza.

—No te marches nunca, mi hermosa mujer —murmuró en voz baja.

—Nunca me marcharé, *víkingr* —aseguré pasándole la mano por el pelo.

Parecía no poder dormir de nuevo,

fijó la vista en el fuego al que acababa de echar un pequeño tronco para que siguiera calentándonos durante el resto de la fría noche. Echó varias ramas, sino no seguiría encendida mucho más.

—¿Qué haces despierta? —Me preguntó.

—Algo ha llamado mi atención.

Besé su pecho, haciendo un reguero que subía hasta su cuello, y de este pasé a la mejilla. Me senté sobre él, le besé con dulzura, pero lo que había empezado siendo delicados besos se volvieron una lucha por ver quien amaba más al otro. Me devoraba con fiereza una y otra vez, bajaba su boca por mi cuello, hasta que llegó al límite entre la tela de mi *kirtle* y

mi piel. Se deshizo con ansia del cordel que cerraba la parte de arriba, pero no terminó de sacármela, simplemente la echó hacia atrás abriéndola hasta mi vientre. Posó sus grandes manos sobre mis pechos, los acarició, hasta que empezó a lamerlos y a mordisquearlos haciendo que algunos gimoteos se me escaparan.

Mi respiración se volvió más agitada, al igual que la de él. Iba a hacerme perder el sentido, no sabía lo que provocaba en mí.

—Por los dioses... —susurré perdida en lo que estaba viendo.

Se distanció un poco y sonrió. En sus ojos podía ver el amor que me

profesaba, pero también el anhelo que había en él, y el deseo que había en aquel momento. Podía notar como su miembro crecía bajo mi cuerpo, como clamaba mi atención. Necesitaba tenerle conmigo, que me hiciera sentir todo aquello que solo él podía darme. En un suspiro, Egil había despertado en mí lo que había permanecido escondido durante todo ese tiempo.

Le puse las manos a ambos lados del rostro y lo alcé, quería verle mejor. Le besé una y otra vez, sus labios eran míos, solo míos. Me levantó un poco para poder deshacerse de la tela que nos separaban. Tragué saliva, besé a Egil al ver como estaba, este me agarró por la

cintura y entró en mí con fuerza, tanta que pensé que me partiría en dos.

Mi hombre sonrió al ver como mi rostro había cambiado mientras se movía en mi interior. Una lágrima se escapó de mis ojos, recorrió mi mejilla, pero antes de que siguiera cayendo, él la atrapó llevándosela con la lengua. El calor de su saliva hizo que mi vello se erizara y sonriera avergonzada.

—Eres tan hermosa —susurró pegando su boca a mi cuello.

Dándole delicados mordiscos, una de sus manos bajó hasta el interior de mis piernas y empezó a acariciarlo. Lo que estaba sintiendo se volvió más poderoso, más fuerte y más arrollador.

Le miré, sus ojos brillaban y sus duros mofletes se habían tornado rojizos. Entonces fui yo quien se acercó a él pegando su boca a la mía, le besé hambrienta por sentirle aún más. Lamí sus labios, los mordí con tanto ímpetu que acabé haciéndole una pequeña herida. Dejó ir un quejido, pero sonrió, lamí su sangre y seguí besándole.

La mano que tenía libre se apoderó de mi trasero, lo masajeó y clavó sus uñas en él haciendo que todo se volviera más poderoso.

—Te lo ruego...

Dejó de acariciarme y se llevó los dedos a la boca, deleitándose con nuestra unión. Ese gesto me pareció lo

más bonito que había visto en toda mi vida.

Sabía que no podría aguantar mucho más, lo veía en su sonrisa, en su mirada. Le gustaba verme sufrir, ver como temblaba para él. Le mordí, lo que hizo que él se moviera con más insistencia, con tanta fuerza que incluso me dolía.

—Egil —le pedí.

No quedaba nada, no podía aguantar. Ambos nos fundimos en un profundo y rasgado gruñido dejando que la oleada de perdición nos llevara con ella.

—Eres deliciosa —murmuró mientras pasaba uno de mis mechones tras mi oreja.

Le di un golpe en la mejilla, no muy

fuerte, lo suficiente como para que se quedara asombrado. Aquello le pasaba por hacerme sufrir. Me miró y no pude evitar reírme, rompiendo el silencio que reinaba en el bosque. Me senté a su lado, pero me pidió que me levantara, para así colocar bien las pieles en las que estaba.

Con un ligero movimiento me dijo que me tumbara junto a él, pero no lo haría si él se quedaba sentado. Al final terminó por ceder y se estiró junto a mí para que pudiera dormir sobre su pecho. Había llegado el momento de descansar.

Los primeros rayos de *Sól*, cruzaban el cielo tímidamente, alumbrando lo que podían tras las nubes y la niebla. Me

pasé las manos por los ojos, cuando miré para buscar a Egil me percaté que no estaba conmigo. Miré hacia todos lados, y no le encontraba. Me puse en pie asustada, miré hacia el lago y allí lo encontré, dentro del agua. Di varios pasos hasta llegar a la parte que bajaba. No quería caerme, así que, fui con cuidado de no pisar nada que pudiera hacer que resbalara.

—Egil —le grité, pero no pareció escucharme— ¡Egil! —Moví las manos para llamar su atención pero no sirvió de nada.

Me di la vuelta, volvería a intentarlo, mientras me puse a recoger las pieles que había en el suelo. Miré el

fuego, el cual apenas calentaba, las brasas seguían sobreviviendo a lo que quedaba. Estiré la túnica que aún llevaba descordada de anoche, así que, até los cordones que la cerraban.

Regn golpeó el suelo, algo la inquietaba, me acerqué a ella y deshice el nudo que antes la sujetaba al árbol. Empezamos a andar, y nos encaminamos hasta la bajada que iba hacia el lago, fue entonces cuando Egil nos vio.

—¡Gala! —gritó.

No le hice caso, seguimos caminando tranquilamente, hasta que llegamos al final del camino. Cuando estábamos cerca del agua, vi como mi hombre salía de ella. Tenía el cabello

bastante largo, nunca antes se lo había visto así, le sobrepasaba los hombros, era realmente hermoso. Parecía ser hijo de los dioses, un hijo directo de *Alfather*, tan fuerte, imponente, inteligente y bello. *Odín* estaría orgulloso de tener un *sonr* como él.

Se aproximó a nosotras, dejé la cuerda que sujetaba a Regn cuando él me cogió en brazos y sin que pudiera soltarme nos metió a ambos en el agua y de un salto hizo que nos hundiéramos en este. Al salir, le pasé una de mis piernas por detrás de él, y le empujé hacia atrás.

—*Heill* —dije intentando que no se me escapara la risa.

—*Heill, mo kottr* —sonrió

divertido, intentando cogermé.

—¡Detente! —grité en el momento en el que sentí como tiraba de mi pierna, hasta que volvió a tenerme frente a él.

Hizo que mis piernas rodearan su cintura y me abrazó.

—*Heill* —susurró.

Sonreí contra sus labios y entonces me dejé ir.

—Será mejor que salgamos.

Él asintió ayudándome a ponerme en pie y nos encaminamos hacia donde estaba Regn. Cuando estaba a punto de salir, casi caí a causa del movimiento del agua, pero por suerte ahí estaba Egil para sujetarme. Nos tumbamos sobre la hierba, hasta que me empecé a quitar los

ropajes y subí hacia donde hicimos noche, estiré las telas junto a la pobre hoguera que aún no se había apagado y la alimenté con ramillas. Tras eso rebusqué en las alforjas algo con lo que arroparme.

Desde arriba vi como Egil me observaba desde la hierba, lo saludé y le saqué la lengua, pero lo más seguro era que apenas me hubiera visto. Saqué un kirtle y unos pantalones que llegaban a mis rodillas. Rebusqué bien, a ver si encontraba un kirtle lo suficientemente grande como para que a mi vikingo le cupiera.

Regn subió tranquilamente hasta donde me encontraba y sobre ella mi

hombre *fagrhárr*. Se había deshecho de su *kirtle*, y la había dejado sobre el lomo de la yegua, quedándose tan solo con los pantalones que estaban ajustados a sus fuertes piernas.

Al volver al poblado nos encontramos con Jokull, quien me hizo un gesto para que desmontara de Regn. Dejé que Egil se la llevara al establo, y los ropajes y las alforjas a su *gardr*, en la que esperaba vivir sin que padre nos lo impidiera.

—¿Qué demonios le ha ocurrido a Hammer? Parece haber perdido la razón.

—Egil me ha reclamado como su *húsfreyja* —murmuré—. Ayer se retaron

porque padre no me dejaba salir de la *gardr*.

Bajé la cabeza, me pasé las manos por el cabello y las moví, para que así el agua fuese desapareciendo. Me lo recogí con una cinta en lo alto de mi cabeza.

—Tendremos nuestra *festarmál* — dije con una amplia sonrisa.

—Lo sé, ayer me lo anunció Göran —se pasó las manos por la barba y añadió—: Por eso mismo tuvo el enfrentamiento...

Asentí preocupada, no sabía cómo se encontraba padre, pero por mucho que le quisiera y estuviera preocupada, no dejaría que volviera a separarme de

Egil. Jokull me cogió de la mano y tiró de ella hasta que me abrazó.

—Me alegra saberlo, muchacha, se cuánto os amáis, solo hay que verlo — cuando me soltó, sonrió—. Tenéis mi bendición y estoy seguro de que los dioses también os bendecirán.

—Gracias —suspiré, haciendo una mueca—. ¿Cómo se encuentra él?

—Dejando a un lado que tiene el brazo magullado y el labio herido, está bien, aunque la mayor herida que tiene es la de su orgullo —dijo riendo—. Es un hombre demasiado protector, eres su pequeña *dóttir*, siempre lo serás.

Cerré los ojos, dejé que el poco aire que soplaba se llevara mi cabello,

inspiré y lo dejé ir.

—Le haré entrar en razón —me aseguró a la vez que posaba una de sus grandiosas manos sobre mi hombro.

—Gracias, gracias —repetí una y otra vez mientras le abrazaba.

Cuando nos separamos bajé hasta el centro del pueblo y vi a Göran, quien estaba sentado en la calle, tenía el rostro cubierto por las manos. Podía sentir su dolor desde la distancia, las lágrimas que caían al suelo escondidas tras esa firmeza que solía intentar hacer ver que tenía. La mujer a la que más amaba estaría con los dioses antes que él, y solo podría quedarse allí aguardando a que llegara su momento. Era lo peor del

mundo, si a Egil se lo llevaran los dioses no podría esperar a que me reclamaran.

Me acerqué a él, le pasé las manos por la espalda, alzó la vista y me observó con aquellos ojos rojizos que estaban llenos de dolor y angustia. Se puso en pie, y sin decir nada, me abrazó con fuerza y pesar. Le devolví el abrazo, intentándole dar todo el cariño que podía, pero nada iba a hacer que aquel hombre mejorara.

—¿Cómo está?

—Igual que cuando vinísteis... Helga está haciendo todo lo que puede para que mejore...

—Seguro que mejorará.

Volví a abrazarme a él, cuando me giré vi como padre iba hacia al vandr, Gull había ido a por él. Tal vez Jokull lo había hecho ir para hablar con él, y que dejara a un lado su enfado y su orgullo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Göran—. Hay algo que no va bien, ¿estoy en lo cierto?

Asentí, el hombre entró en la *gardr* y sacó un asiento para que pudiera ponerme junto a él. Sus ojos no solo reflejaban dolor y pesar por Hanna, sino también preocupación por lo que pudiera estar pasando.

—He visto al *hersir* algo... —dijo pensando—. Señalado —alzó una mano y se la pasó por la cara.

—Sí... —contesté desganada—. Ayer él y Egil se enfrentaron, no quiere que tengamos nuestro *festarmál*.

No dijo nada, permaneció callado mirando al frente, pensando en lo que le acababa de contarle. Cogió aire y lo soltó a modo de suspiro. Dijo que no con la cabeza, los conocía demasiado bien a ambos como para saber cómo eran, por lo que sabía que ninguno de ellos se daría por vencido.

—Hammer debería aceptar que ya eres una mujer que puede tomar sus propias decisiones, no puede ser él quien te diga lo que debes o no hacer. Debería respetar tu elección, sobre todo sabiendo cuanto amas a ese hombre.

Pero, por otra parte, Egil debería haber hablado con él antes y haber pedido tu mano.

Giré un poco la cabeza, lo suficiente como para poder mirarle de reojo, aquel hombre era el más sensato que había visto. Estaba segura de que sabría cómo llevar todas estas situaciones, hubiera sido digno de ocupar el lugar de Thorbran si él no hubiera estado.

—Estás en lo cierto, Göran — murmuré mientras escuchaba como mi vientre rugía, estaba terriblemente hambrienta.

—Aguarda aquí.

Entró en la *gardr*, y al salir vi como tenía algo de pan entre sus manos, me

tendió un trozo antes de sentarse y cuando lo hizo le dio un gran bocado.

—Gracias —dije avergonzada.

—No debes agradecerme nada, mientras tengamos, que no falte.

Sonreí, le di otro mordisco y fue entonces cuando vi como aparecía mi vikingo tras nuestra espalda. Me agarró por los hombros y me besó en la mejilla, tras eso fue junto a Göran y lo abrazó. Cuando se separaron, el hombre le puso mala cara.

—¿Qué ocurre?

—No has hecho las cosas como deberías.

Egil se quedó sorprendido, ya que no sabía de qué estaba hablando.

—Tendrías que haber ido a hablar con Hammer antes de tomar a esta mujer como tu futura *húsfreyja* —dijo molesto, como si fuera su padre.

Este se puso delante de él, cruzó los brazos y lo observó.

—No, no lo has hecho bien —se sinceró.

—Tal vez tengas razón, pero no podía esperar, necesitaba y necesito que esta mujer sea mía para el resto de nuestras vidas.

Göran fijó su mirada en él, se conocían desde hacía demasiado. Sabía muy bien que él era como su padre.

—¿Cómo está Hanna?

—Helga está probando con ella un

nuevo unguento.

—Mejorará, estoy seguro de que los dioses no se la llevarán estando tu aquí —dijo intentando reconfortarle—. Tranquilo.

—Cuando la veo así solo deseo que se la lleven Egil, está sufriendo... —murmuró.

El hombre se puso en pie y abrazó al joven. Podía escuchar como un profundo llanto se escapaba de su interior, lo que hizo que Egil le abrazara con más fuerza aún, intentando controlar el dolor que llevaba dentro. Ver así a Göran haría que acabase rompiéndose él también. Me levanté, me acerqué a la puerta y miré. Helga estaba arrodillada junto a la

mujer. Inspiré algo de su aire, entonces olí, era salvia. Sabía que Hanna sería capaz de salir de aquello, necesitaba que estuviera a nuestro lado. Di varios golpes en la madera, para que así, Helga me prestara atención. Cuando se giró, le lancé una sonrisa compasiva, pero no sirvió de nada, aquella mujer era como el hielo.

—¿Puedo entrar?

—Sí, adelante —se apartó de ella—.

No estarás mucho aquí.

Asentí y fui lentamente hacia ella. Con cuidado me arrodillé a su lado, me agaché un poco para que pudiera escucharme mejor.

—¿Gala? —preguntó entreabriendo

los ojos, con la voz desgastada y algo ronca.

—Sí, Hanna, he venido a verte.

—Gracias por venir, muchacha.

—Egil está en la entrada junto a Göran, cuando salga entrará él.

—Quiero pedirte algo, niña — susurró.

—Lo que quieras, Hanna, por ti haré lo que desees —aseguré con los ojos llenos de lágrimas.

—Prométeme ante los dioses, que cuando no esté, cuidaréis de mi hombre, y de todo el pueblo, no dejéis que los dioses se lo lleven tras mi marcha, debe vivir.

Le dije que si con la cabeza una y

otra vez. Verla así hacía que sintiera el dolor que tenía Göran dentro, sabía que los dioses la reclamaban y no había nada que hacer, dejaría el *Midgard* para aposentarse junto a *Odín*, a quien serviría su deliciosa comida. Vi como ella estaba en paz, tranquila, estaba segura de que las *valkyrjur* se la llevarían a pesar de no haber muerto en el campo de batalla. Las lágrimas amenazaban por escaparse de mis ojos, empezaron a descender por mis mejillas y no pude evitar ahogar un llanto.

—No te irás, Hanna, le ruego a los dioses para que eso no ocurra, esto mejorará. Göran será tu fuerza, igual que lo ha sido cuando no la tenías.

Pequeñas gotas se escaparon de sus ojos descendiendo por su sien y acabaron empapando las telas que había bajo su cabeza. Un débil hipido se escapó de su interior, rompiendo el silencio que había tomado el lugar. Estiró la mano hasta llegar a donde se encontraba la mía, me la agarró y la apretó con fuerza. Imité su gesto, solo que me acerqué a ella y la abracé.

—Todo saldrá bien —susurré.

Ella asintió como pudo, sin fuerza. Escuchaba como la arena que había fuera crujía, así que, giré la cabeza para ver quien se aproximaba. Era Egil que estaba asomado a la puerta. Dio varios pasos hacia donde nos encontrábamos y

sonrió tristemente. Desde la distancia pude ver como sus ojos brillaban, llenos de pesar.

Me puse en pie como pude, me fallaban las piernas, haberla visto así me dejaba destrozada. Sabía que había una parte de mí que se equivocaba, los dioses iban a acabar llevándosela consigo, pero mi corazón me decía que seguiría entre nosotros.

Ví como Egil me observaba, se iba a acercando a mí y me ayudó a mantenerme en pie y que no cayera. Cuando estuve bien le pedí que me soltara, para que pudiera salir de la gardr y él se quedara junto a Hanna. Tendría que salir, pero no lo hice, me

quedé en la puerta apoyada contra la pared.

Mi hombre permaneció en silencio, observándola, le pasó una mano por la frente y le besó en ella. Se agachó quedando más cerca y le dijo algo que no logré escuchar. Dio un golpe a la madera del suelo lleno de rabia, haciendo un agujero en ella. Cientos de astillas salieron cuando sacó la mano del agujero, la tenía ensangrentada, pero no parecía importarle.

—No voy a dejar que te marches así, no sin luchar —murmuró.

—Esta no es una guerra que debas librar tú, mi hermoso niño.

Se pasó las manos por la cara,

intentando secar las lágrimas que se escapaban sin que él lo quisiera. Apoyó su cabeza sobre el vientre de la mujer y lloró desconsolado como lo haría un niño, dejándose llevar por la pena que sentía por dentro, esa que le arrollaba sin que pudiera impedirlo. Algo en mí se resquebrajó al verle así, si él sufría yo también lo hacía. Pasé los brazos por debajo de mis pechos abrazándome a mí misma, esperando algo de consuelo, el cual no encontré hasta que sus ojos se toparon con los míos. Besó a Hanna en la frente, se puso en pie y se acercó cuidadosamente a donde estaba, cuando llegó a mí, me abrazó dándole un respiro a su atormentada mente.

—¿Podéis salir?

—Sí —dijo Egil.

Pasó uno de sus brazos por encima de mis hombros pero este acabó posándose sobre mi cintura. Göran nos observó con detenimiento y sonrió, su rostro había cambiado, durante unos instantes había sido capaz de dejar esa pena que le corroía para alegrarse de nuestra unión.

—Sé que os cuidaréis el uno al otro.

—Gracias, Göran.

Este volvió a sonreír, asintió y seguidamente entró en el interior de la gardr junto a Hanna y Helga. Cogí la mano de mi vikingo, la alcé y la miré.

—Deberías ir con más cuidado.

Soltó la mano de la mía, se la pasó por la nuca y se colocó bien el pelo a la vez que dejaba ir un suspiro.

—No podía contenerme.

Tiré de él para que fuera más deprisa, debíamos llegar a mi *gardr*, allí podría curarle la herida. En la *gardr* tenía varias cosas que podrían ayudarme a limpiar lo que se había hecho. De un golpe abrí la puerta, no podía entretenerme, si padre nos encontraba allí no saldríamos.

—Siéntate —le ordené señalando uno de los asientos.

Fui a por algo de agua, la puse al fuego y le eché algunas ramas de salvia que harían que la herida se limpiara.

Cuando estaba caliente cogí un trozo de tela y la empapé en esta, se la pasé por encima de la herida quitando la sangre que había, si no se la limpiaba acabaría por empeorar. Dejé que siguiera pasándose él la tela humedecida. En otro cuenco aplasté corteza de fresno, agua y las hojas de salvia que había utilizado.

Rasgué otro trozo de tela, se lo di para que secara el agua que había sobre su piel, y dejó el otro dentro del cuenco de agua, mientras buscaba algo con lo que envolverle la mano. Eché el unguento sobre la herida de Egil y se la vendé con delicadeza, apretándola para que la mezcla no saliera. Mientras lo hacía, él me observaba sorprendido.

—Gracias —murmuró.

Sonreí, me acerqué a él, nuestros rostros estaban muy cerca, tanto que podía notar como su aliento chocaba contra el mío calentando mi piel. Íbamos a besarnos cuando la puerta se abrió. Era padre quien entraba con mala cara y el ceño fruncido. Nos observó con detenimiento hasta que vio lo que le ocurría a Egil en la mano.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó intentando no mostrar ninguna preocupación, aunque se veía que realmente sí lo estaba.

—Ha sido un golpe sin importancia —le explicó él.

Asintió sin apartar la mirada de

nosotros, aún desde la entrada.

—Ahora nos marchamos —le aseguré—. Tranquilo.

—Estoy muy tranquilo, Gala —dijo de mala manera, lo que hizo que me quedara aún más claro que no lo estaba.

En sus ojos pude ver el fulgor que corroía su interior, hice que Egil se pusiera en pie y me coloqué entre ellos, no dejaría que se tocaran.

—Si tienes que enfrentarte con alguien que sea conmigo —le dije—. Él solo es culpable de quererme...

Padre me dijo que no con la cabeza, miró al suelo y suspiró.

—No le hagas nada —le rogó Egil—. Nos marcharemos si eso es lo que

quieres.

Dio un paso adelante, quedando algo más cerca de mí, y retrocedí, no quería que nada ocurriera, pero si tenía que pasar, pasaría. Si las *Nornas* lo querían así, ocurriría. Alzó la vista de nuevo, tenía los ojos llenos de lágrimas, rojizos. Me agarró por los brazos y me abrazó envolviéndome con su pesado cuerpo.

—No vuelvas a marcharte así, hija mía —dijo enfadado.

Cuando nos separó, se acercó a Egil, hasta que se quedó a un palmo de él.

—Cuida de mi pequeña, ya te lo dije una vez, dálnala y no sabrás donde esconderte, estés donde estés acabaré

contigo aunque tenga que dar mi alma a *Loki*, conseguiré que sufras tanto como lo haría yo por ella. —Le amenazó— ¿entendido, guerrero? —Gruñó.

—Sí, *drottin* —dijo obediente— puede estar tranquilo, daré mi vida por ella las veces que sean necesarias.

Padre le tendió la mano, mi hombre la agarró, asintió y ambos se abrazaron, padre empezó a golpearle la espalda, algo que era buena señal.

—Recuérdalo siempre —murmuró, aún sujeto a él.

Al separarse, Egil volvió a tenderle la mano y fijó sus ojos claros en los de padre.

—*Hersir*, me gustaría que me diera

permiso para hacer de esta maravillosa mujer mi *húsfreyja* —sonrió.

—Tenéis mi bendición, Egil, y estoy seguro que también tendréis la de los dioses.

—Gracias, padre —dije abrazándome a los dos.

Mi vikingo me cogió por la cintura, me alzó y me besó con ansia.

Antes de irnos recogí lo que había utilizado para sanar la mano de Egil, me acerqué a padre y le besé en la mejilla, entonces me abrazó.

—Mi hermosa *dóttir*, has crecido y te has vuelto una mujer maravillosa —susurró apenado.

—Siempre seré tu pequeña *dóttir*,

padre.

Egil tomó mi mano nada más dejar a padre, y me llevó al establo. Ambos corrimos como si no hubiera nada más, entramos y le colocó las riendas a Espíritu. Me tendió la mano para que la cogiera y así pudiera subirme. Habíamos dejado las puertas abiertas, así que, el *hestr* salió corriendo. Bajamos al centro del poblado. Las patas del animal hacían bastante ruido, incluso había quien salía de sus *gardrs* para ver qué era lo que ocurría. Linna fue una de ellas, estaba frente a su puerta mirándonos. De un salto me bajé del *hestr* dejé que siguiera su camino, la muchacha me miraba sorprendida.

—¿Qué ocurre?

—Tendremos un *festarmál*, Linna.

Se tapó la boca con las manos sorprendida, más aún de lo que ya lo estaba. En ese momento, me abrazó y rio de alegría.

—Me alegro mucho por ti, hermana.

—Solo faltáis Gull y tú —añadí guiñándole un ojo.

Dejó ir una carcajada y empezó a reír al mismo tiempo que negaba con la cabeza. Vi como Egil se marchaba hacia la *vangr* a explicárselo a los demás, mientras tanto Linna y yo nos acercamos a la *gardr* de Göran y Hanna. Cuando fui a entrar me topé con Helga, quien salía de la cabaña. La abracé, alegre de lo

que ocurría, pero me separó de ella y se marchó sin decir nada.

—Göran —le llamé.

Este se dio la vuelta para mirarnos, y sonrió al vernos.

—¿Cómo se encuentra?

—Mejor, parece que el ungüento que ha preparado Hegla le hace bien —dijo contento—. ¿Qué ocurre? Tienes una hermosa sonrisa en los labios.

—Padre ha accedido a que Egil y yo nos unamos.

Una enorme oleada de satisfacción recorrió todo mi cuerpo. Escuché como Hanna emitía un leve ruido. Me acerqué a ella, me arrodillé a su lado para poder escucharla mejor y le pasé la mano por

el cabello.

—¿Has oído? —Le pregunté con mimo— Egil me tomará como su *húsfreyja* en un tiempo, tienes que mejorar.

—Sí, niña, allí estaré —me prometió.

La abracé con delicadeza para no hacerle daño.

—Gracias —susurré.

Antes de salir abracé a Göran, para darle las fuerzas que necesitaba.

Fui hacia la *vangr*, tenía ganas de hablar con Jokull, de agradecerle que hubiera hablado con padre, y de que lo hubiera hecho entrar en razón. Desde la lejanía pudimos ver como Gull y Egil se

abrazaban, dándose palmadas en la espalda, hasta que llegué yo.

—Muchas felicidades, los dioses han estado de vuestra parte —dijo a la vez que se acercaba y me abrazaba.

—Gracias por hablar con padre.

—No me las des, no hablé con él de ello, no pude.

Le miré extrañada, no había hecho falta que nadie le dijera nada para recapacitar.

—Pero... —dije sorprendida—. No entiendo nada —murmuré mientras me pasaba las manos por las muñecas.

—Hizo lo que debía hacer.

—Sí...

Egil me tomó por la cintura, se pegó

a mi espalda y me besó la mejilla, estaba contento, lleno de felicidad. Todo aquel mal y rabia que había entre nosotros se había liberado, incluso nos habíamos unido aún más por la enfermedad de Hanna.

Estaba estirada sobre el jergón, el calor de la hoguera me calentaba poco a poco, aun estando tapada bajo las pieles hacía frío, demasiado. Miré por todas partes esperando a que mi hombre me diera el calor que me faltaba. Lo vi caminar junto a la mesa, cogió una rama y la prendió. Se resguardó bajo las pieles, alzó un brazo y dejó que me pusiera bajo él, me abrazó y pude descansar sobre su pecho. Me besó la

CAPÍTULO XXI

Festarmál.

Me temblaban las manos, estaba tan nerviosa que me era imposible estar quieta y poder calmar mi angustiada respiración. Iba de un lado al otro de la *gardr*, arrastrando parte del vestido que me había hecho Elsa, y que a pesar de ser hermoso me quedaba grande y eso hacía que me llevara conmigo todas las piedras y ramillas que había en el suelo. No podía dejar de pensar en dónde

estaría Egil, solo podía centrarme en ello, solo esperaba que todo saliera como debía o acabaría por perder la razón. Apenas habíamos tenido tiempo para prepararlo, normalmente se tardaba algo más de doce lunas y nosotros lo habíamos hecho en menos de una. Solo les rogaba a los dioses que estuviera todo perfecto. Hacía tanto que deseaba que llegara aquel momento. Creía que rompería a llorar cuando llegara la hora de estar con él hasta que nos reclamaran los dioses.

Estaba tan nerviosa que no pude evitar que una tormenta arrolladora y descontrolada se hiciera con mi cuerpo y mi mente, sentía tantas cosas que no era

capaz de separarlas, sentía gozo, nervios, inquietud, desesperación, pero también deseo... Estaba preparada para que llegara la hora. No podía dejar de caminar de un lado a otro alrededor de la mesa, me senté sobre el jergón pero no podía dejar de mover las piernas. Me di un golpe en ellas, pero de nada servía. Me puse en pie de nuevo, anduve por todas partes, me pasé las manos por el cabello, Linna me lo había recogido y lo había adornado.

—¡Detente ya! —gritó Linna desde el otro lado de la cabaña molesta.

—No puedo, hay algo en mí que me está haciendo perder el sentido —susurré con pesar, me estaba

descontrolando.

—Siéntate y quédate quieta —dijo cogiéndome por los hombros y sentándome en uno de los asientos de madera junto a la mesa—. Sentada.

Bufé enfadada, pero por suerte ese bufido acabó de deshacer el nudo que había en mi interior. Hice lo que me decía, me quedé intentando permanecer quieta, mientras ella seguía tocándome el cabello, algo se había deshecho.

Linna se había encargado de la gran mayoría de los preparativos, junto a su madre, Elsa, y a algunas de las mujeres del poblado, Bera y Agnetha, la madre de Gull, quien se ofreció para preparar el gran banquete. Me pasé las manos por

el vestido, era claro, con algunos filamentos de oro cosidos en los puños, y el cuello adornado por resplandecientes cuentas. En la parte baja del vientre había un cinto cosido del que colgaba un poco de piel de oso, lo que hacía que la parte superior del vestido quedara pegada a mi cuerpo. De este también colgaban plumas del *arnar* que traía Egil sobre su hombro cuando llegó.

Linna me había oscurecido los ojos con carbón, lo que los hacía más llamativos, o por lo menos eso decía ella. Me pasó las manos por el cabello, deshizo lo que había hecho, y volvió a hacer mejor las trenzas que sujetaban las

flores, dejando que parte de mi cabello quedara suelto en mi espalda. Varios golpes irrumpieron el silencio que había en la *gardr*, la puerta se abrió y fue Elsa quien apareció tras ella con una sonrisa enorme en sus labios. Cuando me vio, se sorprendió y pude ver como sus ojos se humedecían.

—Gala... —susurró—. Estás hermosa.

—Gracias —dije sintiendo como mis mejillas se enrojecían.

Dio varios pasos hacia nosotras y sacó algo de una de las alforjas que llevaba colgadas, era un hermoso colgante de oro con piedras rojizas. Me lo tendió, para que lo observara más de

cerca. Era demasiado bello como para que lo llevara yo.

—Es para ti —susurró la mujer, orgullosa.

—Yo... —dije sintiendo como apenas podía hablar, la voz no me salía, era demasiado bonito—. Lo siento, Elsa, no puedo aceptarlo —murmuré con pesar.

—No es mío, Gala, es un presente de Hanna —me explicó e inmediatamente mis ojos se llenaron de lágrimas—. Está preparándose y me ha pedido que te lo traiga —prosiguió— ella lo llevó en su *festarmál*, igual que sus padres y abuelos —siguió—. Quiere que ahora lo lleves tú —concluyó.

Pasé las manos por encima de cada una de las cuentas que lo adornaban, maravillada por su belleza.

—No puedo aceptarlo, Elsa.

—¿Quieres que venga ella y te lo ponga? ¿Vas a hacer que esa pobre mujer tenga que venir hasta aquí solo porque eres una testaruda?

La miré con los ojos bien abiertos, atónita por lo que acababa de decir, y por como lo había dicho, nunca pensé que fuese a hablarme así.

—Está bien, me lo quedaré —me reí.

Se lo di a Linna y esta me lo colocó, dejando que cayera por mi cuello.

—Estás hermosa —añadió Linna, poniéndose frente a mí.

Me pasé las manos por el brazalete que me había regalado Egil, observé al *kottr* y a sus ojos, y sonreí. Había llegado el día, todo aquello que había ansiado se iba a volver realidad.

Alguien volvió a golpear la puerta, solo que esta vez lo hizo con tanta fuerza que se acabó abriendo sin que la persona que estaba fuera hiciera ningún esfuerzo. Fue Gull quien apareció tras esta, se había recogido parte de su cabello, lo que me sorprendió.

—Vaya, Gull —dije mirándole de arriba abajo—. Has elegido bien, *systir* —me giré hacia Linna.

Esta rio a carcajadas y a ella se le unió su *móðir*. Gull se acercó a la

muchacha, pasó sus brazos por su cintura y la besó.

—Hacen una unión hermosísima —añadió Elsa.

—Sí, estás en lo cierto.

Aquellos dos se separaron, Gull se colocó al lado de Elsa y la besó en la mejilla.

—Para ti también tengo un beso —dijo sonriente—. Bueno, hermosas mujeres, será mejor que nos marchemos, hay que terminar de prepararlo todo antes de que llegue Gala.

Ambas asintieron, Linna se acercó a mí y me abrazó. Elsa se despidió con una enorme sonrisa y una mirada dulce.

—Nos vemos en un rato —dijo

Linna antes de marcharse.

—Sí, id con cuidado.

—Volveré a por ti —me dijo Gull.

Asentí con una sonrisa y cuando se marcharon algo en mí se derrumbó. En aquel momento anhelaba el tener a madre, desearía tenerla conmigo. Apenas sabía nada de ella, padre me explicó que cuando nací durante una incursión en *Valland*, fue por ello por lo que recibí este nombre, Gala. Madre había perdido tanta sangre durante el alumbramiento que no había podido volver a nuestra *heimr*.

—*Móðir* —dije en un susurro—. Espero que los dioses la tengan en su seno, sería un placer y un honor que

estuviera aquí conmigo para disfrutar de este maravilloso momento, no sabe cuan feliz soy de tener una vida tan plena como la que me disteis —algunas lágrimas amenazaron con salir, pero las detuve—. Padre ha sabido cómo cuidar de mí durante todo este tiempo, sé que anhela tenerla a su lado, estoy segura de que la sigue amando a pesar de todo, pero no es capaz de admitirlo. Confío en que pueda verme desde el *Valhalla*, que comparta conmigo este día.

Mis palabras se detuvieron cuando escuché como la puerta se abría, en la entrada estaba padre, quien vestía sus mejores ropajes para la ocasión. Se había recogido el cabello y se lo había

trenzado, estaba bellísimo.

—Gala, *dottir* —dijo mientras abría—. Tenemos que...

Me puse en pie y al verme completamente vestida sonrió orgulloso con los ojos llenos de lágrimas.

—Eres igual que tu madre, tan bella, hermosa, delicada y a la vez tan salvaje —murmuró en voz baja temblando.

Di varios pasos hacia donde se encontraba y nos fundimos en un cálido abrazo.

—¿No debería ser Gull y Carón quienes vinieran a por mí?

—Están fuera —se pasó las manos por el rostro—. Debemos irnos ya.

Asentí, y me cogió de la mano.

Cuando abrió la puerta de nuevo vi como estaba Regn esperándome, con el cabello trenzado, adornado con pequeñas flores rojizas y blancas. Ella también estaba preciosa. Padre y Carón me ayudaron a montar mientras Gull la sujetaba. Cogió las riendas del *hestr*, y tiró de ellas para que comenzara a andar, pero no le hizo caso hasta que fui yo quien chasqueó la lengua.

Llegamos a lo alto del camino que llevaba hasta la *vangr*, y desde ahí podía ver como había sido adornada para la ocasión. Había una hoguera a un lado, y frente a estos estaban los trégod, las cuatro grandes estatuas de los dioses, *Odín*, *Thor*, *Freyr* y la hermosa

Freyja. Había una gran mesa que estaba decorada con flores y troncos. En el centro de estas habían colocado una manzana, en representación de *Freyja* y a su lado un cuerno lleno de hidromiel, para tener con nosotros al padre de todos los dioses, *Odín*.

Todo el poblado se había reunido allí, esperando a que llegara. Miré hacia todos lados, no era necesario hacerlo para darme cuenta de que mi hombre no estaba. Me giré hacia el camino que acababa de recorrer, y vi como Egil cargaba a Hanna en brazos y como Göran iba tras él con un asiento de madera para que pudiera sentarse.

Llevaba el cabello algo más corto

que hacía un tiempo, aunque no tanto como cuando se marchó. Estaba trenzado, al igual que el mío, salvo que la suya se iniciaba en el nacimiento del cabello, y llegaba al final de este quedando completamente sujeta a su cabeza.

Dejó a Hanna con Göran, se acercó a donde estaba y me dio la mano para que pudiera desmontar de Regn sin que cayera, de repente me cogió en brazos y me besó frente a todos. Mientras, padre se la llevó hacia un lado y la ató en los postes. Luego se colocó junto a Thorbran y Jokull, mientras observaban como Egil me colocaba en el sitio.

—Estás hermosa —me susurró al

oído.

Bajé un poco la vista y sonreí vergonzosa. Todos los que allí se encontraban nos vitorearon. Thorbran ocupó su lugar junto a Helga, sería ella quien nos uniera en presencia de nuestros hermanos y los dioses.

—Bienvenidos, hermanos —nos saludó a todos con los brazos alzados.

Algunos de los que estaban con nosotros no dejaban de hablar por lo que Thorbran no pudo evitar mirarles con mala cara a la vez que fijaba sus ojos en ellos.

—Helga —dijo haciéndose a un lado.

—*Heill Landvaettir*⁷⁴ —saludó a los

espíritus que ocupaban nuestras tierras —. Os hablo para que nos honréis con vuestra presencia escuchando lo que os digo y bendiciendo este lugar —dijo cogiendo aire—. Os ruego que por los dioses y por la tierra que hay bajo mis pies, deis felicidad, fuerza y gozo a esta pareja, Egil y Gala, para que tengan una vida llena de amor, plena y próspera.

Antes de seguir nos hizo una señal mientras nos tendía unas ramillas de salvia, para que encendiéramos un fuego.

—*Heill Kynkfygjur*⁷⁵ —esta vez saludó a los espíritus, familiares de aquellos que murieron de ambas familias—, os pido fuerza para que se

cree una nueva familia, aquella que está por surgir, bendecidlos con muchos hijos. Os ruego que estéis junto a ellos, en la felicidad y desgracia, dándole esperanza cuando les falte.

Helga cogió otro manojito de salvia seca y lo prendió, haciendo que lo que salía de él rodeara nuestros cuerpos, limpiándonos de todo lo malo.

—Espíritus protectores sagrados, que vivís en estas tierras, os pido que me ayudéis a alejar todo mal que haya en ellos, y que a su vez los envolváis de dicha.

Llegó el momento en el que debía hablarle a los dioses, así que, lanzó una mirada al cielo, buscando su bendición y

prosiguió.

—*Heill Æsir*⁷⁶ —dijo refiriéndose a *Odín* y *Thor*— Dios del trueno y de la tormenta, te pido que les des vigor y arrojo. *Odín*, padre de todos, Dios de los dioses, tú que viajaste por todos los reinos hasta llegar a lo más profundo. Tú que sacrificaste tu ojo en el pozo de Mimir para conseguir la ambrosía de la sabiduría. Ahora esta pareja beberá de ese dulce néctar para conseguir la dicha que quieras entregarles. —Sonrió mientras nos miraba y nos tendió el cuerno repleto de hidromiel—. *Heill Vanir*⁷⁷ —dijo hablando a *Freyr* y *Freyja*— *Freyr*, Dios de la fertilidad, te ofrecemos como presente estas semillas,

para plantar vida y amor en ellos — cogió algo de cereal y lo lanzó al aire, haciendo que cayera sobre nosotros—. Oh, *Freyja*, Diosa del amor y la fertilidad, acepta este fruto como ofrenda, dales alegría, hijos y todo aquello que más deseen —comentó a la vez que nos tendía un fruto.

Le di un mordisco y se la di a mi vikingo, tras eso, Helga siguió hablando.

—Gala, acepta esta espada para tu futuro hijo —le dio a Egil la espada que sujetaba Thorbran—. Y ahora debes presentar la nueva al novio.

Detrás de mí apareció Linna, quien me dio la espada que habían hecho para entonces.

—La espada transfiere el poder y la protección de la novia, al padre, a su esposo —aseguró con una amplia sonrisa.

Linna no desapareció de detrás de mí, estaba preparada para ocupar su lugar.

—Ahora los anillos —hizo que Linna pasara a un lado.

Los colocamos sobre las espadas entrecruzadas, para que se sujetaran. Miré fijamente a Egil a los ojos, y luego a las espadas.

—Egil, ¿juras ante los dioses que quieres desposarte? —preguntó tomando el rostro de mi hombre entre sus manos y mirándole a los ojos.

—Lo juro —contestó Egil—. Con los dioses como testigos.

Mis ojos se llenaron de lágrimas al escuchar cada una de las palabras que decía Egil, las manos me temblaban, sentía como las piernas me flojeaban... Busqué la fuerza que me faltaba, aquella que los nervios me arrebataban y allí la tenía, frente a mí.

—Gala —dijo entonces cogiéndome a mí—. ¿Juras ante los dioses que quieres desposar a este hombre?

—Sí, lo juro.

Cruzamos más las espadas, para así poder coger los anillos, nos los pusimos y no pude evitar sonreír y llorar de la alegría.

—No llores, mi hermosa mujer —
dijo Egil mientras pasaba sus grandes
manos por mis mejillas.

Helga nos miró con una sonrisa, era
de las pocas veces que la había visto
hacerlo.

—A partir de ahora, podréis avanzar
lejos de las tormentas, cuando sea el
momento y las nubes oculten la luz de
Sól en vuestras vidas, recordad que
aunque no veáis, siempre estará ahí —
añadió— algún día desaparecerá, y
llegará el fin —dijo mirándome a mí a
los ojos— protégele —me pidió—.
Estáis casados.

Nos besamos llenos de alegría, noté
como algunas lágrimas se escapaban de

los ojos de Egil.

—No llores, *víkingr* —murmuré con una sonrisa.

—Es de dicha, mi hermosa mujer.

Todos los que allí estaban nos aplaudieron y vitorearon.

—Egil... Tengo algo que decirte —susurré.

Antes de que pudiera decirle nada, padre me cogió por la cintura y me dio la vuelta para abrazarme con fuerza.

—Ahora ya eres suya, niña.

—Siempre seré tuya, padre.

Cuando me giré para poder hablar con Egil no lo encontré, había desaparecido entre la gente y en su lugar había aparecido Linna, quien venía a por

mí, y tras ella Gyda, para poder felicitarme por nuestra unión. Apenas podía escucharlas, me sentía débil, todo el cuerpo me pesaba al andar, en mi interior un fuego intentaba escapar. Salí corriendo hasta que pude alejarme un poco. Un incontrolable dolor hizo que me doblé sobre mi misma.

—¡Gala! —gritó Egil desde donde se encontraba.

Ladeé un poco la cabeza, pero parecía que todo estuviera moviéndose a mi alrededor, unas horribles ganas de echar todo lo que tenía dentro acudieron a mi garganta con insistencia, hasta que no pude aguantar más. Mi hombre llegó justo a tiempo para sujetarme por la

cintura y para aguantarme el cabello, el cual recogería más tarde. No dejé de echar todo lo que llevaba dentro durante un rato hasta que no quedaba nada.

—¿Te encuentras bien?

—S... S... Sí —contesté como pude, mi voz y mi cuerpo temblaban a la vez, sin apenas fuerza que pudiera mantenerme en pie.

—¿Qué ha ocurrido?

Antes de que pudiera decir nada, se acercó Helga, quien me tendió un trozo de tela y respondió por mí.

—Está en cinta, muchacho.

Egil me miró, en sus ojos pude ver terror y amor por partes iguales, no parecía creer lo que acababa de decirle.

Sentí como su cuerpo se tensaba, sus manos me apretaban, estaba enfadado.

—¿Desde cuándo?

—Yo... Hablémoslo después... —

Le rogué con la voz temblorosa.

Asintió y me ayudó a caminar hasta donde se encontraba el resto de la gente, todos nos observaban, parecía que se habían dado cuenta de todo lo que había ocurrido. Las piernas me fallaban, y estuve a punto de caer, pero gracias a que tenía a Egil a mi lado no lo hice. Me cogió en brazos y me llevó a donde se encontraba su padre.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Thorbran.

—Está en cinta —murmuró Egil.

Padre, quien también lo había escuchado, se quedó con los ojos bien abiertos sorprendido, su tez se había aclarado como el hielo, no se movía ni hablaba. Carón se acercó por detrás, le puso una mano en el hombro y le preguntó algo, pero este no reaccionó.

—¿Hammer? —preguntó— ¿está bien, *hersir*?

Asintió, pero no hizo nada más, permaneció observándome, viendo como Egil me aguantó mientras Gull iba a por una silla.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—No lo sabía... No del todo —murmuré con las pocas fuerzas que tenía.

—¿Desde cuándo?

—Cuando volviste... En mi *gardr*, la noche del banquete.

Me dejó sentada. Pasé la mano sobre mi vientre acariciándolo, Egil se agachó quedándose a la altura de este, pasó la mano por mi rodilla, la subió por mi muslo y acabó imitando mi gesto, maravillado.

—¿Aquí dentro crece algo nuestro?
—preguntó asombrado.

Sus palabras estaban llenas de amor y cariño, tanto que hicieron que me estremeciera bajo su tacto, mi vello se erizó nada más escuchar lo que decía, un vida juntos, para siempre, con nuestra criatura.

—Cachorro, tal vez aún no puedas

escucharme o seas demasiado pequeño, pero tenemos que cuidar de ella, de tu hermosa *móðir* —dijo con dulzura— entre los dos.

—Por los dioses... Egil —me tapé la boca con las manos.

Lo que acababa de hacer hizo que perdiera completamente el sentido, sabía que era él, los dioses lo habían puesto en mi camino, él era el hombre de mi vida, el que me completaría, el que me haría eterna.

—¿Qué ocurre, *mo kottr*?

—Es tan hermoso lo que dices —le respondí entre lágrimas, a la vez que pasé mis manos por su cabello.

Se puso en pie, para así poder

abrazarme. Todo había cambiado, algo había hecho que estuviera lleno de orgullo y amor.

—No llores, mi hermosa *valkyrja*, tengo algo para ti.

—¿Para mí? —pregunté confusa—. ¿No tienes suficiente con este presente? —pregunté tocándome el vientre.

Me dijo que no con la cabeza, mientras volvió a cogerme en brazos.

—¿A dónde vamos?

—A nuestro *brúdvreizla*⁷⁸ —contestó—. Tienes que alimentarte, sobre todo ahora que sois dos.

No dije nada más, Egil se acercó a su padre e hizo que fuera este quien me cogiera.

—¡No soy un animal! —Renegué moviéndome en los grandes brazos de Thorbran— aún puedo caminar.

Quería ir andando, sola, podía hacerlo, Egil me había devuelto las fuerzas que no tenía.

—Suéltame.

—Gala, es mejor que te lleve yo.

Le miré de mala manera, y acabó cediendo, decía que no con la cabeza, pero cuidadosamente acabó dejándome en pie. Parecía que podía caminar yo sola, a pesar de que sentía mis piernas doloridas. Solté la mano que envolvía la mía y caminé tranquilamente, hasta que apareció Linna y me cogió de la mano, sonriente.

—¿Qué te ha ocurrido?

—Linna, estoy en cinta —susurré y le hice un gesto para que no dijera nada.

Esta se llevó las manos al rostro asombrada. Me miró, bajó la vista hacia mi vientre y lo acarició, aún sin creer lo que le había dicho.

—¿Es eso cierto?

—Sí, es cierto.

Pasó las dos manos por mi tripa, delicadamente.

—Tengo ganas de conocerle, estoy segura de que será hermoso como vosotros.

—Sí, si se parece a mí Egil, lo será.

Todos pasaron frente a nosotros, ya que íbamos tranquilamente. Hanna no

había podido hacer la comida, pero entre todas las mujeres y los *thraell* la habían preparado con mucho mimo, al igual que las mesas. Entramos en la gran *skáli*, todos estaban sentados pero faltaban algunos sitios por ocupar. Gull se había colocado junto a Carón, esperando a la llegada de Linna. El resto se sentaron como siempre lo habían hecho.

Linna me acompañó hasta donde debía estar yo, me senté, deshizo lo que llevaba en la cabeza y lo recogió todo en diversas trenzas en la parte superior de la cabeza. Ya era una mujer desposada. Cuando estaba observando las hermosas flores que había sobre la

mesa escuché un silbido. Alcé la vista y al final del salón vi como entraba Björn con Egil, aunque este se quedó en la entrada.

—Gala, ¿puedes acercarte un poco?

—Me pidió desde la lejanía.

Hice lo que me pedía, avancé un poco hasta llegar al final de una de las grandes mesas. No estábamos muy lejos, pero aún no podía ver que era lo que estaba escondiendo detrás de él.



⁷⁴ Landvaettir – Espíritus de la tierra.

⁷⁵ Kynkfygjur – Espíritus de los familiares fallecidos.

⁷⁶ Æsir – Son los principales dioses del panteón nórdico.

⁷⁷ Vanir – uno de los dos grupos de dioses de la mitología nórdica.

⁷⁸ Brúðveizla – Banquete de boda.

CAPÍTULO XXII

Por un instante mi mente empezó a dudar. No sabía que era lo que estaba escondiendo detrás de él, había algo en su voz que era distinto. No sabía que pensar, pero aquello no me impedía seguir avanzando hasta donde se encontraba. Björn se hizo a un lado, dejándole espacio para que pudiera pasar frente a él.

Fue entonces cuando Egil entró por completo y pude ver que llevaba tras él.

Un enorme y hermoso *gaupa*⁷⁹, con los ojos dorados como los rayos del *Sól*, su pelaje era *jarpr*, incluso tenía algunas zonas oscuras como la tierra húmeda tras una lluvia. Me acerqué a él sin temor alguno, era tan sumamente hermoso que habría jurado que era uno de los felinos que tiraban del carro de *Freyja*. Fijó sus grandes ojos en mí, parecían haber sido oscurecidos como los míos con troncos quemados. Sus orejas eran puntiagudas, con algo más de pelaje que el resto del cuerpo.

Estaba tan cerca, que al dar dos pasos más pude tocarle, este me gruñó desconfiado, como lo haría yo, pero eso no hizo que me asustara. Mi hombre

permaneció quieto, sin hacer nada, mientras dejaba que siguiera acercándose no me haría nada. Puse mi mano a su nariz para que me oliera, inmediatamente el animal bajó la mirada clavándola en el suelo y se tumbó mostrando sumisión.

A pesar de ver todo lo que ocurría, no acababa de entenderlo, no sabía dónde había encontrado a aquel hermoso *kottr*.

—Es para ti, *valkyrja*, él te protegerá cuando tú no puedas hacerlo, te guiará hasta *Freyja* cuando llegue el momento.

Sus palabras erizaron mi vello, cuando llegara el momento... Me repetí.

Me arrodillé frente al animal emocionada. Cuando se dio cuenta de que estaba frente a él, alzó de nuevo la cabeza y pegó su nariz a la mía. Le pasé la mano por su peluda cabeza y le besé entre las orejas.

—Bienvenido a tu nuevo hogar, Skogkatt.

El *gaupa* me lamió las manos y luego pasó a la mejilla. Di un respingo al notar como su áspera lengua pasaba por mi piel y sonreí.

—Parece que se alegra de conocer a su dueña.

—¿Su dueña? —pregunté asombrada.

—Es tu *morgingjölf*, no podía

esperar más —dijo con una sonrisa—. Eres su dueña, igual que lo eres de mi corazón.

De un salto me puse en pie, me acerqué a él y le besé con ansia. Cuando terminamos de besarnos se separó de mí y pronunció las palabras más bellas que jamás podría haber escuchado.

—Te quiero —me dijo con ternura.

—Y yo a ti.

Me mordí el labio inferior y me pasé la lengua por este mientras le miraba, lo que hizo que pasara uno de sus brazos por mi cintura, me tomara con fuerza y me apretara contra él.

—No hagas eso, mujer —me susurró al oído con la voz algo más rasgada.

—¿Por qué?

—Lo sabes muy bien —me besó con pasión.

Skogkatt llevaba una gran tira de piel oscura que resaltaba en su cabello, de este colgaba una larga cuerda que iba cogida de la mano de Egil. Volví a agacharme, esta vez para prestarle toda mi atención a él. Pasé mis manos por la cinta de piel, la desanudé junto a la cuerda, aquel animal merecía estar libre.

—Vamos, Skogkatt —murmuré.

Empecé a andar hacia donde me encontraba cuando entró Egil, hacia nuestra mesa, el animal me siguió como le había dicho. Miró hacia todos lados curioso, pero no hacía nada más que

seguir mis pasos, vi como alzaba su cabeza algo más para olerlo todo y quedarse con cada uno de los rasgos de nuestros vecinos. Escuché como Egil venía tras nosotros poco a poco, observando como el fuerte animal se mantenía en calma acompañándome y sin separarse de mí. Con la mirada busqué algo en lo que poder echarle comida o agua. Pero no encontré nada. Le pedí a Hans que buscara, por lo que poco después vino con un cuenco.

Fui a por lo que había encontrado Hans, Skogkatt no separaba de mi lado. Le pasé las manos por la cabeza entre oreja y oreja, el animal ronroneó gustoso, se sentó y observó cómo le

servía algo de agua. Me senté junto a Egil, todo el mundo nos prestaba atención a Skogkatt y a mí, por lo que le pregunté a mi hombre.

—Eres demasiado hermosa como para no mirarte, Gala, sobre todo ahora —dijo pasando una de sus grandes manos por mi vientre.

—Gracias...

Sentí como un repentino calor empezaba a invadirme, tornando mis mejillas rojizas, nunca sería capaz de acostumbrarme a que él me hablara así.

Antes de que empezara a comer, mi vikingo se puso en pie, silbó igual que había hecho antes, por lo que todos le prestaron atención.

—Me gustaría decir algo —dijo en voz alta—. Lo primero es que quiero agradeceros lo que habéis hecho hoy por Gala y por mí, sin vosotros no podría haber salido bien —todos nuestros hermanos aplaudieron—. Quiero agradecer a Hammer que me deje cuidar de una mujer tan hermosa y salvaje como lo es, Gala. A mi padre, por haberme hecho como soy, por haberme ayudado a crecer y por convertirme en el hombre que he conseguido ser —ladeó la cabeza y me miró a mí—. Y a ti, mi hermosa valkyrja, por hacerme el hombre más dichoso de todo el *Midgard*, los dioses me han hecho un gran presente, y ese eres tú.

Todos aplaudieron sus palabras, incluso yo, que sentía como mis ojos empezaban a llenarse de lágrimas.

—Qué los dioses os bendigan —gritó.

—Aguardad —les rogué.

Estaban pendientes de mí, tanto como Skogkatt, el cual había dejado de beber el agua que había echado en su cuenco.

—Los dioses nos han bendecido con un regalo, vosotros, quienes formáis parte de nuestra familia y... —dije algo cohibida—. Hay algo que quiero compartir con vosotros —cogí mi jarra y le di un largo trago— *Freyja* ha querido que en mi vientre porte una

criatura de Egil, estoy en cinta.

Algunos se sorprendieron, otros no, pero todos ellos se alegraron de nuestra dicha, nos felicitaron desde todas partes de la sala, algunos se levantaron y nos abrazaron, menos Hanna, quien apenas podía moverse.

—¿Has oído? —Le dijo Egil al oído—. Vamos a tener una criatura.

—Sí, niño, gracias a los dioses ese pequeño tendrá una gran familia —dijo alegremente con la mirada algo perdida en la mesa.

Mi hombre le besó en la mejilla, yo hice lo mismo, a la vez que la abracé con fuerza y lo repetí con Göran, corrí a por padre y a por Jokull, ambos estaban

demasiado sorprendidos como para reaccionar.

—Todo saldrá bien—les dije.

No dijeron nada, tan solo me abrazaron como pudieron y luego me besaron. Volví a donde me encontraba, me quedé junto a Skogkatt, y esperé que Egil llegara a mi lado para poder sentarnos juntos.

—¡Qué los dioses os bendigan igual que a nosotros!

Todos lanzaron un grito al cielo, y tras eso empezamos a comer.

Cuando terminamos, le di algunos huesos y trozos de carne al gaupa, era tan hermoso y salvaje, que no podía dejar de admirar su belleza. Egil decía

que le recordaba a mí, aunque estaba segura de que él era aún más bello de lo que jamás podría serlo yo. El gran animal devoró lo que le había dado, cuando ya no le quedaba nada, me miró pidiendo algo más. Miré por encima de la mesa y vi como Egil tenía un trozo de pan y algunas cosas más. Sin que me viera se lo quité y se lo eché a Skogkatt.

Me limpié las manos con un trozo de tela y observé como el animal acababa de comerse lo que le había dado y después volvió a poner sus ojos en mí. Mientras esperábamos a que los *thraell* recogieran las bandejas y cuencos que había sobre las mesas, Jokull fue a por un escudo y unas espadas. Aquello

duraría toda la noche y parte de la mañana. Cogí algunas cosas que faltaban por recoger, fui a la zona en la que estaban los *thraell* y Hans acabó por quitármelo de las manos. En el fuego había un enorme caldero repleto de agua, huesos y liebres que habían quedado, también había carne desmenuzada. Vi como Bera echaba algunas verduras, lo removió y dejó que se cocinara.

Agnetha había insistido en limpiar junto a Boril lo que habíamos ensuciado. Había muchas cosas que recoger, así que, me ofrecí a ayudarles, pero no quisieron que lo hiciera. De repente todas se callaron y permanecieron

quietas. Me di la vuelta para ver qué era lo que ocurría, y vi vi como Skogkatt entraba.

—Tranquilas mujeres, Skogkatt no os lastimará.

—Es un *gaupa* muy grande, ¿cómo osas decir que no hará nada que pueda herirnos?

—Por qué sé que no lo hará.

Todas se callaron al ver que tenía razón, el animal se sentó cuando le miré y se quedó a la espera de saber hacia dónde iba a ir. Observaron como estaba tranquilo, cuando me acerqué a él pasé la mano por su cuello, ronroneaba como si no fuera más que un cachorro. Cuando vieron como el *gaupa* no hacía nada,

todas se acercaron a él.

—¿Veis?

—¿Puedo... puedo tocarlo? — preguntó Gyda.

—Adelante —la animé a que se acercara, aunque antes de que lo hiciera le dije algo a Skogkatt al oído—. Tranquilo, *kottr*, es nuestra hermana.

Parecía entenderme, movió la cabeza como si estuviera aceptando lo que le decía. Maulló cuando me separé de él y esperó a que Gyda fuera quien le prestara algo de atención.

—Es hermoso —murmuró admirando su pelo.

—Lo es —afirmé ensimismada.

Egil nos interrumpió entrando en la

sala, y nos miró.

—Gala, ven.

—Claro —dije con una sonrisa.

Lancé una mirada al animal y este sabía que era lo que tenía que hacer. Vino detrás de mí avanzando tranquilamente, con delicadeza, pero a la vez dejando ver su lado más salvaje, ese que siempre estaba ahí.

Egil me tomó de la mano. Cuando pasamos entre las mesas, algunos de nuestros hermanos nos saludaron, otros ya habían bebido demasiado como para darse cuenta de que estábamos pasando junto a ellos. Pero, era una noche para disfrutar de algo tan maravilloso como lo era nuestra unión. Salimos de la gran

skáli y nos sentamos en el suelo con la espalda apoyada contra el pozo, como la noche en la que había cambiado todo. Skogkatt se tumbó a mi lado, y me observó en la oscuridad de la noche, hasta que vio el *arnar* de Egil, entonces salió corriendo tras él.

—¿Qué ocurre? —pregunté preocupada.

—Quería saber cómo te encontrabas.

—Estoy bien, Egil, tranquilo —dije con una sonrisa—. Puedo sola, además, ahora tengo a Skogkatt, él me ayudará.

Posó sus grandes manos sobre mi rodilla y la apretó.

—¿Puedo saber dónde has encontrado al *gaupa*? —pregunté llena

de curiosidad.

—El *Earl* Ragnarr se encargó de él, fue un intercambio de favores.

Durante un instante permanecimos en silencio, escuchando como todos hablaban en el interior del gran salón. Hasta que Egil rompió el silencio.

—Estás hermosa —me dijo con una sonrisa—. Siempre lo estás.

Giré un poco la cabeza, adoraba poder observarlo cuando quisiera. Pero, en aquel momento apenas pude hacerlo, ya que acabó pegando sus labios a los míos, uniéndonos en un dulce beso. Me senté sobre él, sentir como crecía bajo mi cuerpo se había vuelto la sensación más deliciosa que había tenido jamás.

Posó sus manos en mis caderas y las apretó con fuerza.

Su lengua entró en mi boca, haciendo que todo mi cuerpo respondiera al suyo. No dejábamos de besarnos una y otra vez, viendo cual de los dos amaba más al otro, no iba a dejar que me ganara, así que, acabó por rendirse, dejando que fuese yo quien le mimara. Nos devorábamos el uno al otro haciéndonos con cada uno de los sentimientos que afluían, cada palabra no dicha, cada pensamiento oculto. Sus manos se escapaban, una de ellas se posó en uno de mis pechos y la otra se adentró bajo mi vestido.

Algo ardía en mi interior, aquello

que él encendía, esa hoguera que cada vez rugía con más fuerza... El fulgor se aproximaba arrolladoramente. Me puse en pie, dejando a mi hombre en el suelo. Corrí hacia la *gardr* de Atel, fui tras esta y no pude llegar más allá, me agaché y devolví la comida que había engullido hacia nada.

—Oh, *Freyja*... —murmuré casi sin fuerza.

Escuché como Egil se acercaba a mí, sus pasos eran más fuertes y veloces de lo que habían sido los míos. Parecía preocupado. Sentí como mi cuerpo volvía a temblar a causa del esfuerzo.

—Cachorro, podrías ayudarme un poco —me acarció el vientre.

—Ven, tranquila —me giró el *vikingr*, agarrándome.

Acabé de erguirme, esta vez parecía que podía andar tranquilamente sin sentir que todo me daba vueltas. Tendría que intentar llevar este malestar lo mejor posible, ya que iba a estar durante mucho tiempo así. Egil me ayudó a llegar hasta el pozo para que no me cayera y se colocó frente a mí, posando sus manos sobre mi cintura.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, tranquilo, no ha sido nada.

Se arrodilló frente a mí, quedando otra vez a la altura de mi vientre. Alzó la mirada y me observó, después bajó y dejó su mano sobre él.

—*Sonr*, cuida de mamá, no dejas que descansa... Cuando estés aquí ya tendrás tiempo de corretear por el *skógr*.

No podía evitar reír, aquel hombre hacía que cada vez me prendara más de él, ese gesto era el más tierno que había visto jamás, ni siquiera había visto así a Olaf cuando Paiva tuvo a Gyda. Me encantaba verle tan ilusionado, tan alegre por la llegada de nuestra criatura.

—Será mejor que entremos.

Asentí con la cabeza, entraríamos, pero no sin mi Skogkatt. Miré por todos lados, pero no lograba verle.

—Skogkatt —grité llamándole.

Apareció tras unos árboles con el

morro manchado de sangre, parecía que al final había sido capaz de cazar y se lo había comido. Saqué del pozo el cubo que colgaba, cogí algo de agua e hice que se acercara a mí para limpiarle. Dejé que la sangre fuese desapareciendo, dando paso a la claridad de su pelaje.

—Ahora sí —le pasé la mano por la cabeza.

Me limpié las manos con agua y dejé que el cubo cayera al final del pozo. Me sequé en el vestido, por suerte solo era agua.

—Vamos —Egil tomó mi mano, y entramos en al *skáli* de nuevo.

Jokull había vuelto junto a un par de

hombres más, vi como este se tapó los ojos con una tela y retó a cada uno de los que le acompañaban a que lucharan junto a él, hasta que uno de ellos se rindiera o estuviera a punto de perder la vida.

Ya habían pasado varios días desde nuestro *Festarmál*, algo más de siete lunas, nada había cambiado, pensé que estar unidos de aquella manera, siendo su *húsfreyja* cambiaría en nosotros, pero no lo hizo, todo seguía igual.

Me senté sobre el jergón, Egil se había marchado a cazar junto a los demás, necesitábamos algo de comer, y a mí no me dejaban asistir a las cacerías, así que, iría a ver a Hanna,

quien había empeorado considerablemente, pensábamos que iba a mejorar pero tras nuestra unión la tos volvió y junto a ella sus dolores.

No sabía si era bueno que estuviera a su lado, tal vez pudiera enfermar yo misma, como lo había hecho ella. Solo le rogaba a los dioses que aquello no ocurriera nunca, o por lo menos no hasta que mi criatura hubiera nacido.

—Hace mucho que no te digo nada, Lyss, espero que estés escuchándome. Al final he luchado por lo que quería, como me dijiste, gracias a ti y a esa fuerza que me diste, entonces pude abrir los ojos y todo cambió —me pasé la mano por el vientre—. Como sabrás

estamos esperando una criatura, me gustaría que pudieras conocerlo. Desde que saben que llevo un niño dentro no me han dejado hacer nada, sigo siendo la misma, no he cambiado... Me molesta que lo hagan... Espero volver a ir junto a ellos.

Me puse en pie, estiré los ropajes y me di cuenta que mi vientre había crecido desde nuestro *Festarmál*. Salí de la *gardr* y vi como desde la lejanía apareció Skogkatt, quien se había marchado con Egil para ayudarlos en la caza, pero lo más seguro es que le hubieran dejado sin presa y se hubiera cansado.

—Vamos, Skogkatt —le animé.

El animal vino corriendo hacia mí mientras avanzaba por el camino de arena. Fuimos hasta la *gardr* de Göran y Hanna, parecía que hoy habían convencido al hombre de que les acompañara de caza, le iría bien alejarse de todo aquel mal.

Me acerqué a la *gardr*, di varios golpecillos en la puerta, aquella vez fue Helga quien nos atendió, quien se estaba ocupando totalmente del cuidado de Hanna. Mientras estaba yo aprovecharía para hacer algunos recados y buscar alguna que otra planta que necesitaba. El *gaupa* y yo entramos, este pasó frente a mí y se tumbó a los pies de la mujer mientras yo me quedaba junto a ella.

—¿Cómo te encuentras?

—Mal, muchacha —murmuró a duras penas—. La vida se me escapa entre las manos, ¿ves? —alzó las manos, pero no veía nada—. Sé que las *valkyrjas* no vendrán a por mí...

La observé pero no dije nada. La mujer sufría, si hubiera algo que pudiera hacer por salvarla, o para aliviar ese dolor que llevaba dentro haría lo que estuviera en mi mano, tal vez hubiera algo que le hiciera descansar.

—Sí, lo hay —añadió Helga desde la entrada.

—Pero... —dije confusa.

No entendía como había sabido que era lo que estaba pensando, estaba

desconcertada, no sabía que ocurría en aquel momento, solo sabía que aquella mujer era capaz de saber mis pensamientos.

—Hay una planta que puede hacerlo.

Callé, no dije nada más, esperaba a que ella misma me diera la respuesta que tanto ansiaba.

—Le he estado dando un unguento que hace que su corazón se detenga, que vaya cada vez más lento, a la vez que alivia el mal que tanto la atormenta.

—¿Quién crees que eres como para decidir si ella debe vivir o no? —Gruñí enfurecida—. No eres una *völva*, no eres más que una maldita hija de *Loki*.

—Por eso mismo, niña, porque soy

una *völva*, los dioses así lo quieren.

Con un ligero movimiento de cabeza hice que el *gaupa* se colocara frente a ella amenazante con la boca entreabierta mostrándole su fuerte mandíbula, acorralándola contra una de las paredes hasta que consiguió que saliera de la *gardr*. El animal me miró y permaneció en la entrada, vigilando que nadie entrara.

—Hanna, Hanna —la llamé con desesperación.

—¿Qué ocurre, Gala? —preguntó sin fuerzas.

Tenía que hacer que aquellos efectos desaparecieran, que no quedara nada en su cuerpo, o sería su vida la que

acabaría por desaparecer antes de que pudiéramos hacer nada por evitarlo.

—Escúchame —le pedí.

La mujer asintió levemente, estaba preparada para lo que iba a decirle.

—Necesito que me digas si hay alguna planta que limpie el interior de nuestro cuerpo, la sangre.

—Algo habrá.

—Hanna, dime donde está, por los dioses, dímelo —me desesperé con los ojos llenos de lágrimas.

—Mira en el arcón —lo señaló como pudo.

Me puse en pie de un salto y fui hacia ella.

—¿Qué busco?

—La ortiga.

Abrí el cajón, demasiadas plantas para tan poco sitio, había algunas hojas, otras machacadas y otras que parecían polvo. Diente de león, salvia... Había demasiados. Pero lo encontré.

Cogí un cuenco de agua, le eché unas cuantas hojas y lo coloqué en el fuego. En una jarra eché más agua, le puse el polvo y lo removí. No se sabía si aquello iba a funcionar, lo único que tenía claro era que no habría suficiente como para que terminara de curarse. Eché unas cuantas hojas más, hasta que terminó de calentarse.

Me acerqué a la mujer a toda prisa, no podía dejar que muriera, si Egil lo

supiera su corazón se partiría en dos y yo ya no podía hacer nada más. Hice que se tomara el líquido, bebiéndoselo de un solo trago.

Cuando el agua estuvo bien caliente, machaqué las hojas, como hice con Egil, estaba ardiendo, me estaba hiriendo las manos, pero no me importaba, tenía que curarla como fuese. Humedecí trozos de tela, dejando que algunas hojas se entrelazaran con estos. El calor haría que entrara mejor en ella.

Di varias vueltas. Había pasado un buen rato dándole las mezclas y la mujer no mejoraba. Me senté de nuevo a su lado, y me agaché para hablar con ella.

—¿Hanna?

No respondía, seguía respirando, aún no había dejado ir su último halo de vida. Dejé que descansara pero no por mucho tiempo más. El corazón se me encogió al ver que no reaccionaba, pero tal vez tan solo estuviera dormida.

Poco después no pude aguantar la angustia, necesitaba que me dijera que iba bien, aunque susurrara mi nombre. La zarandee levemente para que despertara, no podía dejarla así. Sentí un terrible vacío en mi interior al ver cómo había dejado de respirar, su corazón ya no se movía, ya de nada servía intentar despertarla.

Las lágrimas empezaron a recorrer mis mejillas, su piel estaba fría como el

hielo, la calidez que emanaba de sus ojos se había marchado y ya no había más que un terrible vacío que había destrozado mi alma. Se había ido, murió conmigo y no pude hacer lo suficiente como para mantenerla con vida. Los dioses se la llevaron aun sabiendo que luchó contra ello. Escuché como un buen golpe resonaba en toda la estancia, algo había caído. Giré un poco la cabeza y me encontré a mi hombre arrodillado en el suelo, junto al *gaupa*, deshaciéndose en lágrimas llenas de dolor y angustia.

No podía respirar, no podía verle así. Estaba destrozado, la mujer a la que más quería se había marchado y no había podido decirle cuanto iba a

añorarla. Fui hacia donde se encontraba, y le abracé con fuerza. Cientos de pequeñas gotas recorrieron nuestros rostros empapando nuestros ropajes, muriendo, desapareciendo, como lo había hecho Hanna.

—Lo siento... Lo siento —murmuré con desesperación—. Perdóname, *mo vikingr*, perdóname.

No dijo nada, se limitó a abrazarme, a no dejar que cayera, ni que me fuese a ninguna parte. La congoja se había apoderado de nuestros corazones y de nuestras mentes. Alcé la vista y vi a Göran, quien nos observaba tembloroso.

—Göran... Yo... —dije sin saber cómo explicarle lo ocurrido.

Me puse en pie, Egil imitó mi gesto, se pegó a mi espalda y rompió a llorar, pegando su rostro a mi hombro. Nunca antes había visto tanto dolor en sus ojos, en esos que habían perdido su brillo, ese que Hanna se había llevado consigo.

—Helga estaba dándole ungüentos para que dejara de vivir —le expliqué—. He... he intentado salvarla, pero de nada ha servido.

—¡Maldita! —Rugió enfadado como nunca.

—He hecho todo lo posible, Göran... Lo siento, de veras que lo siento... —Le dije angustiada—. Los dioses se la han llevado, pero sé que te estará esperando con una hermosa

sonrisa allí arriba, junto a *Thor*.

—Se ha ido... se ha ido y no he hecho nada...

El hombre hizo una mueca, salió rápidamente de la *gardr* y nosotros tras él, se colocó junto al pozo y se pasó las manos por la cabeza.

—Tarde o temprano os llevaréis mi alma, tal vez moriré de pena, ¿por qué no marcharme ahora con mi amada?

Sacó un *knífr* de su cinto y justo cuando iba a llevárselo al cuello, Egil lo atrapó junto a Jokull, para que no lo hiciera.

—No voy a permitir que me dejes tú también —le prometió— ¿me oyes?

El hombre dejó de hacer fuerza, de

resistirse a mi vikingo, este le quitó el *knífr*, lo tiró al suelo, le dio la vuelta y le abrazó.

—No te vayas... —Le suplicó como si fuera un niño.

—Chiquillo, déjame marchar, no me hagas vivir con este dolor —le rogó Göran.

Mi hombre lo soltó y cuando se dio cuenta, le quitó una de sus hachas.

—Adiós, hermano, cuida de ella —susurró Egil justo antes de sacar su *knífr* y acabar con su vida.

Le había cortado el cuello, la sangre había manchado su rostro y era el vivo reflejo del dolor más puro. Se dio media vuelta y desapareció entre las *gardrs*,

sin decir nada más.

Habían pasado varios días desde la muerte de Göran y Hanna. Por orden del *Jarl* se había construido un hermoso *drakkar* el cual ardería en el lago junto a los cuerpos de nuestros amados hermanos, quienes irían directamente al palacio de *Thor*, a *Bliskirnir*, allí podrían descansar en paz.

Las mujeres del poblado habían tejido los bellos ropajes que les vestirían, junto a sus herramientas, plantas, armas y algunas ofrendas que todos los que habíamos querido a aquella familia decidimos llevar. Vi como Boril aparecía por detrás de nosotros, vestido con un largo *kirtle*

limpio y con el cabello recogido, había decidido marcharse con ellos, con los que le habían tratado como si fuera uno más de la familia. Se marcharía a su lado, para servirles en el seno de los dioses.

Me acerqué a mi hombre, y le abracé por la espalda. Este se tensó, odiaba aquello, no era la primera vez que tenía que decir adiós a un ser tan querido. Cuando no era más que un niño tuvo que despedirse de su madre, y ahora de Hanna.

—Ahora estarán juntos, felices, sin dolor —le susurré al oído.

Asintió, cogió una de mis manos y la apretó. Thorbran apareció con una gran

antorcha, vestido con sus mejores pieles. Todos se callaron al verle, esperando a que el *Jarl* pronunciara sus palabras, aquellas que despedirían a unos de los seres más queridos de todo el poblado.

—Dos de nuestros más queridos hermanos se han ido —anunció— Hanna y Göran han sido reclamados por los dioses, han dejado este reino para marcharse al *Asgard*.

Dejó ir un profundo suspiro y nos miró.

—No sé bien qué decir, en estos momentos hay algo en mí que no quiere aceptar que se hayan marchado, estoy contento de que los dioses los estén

aguardando, he perdido a mucha gente, pero ellos eran mi familia, es complicado dejarlos marchar así — cogió aire y lo dejó ir—. Antes de despedirnos de ellos, Boril ha decidido seguir sirviéndoles junto a los dioses en vez de quedarse aquí siendo libre. —Lo miró y el *thraell* asintió— Helga, proceda.

Esta apareció vestida con ropajes oscuros, en su mano llevaba una daga hecha de plata, en la otra un ramillete de salvia ardiendo, que dejaba escapar humo purificador. Se acercó a él, dos hombres se colocaron detrás, pronunció unas palabras y degolló a Boril, quien fue recogido por ellos y colocado junto

a sus dueños en el *drakkar*.

—Hermanos, que los dioses os bendigan con su presencia y os guarden en su gloria —pronunció Thorbran en voz alta.

Todos lanzamos un grito al aire esperando que nos escucharan. Tras eso, este se acercó al barco, y encendió unas ramas que había en la parte delantera y trasera. Hizo que los dos hombres lo empujaran alejándolo de la orilla, y terminó lanzando la antorcha para que acabara de prendese.

Miré a Egil, estaba extraño, algo más serio de lo normal, lo que hizo que me preocupara al mirarle a los ojos.

—¿Qué ocurre? —Le pregunté.

—Gala... Hay algo que debo contarte.

—Explícame, ¿de qué se trata?

—Debo marchar junto al Earl Ragnarr, hay un fuerte enfrentamiento, no podemos dejar que se acerquen, no puedo permitir que te hagan daño.

Mi corazón empezó a moverse con más fuerza, no podía marcharse, no entonces.

—¿Pero... ?¿Cómo te vas a ir? ¡Egil! —pregunté nerviosa—. No puedes dejarme sola, por los dioses... ¡No te marches! —Le rogué.

—No estarás sola, he decidido que irás a vivir con padre mientras yo no esté —anunció— prometo volver

pronto, *valkyrja*.

Una enorme tormenta se creó en mi estómago, rompí a llorar desconsoladamente sin poder controlarme. Creía en mi misma, en poder estar sola y saber cuidarme, pero que se marchase y no saber cuándo volvería ni cómo lo haría, hizo que mi interior se quedase desolado.

—No... No te vayas, por favor —le supliqué, casi arrodillándome frente a él.

—Gala, será un tiempo... —Intentó hacerme entrar en razón, pero nada lo conseguiría—. Volveré.

Me levanté, se pegó a mí y me besó en la frente.

—Hay algo que se ha partido en mí, Egil —susurré sin fuerza—. Que te marches me mata.

—¿Crees que yo no siento ese vacío? —Me preguntó con los ojos llenos de lágrimas—. No poder verte cada día, estar contigo, abrazarte, besarte cada vez que quiera, no veré crecer tu vientre, eso hace que mi corazón muera poco a poco, aunque realmente no puede hacerlo, porque es tuyo y solo tú lo posees.

Le abracé con tanta fuerza como pude, necesitaba sentirle. No quería que se marchara, pero debía hacerlo, por mí, por el pueblo y por nuestro pequeño.

—Sé que mi padre y Skogkatt sabrán

cuidarte, y que el pequeño intentará estar calmado.

Sonreí, no sabía cómo iba a aguantar tanto tiempo sin él.

—Egil, hijo de Thorbran, futuro *Jarl*, como no vuelvas en breve prometo ir a buscarte, y sabrás quien soy yo.

—¿Sí? Vaya —dijo pensativo—. ¿Y qué me harás, mujer?

—¿Quieres saberlo? —Le dije al oído.

Este asintió, bajé mi mano, la metí dentro de su pantalón y le agarré el miembro.

—Iré a aplastártelo —le amenacé y tras eso gruñí.

—Entendido.

Janson y Carón, junto al resto de guerreros se encargaron de ir a por todas las armas, escudos y *hestrs*. No tardaron en llegar, Birgin apareció por el camino junto a los demás, habían traído con ellos a Espíritu.

Egil se subió sobre su *hestr*, este se había dado cuenta de que algo estaba ocurriendo y no pudo evitar relinchar asustado. Mi hombre anudó bien las alforjas para que no cayeran. Me miró desde arriba entristecido, hasta que en un arrebato, desmontó y vino hacia mí para besarme apasionadamente.

—Volveré —me prometió—, mi hogar es donde estés tú.

⁷⁹ Gaupa – Lince.



⁸⁰ Morgingjölf – Regalo de boda.

⁸¹ Skáli – Gran salón.

⁸² Bliskirnir – Palacio de Thor.

CAPITULO ◊ XXIII

Góí, siete meses después. 888 d.C

Abrí poco a pocos los ojos, apenas podía dormir, la claridad de la mañana entraba por los agujeros que el tiempo había ido haciendo en la madera de la *gardr* de Thorbran. Miré hacia todos lados y no encontré a nadie. Me puse en pie, eché las pieles sobre el jergón y fui hacia uno de los cuencos de agua. Metí las manos en esta y las llevé a mi cara intentando despejarme. Salí de la *gardr*,

y me senté en un asiento que habían hecho especialmente para mí, para que pudiera reposar con la criatura. Giré la cabeza y vi como el *gaupa* se había tumbado a mi lado, había estado corriendo por los alrededores pero ya se había cansado, podía ver como su pecho subía y bajaba incansablemente.

Anhelaba tanto poder observarle. Hacía demasiado tiempo desde que se había marchado y cada día sin él era un tormento. Le echaba en falta, algo se había marchado a su lado cuando nos dejó. Nadie había sabido decirme si aún seguía con vida, tal vez estaba herido y nadie lo sabía, o tal vez los dioses le habían dejado y estaba a punto de morir.

Ese último pensamiento hizo que un extraño y desagradable escalofrío recorriera mi cuerpo. Me abracé a mí misma intentando deshacer el dolor que se había creado en mi interior. El vacío que se hizo cuando se marchó se había vuelto mayor, no estaba sola, tenía a nuestro pequeño y a todo el poblado, se habían volcado conmigo para ayudar en todo lo que necesitara, la gran parte del tiempo tenía a alguien junto a mí.

Estar todo el día sentada, viendo pasar el tiempo terminaba agobiándome, desde hacía meses nadie me dejaba hacer nada.

—No puedes hacer eso porque estas en cinta —dije imitando a Thorbran—.

No puedes cazar porque algo puede ocurrirte, tenemos que cuidaros a ti y a la criatura, ve poco a poco, no vaya a ser que te caigas del *hestr* —esta última hacía que me encendiera—. ¡No voy a caerme de Regn! Llevo toda la vida con ella.

—No sabes si puedes caer o no, hasta yo podría hacerlo —dijo Thorbran molesto.

—No puedo salir de aquí—me enfadé—. No voy a quebrarme.

Este bajó las escaleras dando un par de saltos y montó sobre su hermoso *hestr*. Era marrón como la tierra seca, con el cabello largo, oscuro como ninguno, con unas musculosas patas,

realmente bonito.

—Le diré a tu padre que venga a verte.

Asentí y no le dije nada más, si le contestara terminaría enfadándose conmigo y perdiendo la paciencia.

Skogkatt al ver que se marchaba, se puso en pie haciendo guardia. Cuando me dejaban sola era él quien se ocupaba de vigilar que nadie se acercara y que estuviera todo bien. Mi pequeño *kottr* salvaje atacaría sin dudarlo si viera que alguien podría herirme.

—Ven —le dije al *gaupa*.

Me puse en pie poco a poco, a duras penas, me apoyé en la madera y acabé de erguirme, con el vientre así era

imposible andar con normalidad. Thorbran había hecho una fuerte vara con una rama de un árbol, para que pudiera apoyarme, así que, eso utilicé para no caer, sentía una terrible molestia a causa de llevar a la criatura en mi interior.

Dimos la vuelta a la *gardr*, recogí una pequeña flor dorada como los rayos del sol, apenas había flores en aquella época. Me la puse en la trenza con la que me había recogido todo el cabello. Andamos tranquilamente, hasta que el aire hizo acto de presencia. Era frío tanto como el hielo que cubría el gran lago. Me arropé con las pieles que me cubrían, y cerré con fuerza. Alcé la vista

por la montaña donde empezaba a descender la niebla, apenas se podía divisar nada, pero algo llamó mi atención, había algo que brillaba en la colina. Me puse la mano sobre los ojos intentando ver mejor.

Era un hombre, no tenía cabeza, estaba subido a un *hestr* claro con una gran mancha oscura sobre el vientre en forma de gota. Estaba vigilando a los guerreros, no se movía, solo los observaba, hasta que posó su mirada en mí. Bajó la vista hasta la gardr y luego me contempló. Me moví un poco hasta donde empezaba la madera de la gardr, cogiendo mi arco y las flechas que estaban junto al asiento. Volví a donde

estaba, apunté y dejé que la flecha corriera sobre el aire.

El hombre se dio la vuelta antes de que pudiera llegarle y permaneció observando como esta se clavaba en la tierra que había tras él. No sabía quién era, ni qué era lo que hacía vigilando a mis hermanos.

—¿Gala? —preguntó padre desde el otro lado.

—Estoy aquí —le respondí aún con la mirada fija en donde se encontraba el hombre. Fui hacia donde estaba él apoyándome con el bastón, vi como padre se había sentado en las escaleras, mientras me observaba.

—Por los dioses, Gala, cada vez es

peor —soltó una carcajada.

—Gracias, padre —hice una mueca.

Me ayudó a sentarme junto a él en las escaleras, pero no podía estar allí, me dolía el vientre y la espalda. Necesitaba sentarme en el asiento que me habían hecho, ya que estaba amoldado a mi cuerpo y podía recostarme tranquilamente.

Padre entró en la *gardr*, como si fuese suya, sacó otro asiento y unas pieles y las colocó junto a la mía.

—¿Qué hacías ahí?

—Había ido a estirar las piernas.

—¿Y el arco?

—Mientras paseaba he visto a un hombre en la colina, estaba vigilando a

los guerreros, luego se ha dado cuenta que le observaba, le he lanzado una flecha como advertencia y se ha marchado —le expliqué.

Permanecí en silencio pensativa durante unos instantes a la vez que le recordaba. El animal, su cabeza sin cabello, la mancha...

—¿Qué ocurre? —Me preguntó preocupado.

—Hay algo que me hace pensar en que ese hombre no solo estaba ahí para contar los guerreros y vigilarlos.

No dijo nada, se limitó a alzar las cejas esperando a que le explicara qué era lo que se pasaba por mi cabeza.

—Ese hombre que estaba

vigilándolos no tenía cabello, su hestrera era blanco con una gran mancha en el vientre, nunca le había visto por estas tierras.

Padre no dijo nada, había algo extraño en él, estaba nervioso, tal vez supiera de quien estaba hablando. Su reacción me hizo sospechar, era posible que estuviera en lo cierto y supiera quién era.

Se puso en pie, me dio un beso en la mejilla, colocó las pieles que había traído sobre mis piernas y se despidió con un gesto de cabeza. No dijo nada más solo se marchó por donde había venido. Entré en la *gardr* y me tumbé sobre el jergón, no sabía qué hacer,

estaba agotada, aunque era extraño ya que apenas hacía nada. Me pasaba el día sentada o de un lado a otro. Me sentía frustrada, las vikingas luchaban aun estando en cinta, aun sabiendo que no les quedaba tiempo para dar a luz, pero a mí me lo habían negado todo.

Cerré los ojos, no dejaba de imaginar cómo sería nuestra criatura, hasta que en mi mente vi una hermosa niña, de ojos claros y cabello hasta pasados los hombros. Me llevé las manos al pecho, podía ser ella. Tal vez fuera mi pequeña niña, o tal vez no lo fuera. No me importaba si era varón o hembra, lo que naciera sería fruto del amor que su padre y yo teníamos.

Pasé las manos por mi vientre y noté como el pequeño se movía. Dio algún que otro golpe, me levanté el *kirtle*, aunque dejé mis piernas cubiertas con las pieles, podía ver como se movía en mi piel. Puse mi mano encima para notarlo.

—Cachorro, lo estás haciendo bien.

Parecía que entendía lo que le decía, porque se movió más bajo mi mano.

—Tengo tantas ganas de tenerte entre mis brazos... Cuando tu *faðir* te vea se va a enamorar de ti, estoy segura.

Antes de que pudiera terminar de hablar la puerta se abrió de golpe, tras esta aparecieron Thorbran y padre exhaustos, habían dejado a los animales

sin atar. Parecía que habían llegado corriendo a la *gardr*. Me miraron, hasta que se dieron cuenta que la tripa se movía. A ambos les cambió la expresión, pasaron del cansancio a la euforia y la alegría.

—¿Es este nuestro pequeño? — preguntó Thorbran emocionado.

—Sí.

Rio, se acercó a mí y se arrodilló junto a mi vientre.

—Muchacho, queremos verte —dijo padre.

—Tened en cuenta que puede ser una niña —añadí para que supiesen que no solo había una posibilidad.

—Será bien recibida, aunque los

dioses me dicen que será un fuerte varón, igual que su *afi* —dijo el *Jarl*.

Era la primera vez que escuchaba como le hablaban así a la criatura, lo que hizo que no pudiera evitar emocionarme. *Afi*, aún no me lo creía, íbamos a tener un hermoso niño de cabellos rojizos y de ojos claros, como su *faðir*. El mío se puso serio de nuevo, le dio un golpe a Thorbran en el brazo y me miró.

—Explícale que es lo que has visto en la colina.

—Había un hombre en lo alto de la colina, vigilando a los pocos hombres que se habían quedado protegiendo el poblado, no tenía cabello e iba montado

sobre un *hestr* blanco con una gran mancha en el vientre oscura.

—Es él, estoy seguro —aseguró Thorbran entre dientes.

Se miraron el uno al otro pero no dijeron nada más haciendo que no entendiera de qué estaban hablando. No quién era ese hombre y por qué era tan importante para ellos. Quería saber qué ocurría, necesitaba ver que era lo que estaba pasando con ese hombre y que me explicaran de qué se trataba.

—Ya podéis decirme de qué habláis —les ordené.

—Cuando Astrid murió, la madre de Egil, este vio a quien inició el fuego y no fue otro hombre que el que has visto.

Asentí lentamente pensando en lo que me había explicado. Un intenso dolor y deseo de venganza nació en mí, si volvía a aparecer acabaría con él, no iba a dejar que el asesino de la mujer que dio vida al hombre que poseía mi corazón quedara libre en nuestras tierras.

—Hay que vigilar, no podemos dejar que nadie se acerque a ti, Gala —dijo Thorbran preocupado—. Haré que los *húskarls* vengan aquí, alrededor de la *gardr*.

—No osará acercarse, además Skogkatt está siempre conmigo, igual que alguno de vosotros.

El hombre me dijo que no con la

cabeza una y otra vez, en ese momento, entendí de donde le venía a Egil ser tan testarudo, no cambiaría de pensamiento con facilidad. Me había dado cuenta que lo que yo decía no se tomaba en consideración.

—Dejadme sola por favor, quiero descansar.

Ambos se dieron la vuelta y desaparecieron tras la puerta. Me acabé de tumbar sobre el jergón, me cubrí con las pieles para estar bien caliente y sentí como el *gaupa* se tumbaba junto a mí, rozando mi brazo con su nariz para ver que estaba bien.

Cerré los ojos, solo necesitaba dejar de pensar.

Corría, corría tanto como podía y más, pero parecía no ser suficiente, el bosque que antes conocía como la palma de mi mano se había vuelto demasiado grande. Apenas lograba reconocer los lugares por los que pasaba.

Di un salto, intentando pasar sobre un tronco que había caído en medio del camino, tuve suerte y no caí, debería haber saltado algo más ya que si no habría caído de bruces al suelo. Me pasé la mano por el vientre pero ya no había nada, había desaparecido.

—¿Y mi pequeño? —grité desesperada, bajé la vista y vi como mi vientre estaba completamente plano,

como lo había sido antes—. ¿Dónde...? ¿Dónde está? —grité encolerizada—. ¡*Sonr!* ¡Pequeño, dónde estás? —Mi cuerpo temblaba como nunca antes lo había hecho, y sentí como algo en mí moría, a la misma vez que se quebraba las lágrimas empezaron a descender por mis mejillas sin un final, sin descanso.

Me llevé las manos al pecho, me costaba respirar, no podía seguir en pie. El dolor que me cruzaba hizo que me doblara sobre mi misma.

—Mi pequeño... —susurré—. ¡¿Dónde está mi *sonr*?! —grité desgarrándome la garganta.

Miré al suelo, vi como en este iba creciendo una gran charca de sangre, las

gotas caían uniéndose a las que ya habían caído. Me pasé las manos por las piernas, y por la parte interior, intentando deshacerme de la sangre pero estaban empapadas del líquido.

—No... no... —murmuré—. ¡No! ¡Por los dioses, no! —Intenté volver a caminar pero mi cuerpo no reaccionaba, no se movía.

Sequé mis lágrimas pero no sirvió de nada, estas seguían saliendo como si fueran empujadas una tras otra.

—Egil... ¿dónde está nuestro *sonr*? —pregunté sin fuerza— ¿qué han hecho con nuestro pequeño? —chillé angustiada.

No podía más, sentía como mi

cuerpo iba a caer, pero no lo hacía en ningún momento, se había quedado quieto, en reposo. No podía moverme.

—Por favor... Mi vikingo... Ven, sálvanos.

Algo hizo que el bosque y la sangre desaparecieran, haciéndome volver.

—Gala, Gala —me llamó Linna—. Despierta —me zarandeó levemente, sin hacerme daño— ¡por los dioses, Gala! ¿Qué te ha ocurrido?

—No... nada...

Giré levemente la cabeza para mirarla y su rostro se quedó completamente blanco, más de lo

normal, parecía que apenas había dormido. Tenía mala cara.

—¿Qué te ocurre, Linna? —pregunté haciéndome a un lado sobre el jergón, para que pudiera sentarse junto a mí.

—Tengo miedo, Gala —su voz se volvió quebradiza, temblaba, se abrazó a mí con fuerza, y sentí como algo no iba bien—. Tengo algo que contarte, es importante... —me dijo, aunque su voz acababa desapareciendo como el humo de una hoguera.

Sentí como el terror recorría todo su cuerpo, casi podía escuchar los latidos de su frenético y asustado corazón, el cual quería salir huyendo.

—¿Qué te ocurre? —Le pregunté a la

vez que le pasaba las manos por el cabello.

Lina permaneció callada con la mirada fija en la madera que había detrás de mí en la pared. Le di un golpecillo en el hombro para que reaccionara y me explicara qué es lo que le rondaba.

—Muchacha, ¿qué pasa? —Le pregunté de nuevo.

—Hay algo que me atormenta —susurró.

No entendía que era lo que quería decirme, lo que me asustaba. No lograba comprenderla. Tal vez había enfermado y temiera por su vida, viendo lo que había ocurrido con Hanna tiempo

atrás...

—Dime, Linna —le insistí.

—Hace meses dejé de sangrar, no sé qué me ocurre, hay veces que es insoportable.

Agarré su mano y la coloqué bajo la mía, fijé mis ojos en los suyos e intenté sonreír para animarla, pero ella me correspondió haciendo una mueca.

—Dime que pasa Linna, sabes que voy a ayudarte sea lo que sea... Somos hermanas, no lo olvides, ¿de acuerdo?

La muchacha asintió preocupada por lo que pudiera llegar a ocurrir. Cogí un par de mechones que había cubriendo su rostro y se los coloqué tras la oreja para que no le molestaran, aunque no parecía

haberse dado cuenta.

—Tienes mala cara.

—Eso me ha dicho Gull nada más verme... —dijo desanimada—. Había pensado ir a ver a Helga.

—De eso nada, no vayas —me negué, después de lo que había hecho con Hanna no iba a dejar que nadie más cayera en las zarpas de esa mujer.

—¿Por qué? —preguntó confusa.

—Ella fue la causante de la muerte de Hanna —le dije con sinceridad.

Su rostro cambió, pasó a la pena, aunque el miedo seguía ahí, podía verlo en sus ojos, y tal vez también hubiera anhelo. Todos lamentamos la muerte de Göran y Hanna.

Dejó ir un profundo suspiro. Me senté mejor en el jergón, pero al tener el vientre tan grande hizo que me molestara. Varios golpes llamaron nuestra atención, la puerta se abrió y apareció Gull, junto a quien entraró Olaf y Björn.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunté.

—Thorbran y Hammer nos han hecho venir para hacer guardia.

—Les dije que no lo hicieran —espeté molesta, aunque no servía de nada enfadarme en aquel momento.

—Además, así puedo ver a mi hermosa mujer —se acercó a Linna por la espalda, y le besó la mejilla, esta hizo una mueca intentando sonreír.

—Marchaos fuera —les ordené.

—Está bien —dijo Gull entre dientes.

Le hice un gesto con la cabeza y desaparecieron por donde donde vinieron.

—Explícamelo.

Algo se estaba quebrando en ella, no podía dejar que aquello ocurriera. La abracé y dejé que se tumbara junto a mí en el jergón. Cuando se apoyó en mí pude escuchar como algunos sollozos se escapaban de su interior.

—Lo siento... —dijo apenada.

—No, tranquila —le pasé las manos por el cabello y le besé la cabeza.

Le acaricié la cabeza jugueteando

con los mechones de su cabello, hasta que se quedó prácticamente dormida. Pero de un salto se puso en pie, cogió un cuenco vacío y lo echó todo.

—Yo... —murmuró entre dientes.

Fue hacia uno que había lleno de agua y se metió un poco en la boca. Su cuerpo no temblaba como lo hacía el mío cada vez que ocurría, parecía haberse acostumbrado a ello. Se pasó las manos por el cabello apartándolo y acabó por recogerlo.

—¿No es la primera vez, verdad?

La muchacha asintió, suspiró, se volvió a sentar junto a mí y cerró los ojos.

—Linna, sabes perfectamente qué es

lo que te pasa.

—Eso es lo que hace que esté asustada, Gala...

Rompió a llorar encima de mí, notaba el terror en sus ojos, el dolor en sus lágrimas y por alguna razón no pude evitar llorar con ella, no podía verla así, algo en mí se quebraba cuando veía como mi hermana lo pasaba mal.

—Ya está, todo saldrá bien —intenté calmarla.

—Eso no lo sabemos Gala, ¿y si no lo quiere?

—¿Si no lo quiere quién? —preguntó Gull confuso.

—Te he dicho que te quedes fuera, ¿qué es lo que no has entendido? —

Gruñí enfadada.

No retrocedió, permaneció observándonos desde la entrada callado durante unos instantes, mirando a la muchacha que decía amar.

—Responded.

—No.

—Linna... —advirtió entre dientes.

Esta no contestó, fijó sus ojos en los míos desesperada, y a la vez aterrorizada. Se puso en pie poco a poco para no caerse y se abrazó a él. Este le correspondió sujetándola con fuerza, cobijándola bajo sus brazos.

—¿Qué ocurre? —Le preguntó con dulzura.

Su postura había cambiado, ya no

estaba rígido ni molesto, solo le preocupaba ella, podía verlo en sus ojos, en como la miraba. Sabía que Gull la cuidaría como se merecía, era un buen hombre, además amaría a la criatura que ella llevaba en su vientre tanto como la amaba a ella. Linna cogió la mano de su hombre y se la llevó al vientre. No dijo nada, esperó a que fuese él quien se diera cuenta de lo que significaba.

—¿Linna...?

Lo miró incrédula, le dio un manotazo en el pecho y volvió a mirarse la tripa.

—¿Es cierto?

Ella asintió, se pegó a él y lloró en silencio. Por lo que no podía ver cómo

era Gull quien sonreía emocionado, enamorado de lo que sería su nueva familia, porque aquel era un presente de los dioses que haría que se unieran aún más. Bajó su mano hasta el vientre de ella, con la que le quedaba libre la separó de su pecho y la besó con ansia.

—Me vas a hacer el mayor presente que podría tener jamás —dijo emocionado—. Gracias mi hermosa Linna, gracias —repitió.

—Gracias a ti guerrero y a los dioses por bendecirnos con esta maravillosa criatura que nacerá de mis entrañas.

Se besaron como si no lo hubieran hecho nunca, como si en ellos hubiera el

alimento que los mantendría con vida, y no pude evitar ponerme a llorar de nuevo.

—Todo irá bien —le dijo él.

Me miraron los dos sonrientes, alegres por lo que acababan de ocurrir, no podían esperar a explicárselo al resto de nuestra gente. Solo podía esperar que Bror y Elsa se alegraran por ellos, y que Gull saliera vivo de su gardr.

—¡Venga, marchaos! —Les animé.

Linna soltó a su hombre, se agachó a mi lado y me besó la mejilla. Me abrazó con fuerza agradeciéndome que le hubiese ayudado, aunque realmente no había hecho nada salvo escucharla, ella necesitaba fuerzas, y yo he sido capaz de

dárselas, igual que Lyss hizo conmigo.

—Gracias, *systir* —me susurró al oído.

Sonreí contenta por la felicidad de mi *systir*. Parecía que mi pequeño tendría un hermano con el que corretear por los bosques y con el que luchar cuando fuesen mayores. Salieron de la *gardr* y yo tras ellos. Miré a Olaf, quien estaba sentado en las escaleras dejando que pasara el rato, mirando hacia todos lados. Le di un golpe en la espalda, para que me mirara.

—Puedes marcharte, no le diré a Thorbran que no has estado —le dije a la vez que le guiñaba un ojo.

—No, me ha ordenado que

permanezca aquí, no es una molestia.

Le miré con mala cara, no entendía por qué lo hacía, cualquier otro se hubiera marchado.

—Bueno, como desees, yo voy a ir a estirar las piernas.

—Te acompañaré.

—Hazlo pero en silencio.

Dimos la vuelta a la *gardr*, antes de nada cogí el arco y las flechas, no sabía si lo necesitaría conmigo. Me gustaba sentirme segura, por lo que tenía que llevarlo conmigo, al igual que a Skogkatt.

—Vamos, *kottr* —le llamé a la vez que me acerqué a él y le acaricié entre las orejas.

Este ronroneó y me miró, cuando avance vi como observaba cada paso que daba. Miré hacia todos lados buscando al hombre que el otro día vigilaba, hasta que me giré para mirar hacia la colina y ahí volvía a estar, observándonos.

Le hice un gesto a Olaf para que se agachara igual que hice yo. El gaupa nos imitó, se puso a mi lado, contemplándome. Preparé la flecha y disparé. El hombre la esquivó y se clavó en la piedra que había tras él. Su mirada se fijó en mí, mientras preparaba otra y disparaba de nuevo. Aquella vez sí que le di, y esta se clavó en su hombro. Desde donde nos encontrábamos pude

escuchar el profundo alarido de dolor, pero como si no le importara se la desclavó, sacó un arco y nos disparó. Olaf cogió su escudo y se colocó junto a mí, poniéndolo frente a ambos. El hombre no acertó. Cuando ya nos había observado lo suficiente, dio media vuelta y se marchó, igual que lo hizo la otra vez. Solo que pude lanzarle una última flecha, la cual se le clavó en la pierna derecha haciendo que se doblara de dolor.

—¿Quién es?

—Él mató a Astrid.

—Hay que avisar a Thorbran.

Cuando me dispuse a ir andando al poblado, Olaf me detuvo.

—Espera aquí.

—No, no voy a quedarme sola.

—Muy bien, sube.

Acercó su *hestr* a la parte alta de la escalera, para que así pudiera subirme mejor con algo de ayuda. Tendría que ir con mucho cuidado, ya que no quería que mi pequeño sufriera. Antes de llegar al centro hice que Olaf se detuviera frente a mi *gardr*. Golpeé la puerta, estarían allí.

—Ha vuelto —dijo Olaf.

Padre y Thorbran salieron corriendo de la *gardr*, y entonces me vieron subida en el *hestr*, por lo que ambos hicieron una mueca.

—¿Qué haces ahí?

—No ha querido quedarse, *Jarl* —le dijo a Thorbran—. No podía dejarla sola.

Me miró de arriba abajo, pero no me ordenaron que desmontara.

—¿Qué ha ocurrido?

—Hemos ido a andar, tras la *gardr*, como la otra vez, y le he visto sobre la colina. Le he lanzado unas cuantas flechas, una de ellas se le ha clavado en el hombro y otra en la pierna derecha, ha querido devolverla, pero no ha sirvió de nada.

Padre bufó molesto por lo que había hecho, pero no podía dejar que aquel hombre se marchara ileso, nadie podría cambiarme, era testaruda como él, no

podría hacerme ser distinta.

—Debemos estar atentos.



CAPÍTULO XXIV

La noche había caído, tras una tarde y una cena demasiado tensa solo podía esperar. Thorbran había insistido en que padre se marchara a nuestra *gardr*, en vez de quedarse con nosotros en la del *Jarl*. En cierto modo me preocupaba, no le perdonaría jamás que le ocurriera algo. Iría tras él hasta acabar con su insignificante vida.

—Será mejor que descanses muchacha, la noche puede llegar a ser

muy larga y estando en cinta no es bueno que la pases en vela.

Thorbran, quien estaba sentado frente a la hoguera se puso en pie, fue hacia el arcón de madera y sacó una pequeña caja con dibujos tallados. Cogió un cuenco lleno de agua y lo colocó junto al fuego.

—¿Qué es eso? —pregunté curiosa.

—Si te lo tomas dormirás perfectamente.

El hombre cogió una jarra echó unas cuantas hojas, esperó a que se calentara en el cuenco y cuando ya estuvo caliente lo echó en la jarra. Cepillé el pelaje del gaupa, intentando calmar el desazón que sentía por dentro. Este me miró, y apoyó

su cabeza en mis piernas, dándome permiso para que le peinara.

—Toma —dijo tendiéndome la jarra.

—Gracias —murmuré.

Lo bebí en un par de tragos, apenas había nada.

Inmediatamente sentí los efectos que tenía la planta, el cuerpo empezó a pesarme, me costaba moverme y el sueño fue apoderándose de mí. Me moví poco a poco, como podía. Thorbran me ayudó a cubrirme con las pieles del jergón, los ojos se me cerraban pero aún podía escuchar cómo me arropaba.

—Buenas noches, niña —dijo a la vez que me besó la frente, como si fuera padre.

Me habría gustado poder corresponderle, pero apenas podía moverme. Quería dejar de vivir aquel momento, necesitaba que volviera a mí cordura, que volviera él. Mi vikingo.

Algo empezó a iluminar la *gradr*, pensé que ya había amanecido pero no era así. Alguien golpeó la puerta con insistencia y no dejaba de gritar. Thorbran se puso en pie, se enfundó las botas y un *kirtle*. Se acercó a la puerta y abrió tan veloz como pudo.

Me senté sobre el jergón sobresaltada, quería saber que era lo que ocurría, entonces vi como padre

apareció por la puerta. Mi cuerpo se tensó al momento, estaba alterado por lo que estaba ocurriendo.

—La *vangr* está ardiendo, el fuego está llegando a la linde con el bosque, no muy lejos de aquí, tenemos que apagarlo o arrasará con todo —dijo extasiado, parecía haber venido corriendo desde allí—. Gracias a que Olaf estaba aquí hemos podido avisar al resto.

Desde que había aparecido aquel hombre dos días atrás, se habían organizado guardias por parte de los *húskarls* del *Jarl* alrededor del poblado, vigilando que nadie se acercara a ninguno de nosotros ni a

nuestras *gardrs*. Éramos pocos en el poblado, ya que algunos de los hombres habían tenido que marcharse junto a Egil. Pero estaba segura que los que habían permanecido aquí eran capaces de hacerlo tan bien como si fueran cientos de guerreros.

—Quédate aquí, niña —me pidió padre.

—Pero...

—¡Ni peros ni nada, Gala! Te quedas aquí —gritó.

Le miré con rabia, no me gustaba no poder salir de aquí como sin poder hacer nada, seguía siendo una guerrera, podría acabar con cualquiera que se pusiera en mi camino, y lo peor de todo

es que ellos lo sabían igual que yo.

—Dejadme acompañaros, por favor —le pedí a Thorbran.

Se miraron entre ellos y este soltó una carcajada.

—No, Gala —dijo seriamente—. ¿Es que no has escuchado lo que ha dicho el hersir?

—Sí... pero... Necesito ir.

—Y nosotros saber que estás a salvo —clavó sus ojos en los míos— quédate aquí, por nosotros —negué con la cabeza, sabía que no iba a convencerme, hasta que dijo algo que me hizo recapacitar— por Egil. No se lo perdonaría si te ocurriera algo, ninguno lo haríamos.

Desistí, dejé de ser tan testaruda como lo era padre, y pensé en lo mejor para la criatura que llevaba dentro.

—Id con cuidado —les rogué.

Ambos asintieron, cogieron varios recipientes grandes para poder llevar el agua que apagara el fuego, aunque antes de eso tendrían que dar muchos viajes hasta allí para que pudieran terminar con él. Salieron de la *gardr* dejando la puerta abierta, y me asomé saliendo a las escaleras. El cielo estaba iluminado por las amenazantes llamas que querían acabar con todo nuestro poblado. Me senté en mi asiento a contemplar la luz que salía tras las casas, escuchaba como algunos gritaban, llamando a los que

estaban aplacando las llamas, corrían de un lado a otro, los hestrs estaban inquietos, tanto que no dejaban de moverse en el establo, a pesar de que el fuego estaba más lejos y no corrían ningún peligro.

Skogkatt salió de la casa, rugió feroz y salvaje. Se colocó junto a mí y me observo con detenimiento. Era tan bello, fuerte y poderoso, capaz de todo, pero también era dulce con aquellos que lo merecían. Volvimos al interior de la *gardr*, me siguió como hacía siempre, cerré la puerta y volví al jergón.

Pasó un rato y el fuego no había desaparecido. Escuché como alguien subía las escaleras deprisa, se acercó a

la puerta y la abrió sin más. Supuse que era Thorbran, tenía los ojos cerrados pero me di cuenta que sus pasos sonaban ligeros, hasta que Skogkatt empezó a gruñir. Se puso frente a mí, algo estaba ocurriendo. Me incorporé lentamente y entonces la vi.

—Hola, Gala —me dijo Karee desde la entrada.

—Fuera de aquí —dije en voz baja —. ¡Fuera!—grité.

Parecía no haber visto nunca una *grábjörn* con sus crías, se volvían las más poderosas, eran capaces de matar a cualquiera y aquello mismo estaba a punto de ocurrir. No iba a dejar que nadie se acercara a mi pequeño. Me

puse en pie a duras penas, como pude cogí el arco para ayudarme a no caer. No iba a poder defenderme a pesar de que amaba a mi criatura como nunca había amado a nadie, no era más que un lastre en ese momento.

—Los dioses te hicieron un presente, plantaron en ti la semilla del hombre que debía ser mío —dijo de mala manera—, por eso yo te lo arrebataré. —Gruñó— te quitaré lo que es mío, si yo no pude tenerlo, tu tampoco.

Lo que dijo hizo que me encendiera, tanto o más que el fuego que ella misma habría provocado. No dejaría que le hiciera nada, antes debería acabar con mi vida, y eso no ocurriría. Empecé a

temblar, no por miedo, sino por rabia. Si no hubiera llevado al pequeño conmigo y el enorme vientre, no saldría por la puerta.

—Este presente es mío y solo mío, igual que Egil, jamás fue tuyo, *thraell* —afirmé entre dientes con rabia—. Este es el mejor presente que podría haber tenido.

—¿Un presente? ¿Eso? —Me miró de arriba abajo—. No pareces más que una *kýr* en cinta.

Karee rio como nunca lo había hecho y eso hizo que mis ansias de agarrarla por el cuello y acabar con su vida fueran cada vez a más. No soportaba verla, recordar como besaba a mi Egil, como

me había despreciado. Aquel iba a ser mi momento, acabaría con ella.

—Será mejor que calles Karee, tu sitio está en el bosque no en un pueblo, por eso estás sola, nadie es capaz de soportar tu maldad. Los dioses te darán tu merecido.

Dio dos pasos hacia mí, pero no pudo avanzar más ya que el *gaupa* se colocó frente a ella sin dejar de gruñir, lleno de ansia y furia. Abrió la boca amenazante, no pude evitar dar un respingo, nunca antes le había visto así. Si fuera ella saldría corriendo, no debería de haber enfadado a mi Skogkatt. Fue entonces cuando vi su verdadera belleza, como un animal

salvaje me defendía... Era realmente hermoso ver su lealtad, su fuerza... Me puse tras él, con un solo movimiento del arco hice que impactara en su cara con toda la fuerza que pude, haciendo que cayera al suelo. Durante unos instantes no se movió, aunque sabía que aquello no había acabado algo en mí deseaba que así fuese, pero se puso en pie.

Su rostro se había manchado de la sangre que había empezado a emanar de su nariz y que le llegaba hasta la barbilla. Se pasó la mano intentando detener el líquido que iba saliendo de ella, pero no sirvió de nada, ya que seguía empapando sus ropajes e incluso llegaban a caer al suelo.

—¿Qué te crees que haces? — preguntó de mala manera.

—Lo que quiero, es que te marches, detrás de ti está la puerta, no es la primera vez que tienes que irte huyendo del poblado, ¿no es cierto? Ni Egil, ni Kirk, ni Ingo fueron capaces de tener compasión contigo, ¿quién la iba a tener con una repugnante *thraell* como tú? — Le pregunté—. Me das asco.

—Creo que no me has entendido — dijo a la vez que se pasaba las manos por el cabello humedeciéndolo de sangre.

La miré, observando cada uno de sus movimientos. Se pasó la lengua por los labios, los cuales también manchados,

clavó sus ojos claros en los míos, estaban llenos de rabia y maldad. Aquella mujer nunca había sido buena.

—Quiero venganza, ¿lo comprendes? Es simple, pero alguien como tú parece no poder entenderlo.

—*Ragr* —dije entre dientes—. La única que no parece comprender qué es lo que está sucediendo eres tú, nunca lo has hecho desde que llegaste con mi hombre —dije haciendo hincapié en que era mío.

—Delicioso hombre —dijo a la vez que se pasaba un dedo por el labio y acababa por sonreír.

La iba a matar, acabaría con ella, no iba a dejar que hablara así de Egil, no

era de nadie más salvo mío. La rabia me pudo, volví levantar el arcó, aquella segunda vez le di con tanta fuerza como tuve, apreté las manos contra la madera y la golpeé, haciendo que cayera al suelo. La golpeé una y otra vez, hasta que me sentí exhausta.

La mujer se quedó tumbada en el suelo, no se podía mover pero no parecía haber muerto, seguía consciente. Me senté en uno de los asientos, necesitaba luchar por mi pequeño, no podía dejar que estuviera en peligro. Me pasé la mano por el vientre y lo miré. Skogkatt estaba delante de mí por si se ponía en pie, antes de que pudiera darme cuenta. Y eso es lo que hizo, de un salto

se levantó, aguantó el dolor que tenía y se abalanzó sobre mí. Ambas caímos al suelo, mi cabeza se golpeó contra este y apenas podía moverme. Escuché como alguien se aproximaba a la *gardr*.

—¡Gala! —Padre gritaba, o eso creí —. ¡Gala! —Volvió a gritar, y fue entonces cuando me di cuenta de que era Thorbran quien me llamaba.

—¡Ayúdame! —Le rogué.

No dijo nada más, escuché otros pasos, pero no eran suyos y tras eso un fuerte golpe, algo cayó al suelo haciendo un fuerte estruendo.

—¡Thorbran! —grité desgarrándome la garganta.

Intenté moverme como pude, pero no

podía. Un punzante dolor me atravesaba el vientre como en aquel sueño. Una lágrima recorrió mi mejilla y tras ella fueron cientos más. Agarré a Karee por el cuello, y apreté cuanto pude. Antes de que pudiera detenerla fue ella quien me sujetó.

—Egil... —susurré.

—Él no está, no vendrá, jamás te tendrá a ti —dijo con malicia.

Me costaba respirar, el aire apenas podía llenar mi pecho. Estaba apresando a mi pequeña criatura, no podía dejar que eso ocurriera, no podía morir... Todo lo que amaba se estaba resquebrajando por su culpa. Empecé a llorar de impotencia, la rabia iba

haciéndose con mi cuerpo, la desesperación me apresó. Cerré los ojos, escuché como un fuerte trueno resquebrajaba el cielo y al abrirlos vi como un rayo fulminaba a Karee. Esta cayó hacia un lado, sin moverse. Miré en todas direcciones, hasta que la vi, mi salvación.

—Parece que siempre tengo que sacarte de los apuros, muchacha —dijo Lyss con una radiante sonrisa.

—Lyss... —susurré agradecida.

—¿Cómo estás, niña? —preguntó—. ¡Vaya tripa! —Miró mi vientre.

—Todo esto tú ya lo sabías —dije sin fuerzas—. Podrías haber aparecido antes.

—Los dioses no me lo han permitido... —murmuró.

Karee se puso en pie y miró a la *valkyrja* furiosa, con los ojos inundados en lágrimas de manera intimidatoria. Parecía no terminar nunca. Cuando fue a atacarla, Lyss la tomó por el cuello y con un solo movimiento la pegó contra la pared. Apenas pude ver bien lo que hacía, me arrastré por el suelo hasta que pude llegar al jergón. Karee movía las piernas e intentaba coger las manos de la muchacha de cabellos oscuros. Pero delicados hilos de luz salían de la *valkyrja*.

—A las personas a las que quiero no se les hace daño —rugió la Lyss,

enfadada—. No voy a dejar que le toques ni un solo pelo, ni a ella ni a su bebé.

La miré sorprendida por sus palabras, había dicho que a la gente que ella quería no se le hacía daño... Adoraba a aquella mujer, si es que realmente lo era. Vi como Karee le escupía, esta se limpió y apretó con más fuerza.

—No vuelvas a hacer eso —le advirtió.

No hizo caso a lo que le había dicho, y volvió a repetirlo. Llena de ira, Lyss respondió con un fuerte rayo que acabó con la vida de Karee, acompañado con cientos de ellos brillando en el cielo.

Miré como todo ocurría, boquiabierta, hasta que el dolor volvió a asaltarme.

—Lyss... Lyss, ve a por Thorbran — le pedí, sentí que algo malo había ocurrido, pero no sabía que era—. Necesito que vayas, por favor...

Sin poder evitarlo solté un fuerte quejido, el dolor se iba volviendo cada vez más insoportable. Me pasé las manos por el vientre y luego por las piernas, hasta que me di cuenta de que estaban húmedas.

—Por los dioses... no... —murmuré—. Aún no... —Le pedí a la criatura.

—¿Qué pasa?

—Saca esto de aquí —dije entrecortadamente, a la vez que señalé

el cuerpo de la *thraell*.

Me estiré como pude sobre el jergón, mientras ella hacía lo que le había pedido y la tiró escaleras abajo. Se quedó quieta, inmóvil, había visto algo.

—¿Lyss? —Le pregunté preocupada.

—Ga... Gala... —murmuró con pesar.

—¿Qué? —Me asusté, mi corazón se desbocó, parecía que iba a salirse de mi pecho.

—Thorbran... Thorbran ha muerto, Gala —dijo poco a poco.

Thorbran había muerto... No podía ser. Las lágrimas empezaron a recorrer mi rostro, había sido él, estaba segura de que había sido el hombre sin cabello.

Había acabado con su vida, ese malnacido lo había matado. ¡Maldito sea! Lo mataría, no dejaría que la vida del *Jarl* se fuese en vano, yo misma acabaría con él. Le arrancaría el corazón del pecho. El dolor y el pesar se unieron, haciendo que las gotas fueran cada vez mayores. La muchacha estaba quieta, no decía nada, tan solo me miraba.

—Tráelo —le ordené— ¡Lyss, tráelo! —grité angustiada.

El dolor que sentía en aquel momento era el que sentiría Egil al saberlo. El hombre que había acabado con la vida de su madre, le arrebató también a su padre. Todos los que

amaba le habían dejado por culpa de ese maldito hombre, lleno de malicia y rencor. Como un fulgor intenso y arrollador, su pérdida me torturaba. Tal vez hubiera podido hacer algo por él, algo que no hice. Si hubiera detenido a Lyss, si hubiera dejado a Karee... Lo habría salvado, ¡ella podría haber hecho algo!

—¡Es tu culpa! ¡Tú eres la culpable, Lyss! —grité agonizante—. Podrías haberlo evitado —aseguré entre sollozos—. Podrías haberle salvado —mustié rota por dentro.

—No, no te equivoques —dijo molesta, manteniendo la poca calma que tenía—. Las *Nornas* han sido las que

han tejido así su destino, yo no tengo la culpa de nada. ¿Crees que no he querido bajar antes? ¡Los dioses no me lo han permitido!

Grité de dolor, era como si me estuviera clavando un *knífr* en el vientre, cada vez con más fuerza hasta rasgarme la piel. Lyss se arrodilló a mi lado, mientras lloraba en silencio me abrazó con fuerza, era capaz de ayudarme a mantenerme consciente, aquel suplicio iba a hacer que muriera. Mi cuerpo me pedía que hiciera fuerza, que empujara, cuando la *valkyrja* vio lo que hacía, se puso en pie nerviosa, no sabía qué hacer.

—¡Calienta agua, por los dioses!

¡Lyss, haz algo! —Le rogué.

Fue de un lado a otro, hasta que encontró un cuenco lo suficientemente profundo como para poder llenarlo de agua. Se arrodilló de nuevo a mi lado y con solo posar sus manos en él, esta se calentó.

—Trae tela —le pedí.

Se levantó, buscó por todos lados, como no encontraba lo que le había pedido, cogió un *kirtle* de Thorbran y lo rasgó en varios trozos. Se arrodilló a mi lado y las metió dentro del agua.

—Bien —murmuré, había visto como Paiva había tenido a Gyda, solo debía recordar lo que había hecho.

—¿Qué hago?

—Aguántame...

—*Freyja*... Ayúdanos —le rogó.

Me miró sin saber a que me refería, me tomó de la mano y dejó que hiciera fuerza. Todo mi cuerpo empezó a sudar, las gotas caían por mi frente mientras ella intentaba secarlas poco a poco.

—¿Por qué demonios tienes que nacer ahora? —preguntó Lyss.

Dejé ir un profundo alarido que retumbó por toda la gardr.

No sabía cuánto tiempo llevaba dando a luz a aquella criatura, el dolor y el miedo que tenía se habían marchado, apenas me quedaban fuerzas para seguir luchando por aquella vida. Mi cuerpo estaba exhausto, al igual que mi mente.

No podía más. Gracias a los dioses, tenía a Lyss conmigo. Mi pequeño salió, no podía verle, no lloraba, no se movía, no hacía nada. Mis manos empezaron a temblar, no podía morir... él no... Necesitaba que ese niño viviera. Quería tener a mi pequeño en brazos.

—Lo tengo, lo tengo —dijo Lyss—. Tranquila —murmuró con una sonrisa—. Es una preciosa y pequeña niña —susurró entre lágrimas. No pudo evitar romper a llorar junto a ella, estaba viva.

—Ve a por un *kirtle*, y las pieles que hay sobre el jergón de Thorbran —dije sin apenas fuerza. La *valkyrja* me tendió a la niña, tenía los ojos cerrados y más cabello del que jamás le había visto a un

recién nacido.

La enviada por los dioses se puso en pie, pasó junto a la mesa y fue a por lo que le había pedido. Sin su ayuda no podría haberlo conseguido.

—Lyss —susurré dejando que las lágrimas volvieran a recorrer mi rostro.

—¿Qué? —preguntó.

—No... Tú no, *valkyrja*... Ella, mi pequeña Lyss —miré a la criatura.

La joven se sorprendió, cogió las pieles y corrió hacia mí.

—Vas a llamarla Lyss... —murmuró asombrada.

—Sí, amiga mía. Si no hubiera sido por ti ella no estaría aquí —la miré—. Espero que tenga la valentía que tienes

tú —no podía evitar sonreír, enamorada de mi pequeña.

Lyss no pudo aguantar más, lloró como una niña pequeña, y se deshizo sobre mi hombro emocionada. Volvió a abrazarme y sonrió.

—Gracias...

—Ayúdame —le dije—. No pensé que te pusieras así.

Me dio un golpe en el brazo y empezó a reír como nunca antes la había visto hacerlo. Sentí la necesidad de mantenernos con fuerza a las dos, no podíamos derrumbarnos ante la falta de Thorbran y Egil.

La *valkyrja* mojó las telas en el agua caliente, entre las dos limpiamos la

sangre que había por todo el cuerpo del bebé poco a poco, con mimo. La pequeña abrió los ojos y nos observó curiosa, mirando hacia todos lados, algo extraño. Hasta que se agarró a uno de los dedos de Lyss, aquella niña era una enviada de los dioses.

—Es hermosa —dijo mirando a la niña.

—Sí, lo es —la envolví en el *kirtle* y la piel que había traído.

Dejé que Lyss se encargara de ella mientras me limpiaba, aún sin fuerzas, vi como un cordón colgaba del vientre de mi bebé. Lo corté con la pequeña daga que había hecho y que guardaba bajo el jergón. Cuando estuve limpia, la

valkyrja me tendió a Lyss, vació el agua y fue a por unas cuantas brasas para colocarlas junto a nosotras para que no pasáramos frío. Pasó sus manos por encima de las brasas y dejó que algunos rayos bailaran en el interior de este. Los observé, aquel maravilloso don que tenía era único. Lo mismo que ocurría en las tormentas, los rayos y truenos que retumbaban en el cielo estaban frente a mí, conmigo, dándome el calor que me faltaba. Skogkatt se tumbó a mi lado, al contrario que ella, en el jergón y me lamió las piernas.

—¿Has visto que hermosa es? —Le pregunté.

Este parecía haberme entendido y

dejó ir un suave maullido para no asustarla. Posó su gran cabeza sobre mi pierna y se quedó dormido. Escuché como alguien se acercaba, aunque Lyss se percató de ello antes, por lo que se puso en pie frente a la puerta en guardia, preparada para atacar cuando fuese necesario.

—¡Gala! —gritó mi padre.

Subió rápidamente las escaleras, se detuvo en la puerta y le dio un golpe, nada más hacerlo se encontró con la muchacha de cabellos oscuros y ojos claros. Desenfundó su espada, la dejó sobre su cuello, pero ella no se movió. Conocía a padre, lo había visto, igual que nos veía a nosotros.

—Es mi hermana, padre —le explique.

—¿De dónde demonios ha salido? ¿Qué le ha ocurrido a Thorbran? —preguntó nada más verle, agachándose junto a él.

—Padre, ella es Lyss... Nos ha salvado —dije mirando a la niña—. Pero no ha podido hacer nada por el *Jarl*.

Le expliqué lo ocurrido cuando Egil se marchó, como ella fue capaz de darme la fuerza que no encontraba para poder seguir luchando por él, como había acabado con la vida de Karee, y como me había ayudado a tener a Lyss. La miró de arriba abajo, una y otra vez,

extrañado de no haberla visto.

—¿De dónde vienes?

—De *Asgard*, Señor —dijo ella.

Alzó las cejas sin entender muy bien qué le decía, estaba extrañado y fascinado. Nunca antes habíamos hablado así de los reinos, pero sería capaz de entenderlo todo.

—Soy una *valkyrja*, señor, los dioses dejaron que viniera a ayudar a Gala, no suele ocurrir esto, en realidad no está permitido, pero sentí que debía hacerlo.

—Entiendo... —dijo pensativo, entonces me miró y se arrodilló dándose cuenta de que tenía a la pequeña en mis brazos—. ¡Por los dioses, Gala! —

Observó a la niña, esta también le miró.

Dejó que la cogiera y la sostuviera entre sus fuertes brazos, lo que hizo que me emocionara verle así. Me sequé las lágrimas, y me tapé con las pieles. Lyss que vio que pasaba frío, se acercó a esta y la cerró.

—Mi pequeña... —murmuró sin saber cómo llamarla, así que, me miró para que le dijera el nombre que había elegido.

—Lyss... Se llama Lyss.

—Mi pequeña Lyss —susurró pasándole un dedo por la mejilla a la vez que se deshacía en lágrimas.

—Padre —llamé su atención—. ¿Podría ocuparse del cuerpo de

Thorbran?

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó angustiado—. He visto que el de Karee está fuera.

—Vino a atacarme —hice una mueca—. Gracias a que apareció Lyss sigo viva, todo es gracias a ella... Por desgracia a Thorbran lo asaltaron en la entrada —dije con pesar, calvando la mirada en el suelo—. Estoy segura de quien ha acabado con su vida, padre.

—¿Quién?

—El mismo que mató a Astrid.

Sus ojos se llenaron de ira, igual que todo su cuerpo el cual se tensó, al mío lo recorrió, haciendo que temblara, podía sentir el rencor, el ansia de venganza

que nació en padre.

—Acabaré con él —prometió.

—Lo haremos entre todos, no dejaré que ese malnacido recorra nuestras tierras como si fueran tuyas y menos después de haberse llevado dos grandes vidas consigo.

Se puso en pie, dio la vuelta y se abrazó a la muchacha, lo que me sorprendió pero a la vez hizo que sonriera.

—*Pakka* .

—No las merezco, *drottin*, yo solo he ayudado a una amiga —le contestó ella con una amplia sonrisa.

—Haré que Gull vaya a por Egil y los demás, debe de enterarse de todo lo

acontecido, además será mejor que vuelvan nuestros guerreros, así nos prepararemos para una nueva emboscada.

Asentí y no dije nada más, solo pensé. Sujeté a mi niña entre mis brazos y me di cuenta del dolor que sentiría mi hombre al volver, al darse cuenta de lo que había ocurrido. Se sentiría culpable por no haber estado aquí, pero no dejaría que se derrumbara, no después de todo lo que había vivido.

Cuando padre se marchó, la muchacha se acercó a mí, me ayudó a recogerlo todo y cogió una cesta lo suficientemente grande como para que pudiera caber la niña. La llenó de pieles

y dejó a Lyss en ella tapándola.

Tras eso, se estiró a mi lado con Skogkatt. Me besó la frente y eso, por alguna razón, hizo que un extraño y repentino cansancio se apoderara de todo mi cuerpo.

—Adiós, *sustr* —me susurró al oído.

—Lyss... —murmuré.

—No estás sola, niña —me dijo—,
nunca sola —me prometió.



CAPÍTULO XXV

No sabía cuánto tiempo hacía que cabalgábamos, ni cuanto habíamos recorrido. Sentía como mi animal estaba exhausto, pero no podía dejar que pasara más tiempo desde su pérdida, debía llegar cuanto antes. Espíritu iba cada vez más lento, teníamos que descansar, el *hestr* no podría aguantar así durante todo el viaje. Miré hacia atrás para ver por donde se encontraban mis hermanos, aún estaban lejos, más de

lo que esperaba. Seguí avanzando hasta que llegué a una pradera, hice que el *hestr* se detuviera, desmonté y dejé que pastara tranquilamente y así pudiera descansar mientras yo también lo hacía.

Los demás llegaron después, iba a dejar que descansaran, al igual que lo estaba haciendo mi animal. No podía creer lo que estaba ocurriendo, no entendía como todo aquello había podido ocurrir. Aquel que había matado a madre apareció de nuevo, había vuelto al poblado que me vio crecer, había atacado a mi hermosa mujer, incendió nuestros bosques, algo que no sabemos si realmente es cierto, pero era lo que Gull nos había transmitido, así que

esperaba que lo fuese. La rabia no dejaba de vivir en mí, el dolor, la impotencia y las ganas que tenía de acabar con él habían tomado mi interior y mi pensamiento.

No dejaba de pensar en cómo tendría que estar Gala, en cómo debía haberlo pasado... Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo erizándome el vello, haciendo que esa mezcla de sensaciones se avivara como nunca antes lo había hecho. No podía esperar, no iba a dejar que nadie le hiciera daño. Estaba desprotegida, no me bastaba con saber que Hammer estaba con ella, padre había muerto, podrían volver a atacar nuestro *heimr* y nadie podría detenerlos,

debía llegar y acabar con ellos. Monté de nuevo en el caballo, no iba a quedarme allí esperando a que pudiera volver a ocurrir.

—Eh, Egil, aguarda —me pidió Gull.

No hice caso a sus palabras, seguí mi camino, había pasado demasiado tiempo desde su llegada y cada vez mi desasosiego era peor. Apreté los dientes y dejé que el aire cortara cada una de las lágrimas que amenazaban con salir de mis ojos. Intenté que este también se llevara las ganas de venganza que tenía, el dolor que ardía en mi interior, pero nada iba a hacer desaparecer aquello, no acabaría con ello hasta que no le

arrancara el corazón del pecho al hombre que acabó con padre.

El camino de vuelta se me hacía interminable, cada vez parecía alejarme más de ella. Llevábamos más de tres lunas montados sobre los caballos, solo nos deteníamos para descansar, no dormíamos, apenas comíamos, no podíamos retrasarnos. Necesitaba llegar lo antes posible, si no lo hacía lo que me corroía por dentro acabaría con mi vida.

Escuché como los *hestrs* de mis hermanos se movían detrás de mí, sus pisadas eran cada vez más notables, se estaban acercando. Giré la cabeza y vi como Gull pasó por el lado del resto para colocarse a mi lado.

—No puedes seguir así, *bróðir* — añadió preocupado—. Eso va acabar contigo si no descansas un poco.

—No, Gull, necesito llegar, sino sí que acabaré por desfallecer.

Mis ojos se inundaron de lágrimas al pensar que no había podido estar con mi *húsfreyja*, no había podido ver como mi hermosa hija nacía, ni había podido defender a mi padre y mi pueblo porque estaba ayudando a alguien que no eran los míos. Le di un ligero golpe a Espíritu, para que fuera más deprisa, pero el animal no podía hacerlo, estaba cansado y apenas conseguía avanzar. Cuando estuviéramos más cerca dejaría que todos se detuvieran.

—Egil, por los dioses —dijo Gull detrás de mí—. Detente —me ordenó— ella no está sola.

—Hammer no es suficiente, él no puede protegerla —contesté tajante—. Mira lo que hicieron con mi propio padre, no voy a hacer que se pierdan más vidas. Los dioses no las requieren, no puedo dejar que se los lleven...

—Hay una *valkyrja* con ella —murmuró.

—¿Cómo has dicho? —pregunté asombrado— ¿estás seguro?

Hice que el *hestr* se calmara, para que así pudiera volver a alcanzarme y me explicara quien era la que velaba por mi mujer, quien era la que protegía su

vida.

—Una *valkyrja* bajó del *Asgard*, la ayudó, ella la salvó de Karee.

Cerré los ojos, una lágrima descendió por mi rostro. Era ella, la *valkyrja* que le ayudó a detener a Karee, aquella que no había acabado con la vida de la *thraell* en el bosque.

—Ella...

Los recuerdos se agolparon en mi mente como una tormenta arrolladora, como si los viviera de nuevo en aquel preciso instante. Podía ver como observaba como la *thraell* quedaba sujeta en el aire por rayos de luz.

—Gracias, Lyss —miré al cielo.

—Así se llama vuestra hija —dijo

Gull sorprendido—. ¿Cómo lo has sabido?

—Lyss es el nombre de la *valkyrja* que salvó la vida a mi *húsfreyja*.

Fijé mis ojos más allá del horizonte, podía ver las montañas que nos avisaban de que estábamos próximos a nuestras tierras. No tardaríamos en llegar, una noche más, un día y volverían a estar a salvo conmigo. Podría abrazar a las dos mujeres que más amaba en todo el *Midgard*. Dejaría que mis guerreros descansaran, no iba a seguir forzándolos. Han seguido lo que les decía, sin importarles nada.

La guerra seguiría avanzando, aquellos malnacidos vendrían a por

nosotros, a por mi gente y mi familia. Debíamos estar preparados para proteger lo que era nuestro, no esperaríamos a que llegaran al poblado.

—Gull... —murmuré.

Este me miró alzando las cejas, esperando a que le dijera lo que tenía en mente.

—Es hermosa, tanto como su madre, tiene los ojos oscuros como la noche y mucho cabello, nunca antes había visto a una criatura así, es claro. Es terriblemente bella, Egil, tienes una hija magnífica.

Apreté los dientes intentando contener un suspiro que quería escapar de mi boca, debía ser la niña más bella

de todo el *Midgard*. Iba a tener a dos hermosas mujeres a las que cuidar y defender con mi vida. Si Lyss era igual de guerrera y salvaje que la madre, no tendría mucho que hacer.

El atardecer cayó sobre nosotros, el sol empezaba a esconderse tras las montañas y los pocos rayos de sol que había solo nos servían para desmontar y empezarnos a resguardarnos de la noche. Debíamos hacer una hoguera con la que calentarnos durante la noche. Todos fueron a por lo necesario, mientras yo no podía dejar de pensar en ellas. Poco después ya lo tenían, el fuego ardía mientras las llamas se movían alrededor de los troncos. Mirara a donde mirara

solo podía pensar en ella, Gala estaba en todas partes, debía volver.

—Tengo que seguir —le dije a los demás.

Me observaron boquiabiertos, sin entender muy bien que era lo que estaba haciendo.

—Iré contigo —dijeron Gull y Carón a la vez.

—No, quedaos con los demás, lideraréis el grupo, será mejor que permanezcáis unidos, seréis más fuertes si algo ocurre.

—¿Y tú?

—No me verán yendo yo solo —miré con pesar a Gull, no quería que se preocupara por lo que pudiera

ocurrirme, necesitaba llegar a mi hogar cuanto antes—. Tranquilo, estaré bien.

No dijo nada, dejó su mirada fija en la mía, estaba molesto pero no me importaba, más lo estaría yo si permaneciera con ellos aquí en vez de hacer lo que me dictaba mi corazón. Antes de marcharme ya me habría perdonado estaba seguro de ello.

—Podría haberme marchado cuando todos estábais dormidos, no os habríais percatado y no lo he hecho —intenté que entendiera que era lo que quería decirles.

Permaneció callado mirándome y fue entonces cuando Carón habló.

—Déjalo ir, no va a pasarle nada,

además, necesita ver a Gala y a la pequeña Lyss.

Gull acabó cediendo, asintió y dejó que me pusiera en pie, se levantó conmigo y me acompañó hasta donde se encontraba el *hestr*.

—Ve con cuidado, *bróðir* —me dio varios golpes en la espalda.

—Todo irá bien, los dioses están conmigo, lo sé.

Asintió, sin decir nada más, observó cómo me montaba en el animal y le dio un pequeño golpe en el lomo. Antes de seguir, me acerqué a mis hermanos, los miré y estos me dijeron adiós con la mirada, permaneciendo en silencio.

—Os espero allí —le dije a Gull.

—No tardaremos en llegar.

Chasquéé la lengua al mismo tiempo que le daba un golpe a Espíritu en el lomo, el hestr empezó a andar poco a poco, por lo que le di otro más.

—Vamos —le animé.

El aire impactaba contra mi rostro con más fuerza, dañándolo, hacía frío y eso hacía que me hiriera. Pero nada me importaba, solo quería llegar a mi maltrecho heimr, allí donde se encontraba mi familia.

Había instantes en los que no podía llegar a creer lo que estaba sucediendo, la muerte de padre, el nacimiento de Lyss, el amor de mi existencia sola ante el peligro. Había veces que deseaba que

tan solo fuera una ilusión. Ojalá fuera solo eso, ojalá no fuera más que un mal sueño en el que pudiera abrir los ojos y ver a mi hermosa mujer, junto a mi padre, sentados en la escalera de la *gardr*.

Ese sería el mayor presente que podrían hacerme los dioses. Pero ellos mismos decidieron que fuese así, que el destino cumpliría lo que las *Nornas* tejieran en su telar. Injustas estas, pero no solo ellas. Maldije el momento en el que abandoné todo aquello que era mío, aquello que había sobrevivido a pesar del tiempo, aquello que había luchado por seguir conmigo. A causa de mi falta, padre ya no volvería a disfrutar del frío

hielo, de los débiles rayos de *Sól*, ni podría disfrutar de la pequeña Lyss, de esa pequeña niña tan hermosa como su *móðir*.

—Hay tantas cosas que lamento...
—Le susurré al viento que azotaba mi cabello— lamento tanto no haberte dicho adiós, no pude hacerlo, primero fue madre y ahora tú —al nombrarla mi cuerpo se tensó enfadado por no haber podido hacer nada por salvarla. Un par de lágrimas se escaparon de mis ojos, recorriendo mis mejillas—. Acabaré con él, padre, vengaré vuestra muerte, no dejaré que ese hombre acabe con nuestra gente —murmuré lleno de ira.

Pasé entre los árboles, sería mejor

avanzar por el interior del bosque, así si me encontraba con alguien esperando mi llegada para atacarme, no me vería.

—*Vuelve conmigo, mo vikingr.*

Escuché como me decía Gala, como me lo susurraba al oído. Me giré buscándola, pero no vi a nadie, estaba solo en medio de los árboles. El vello se me erizó al recordarla, tenía tantas ganas de estrecharla entre mis brazos, de notar el calor de su cuerpo, de ver el maravilloso regalo que los dioses nos habían dado. Protegería a esa niña con mi vida, no dejaría que nadie le hiciera nada.

Aminoré el paso, Espíritu no podía seguir así o acabaría sufriendo. Miré de

nuevo hacia todos lados, en la lejanía pude ver como un hombre vigilaba la *vangr*. Aquello me llamó la atención, apenas quedaba nada para llegar al poblado, estaba en lo cierto, aguardaban mi llegada. Hice que el *hestr* se detuviera, desmonté y lo escondí tras unos árboles. Me agaché y fui avanzando entre los árboles, me acerqué por su espalda, se giró un poco para mirar el otro lado del bosque y le reconocí, era él, el hombre sin cabello que mató a madre. Cogí aire y lo solté intentando controlarme, pero no pude. Seguí caminando hasta que lo tuve a un solo paso, y saqué un pequeño *knifr* que colgaba de mi cinto.

Pasé mi antebrazo por delante de su cuello, y vi como poco a poco iba desequilibrándose cuando tiré de él hacia atrás. Le clavé el *knifr* en el costado derecho por la parte de atrás. Fui moviéndolo hacia la parte delantera, creando una buena brecha, no dejaba de salir sangre, demasiada, podría acabar muriendo, pero no dejaría que eso ocurriera, los dioses dirían si debía morir con honor o no.

—Vaya —dije mediante un gruñido.

El hombre calló. Le di la vuelta y fue entonces cuando me vio, fijó sus ojos en los míos, vi la rabia que había en ellos y como esta hacía que brillaran como el fuego.

—Eres tú... —dijo entre dientes—. ¿Cómo está tu madre? —preguntó con malicia.

—¿Cómo eres capaz de hablar de ella? —pregunté molesto, adentré un poco más el puñal mientras él intentaba soportar el dolor que estaba sintiendo—. Vuelve a hablar de ella, hazlo —le reté entre dientes.

—Astrid no era más que una mujer deliciosa, despechada, era capaz de arrastrarse por cualquiera, era simplemente despreciable.

Aquello último me dolió más aún que lo anterior, pero no dejaría que siguiera así. Saqué el *knifr*, lo subí por su pecho a la altura del hombro y se lo

clavé. Estaba empapado de sangre, merecía sufrir. Al sacarlo hice un corte desde la herida superior a la inferior, el hombre gritaba de dolor pero no me importaba, jamás sufriría como lo hice yo a causa de todo lo que había hecho él. Pegué mi frente a la suya, esta vez colocando la hoja de la daga en su cuello.

—No soy mal hombre —murmuré—. Debería de hacerte daño, que me rogaras que te soltara, debería matarte, cobrarme las vidas que te llevaste, torturarte hasta que perdieras el conocimiento —añadí seriamente a la vez que clavaba la hoja en su piel lo suficiente como para que un reguero de

sangre recorriera su pecho—. Pero, no lo voy a hacer —aseguré con una amplia sonrisa—. No, no ahora, soy un hombre de honor.

Permaneció en silencio, se limitó a observarme y a escuchar cada una de las palabras que iban saliendo de mi boca.

—Dentro de tres lunas, antes de que caiga el sol, cuando esté sobre las montañas, será entonces cuando todo acabe para ti, será entonces cuando acabe contigo. Haré que te coman los *hundr*.

Lo solté, cerré la mano en la que llevaba el *knífr* y le golpeé con fuerza en la cabeza, haciendo que cayera desplomado al suelo y no tuviera

ocasión para atacarme, no hasta que se librara nuestra batalla. Fui a por Espíritu, lo desanudé y de un salto me impulsé hasta acabar encima de él. Le di un golpe en seco y este empezó a caminar. Cada vez iba más deprisa, tanto como podía atravesamos el bosque pasando entre los árboles, necesitaba llegar a mi hogar y alertar a todos de lo ocurrido.

Desde la lejanía pude ver el poblado, la gente iba de un lado a otro por los caminos que entraban, también vi a Olaf, quien estaba en la pradera junto a Jokull, Gyda, Janson y algunos más. Estaban preparándose para algo, estaba a punto de ocurrir, aunque lo que

no sabían era que llegaría antes de lo esperado. Tres días debían ser suficientes como para que estuviéramos listos. Uno de ellos alertó a Jokull, todos se giraron para mirarme y me saludaron con el brazo.

Me acerqué a ellos, hice que el *hestr* fuese más despacio, hasta que me detuve frente a a ellos.

—¿Ya sabes lo ocurrido?

—Así es, Gull vino a avisarnos.

Vi la pena en sus ojos, me miraban con lástima, como si no pudiera con todo lo que estaba ocurriendo, como si no pudiera controlarlo, pero era entonces cuando debía ser fuerte, por ellos, mi pueblo me necesitaba tanto

como los necesitaba yo a ellos.

—¿Dónde está Gala? —pregunté ansioso.

—Está en la *gardr* de tu padre, con Hammer y Linna, preparando el adiós a tu padre —dijo Gyda con tristeza.

—Gracias.

Me di la vuelta, pero antes de que pudiera irme, Jokull se acercó a mí con la cabeza gacha.

—Quiero que sepas que tomes la decisión que tomes estaré a tu lado —dijo seriamente—. Lamento que las *valkyrjas* hayan tenido que llevárselo así.

—Sí, lo sé —contesté escuetamente—. Gracias, lo tendré en cuenta.

El hombre se hizo a un lado y dejó que el *hestr* avanzara. Bajé hasta el centro del poblado, los que allí se encontraban me miraron atentos. Iba a anhelar a mi padre, pero sabía que los dioses lo tendrían junto a ellos, y lo convertirían en el mejor guerrero que había pisado jamás el *Valhalla*, algún día volveríamos a encontrarnos, y lucharíamos junto a nuestro padre, *Odín*.

No hice caso a las miradas de Steit, Agnetha o Elsa. Nada iba a hacer que me rindiera, lucharía por salvar sus vidas, igual que lo habría hecho padre. Pero en ese momento solo quería ver a mis dos hermosas mujeres, necesitaba verlas sanas y salvas. Me encaminé

hacia la *gardr* de padre, la cual sería para nuestra pequeña familia. En las escaleras de la entrada vi a Hammer, estaba sentado con la cabeza enterrada en las manos, miraba el arenoso suelo. Cuando escuchó como el caballo se acercaba, alzó la cabeza, y se pasó las manos por la cara atónito. Dejó ir un profundo suspiro. Cuando estaba algo más cerca de la cabaña vi salir al *gaupa*, y cómo no dejaba de observarme. Estaba mucho más grande que cuando me fui, era enorme, podría enfrentarse a un *grábjörn*.

—Egil —murmuró el hombre desconcertado.

—He vuelto.

—De eso ya me he percatado —me miró de arriba abajo— Gala está dentro.

Desmonté del animal de un solo salto. Hammer agarró las riendas del *hestr* y las ató al poste que había en la entrada. Acaricié a Skogkatt entre las orejas, y este no pudo evitar ronronear gustoso a la vez que me lamía la mano. Di varios golpes en la puerta, podía escuchar como Gala refunfuñaba en el interior hablando para sí misma, estaba enfadada. No parecía haber ni rastro de Gyda por lo que supuse que se había marchado.

—Padre —dijo en voz baja—, quiero descansar, que no entre nadie, Lyss tiene que dormir —gruñó

malhumorada.

—¿No quieres que nadie entre? — pregunté asomándome tras la puerta.

Durante un momento permaneció callada mirándome con esos hermosos ojos que tenía sin apenas poder creer lo que veía.

—¿De verdad que estás aquí? — preguntó sorprendida.

Su cuerpo apenas podía reaccionar, pero eso hizo que pudiera observarla mejor. Parecía más escueta, su piel se había vuelto más clara, sus labios se habían tornado más rojizos y sus ojos brillaban más que nunca, aun habiendo algunos ligeros cambios seguía siendo la mujer más hermosa de todo el *Midgard*.

En sus brazos sostenía a la pequeña criatura de cabellos claros como los de ella. Tenía los ojos cerrados y descansaba tranquila con un dedo en su boca. Apenas podía moverme, era tan bella la imagen que no quería dejar de mirar. De mis ojos empezaron a brotar lágrimas de alegría, mi pequeña *kottr* sujeta por la mujer a la que amaba, poseedora de mi cuerpo y mi corazón. No quería que aquello acabara nunca, la felicidad que sentía era imposible de igualar, nunca había sido tan feliz.

Di dos pasos hacia ellas y Gala hizo lo mismo, dejó a la pequeña en una cesta, la cual habían llenado de pieles, la tapó y sin pensárselo dos veces se

tiró encima de mí, haciendo que mi espalda chocara contra la puerta cerrándola de golpe.

—Mi hermoso vikingo —susurró entre lágrimas—. He anhelado tanto este momento —su voz iba desapareciendo hasta quebrarse.

—Y yo, mi vida —dije pegando mi frente a la de ella, mientras acariciaba su espalda—. Había momentos en los que solo deseaba volver, estar a tu lado, me martirizaba el hecho de que pudieras pasarlo mal, de que tuvieras a nuestra hija sola... —entonces fui yo quien se quebró— donde estés tú está mi *heimr*, Gala —me miró pero no dijo nada, solo alzó sus cejas—. Solo tú eres capaz de

resquebrajar esta pared que no me dejaba sentir nada más allá de la ira y la rabia —me besó con ansia—. Solo tú eres capaz de darme la luz que ni el sol puede darme, aquella que me guía en las noches oscuras, eres la única protección que necesito cuando la tormenta se cierne sobre mí.

No pudo evitarlo, rompió a llorar desconsoladamente a causa de lo que le había dicho, al ver que solo había vuelto por ella.

—Tranquila, mi hermosa *vakyrja* —pasé las manos por su cabello—. No te dejaré sola.

Asintió varias veces.

—No, no me dejes —murmuró—.

Por los dioses... No me dejes, Egil — me rogó sin parar.

Me besó arrolladoramente, llevándose consigo todo el amor que tenía guardando para aquel momento. Me devoró, nuestras bocas se dejaban llevar por lo que nos guiaba. La agarré con fuerza por la cintura, ella rodeó la mía con sus largas piernas, no dejamos de besarnos, cogió mis manos y las puso sobre su trasero. Separó su rostro del mío y me miró, en sus ojos podía ver su ansia, estos brillaban llenos de alegría.

—Hazme tuya, Egil —me pidió, su voz se había vuelto como el ronroneo del *gaupa*, llamativo y salvaje.

—Eres mía desde hace mucho

tiempo —pegué mis labios a los suyos —. ¿Y ella? —pregunté mirando a la pequeña.

—No pasa nada, Lyss duerme.

—Lyss —susurré a la vez que la observaba.

Fui yo quien volvió al ritmo frenético de sus besos, la pegué a mí, ni un soplo de aire podría pasar entre nosotros, apreté las manos contra su piel con tanta fuerza como pude, haciendo que soltara un quejido. Mi boca buscó su cuello, lo besé, lo lamí y lo mordí, dejando una marca que decía que me pertenecía.

—Te he echado tanto de menos —le susurré al oído, haciendo que el vello de

Gala se erizara.

No supe ni como lo hacía, pero su cuerpo tan pegado al mío hizo que mi miembro clamara más atención de lo que ya pedía, aquella que desde hacía mucho no tenía. Me besó con fuerza y fiereza, haciendo que ni el aire entrara en mi pecho. Se acercó a mi boca pero no me besó, paseó su lengua por mis labios incitándome. Di varios pasos hasta que llegamos junto al jergón, era más grande de lo que lo recordaba. Ví que Skogkatt estaba tumbado sobre él, así que, miré a Gala.

—Fuera —le ordenó.

El animal hizo lo que le había pedido, se puso en pie y se colocó junto

al fuego y se tumbó hasta que se quedó totalmente dormido.

La estiré sobre las pieles y no me separé de ella, la llené de besos de arriba abajo hasta que llegué al cuello del *kirtle* que llevaba, deshice el nudo que la sujetaban y al abrirla me topé con sus pechos. Los acaricié con mimo. Vi como Gala se llevaba un dedo a la boca, solo que aquella vez había sido el mío.

—No puedo esperar más —
murmuré.

Mi amada *raudhárr* me miraba confusa.

—Pero... —susurró sin saber que decir.

—He ansiado tanto este momento —

gruñí.

Pasó una de sus manos por mi rostro acariciándolo.

—Mi hombre.

—Soy solo tuyo.

Abrió los ojos, pensando en lo que acababa de ocurrir.

—Tal vez deberíamos esperar un poco.

Tenía razón, no hacía nada que había tenido a la niña, podría ser peligroso. Asentí poco a poco, no quería que aquel momento se retrasara, la necesitaba allí y en aquel preciso instante. Con un único movimiento me agarró por los hombros y me pidió que me diera la vuelta, quedando tumbado sobre el jergón. Se

sentó sobre mi cintura, me besó de arriba abajo, aunque no solo eso.

—Gala, por los dioses... —murmuré mediante un gruñido.

Esta sonrió a la vez que se deshacía de mi *kirtle*, pero aquella vez no me lo quitó sino que con dos movimientos rasgó la tela dejando que cayera al suelo. Un reguero de besos bajó desde mi pecho hasta la cinturilla de mi pantalón, lo bajó con delicadeza y lentitud, haciendo que el proceso se volviera eterno. Alcé la cintura para llamar su atención, pero ella seguía haciendo lo que quería.

Me miró alegre, lo estaba haciendo para que sufriera. Adoraba a aquella

mujer, tan delicada y dulce, y a la vez
tan especial y salvaje



CAPÍTULO XXVI

Lo que estaba ocurriendo en aquel momento no sería más que un delicioso recuerdo que permanecería en nuestras mentes hasta el día en que llegáramos al *Valhalla*.

Gala se quedó tumbada junto a mí, le pasé las manos por el cabello, se dio la vuelta y colocó su cabeza sobre mi pecho, estiró el brazo y nos cubrió con las pieles para que no pasáramos frío. En aquellas tierras el frío no se

desvanecía. Estar así era un hermoso sueño, no hacía mucho había estado luchando junto a un pueblo que no era el mío, junto a Ragnarr, matando a aquellos que eran enemigos, a cientos de guerreros que querían cruzar su poblado para atacar a mi gente. Por un instante deseé que el tiempo se detuviera, estar allí con Gala era lo mejor que podría haberme ocurrido.

Un tierno llanto me sacó de mis pensamientos, parecía que la pequeña Lyss se había despertado. La miré y luego a Gala, la aparté dejándola al otro lado del jergón, para así poder sujetar bien a la criatura. Me acerqué a ella y la observé. Sus pequeñas manitas se

alzaban buscando atención, para que alguien la sacara de allí. Era tan diminuta y frágil que parecía que fuese a romperse nada más cogerla con mis grandes manos. La sujeté entre mis brazos como pude para que no cayera y me senté sobre el jergón junto a Gala. Le pasé las manos por su pequeña cabecita peinando su fino cabello.

La observé tranquilamente, en aquel momento me había dado cuenta de que el llanto de la pequeña había desaparecido nada más cobijarla entre mis brazos. La miré y vi como sus ojos me observaban, estaba seguro de que cuando creciera estos cambiarían.

—Lyss —susurré contemplándola.

Sonreí, no pude evitarlo. Era la niña más hermosa de todo el *Midgard*, y tenía la suerte de poder resguardarla entre mis brazos, lo que solo me provocaba felicidad. La observé, igual que ella a mí, sonreí y ella hizo lo mismo, lo que provocó que cientos de sensaciones recorrieran mi cuerpo erizando mi vello. Gala que nos observaba, sonrió también con los ojos llenos de lágrimas.

—Mira a tu *móðir* —le susurré, girando un poco la cabeza hacia mi *húsfreyja*.

Esta sonrió, pero no dijo nada.

—¿Por qué lloras, *móðir* ? — pregunté en voz baja, como si fuera la niña quien hablaba.

Gala empezó a reír, no podía dejar de hacerlo y fue aquel simple gesto lo que me llenó por dentro, por completo. Estaba junto a las dos mujeres que más amaba de todos los nueve reinos. Gala se pegó a mí descansando sobre mi pecho, igual que lo hizo antes, miró a la pequeña Lyss y sonrió de oreja a oreja.

—Ahora estamos al completo —murmuró.

—Somos una pequeña familia —dije lleno de orgullo.

Varios golpes en la entrada principal nos alertaron, entró Hammer serio, aunque al ver a Lyss no pudo evitar sonreír.

—Egil, debemos hablar.

—Sí, *hersir* —dejé a mi dóttir en los brazos de Gala, me puse en pie, las cubrí con las pieles que había en el jergón y me vestí con un *kirtle*.

Le propuse sentarnos junto al fuego, el hombre hizo una mueca, parecía no querer que hubiera nadie salvo nosotros, pero a mí no importaba tener a mis dos mujeres durante nuestra conversación.

—Bien —dijo al final el hombre, pensativo—. Esta misma noche despediremos a Thorbran, es mejor hacerlo cuanto antes, queríamos que estuvieras presente —carraspeó—. También celebraremos una *thing*, allí elegiremos el nuevo *Jarl*, ya que nadie ha reclamado el puesto.

Asentí sin decir nada, el recuerdo de padre hacía que todo se desvaneciera, no podía creer que no fuese a verle más.

—Tu padre era el *Jarl*, cabe la posibilidad de que el pueblo... — susurré.

—Sí, lo sé, pero... —Le interrumpí—. Jokull y tú sois los *hersir*, tenéis más derecho que yo a tomar su lugar.

—Muchacho, ya lo hemos hablado con el resto de nuestra gente —estaba algo molesto, pero no entendía por qué—. Hemos decidido que debes ser tú quien tome las riendas del poblado.

Alcé las cejas, pensé que se decidiría en la *thing*, para algo se celebraban. Desde que no era más que

un niño había pensado en que jamás llegaría ese momento, o al menos tan pronto. Pensé que los *hersir* serían los que ocuparían el cargo cuando él no estuviera, o quien acabara con su vida, pero parecía no ser así.

—Pero... Yo no estoy preparado para ello.

—Lo estás, Egil, tú nos liderarás igual que lideraste a las gentes de Ragnarr, no puedes dejar al pueblo.

Le miré, no sabía bien qué hacer ni qué decirle, estaba confuso. Por mi cabeza pasaban cientos de cosas, tenía que ocuparme de todo aquello que había sido responsabilidad de padre, no podría estar con ellas, no podría cuidar

y ver crecer a mi *dóttir*, necesitaba más tiempo.

—No, no quiero, no puedo ser *Jarl*, yo debo cuidar de ellas, Hammer.

—No, tú te debes a tu pueblo, Egil, igual que lo hizo Thorbran.

Me miró enfadado, el hecho de rechazar un lugar como aquel era algo tan impensable para ningún guerrero que jamás nadie diría que lo había hecho. Cualquiera querría poder ocuparse de su gente, de sus hermanos. No podía dejar a mi heimr sin protección, no podía dejar que aquellos malnacidos que venían por el norte acabaran con la vida de las personas que vivían, aquellas que tenían allí su hogar.

—Está bien —murmuré—. Pero solo aceptaré si estáis a mi lado, no voy a permitir que mi *dóttir* crezca sin un *faðir* —las miré.

Permaneció en silencio pensativo, me miró y luego las miró a ellas, clavó su vista en el fuego, no dijo nada tan solo recapacitó con lo que le había pedido.

—De acuerdo, tendrás tiempo para ellas —respondió sin siquiera mirarme.

—Gracias, Hammer, no quiero que Lyss crezca igual que yo, ni que Gala acabe como madre, ella debe ser una *skjaldmö* como merece.

El hombre asintió, se puso en pie, así que, imité su gesto. Me tendió la mano y

me agarró por el antebrazo, igual que lo hacía con padre.

—Esta noche durante el banquete, se anunciará.

Hizo una mueca, parecía molesto por algo, tal vez no estuviera del todo de acuerdo con la decisión que se había tomado. Salió de la *gardr*, y aproveché para volver a sujetar a la pequeña entre mis brazos. Con una de mis manos la aguanté, y con la otra agarré uno de los asientos para colocarla junto al fuego, y que la criatura no cogiera frío. Me senté bien y dejé que la pequeña durmiera tranquilamente entre mis brazos. Escuché como mi hermosa mujer se ponía en pie y se acercaba a nosotros.

—Serás un gran *Jarl* y un gran *faðir* —me susurró al oído, se inclinó un poco sobre mis hombros quedando pegada a mi cuello y lo besó con dulzura.

—Tú también lo serás, tendremos una gran familia, con muchos hijos, los dioses nos bendecirán con ellos, estoy seguro.

Asintió a la vez que pasó una de sus manos sobre mi hombro izquierdo. Miramos el fuego durante un buen rato, dejando que el calor entrara en nuestros cuerpos, aunque no tardé en ponerme en pie, no debía ser muy bueno para Lyss que estuviera tan cerca de él. Delicadamente se la di a Gala, quien la dejó en su cesta para que durmiera

tapada y alejada de todo mal. Cuando la dejó se puso frente a mí y se sentó en mis rodillas, pasando sus piernas sobre las mías y dejé que la pegara a mi pecho, adoraba sentir la calidez de su cuerpo contra el mío.

—Ahora soy feliz —murmuró después de eso pegó su boca a mi piel y me besó.

La observé encandilado, su hermoso rostro permanecía sereno igual que lo hacía ella, notaba el latido de su corazón contra el mío, lo que me hacía sonreír. Parecía darse cuenta, por lo que abrió los ojos y me miró, toda la dulzura que desprendía acababa de desaparecer para dejar paso a su salvaje mirada, la de un

kottr perdido por el deseo.

—Tengo tantas ganas de ti.

Sonreí, la pegué más a mí, la besé en la frente y acaricié sus piernas.

—Yo también tengo ganas de tenerte solo para mí, demasiadas —le susurré al oído—. No sabes cuantas.

Lo que le dije hizo que todo su cuerpo se prendiera, que estuviera pendiente de lo que podía ocurrir, de dónde estaban mis manos y de a dónde iban. Me encantaba hacer que perdiera la razón, aunque ella hacía lo imposible por que la perdiera yo antes.

—Tenemos que prepararnos —dije seriamente—. Con el anochecer llegarán el resto de nuestros guerreros,

llevaremos a cabo la despedida por la noche en la *Thing*, allí me nombrarán *Jarl*.

—¿Y Lyss?

—Vendrá con nosotros, Gala, no puede estar sola —dije algo irritado—. No quiero que os separéis de mí ni un solo instante, ¿entendido?

—Sí, tranquilo, *víkingr*.

Varios golpecillos nos interrumpieron, la puerta se abrió y sin más entró Linna con la vista baja y con una alforja llena de algo. Cuando se dio cuenta de que estaba allí, fijó su mirada en la mía sorprendida.

—Adelante —dijo Gala con una sonrisa.

Avanzó lentamente, sin apartar la vista de mí hasta que tropezó y chocó contra la mesa, aunque no dejó de mirarme.

—E... Egil, has vuelto —murmuró con una amplia sonrisa, aún asombrada.

—Aquí estoy.

—Sí... Gracias a los dioses.

—Han estado a nuestro lado.

—¿Y Gull? —preguntó nerviosa.

—Llegará al atardecer.

Suspiró, asintiendo. La muchacha apretó lo que llevaba entre las manos, estaba envuelto en pieles, lo que hacía que apenas se pudiera ver lo que había en el interior. Con un movimiento de cabeza, Gala le pidió que le dijera que

era lo que había en él, esta desanudó el lazo de la parte superior.

—Como Lyss no tiene ropajes de su tamaño he hablado con las mujeres del poblado, y gustosas han cedido algunas de sus niños, de cuando no eran más que unas pequeñas criaturas —nos explicó—. Yo he hecho algo en especial... —Sus mejillas sonrojaron, se pasó uno de los mechones que le caía por delante del rostro y lo dejó tras su oreja.

Se acercó a donde estábamos, se sentó frente a nosotros y abrió la alforja repleta de ropajes, cuando estaban casi todos fuera, sacó la última pieza, la sostuvo entre sus manos, era oscuro como la tierra húmeda tras una noche de

lluvia, en ella había bordado algo más claro, un gran *gaupa* con los ojos dorados como los de Skogkatt. Gala se tapó la boca sorprendida, era precioso, debía de haberle costado mucho trabajo.

—Es hermosísimo —susurró mi *húsfreyja* emocionada.

—Gracias, seguro que le quedará genial, tal vez algo grande, pero bueno... Los niños crecen muy rápido.

—Tranquila, es perfecto —cogió las manos de su amiga, y las apretó—. Gracias —se puso en pie y se abrazaron — se lo voy a poner ahora mismo — dijo Gala entusiasmada.

Tomó los ropajes entre sus finas manos y se lo llevó donde estaba la

pequeña durmiendo, cogió la cesta y se sentó sobre el jergón y junto a ellas Linna, quien la observaba. Despertó a Lyss para poder colocarle bien lo que la muchacha le había traído. Se lo colocó y vino a donde estaba para enseñármelo.

—Está muy bonita —dijo Linna sonriente.

—Sí, lo está, es igual de hermosa que su *móðir* —añadí.

Dejó que la muchacha la sujetara mientras sacaba las pieles de la cesta y buscó otras aún más grandes. Rellenó la cesta con heno, para que así tuviera algo más de firmeza, puso algunas pieles más y las aguantó para que cuando la niña estuviera dentro no se destapara. Dejó

que el pelo quedara por la parte interior, así Lyss estaría siempre caliente y no pasaría frío. Linna fue hacia ella cuando ya lo tenía todo preparado, la metió en esta y la tapó con dos pieles. Me puse en pie y me pegué a la espalda de mi Gala, quien sonrió al sentirme tras ella.

—Algo tendrá de su *faðir* —rio.

—Esperemos que haya sacado las agallas y la valentía, aunque sea —me pasé la mano por la nuca y solté un bufido.

Las dos muchachas se rieron ante lo que le estaba diciendo, les había parecido divertido.

—Van a nombrarle *Jarl* —murmuró Gala a Linna, mientras me miró.

Linna se giró repentinamente hacia mí con una sonrisa de oreja a oreja, aunque parecía tan sorprendida como lo estuve yo cuando vino Hammer.

—Me alegro, Egil.

—Gracias, espero hacerlo lo mejor que pueda.

—Estamos orgullosos de ti.

Gala se acercó a mí y me besó en los labios apasionadamente, tanto que una llama ansiosa se encendió en mí, aquella mujer iba a acabar conmigo. Cuando nos separamos la agarré por la cintura y pegué mi boca a su oreja.

—No hagas más eso, o te tomaré aquí mismo —gruñí lo suficientemente bajo como para que Linna no me

escuchara.

—Nos veremos en la *Thing*.

Ambos asentimos y nada más desaparecer tras la puerta acerqué mi boca a su cuello para morderlo. El cuerpo de mi mujer se tensó, pero se pegó aún más al mío, para besarme de nuevo. Paseó su lengua sobre mis labios, y me mordió el labio inferior, haciendo que dejara ir un profundo gruñido. Cuando se despegó de mí, sonrió orgullosa por lo que era capaz de conseguir. Posó sus manos sobre mi miembro y se dio la vuelta tentándome. Antes de que saliera por la puerta le di un manotazo en el trasero, el cual parecía haberle dolido. Le guiñé un ojo

y vi como río. Cerré la puerta de un golpe, cogí un cuenco lleno de agua y lo coloqué sobre el fuego durante un rato, para que se calentara. Me deshice del *kirtle*, y la dejé sobre uno de los asientos. Saqué el cuenco del fuego cogí un trozo de tela y la metí en el agua. Me la pasé por el pecho limpiando aquellas manchas que no se habían ido, también por la cara, el vello había vuelto a crecerme. Me molestó, así que, agarré un cuchillo y cuando me dispuse a quitarlo, apareció Hammer.

—Espera, deja que te ayude.

—Yo... Gracias.

Le tendí el trozo de metal. Con cuidado fue cortando los cabellos que

antes formaban una frondosa barba, casi tanto como la que llevaba él. Fue pasando el trozo de tela húmedo para quitar el cabello que iba cayendo, hasta que no quedó nada. Cuando terminó, me pasé las manos por la cara y la limpié, para quitar todo lo que había quedado. Me solté el cabello y lo metí dentro del cuenco, lo limpié como pude, pasando los dedos entre los mechones. Hammer me tendió una tela para que lo secara y el agua no acabara esparcida por el suelo.

—Deberías cortártelo —me sugirió Hammer.

—No, eso sí que no.

Cuando estuvo más o menos seco me

lo trenzó desde la parte superior de la cabeza hasta el final, lo ató con un trozo de cinta y dejó que cayera el resto por encima de mi espalda.

—Bien.

Escuché como se acercaban caballos, así que, rápidamente agarré dos de mis hachas, una de las pequeñas y la otra mayor. Salí con lentitud de la *gardr*, Hammer hizo lo mismo, hasta que vi cómo se aproximaba mi *bróðir* Gull. Esperé que llegara frente a mí para así poder hablar con él. Desmontó y anudó la cuerda de su *hestr* al lado de Espíritu, a quien le acarició el morro.

—Quiero ver a tu hermosa niña — dijo a la vez que subía las escaleras de

un solo salto.

Le cogí del brazo y lo metí dentro de la *gardr* para que pasara rápidamente y Lyss no se despertara al escuchar ruido. Nos acercamos a ella, y desde la distancia Gull se quedó asombrado, era tan hermosa que nadie en todo el *Midgard* podría resistirse a ella.

—Por los dioses —mustió—. Está creciendo a pasos agigantados, bróðir —le dijo a Egil asombrado.

—Es tan hermosa como *Freyja* —sonreí.

Resopló aún perdido en ella. Observé bien a mi *dóttir*, tenía los ojos cerrados, se había vuelto a meter uno de sus pequeños dedos en la boca, estaba

tapada, era demasiado hermosa como para no perderse en ella.

—Vamos a tener que ir detrás de la niña cuando se haga mayor, levantará pasiones, igual que la madre —me guiñó un ojo.

No me había gustado nada lo que acababa de decir, aunque supuse que era algo normal, ningún padre quería un hombre despiadado dañara a su hija. Miré a Gull en su boca se dibujó una enorme sonrisa, estaba orgulloso, pero no sabía por qué.

—¿Qué ocurre?

—Linna está en cinta, *bróðir* —dijo alegre.

No supe qué decir, me había

quedado aturdido ante lo que me acababa de decir. Linna y él iban a tener una criatura. Algo en mi interior me dijo que aquella historia no iba a durar, y eso fue algo que no me gustó.

—¿Qué te ocurre? —preguntó preocupado—. ¿Es que no te alegras por mí?

—Sí, claro que sí.

—Entonces, ¿qué te ocurre?

—No es nada, tranquilo, demasiadas cosas y poco tiempo.

—¿Sabes dónde se encuentra Linna?

—Hace un instante estaba aquí, pero ha salido junto a Gala, supongo que habrán ido a vestirse para esta noche — bajé la mirada y la fijé en el suelo—

despedimos a padre, pero eso tú ya lo sabías.

—Sí...

Soltó un bufido, y me abrazó con fuerza sin que se lo pidiera. Sabía que necesitaba su apoyo, y el de Carón. Ellos eran los más importantes en mi vida, junto a Gala. Sonreí contento de tener a gente como ellos a mi lado.

—Todo irá bien —me prometió.

—Sí, lo sé, *bróðir*.

Después de aquello me dio un golpe en la espalda y salió de la *gardr*, montó sobre su *hestr* pero antes de que se alejara salí a la entrada.

—Dile a Gala que vuelva —le dije en voz alta.

Gull asintió a la vez que alzaba una de las manos con las que me aseguró que mi hermosa mujer volvería a nuestra *gardr* de inmediato. No me gustaba que en aquellos momentos estuviera sola por el poblado.

Me deshice de los pantalones, llevaba demasiado tiempo con ellos, estaban manchados de barro, sangre y otros restos. Los dejé en el suelo, aunque acabé por pensarlo mejor y los metí en el cuenco de agua que había usado antes y lo puse al fuego. Miré al suelo, vi como mi anterior *kirtle* estaba tirada, rasgada e inservible. Froté un poco el pantalón entre sí, y entró Gala. Me di la vuelta y la vi. Llevaba un

hermoso vestido claro como el cielo, era largo, tanto que incluso llegaba a arrastrar. Llevaba bordados de oro en la parte trasera de su cuello. La miré de arriba abajo dos veces, hasta que me centré de nuevo en sus ojos, los cuales no dejaban de brillar.

—Estás hermosa —dije boquiabierto.

—Gracias —sus mejillas se sonrojaron, lo que me hizo gracia.

Cogí uno de los pantalones que había sobre uno de los arcones de padre, me los puse, los até con el cinto que los sujetaba y me puse el *kirtle* que llevaba antes, empezando a atar los cintos que la cerraban.

—Espera, te ayudaré —dijo Gala, acercándose a mí.

—No —susurré—. No es necesario.

—He dicho que sí —sentenció ella.

Pude sentir el calor de su cuerpo contra el mío, y verla tan bella hacía que fuese a perder el sentido, necesitaba tenerla. Con sus delicadas manos fue ensartando cada uno de los cintos que la cerraban. Alzó la mirada y la fijó en la mía, nos mantuvimos en silencio, sonreí al verla. Parecía la mismísima *Freyja*, tan hermosa, salvaje y letal. Mi mujer, mi vikinga, la *valkyrja* que me llevaría al *Valhalla*, la madre de mi hija... El vello se me erizó con el contacto de sus dedos en mi cuello.

—¿Estás bien? —preguntó.

Apreté los dientes intentando contener las ansias que tenía al sentirla tan cerca, haber estado tanto tiempo alejado de ella hacía que todo fuese peor. Cogía aire y lo dejé ir.

—Sí, mi hermosa *valkyrja*, claro que sí.

—Sí... —murmuró molesta, sin creerlo.

Se dio la vuelta enfadada, no quería que estuviera así y menos por algo tan simple. Me pegué a su espalda y la agarré por la cintura.

—Lo único que me ocurre es que no puedo dejar de pensar en cuanto te adoro, mujer —le susurré al oído—.

Intento contenerme, pero eres demasiado bella como para ocultar lo que provocas —dije a la vez que le cogí la mano y se la posé sobre el bajo de mi cintura.

La muchacha rio, se dio la vuelta y tomó mi rostro entre sus manos. Me besó delicadamente y sin esperarlo se separó de mí para coger la cesta con la pequeña Lyss en ella.

—Si quieres puedes llevarla en brazos —me dijo, sonriente— será la primera vez que el pueblo la vea.

—Será un honor llevar a esta hermosa niña conmigo.

La pequeña no se había despertado, ya casi habíamos llegado, la miré y seguía con los ojos cerrados, parecía

estar en calma... cuando conocí a Gala pensé que nunca vería a una mujer más hermosa que ella, pero entonces me di cuenta de que había alguien capaz de alcanzarla e incluso superarla, pero solo porque llevaba lo mejor de ella y lo mejor de mí.

Estábamos llegando frente al lago, el mismo lugar en el que habíamos despedido a Hanna y Göran tiempo atrás. Todo el mundo nos esperaba paciente. Habían construido un precioso *drakkar*, digno del mejor *Jarl* de todo el *Midgard*. La gente que nos vio llegar empezó a murmurar, hablaban sobre nosotros, sobre ella. Vi cómo nos observaban con detenimiento hasta que

Elsa se acercó a nosotros junto a Linna.

—Tenéis una niña preciosa —dijo mirando a Lyss.

—Gracias —dijimos Gala y yo a la vez.

Seguimos avanzando y se nos acercaron algunos más, entre ellos Paiva y Olaf, también Bera y Steit, y por último Agnetha y Atel, quienes ya estaban preparados para lo que podía ocurrir. Hammer se puso frente a todos, junto a la pira que habían hecho para luego encender el *drakkar* de padre. Nadie le prestaba atención salvo yo, vi como se daba la vuelta y se llevaba las manos a los ojos.

—A ver —dijo en voz alta, pero

nadie le escuchaba—. ¡Ya está bien! — gritó, entonces fue cuando todos los demás se giraron hacia él, esperando sus palabras.

»Hermanos, como bien sabéis, hace unos días perdimos a una de las personas más queridas en nuestro poblado, ya no solo por el puesto que ocupaba, ni por lo que hacía, sino por cómo era —hizo una pausa para reponer fuerzas, y poder seguir adelante sin que la voz se le quebrara—. Thorbran ha sido el mejor de los amigos que he tenido jamás, era como mi *bróðir*, siempre ha estado a nuestro lado, preocupado por unos y por otros, pero ahora ya no está. —Su voz fue

menguando, hasta que acabó por desaparecer— hoy le decimos adiós a nuestro *bróðir*, a nuestro *Jarl*, y pedimos a los dioses que lo tengan junto a ellos.

Giré la cabeza un poco y me encontré con algunas mujeres llorando a causa de lo que Hammer había dicho, algo que me sorprendió, parecía que padre siempre había ayudado a los demás, a aquellos que habían dejado ayudarse.

—Egil, me gustaría que vinieras aquí.

Asentí, le di la niña a Gala y me acerqué a donde se encontraba.

—Di algo, por favor.

Me aclaré la garganta, no sabía qué decir. Mi relación con padre había tenido altibajos, apenas había podido estar junto a él hasta que llegué con Karee, Kirk e Ingo.

—Hay algo por dentro que va desgastándose, no pude decirle adiós a mi padre, pero sé que tarde o temprano nos reencontraremos en el *Valhalla*. Cuando no era más que un niño apenas podía estar con él, pero a lo largo de los años he conseguido quererle —carraspeé un poco, tomé aire y proseguí—. La verdad es que no sé qué es lo que debería decir, hay algo que me desazona, debo ocupar el lugar que pertenecía a mi padre, pero sé que con

vosotros todo será más fácil, seréis la fuerza que él me daba.

—Todos estaremos para ayudarte, Egil —dijo Jokull desde la lejanía.

—Gracias, *hersir* —contesté—. Ahora me gustaría darle las gracias a los dioses, gracias a él mi mujer sigue viva, quiero agradecerles que se lo hayan llevado consigo, bendiciéndole con un honor como lo es ese.

Ví como Hammer asentía a mi lado, pero no decía nada, solo miraba a la gente, a aquellos que aún tenían los ojos llenos de lágrimas.

—Les pido también que estén de nuestra parte, y siento anunciarlo así, pero dentro de tres días, cuando la luna

brille en lo alto del cielo, libraremos una batalla —dije seriamente.

Entonces empezaron a hablar todos, decían cientos de cosas, no sabían cómo reaccionar.

—Los guerreros que se marcharon han vuelto para unirse a nosotros, debemos ser rápidos y estar bien organizados —intenté animarles—. No serán muchos, la gran mayoría de estos han caído en el frente del norte.

Todos callaron, pensando en lo que les decía.

—Les venceremos, somos grandes guerreros.

Antes de despedir a padre, se encendieron hogueras y se sacrificaron

dos *kýr*.

—*Du blir løyst frå banda som bind deg, Du er løyst frå banda som batt deg*
—dije.

Gala fijó sus ojos en los míos, había una mezcla de rabia y dolor en ellos. No le había dicho nada de lo que iba a ocurrir, no había tenido un solo momento en el que hacerlo. Cuando volví a mi sitio, esta me agarró por el brazo molesta.

—¿Por qué no me habías dicho nada?

—No puedes venir conmigo —sentencié.

—No puedes dejarme en la *gardr*, no voy a quedarme sola esperando a que

alguien acabe con tu vida por no estar cubriéndote las espaldas —insistió.

—No, no vienes, te quedas con Lyss.

Me di la vuelta para encaminarme hacia la gran *skáli*, la *völva* cogió una antorcha prendiéndola de fuego que había encendido, y empezó a quemar algunas de las pieles, hasta que acabó lanzándola al *drakkar*. Algunos hombres lo empujaron para que navegara rumbo al *Asgard*.

Tras despedir a padre, cenaríamos y nos marcharíamos a dormir, debíamos prepararnos para nuestra propia guerra. Escuché como venía detrás de mí dando largas zancadas y fuertes pasos.

—¡Egil! —Me gritó— no me voy a

quedar.

—Te quedarás porque yo lo ordeno, y no hay más que hablar —gruñí deteniéndome en seco y quedándome frente a ella.

No dijo nada, no me llevaría la contraria, o al menos no en aquel momento, no quería que se pusiera en peligro. Confiaba en que haría lo que había dicho, aunque algo en mi me gritaba que no podría estar tan seguro.



CAPÍTULO XXVII

Los rayos de *Sól* se abrían paso entre las débiles nubes, era extraño que en aquella época el sol fuese capaz de calentarnos. Miré a Lyss, hoy parecía haberse levantado con alegría, no dejaba de moverse. La cogí entre mis brazos, la subí y la bajé un par de veces, la llevé fuera de la *gardr* para que pudiera ver nuestra tierra, aunque antes me encargué de que el *gaupa* permaneciera en el interior, Gala seguía durmiendo, no

había pasado una buena noche ya que todavía seguía molesta. La niña se había despertado para que le diera su alimento, debía estar agotada. La pequeña miró hacia todos lados, parecía que desde el primer momento sabía que yo era algo suyo, que le pertenecía y eso me llenaba de orgullo. Anduve por los alrededores de la *gardr* para que pudiera observar todo lo que le rodeaba. Caminamos durante un buen rato, hasta que llegamos a la linde entre el bosque y la *vangr*. Vi que había una hermosa flor de sangre. Me agaché a cogerla, y cuando la tuve en la mano se la enseñé a Lyss, esta tenía la mirada perdida en el bosque, observaba algo. Me giré y miré

hacia el mismo lugar. Había una mujer *døkkhárr*⁸³, con ojos oscuros como la noche, nos estaba vigilando, parecía joven pero al igual que Gala su semblante era salvaje e indómito.

Corrí hacia el interior de la *gardr*, entré tan veloz como pude, de dos saltos había subido la escalera, dejé la pequeña en la cesta y desperté a mi *húsfreyja*.

—Gala, *kottr* —le dije insistentemente, le agarré del hombro y la zarandé levemente.

Vi cómo iba abriendo los ojos, así que, le dejé cerca a Lyss. Cogí mis hachas y salí corriendo de nuevo, rodeé la *gardr* como pude, me agaché y no

encontré nada que me dijera que había estado allí. Ninguna marca, ni huellas, nada... Pasé entre los árboles, salté los troncos que habían caído e intenté no tropezar a causa de las hojas que estaban mojadas por el agua de la mañana y las ramas que se deslizaban bajo mis pies. La encontraría, necesitaba hacerlo. No podía dejar que se escapara, no después de haber visto a Lyss. Si se lo explicaba al resto no se detendrían hasta que la encontraran y acabaran con ella, y eso no dejaría que ocurriera, antes tendrían que pasar por encima de mí. Una rama cayó justo a mi lado, entonces vi que había sido cortada, miré hacia arriba y me encontré con la

mujer que nos vigilaba. De un salto se tiró encima de mí pero logré esquivarla moviéndome hacia un lado. Cayó y se quedó agazapada, no se movió hasta que alzó la cabeza para mirarme. Le di un puntapié en la barbilla, haciendo que cayera hacia atrás. Con algo de dificultad se sentó en la húmeda tierra y me miró con rabia. Abrió un poco la boca y escupió, lo que salió no era lo que esperaba, había sangre. Tenía sus ojos clavados en los míos, lo que hizo que mi vello se erizara, abrió la boca y me la enseñó, no tenía lengua, solo la mitad, por lo que no podía hablar.

La observé, no se movía hasta que bajó la mano hacia la mancha de sangre,

mojó dos de sus dedos y se dibujó dos largas rayas bajo el ojo derecho, sobre la mejilla. Algo dentro de mí se revolvió, no era normal, haberla visto sin lengua y ver como se manchaba con su propia sangre me angustió. Se manchó también los labios con su propia sangre y sonrió, no era bonita, sino repugnante, muerta, llena de maldad. Debería matarla, así no tendría problemas más adelante. Me acerqué a ella y la agarré por el cuello, no hizo nada por evitarlo, algo estaba pensando, estaba seguro de ello. Cogí también sus manos para que no pudiera hacer nada, y pegué su cabeza al tronco del árbol que había tras ella.

—Fuera de aquí —gruñí.

Sus piernas no estaban sujetas, así que, me golpeó con uno de sus pies en mi vientre haciendo que me doblara. De un salto se puso en pie alejándose de mí, miré sus ojos y no vi miedo en ellos, ni un ápice de terror, estaba preparada para morir.

—¡Fuera de aquí! —Repetí gritando.

No hizo nada, solo se fijó en mis movimientos los cuales eran escasos. De un salto se acercó a mí con un *knifr* en la mano, intentó hacerme un corte en la mejilla pero por suerte logré esquivarlo antes. Como vio que no conseguía nada, se dio la vuelta y salió corriendo, no quería que se fuese así. Saqué una de

mis hachas y se la lancé clavándosela en su pierna derecha. Dejó ir un profundo y agonizante grito. Se dio la vuelta para mirarme, se arrancó el hacha, la tiró al suelo y se marchó. Fui a donde estaba y la recogí del suelo tal y como estaba la guardé. Con paso ligero salí del bosque, cuando estaba rodeando la *gardr* vi como Gull se acercaba andando, algo extraño ya que debería estar de guardia en la parte más alejada del poblado.

—¡Eh! —Me gritó a la vez que levantaba la mano.

Llegó a la entrada antes que yo y por un momento dejé de verle. No iba a dar toda la vuelta, así que, de un salto subí a la entrada. Me senté junto a Gull en las

escaleras para que no tuviera que levantarse.

—¿Qué te trae por aquí?

—He venido a que hablemos sobre lo que ocurrirá en dos noches, no podemos armarnos todos —me explicó — Bror no puede hacer tantas espadas, hachas y escudos... Atel y Olaf están ayudándole.

—Tienes razón, las mujeres se quedarán defendiendo el poblado.

—No —dijo negándose a ello— Linna estará conmigo —me dijo muy seguro de ello.

—No puedo dejar a Gala sola.

Tenía que pensar qué hacer con ella, no iba a dejar que Gala viniera con

nosotros, Lyss debía tener padre y madre, pero si yo caía en la batalla, ella debería ser quien se ocupara de cuidar de nuestra pequeña niña.

—¿Qué demonios se supone que debería hacer? —Le pregunté confuso.

—Lo primero sería hablar con los guerreros.

Miró mi pantalón y vio como una gota de sangre caía del hacha, levantó la vista y alzó las cejas esperando una respuesta. Le conté lo acontecido, esa muchacha sin lengua y cabellos oscuros, estaba seguro de que estaría en la guerra.

—Vaya... —murmuró sorprendido.

Le miré, por alguna razón empezó a

reír. No entendía por qué lo hacía, entonces mi mente volvió a Karee, recordé cómo se acercó a mí... Todo lo había hecho por venganza, conocía al hombre que mató a mi módhir . No iba a dejar que nadie se interpusiera en mi camino, mataría con todo aquel que intentara acabar con la vida de los míos.

—Necesito que me ayudes —le dije a Gull—. ¿Quién debería quedarse?

—Madre —Agnetha se quedaría— Elsa, Bera, Paiva, supongo que Helga, Aaren, Ivar y tal vez Gyda, pero esta última debes ser tú quien decida si viene o no.

—Gala se quedará con Lyss, pero tiene que estar con alguien —dije

pensativo—. Se quedará en la *skáli*, con Helga y los *thraell*, sé que Hans cuidará de ella, le confiaría mi vida.

Gull asintió tranquilamente, sin decir nada más pensando en cómo podríamos solucionar aquel inconveniente. Sabía que las mujeres podían cuidar de ella, y que eran fieras como ningunas, pero seguía preocupándome el hecho de que pudieran asaltar el poblado mientras nosotros estábamos al otro lado.

—Bien, ve tu primero y reúne a todos los que puedas, debemos organizarlos. —Le pedí— todos junto al pozo.

El muchacho volvió a asentir, se puso en pie y de un salto salió corriendo

por el camino de arena que llevaba hasta el centro del poblado. Me puse en pie y entré en la *gardr*, Gala estaba sentada sobre el jergón, sostenía a Lyss entre sus brazos mientras la amamantaba.

—Estáis preciosas —dije sin poder apartar la vista de ellas.

—Gracias —susurro tajante.

Recogí un poco lo que había por en medio, dejé las pieles sobre el jergón, guardé algunas en el arcón y coloqué los ropajes sobre la mesa. Nos quedaba poca agua, así que, debería bajar a por algo. Antes de que pudiera volver a salir de la *gardr*, Gala carraspeó.

—¿A dónde vas?

—Voy a organizar a los hombres,

para ver quienes se quedarán en el pueblo por si planean una emboscada.

—¿Y antes?

No quería que se enfadara más de lo que ya lo estaba, así que, le conté todo lo que había hablado con Gull lo más veloz que pude para salir de la gardr lo antes posible.

—Cuando estaba paseando con Lyss, he visto a una mujer en la linde entre la pradera y el bosque, he ido a por ella pero ha huído.

Le resumí lo ocurrido, a lo que me miró molesta y bufó.

—Lucharé contigo, *víkingr*, eso tenlo claro —me advirtió—. Habrá que buscar a alguien que se quede con Lyss.

Tragué salvia, no le iba a llevar la contraria, sería mejor acepar lo que decía o al menos hacer como que lo hacía, pero tenía claro que no iba a venir con nosotros, no iba a permitirlo.

—No tardaré.

Skogkatt me acompañó a la puerta, parecía estar también algo molesto conmigo. Monté sobre Espíritu, y me di cuenta que me había dejado el cuenco sobre la mesa. Abrí la puerta y me encontré a mi *kottr* empapada en lágrimas, últimamente no dejaba de llorar. Corrí hacia ella y me arrodillé a su lado. Había dejado a la pequeña en la cesta y tenía el rostro cubierto por las manos.

—¿Qué ocurre? —Le pregunté preocupado.

—No puedo perderte, Egil.

Solté un suspiro, me senté junto a ella y la abracé pegándola a mí y cobijándola de todo mal.

—No vas a perderme, mujer, ya te dije que no volvería a separarme de ti, ni de nuestra pequeña y preciosa *dóttir* —le aseguré—. No voy a dejaros solas.

—Más te vale, vikingo —me amenazó.

Sonreí al ver que mi salvaje *kottr* seguía a mi lado, a pesar de todo lo que estaba ocurriendo en nuestras vidas, seguía siendo la misma mujer que conocí y de la que me enamoré

perdidamente.

—No os dejaré —besé su mejilla—. Sin ti no hay vida —le susurré al oído.

Giró delicadamente mi rostro para que quedara frente al suyo, nos unió con un pasional, anhelante y delicioso beso.

—Tranquila, *mo kottr* —le dije cariñosamente—. Nada ni nadie podrá detenerme.

No dijo nada, entonces fui yo quien le besé con fiereza, hambriento de ella, necesitado de su cuerpo y de su calor.

—Tengo que marcharme, sino Gull no podrá con todos —murmuré.

—Está bien, yo... yo me quedaré con Lyss, luego iremos a veros.

—Muy bien —sonreí.

Salí de la *gardr* con el recipiente en las manos, me subí a mi *hestr* y bajamos hacia el centro del poblado. Allí nos estarían esperando la gran mayoría de nuestros guerreros y habitantes del poblado, aquellos que lucharían juntos contra nuestros enemigos. Desmonté del animal, lo até a uno de los postes para que no se moviera mientras yo hablaba con ellos, desanudé el recipiente que llevaba y lo dejé el suelo.

—Está bien.

—*Heill*, Egil —me saludó Bror cuando me di la vuelta.

Todos aquellos me saludaron sonrientes, preparados para lo que estaba por venir. Estaban alegres,

parecían orgullosos, aún no había hecho nada para ganarme aquel orgullo, pero haría lo imposible por seguir con el legado que había dejado padre.

—Os he reunido aquí para organizarnos, no sé si Gull os había mencionado algo.

Todos asintieron atentos a lo que pudiera decir, pero había uno de ellos que dijo que no con la cabeza, refiriéndose a que Gull no había dicho nada.

—Debemos dividirnos, las mujeres y los *thraell*, se quedarán en el poblado por si nos preparan una emboscada, así el poblado no estará desprotegido.

Algunos se quejaron pero sabían que

estaba haciendo lo correcto.

—No es por el hecho de que seáis mujeres, al contrario, sé que defenderéis como fieras nuestro hogar.

—Eso haremos —dijo Bera agarrando con fuerza una lanza.

—Bien —dije contento—. Las mujeres permanecerán en el poblado junto a los esclavos y niños —anuncié— pero ahora debo pedirlos algo —bajé la vista y me preparé— como sabéis Gala y yo tenemos una niña, necesito que os quedéis con ellas, y que las protejáis como os protegeré yo a vosotros allí arriba.

Nadie dijo nada, solo me observaban, así que, supuse que estarían

de acuerdo con lo que estaba diciendo, hasta que una de ellas, Elsa, alzó el brazo y apareció frente a todas dando un paso adelante.

—Gala no se va a quedar con los brazos cruzados con nosotras y lo sabes —dijo sabiendo tan bien como yo lo que iba a ocurrir.

—Lo sé, pero aún tengo dos días para hacerla entrar en razón, por eso necesito que me aseguréis que las ayudaréis.

—Eso no lo dudes, cuidaremos de ellas —me aseguró Elsa.

—Gracias.

Me pasé la mano por la boca y me acaricié la barbilla.

—Bien, dejando eso a un lado —me aclaré la voz—. Por otra parte, estaremos el resto de guerreros, formado por la gran mayoría de hombres, Linna, y si así lo desea Gyda —callé un momento—. El resto estarán como *huskarls* por el pueblo.

—¿Y Hammer?

—Luchará junto a nosotros.

Parecía que todo les parecía bien, era extraño que los dividiera, pero no podía permitir que se hicieran con el control de nuestra *heimr*. Nadie osó rechistar ni llevarme la contraria, aunque realmente me gustaría saber que era lo que les pasaba por la cabeza.

—Perfecto —dijo Bror—. Yo os

aprovisionaré a aquellos que no tengan armas, tengo algunas espadas y flechas —ofreció lo que tenía.

—Yo os ofrezco pieles curtidas con las que protegernos —añadió Atel.

—Muchas gracias a todos, sé que vamos a conseguirlo, no voy a dejar de luchar a vuestro lado, mi último aliento me lo dejaré en esa guerra si es necesario.

Por alguna extraña razón empezaron a vitorearme, parecían contentos por como estaba actuando.

—Bien, todos a la *vangr* —les animé—. Coged vuestras armas y escudos, vamos a prepararnos.

Entraron en sus gardrs, aproveché

para acercarme a Gull, quien actuaba como si fuera un *hersir* más.

—Ahora vuelvo.

—Entendido.

Llené el recipiente que había traído, subí al *hestr* y fui hacia la *gardr*. Cuando estaba llegando vi como Gala salía de ella con la pequeña en brazos y la cesta colgando de uno de sus brazos. Nada más fijar sus ojos en los míos no pudo evitar sonreír.

—Vaya —dijo mirándome de arriba abajo—. Si que has vuelto temprano.

—Bueno, he venido a traer agua, iremos a prepararnos.

—Quiero ir, Egil —dio un salto, hasta que se fijo en que llevaba a nuestra

dóttir en brazos.

La miré y me reí, no podía dejar de hacerlo, parecía una niña. Aun habiendo sido madre, después de cambiar tanto y ser mi *húsfreyja*, nunca dejaría de ser esa joven que tomó mi corazón. Entré a la *gardr*, dejé el cuenco sobre la mesa y volví a salir, Gala había avanzado hacia la *vangr*.

—Espera —le pedí.

Esta se detuvo, mientras me acercaba a ellas con Espíritu.

—Sube.

Me tendió a la pequeña, la metí en su cesta para que ella pudiera montar en el hestr, así no tendría que ir caminando hasta allí sola. La ayudé a pasar las

piernas, parecía que había perdido la práctica. Hacía mucho desde que montó como lo hacía antes, me había contado que apenas dejaban que diera un paso sin que alguien estuviera pendiente de ella. Le pasé a la pequeña con la cesta, la cogió con fuerza y yo sujeté las riendas.

—Vamos —dije haciendo que el animal empezara andar.

—Sí, que se prepararen porque llega Lyss, la pequeña *valkyrja* perdida en el *Midgard* —miró a la criatura.

Sonreí y chasquéé la lengua para que el caballo avanzara algo más deprisa.

Al llegar a lo alto de la pradera, todos los que allí se encontraban nos

miraron, estaban llegando y de repente vieron que no solo era yo quien aparecía. Gull los había puesto en fila, pero no pudieron evitar darse la vuelta y mirar qué era lo que ocurría.

—*Heill* —los saludó Gala con una radiante sonrisa.

—*Heill*, niña —dijo Jokull.

Desmontó del animal, me dejó a la pequeña en la cesta y cuando bajó, fue a atarlo a un árbol cercano para que no se pudiera a pasar por medio de la pradera. Miré como andaba junto al caballo, como movía su cintura de un lado a otro, parecía la misma de siempre. Cuando se dio la vuelta me encontró observándola detenidamente de arriba abajo, lo que

hizo que una tímida sonrisa se dibujara en sus labios, pero no tardó en deshacerse de esa timidez para dar paso a la salvaje *kottr* que llevaba dentro.

—¿Qué es lo que miras, *víkingr*? —
Me preguntó escuetamente.

—Me deleito contigo, mi hermosa *kottr*.

Sonrió, tomó a la niña en brazos y dejó la cesta en el suelo. Jokull se acercó a ella y fue hacia donde estaban los demás. Fui con ellos, me tocó ponerme frente a todos, dirigirlos como lo habría hecho padre, como debía hacerlo un *Jarl*. Pasé delante de ellos y me quedé observándolos, carraspeé aclarándome la voz.

—Bien... —dije en voz alta para que todos pudieran escucharme—. No es la primera vez que estoy frente a vosotros dirigiendo un ataque, pero esta vez será distinto —hice una pausa, pensando en que era lo que debía decir — nos colocaremos de dos en dos.

Giré un poco la cabeza para buscar a Gala y la vi sentada sobre un trozo de piel, en la hierba húmeda observando lo que hacíamos y prestando atención a todo lo que estaba diciendo. Vi como Gull iba a por Linna.

—Linna con Gyda, Gull y Carón juntos —les ordené.

Necesitaba que el inicio fuera algo más sencillo, Gyda no estaba del todo

preparada para luchar como lo hacía Linna, pero aprendería. Ví como dejaba ir un suspiro al ver que no la puse con alguien mejor. Linna era toda una guerrera, no le haría daño como podría hacérselo a alguno de ellos. Las mujeres se juntaron entre ellas, llevaban escudos y lanzas, menos Bera y Elsa, que cada una de ellas empuñaban una espada, lo que las hacía más peligrosas que cualquier otra cosa. Fui hacia donde se encontraban, tenían fuerza, por lo que cada vez sabían cómo usarla mejor.

—Bien —dije contento—. Las rodillas, cuidado —les di con una lanza en la parte trasera.

Esta asintió e hizo lo que le había

dicho, preparada para que Elsa le volviera a atacar. Aquella vez hizo lo que le había dicho y al ver que estaba en lo cierto me miró sonriente.

Llegué a donde se encontraban Gull y Carón, a ellos no había que decirles nada, sabían perfectamente cómo debían hacerlo, ya que al contrario que algunas *skjaldmö* ellos estaban siempre preparados.

—Carón irá con Linna, y Gull con Gyda. Terminad.

Ambos me miraron con mala cara, el segundo frunció el ceño algo molesto por los cambios, pero finalmente tras pensarlo durante un momento lo aceptaron sin rechistar.

Poco después, las *skjaldmö* se intercambiaron entre ellas, Gull y Gyda hicieron una nueva pareja y Carón con Linna, todo iba a ser más duro. La razón por la que los había puesto separados de sus parejas era para que no fueran débiles estando uno frente al otro. Podrían no ser justos y arruinarlo todo. Vi como empezaban a luchar. Quería ver como reaccionaban los unos con los otros.

Vi como Linna pensaba de otra manera, su cuerpo se había tensado, parecía más fuerte, más concienciada, estaba segura de que teniendo a Gull en frente sería aún mejor. Mientras los observaba me puse a pensar en cuando

Gala y yo ocupábamos su lugar. Nos heríamos, pero aun así seguíamos adelante sin importarnos nada y eso era lo que debían conseguir ellos.

⁸³ Døkkhárr – Moreno, cabello.



CAPÍTULO XXVIII

No pasó mucho hasta que volví a decir que cambiaran, aunque solo se lo dije a ellos cuatro para poder ver el cambio que habían hecho las muchachas a lo largo de la mañana. Si aquello funcionaba estarían preparados para arrasar con lo que se les pusiera por delante. Se colocaron uno frente a otro, pero eso no era lo que importaba, miré sus cuerpos, como estaban colocados, sus ojos, algo en la mirada de ellas

había cambiado, sus ojos brillaban como los de un animal salvaje.

—Adelante —les animé.

Era impresionante ver con qué rapidez habían aprendido las dos muchachas, aunque más Gyda que Linna, ya que esta última llevaba más tiempo luchando junto al resto de nosotros. Gyda se limitaba a ir a todas partes con Olaf. Gala se quedó dormida encima de mi brazo, así que, la aparté un poco para que se recostara sobre mis piernas y durmiera tranquilamente, mientras yo vigilaba desde donde me encontraba. Parecían auténticas fieras, aunque no tan salvajes como la que tenía yo conmigo. Estaban todos esperando a que el de

enfrente atacara, pero como ninguno dio el primer paso, fue Gull quien tomó la iniciativa.

La menuda muchacha se quedó quieta, parecía una niña a su lado ya que él era más alto y corpulento. Esquivó el golpe que iba a darle mi hermano pasando por debajo de su brazo, le dio un golpe con el agarre de la espada en las costillas haciendo que este se quejara del dolor. Cuando fue a atacarle de nuevo, esta lo esquivó y le golpeó en el otro costado y acabó colocando el filo de su espada pegado al pecho del hombre.

—Muévete y tú mismo acabarás con todo —dijo con crueldad, aunque acto

seguido dejó ir una fuerte carcajada.

Mi *bróðir* sonrió satisfecho por cómo había avanzado Gyda, quien en algún momento se convertiría en la mujer de Carón. Tras eso, fue el turno de los otros dos, la joven nada más empezar llevó el control de la situación, dio dos pequeños golpes, se movió de un lado a otro, lo que hacía que Carón se cansara al intentar atacarla. Algo después, este intentó sacar fuerzas de donde no las tenía, parecía no encontrarlas. La muchacha le propinó un buen golpe en la espalda con el mango de la espada haciendo que cayera hacia delante, le dio otro y cayó al suelo. Esta se tiró encima de él y permaneció

sentada sobre su cintura.

—Bien hecho.

Cuando me quise dar cuenta vi como alguien se acercaba por el bosque, lo que me tensó. Cogí aire, hice que Gala se levantara y se encaminara hacia la *skáli*.

—Llévatela.

—No... no, deja que sea otra...

—Gala —rugí— ¡vamos!

Gala salió corriendo con la niña en brazos, dejando a Espíritu allí. Al ver como se marchaba todos cogieron las armas. Se colocaron a mí alrededor, podíamos escuchar a la perfección como las ramas crujían bajo los pies de aquellos que se aproximaban. También

se escuchaban las patas de los *hestrs* resonar entre las hojas. Me empezaron a sudar las manos, mi corazón latía con fuerza, no estábamos preparados para una emboscada.

—¡Escudos! —grité.

Todos se colocaron en posición, solo faltaba ver quiénes eran los que habían avanzado hasta donde nos encontrábamos. De entre los árboles pude ver como aparecía un hombre que me resultaba extrañamente familiar. Tras él aparecieron varios más, armados y preparados para atacar a cualquiera que se interpusiera en su camino, pero entonces le vi.

—Ragnarr —le llamé en voz baja.

Era él. El hombre al que había estado ayudando en el norte había venido hasta nuestra *heimr*. Me quedé aturdido, no entendía qué estaba haciendo él aquí, mucho menos un *Earl* que debía ocuparse de sus tierras.

—Tranquilos —les dije a todos—. Es el *Earl* Ragnarr.

Deshicimos la formación de escudos en la que estábamos. Junto a Ragnarr habían venido todos aquellos con los que había luchado durante mi estancia allí. No podía creerlo, sus tierras estaban en peligro y había decidido abandonarlas por venir a las mías.

—*Earl* Ragnarr —dije cuando se detuvo frente a mí.

—*Jarl* Egil Thorbransson.

—¿Qué te ha hecho venir hacia mis tierras? —pregunté.

—Necesitarás ayuda, sé que Thorbran ha muerto, y tienes pocos guerreros como para afrontarte a aquellos que quieren acabar contigo —contestó— ahora eres *Jarl*, tu deber es proteger a tu *heimr*, y hemos venido a prestarte nuestra ayuda, igual que tú lo hiciste con nosotros.

—Gracias, Ragnarr.

—Sé que los dioses están de nuestra parte, Egil —dijo poniéndome una mano sobre mi hombro.

—Lo sé.

Hice llamar a Gala para que

volviera y pudiera conocer a Ragnarr. Debía tranquilizarla, estaría agobiada pensando en que podrían estar atacándonos.

—Bien —dije en voz alta— haced un grupo e id a cazar.

Algunos no querían, pero debíamos de atender a nuestros invitados, además de que las mujeres y los *thraell* necesitaban que cazáramos para poder alimentarnos, ya que las provisiones empezaron a ser escasas.

—Id con cuidado —les pedí.

Cerré los ojos dejando que el aire relajara mi cuerpo, se llevara el malestar que llevaba dentro, y mi corazón se aceleró. Estaba sintiendo

como mi cabeza no dejaba de pensar en cientos de cosas. Debería de haber acabado con aquel hombre cuando tuve mi oportunidad, no debería haber olvidado mi honor. Me llevé las manos a la cabeza y solté un fuerte rugido, no podía dejar que murieran, no podía permitir que alguno tocara a mi mujer ni a mi pequeña.

—¿Qué te preocupa? —preguntó Jokull, con quien me encontré de frente.

—No es nada, desazón.

—Espero que desaparezca, no es bueno.

Todo iría bien. Sí, todo debía ir bien. No podía permitir que la vida de mi gente acabara aquí, en manos de

aquellos malnacidos. No era su momento y tampoco lo sería el mío. Las *Nornas* ya habían tejido nuestro destino.

No quedaba nada para que llegara el momento. Tras varias lunas de preparación, todo estaba completamente organizado, debía salir bien. Nos habíamos reunido todos en la *skáli*, había hecho que todos fueran llamados incluyendo a los recién llegados. Íbamos a tener nuestra última *Thing* antes de marcharnos. Gull y Carón estaban vigilando con algunos de los *huskalrs* de Ragnarr para que nadie se acercara al poblado mientras estábamos reunidos.

Gala se acercó poco a poco a mí, me abrazó con fuerza y vi que algo no iba bien en ella. No sabía que era lo que ocurría. Alzó la vista fijándola en la mía, estaba cristalina como el agua, algunas lágrimas se habían acumulado en sus ojos amenazantes con salir.

—Ya está... tranquila —le susurré al oído mientras la abrazaba cobijándola bajo mis brazos.

—Temo por ella...

Pude notar como alguna de las gotas humedecían mi *kirtle*. La besé en la cabeza, sabía que no quería separarse de mí, pero estaba seguro de que no se quedaría con las mujeres y la pequeña. Subiría a luchar junto a su gente, como

la guerrera que era. Miré a nuestro alrededor, se estaban preparando para lo que estaba por venir. Se vestían con las pieles curtidas, algunas de ellas incluso reforzadas con *brinjas* para que las flechas no pasaran.

—Gala —le dije para que me prestara atención—. No puedes venir conmigo, no puedes estar allí arriba, sé que quieres luchar a mi lado y junto a todos ellos. También sé que lo harás, pero algo en mí intenta hacerme creer que eso no ocurrirá, aún conservo la esperanza de que entres en razón y te quedes junto a Lyss.

Me dijo que no con un movimiento de cabeza una y otra vez, justo cuando

fue a reprocharme algo, le coloqué uno de los dedos sobre sus labios no debía hablar, solo escuchar lo que tenía que decirle.

—Gala, por los dioses —le rogué—. Quédate con ella, no puedes dejarla sola —pero no entraba en razón seguía diciéndome que no. Me giré hacia donde estaba la pequeña quien dormía plácidamente en su cesta—. No puede quedarse sin padres —murmuré, pero no dijo nada, se limitó a clavar su aterrorizada mirada en la mía.

Sabía tan bien como yo que allí arriba podría ocurrir cualquier cosa, podríamos morir los dos, o tal vez ninguno, pero no podía permitir que

aquello ocurriera. La niña debía tener a alguien que cuidara de ella. Cogí aire y lo dejé ir, me costaba hasta respirar. Solo de pensar en que Lyss podría quedarse sola y sin nadie que se ocupara de ella hacia que mi cuerpo empezara a temblar. Intenté calmar mi frenético corazón, el cual latía furioso por la rabia y por no saber cómo hacer que permaneciera allí.

—Debemos marcharnos —anunció Jokull tras mi espalda.

Dejé que Gala se separara de mí, ambos nos colocamos nuestros ropajes, ella se colgó su arco con las flechas a la espalda, se guardó un pequeño *knifr* en la bota y se colgó su espada al cinto.

Imité lo que hizo ella, solo que yo no llevaba arco. Metí el *knífr* que ella misma había tallado en su funda, la cual quedaba colgando de mi cinto pegado a mi cintura. Colgué mis pequeñas hachas a cada uno de los lados y una más grande que llevaba en la mano.

—Bien —carraspeé un par de veces —hermanos... Sé que los dioses nos han bendecido con su presencia, estoy seguro de ello, *Odín* está a nuestro lado, por ello ganaremos esta batalla y acabaremos con esos malnacidos que osan atacarnos y que acabaron con la vida de padre.

Permanecieron en silencio escuchando las palabras de su *Jarl*, de

aquel muchacho que luchaba en sus filas como si no fuese más que un guerrero y que le había tocado ocupar el lugar que le correspondía a su padre. Inspiré con fuerza, alcé los hombros y miré a mi gente.

—Que los dioses nos bendigan y nos dejen acabar con aquellos que pretenden herirnos —hablaron en voz baja intentando que los dioses les oyeran—. Nos acompañaran durante esta batalla, sé que padre estará con nosotros.

Algo dio varios golpes en el enorme portón haciendo que nos alertáramos, sentía los nervios recorriendo todo mi cuerpo, mi corazón latía desesperado por saber quién demonios había

golpeado la madera. Gala preparó una de sus flechas igual que hicieron algunos más. Hice una señal para que Jokull abriera. El *gaupa* entró sin más, preparado para unirse a nosotros.

—Pasa, pequeño —dijo Gala a la vez que le acariciaba la cabeza.

El animal se acercó a mí, pero no tardó en empezar a observar a los demás que estaban dentro de la *skáli*, incluyendo a aquellos que habían llegado. Vio como estaban armados lo que hizo que se moviera de un lado a otro.

Cogí una *heri* que habían cazado durante el día anterior, la coloqué sobre un cuenco y le hice un corte sobre el

vientre dejando que la sangre cayera en el recipiente. Aquello tan solo era un pequeño sacrificio para que los dioses nos ayudaran.

—Es hora de marcharse —alcé la voz a la vez que mojaba dos dedos en la sangre los colocaba en el nacimiento de mi cabello y los hacía llegar hasta mi pecho.

Fui el primero en salir de la *skáli*, pero poco después me di cuenta de que no había dicho nada a Lyss. Aparté a la gente que iba saliendo, y vi cómo junto a la niña estaban Elsa y Agnetha armadas y con escudos. Mientras que al final del gran salón estaba Hans. Permanecí observándola, su hermosa belleza nos

cautivaba a todos. La saqué de la cesta, la cogí en brazos y la abracé con delicadeza. Por detrás de mí apareció Gala para hacer lo mismo. Quería despedirse del mayor presente que habíamos tenido jamás.

—Todo saldrá bien —susurró aún a sabiendas de que no todo podía salir bien.

Se abrazó a mí mientras abrazaba a la niña. La subí hasta que su pequeño rostro rozó mis labios.

—Volveré, te lo prometo —murmuré.

Gala la besó también y fue esta quien tras abrazarla la dejó de nuevo en la cesta.

—Cuidaremos de ella.

—Confío en vosotras.

Estas asintieron, abrazaron a mi *húsfreyja* y nos despedimos con un ligero movimiento de cabeza. Cuando nos giramos hacia la salida vi como Skogkatt esperaba a Gala, como un fiel guerrero espera a su líder, como si no tuviera nada que perder en aquella guerra, solo quería cuidar de ella tanto como yo. Subimos andando hacia la pradera, allí nos esperaban todos montados sobre sus caballos, a la espera de los líderes que guiarían sus pasos. Vi a Espíritu preparado para acompañarnos. Le tendí la mano a Gala para que subiera sobre mi *hestr*, le pasó las manos a Regn por la cabellera, le

besó el morro y le susurró algo antes de venir hacia mí. Subió, me abrazó y chasquéé la lengua para que el animal empezara a caminar. Escuché como las pezuñas de los animales iban repicando contra el suelo, nos seguían.

Atravesamos el bosque con tranquilidad intentando no hacer mucho ruido. Estaba seguro de que aquella mujer que me encontré, la de cabellos oscuros estaría esperándonos para así poder avisar al resto de los guerreros. Miré hacia atrás, solo un poco y vi como el gran *gaupa* corría tras nosotros. Sonreí, no iba a dejarla sola.

—Todo irá bien —repetía una y otra vez Gala intentando convencerse de

ello.

Cogí aire, pude ver como la claridad empezaba a colarse entre las ramas de los árboles, lo que me decía que no quedaba mucho para llegar. Detuve al animal, desmonté como pude para que ella no cayera y la ayudé a bajar. El resto hicieron lo mismo, desmontaron de sus animales, los ataron a algunas ramas y árboles, esperando una nueva orden. Mientras agarraron sus escudos y armas.

—Es el momento —dije en voz alta, y entonces la vi.

La mujer de cabellos oscuros cayó de un árbol cercano, igual que hizo conmigo la primera vez. Gala quien siguió mi mirada la vio, cogió el arco y

la flecha lanzándosela, con tanta suerte que acabó acertando en la misma pierna en la que la herí yo la primera vez.

Todos la miraban. Empezó a correr, intentaba alejarse todo lo posible sin apartar la mirada de donde nos encontrábamos. Gala le lanzó una segunda flecha que se le clavó en el lado derecho de su espalda. Avanzamos por el bosque sin hacer ruido, hasta que llegamos a la linde, levanté la mano y todos nos agachamos. Permanecemos agazapados contra unos troncos, observando lo que podía venir a atacarnos. Hice un sonido para que se acercaran nuestros mejores arqueros, entre ellos mi hermosa mujer, Gull,

Jokull, Gyda y Olaf entre otros. Ellos serían los primeros en atacar. Levanté la cabeza y allí estaban, esperando a que saliéramos. Vi como la muchacha corría hacia ellos. Antes de que pudiera llegar, le hice una señal a Gala y lanzó una última flecha contra ella, la cual le atravesó la cabeza.

—¡Ahora! —Gruñí.

Se prepararon, apuntaron y dispararon. Me fijé en Gala, en su mirada pude ver la rabia, estaba furiosa, demasiado. El haber matado a la muchacha no la había calmado. Algunos de los guerreros enemigos salieron a por ella, lo que hizo que los nuestros acabaran con ellos. Hice un movimiento

con la mano, todos nos pusimos en pie. Desenvainamos nuestras armas y empezamos a golpear nuestros escudos, sabían perfectamente por donde avanzaríamos. No podía dejar de mirar si Gala seguía a mi lado, corriendo detrás de mí, con el *gaupa* a sus pies, no muy lejos estaban Linna y Gull, junto a Hammer y Jokull.

Lo busqué por todas partes, pero no estaba, no podía encontrarle. No era más que un *ragr*, había dejado a su gente venir solos a pesar de que estábamos allí por él, porque había acabado con la vida de padre y madre. Tanto pensar no dejaba que prestara atención a lo que ocurría a mí alrededor.

—¡Escudos! —gritó Gala.

Mi mujer se había ido hacia uno de los lados, detrás de ella seguían dos más. De repente, el cielo se tornó gris, tan oscuro que parecía que había anochecido. Cientos de rayos y truenos estallaron en él cruzándolo. Gala alzó la vista, pude ver como sonreía, hasta que nos unimos todos en el centro.

—¡Lanzas! —grité mirándola.

Nos colocamos en posición, igual que hicieron ellos, no iban a pasar. Apreté la mandíbula, cogí aire llenando mi pecho, mientras sentía la ira de los dioses.

—¡Adelante! —gritamos Gala y yo a la misma vez.

—¡A por ellos! —dijeron otros.

Nuestros escudos chocaron contra los enemigos, algunos de ellos acabaron ensartados en las grandes lazas de los nuestros, otros simplemente luchaban por seguir avanzando, cosa que no harían. Frente a mi había un gran hombre, mucho más grande que yo, pero no iba a detenerme. Le golpeé una y otra vez sujetando con fuerza el hacha. Miré una última vez a Gala, así sabría que estaba bien, el *gaupa* la seguía con los dientes fuera, gruñendo, salvaje como era, igual que su dueña. Entonces... Todo empezó.

Antes de que pudiera atacarme, alcé mi pierna y le golpeé en el vientre, lo

que hizo que diera un paso hacia atrás, le di un fuerte golpe con el filo del hacha en el brazo pero parecía no afectarle, hasta que le di en el cuello, y de la herida empezó a emanar sangre, tanta que acabó cayendo de espaldas.

—¡Aguantad! —Les pedí a los míos.

Otro vino a por mí, pero seguía golpeando a cualquiera que se cruzara en mi camino, intentando darle lo más fuerte posible. Vi como un hombre se acercó a mi mujer, entonces una flecha que venía de alguno de los nuestros acabó con él, aunque Gala no dejó de arremeter contra él gritando. Otro hombre intentó cogermé, pero no lo consiguió, le golpeé con el escudo con

tanta fuerza como pude. Con el hacha le hice un profundo corte en el abdomen, saqué el *knífr* que había guardado, lo sujeté con fuerza y se lo clavé en la pierna. Este me golpeó con el escudo, lo que hizo que cayera al suelo. Se miró la herida, vi como mi hermosa *valkyrja* dejó ir un grito y se lanzó sobre un guerrero no muy robusto y lo tiró al suelo, sacó su *knífr* y le rasgó el cuello. Por detrás iba otro, pero el enorme *kottr* fue a por él, aunque no llegó a alcanzarlo. Iba a herir a Gala, pero un potente rayo cayó sobre él fulminándolo.

—Lyss —susurré.

De un salto me puse en pie, parecía que el tiempo se hubiera detenido, el

hombre que tenía frente a mí se apretaba la herida, por lo que empecé a golpearle con el hacha hasta que su cabeza acabó cediendo. Su sangre empapó mi rostro y mis ropajes. Agarré el arma por el otro lado y golpeé a un hombre por el cuello, agarrándolo y haciendo que cayera al suelo. Le clavé el *knífr* en el hombro, este gruñó de dolor. Le hice un corte en el otro lado, se puso en pie, me coloqué tras su espalda y lo agarré por el cuello acabando por degollarle, haciéndole una profunda herida en su garganta y tirándolo en el suelo. Ví como acababa de ahogarse con su propia sangre.

Una joven mujer se tiró encima de mí, la cual parecía muy hábil, usaba los

mismos movimientos que Linna. Sabía cómo iba a atacar, por lo que pasé una de mis piernas tras las suyas, y cayó de espaldas. Con el escudo le golpeé en el pecho, en la cabeza y en el cuello, lo que acabó con su vida. Clavé mi hacha en su pecho y seguí adelante. Busqué a la mujer de cabellos oscuros y la encontré a mitad de la pradera, yacía muerta, sin vida. Fui hacia ella y cuando estuve frente a ella le corté la cabeza.

Escuché un fuerte alarido, Linna había acabado con uno con la ayuda de Gull, pero algo no iba bien. Se sujetaba el vientre con fuerza y lloraba, le dolía. No sabía que estaba ocurriendo. Vi como mi mujer se acercó a ella, para

abrazarla con todas sus fuerzas. La muchacha bajó una de sus manos hacia sus piernas y la sacó llena de sangre. Lloró desconsoladamente, como si le fuera la vida en ello. La sangre empezó a manchar el suelo, lo que hizo que me asustara cada vez más. Vi como temblaba, como apenas podía sostenerse en pie.

—¡Gala! —Le gritó Gull al ver como venía un hombre tras ella.

Mi *bróðir* se ocupó de protegerla, mientras ella cuidaba de Linna. Pero no podrían aguantar así mucho más, todos irían a por ellos. Me acerqué a donde estaban y escuché como mi mujer hablaba.

—Ayúdanos —le rogó al cielo—. Protégela —pidió— Skogkatt, quédate con ella.

Varios de nuestros hombres la llevaron a la linde para que nadie la atacara, Lyss la protegería, igual que lo haría el *gaupa*. El animal parecía entenderle, porque asintió y se puso junto a su hermana. Algo se creó alrededor de ellos, no parecía moverse, salvo que en algunos momentos se veían pequeños rayos.

—Tranquila, todo saldrá bien —le dijo Gala.

Fui hacia ella, no iba a dejar que nada le ocurriera. No quedaban muchos guerreros enemigos, de esos se

encargarían los demás, por suerte contábamos con la ayuda de Ragnarr. Necesitaba encontrar al hombre que había matado a padre y acabar con su vida. Nos adentramos en el bosque, no pude evitar dejar atrás a mi mujer, hasta que llegó un momento en el que la perdí de vista. Seguí corriendo entre los árboles, y algo me desconcentró. Otro rayo, otro estruendo amenazaba con quebrar el cielo. Me agaché, creí haber visto algo e intenté no hacer ruido. Le vi, allí estaba, subido a un *hestr*, esperando.

—*Ragr* —gruñí entre dientes.

Me agaché, cogí una ramilla seca y cuando estuve lo suficientemente cerca,

hice que se quebrara llamando su atención.

—Vaya, vuelve el cachorro, el abandonado —rio maliciosamente—. Tus dioses han querido que eso fuese así, te han dejado.

—¿Y a ti? —pregunté con rabia—. No te necesitan, ninguno de ellos te necesita —espeté—. No hay nadie protegiéndote, eres su líder y no les importa si mueres, por culpa de una alimaña como tú dieron su fe a quien no debían, dejaron que *Loki* y tú los manejarais a vuestro antojo.

No dijo nada, se limitó a sonreír, me aplaudió contento, lo que hizo que la rabia aumentara en mi interior, igual que

las ganas de acabar con él. El hombre desmontó sin apartar su mirada de la mía.

—No voy a dejar que escapes.

Le golpeé con mi escudo y luego con el mango de una de mis hachas. Aquel hombre sufriría, mucho, no iba a dejar que se fuese de este reino sin lamentar todo el daño que había causado. Le golpeé en el cuello y le hice un corte en la pierna. Desenfundé el *knífr* de Gala y se lo clavé en la otra haciendo un largo corte, el cual empezó a sangrar. La sangre empezó a salir a borbotones, como si fuera el agua de un río, empapando el suelo. Intentó herirme con su espada, apenas podía moverse. No le

sirvió de nada, volví a golpearle con el escudo haciendo que diera un paso hacia atrás, volvió a golpearme. Acometí contra él, le di con el mango del hacha en el cuello y con el borde en el brazo, lo que hizo que la herida empezara a sangrar. Cogió con fuerza su espada, me dio en el brazo, pero no llegó a cortarme, hasta que le di de nuevo con el escudo haciendo que cayera de espaldas, pero acabó poniéndose de nuevo en pie.

Tiré el escudo a un lado, y sin darme cuenta el hombre me hizo un corte en la mano con un knífr. Dejé ir un alarido lleno de dolor. Le di un puntapié haciendo que diera dos pasos hacia

atrás, y se abalanzó sobre mí agarrándome por el cuello. Apenas podía respirar, las tornas habían cambiado y era él quien me golpeaba una y otra vez. Intenté apartar sus manos, pero no surgió efecto, hasta que cogí el *knífr* de Gala y se lo clavé en el brazo. Le tomé por el cuello, apreté con fuerza y le golpeé la cabeza contra el tronco que había tras él. Estaba medio aturdido, lo que aproveché para atarle las manos tras el árbol.

—Tú mataste a madre y también a padre, ¿lo recuerdas? —Le grité, dejándome llevar por la cólera. Le coloqué el *knífr* en la mejilla y apreté con fuerza haciendo que la sangre

descendiera por esta y acabara muriendo en el suelo.

Asintió pero no dijo nada. Recordé el día en que vi a Gala en el establo, con aquel malnacido. Recordaba ese momento en el que le tenía frente a mí, las ganas que tenía de matarle, de acabar con su vida, pero aquello no calmó mi furia y lo mismo me ocurriría entonces, el ansia de venganza no acabaría. Fui tras el árbol, aquello solo acababa de empezar. Aguanté uno de sus dedos, igual que había hecho con el otro hombre, pero este no dejaba de moverse, lo que hacía más difícil el acertar en uno solo. Sonreí, parecía no darse cuenta de lo que estaba a punto de

ocurrir.

—Quieto —le advertí— las puertas del *Valhalla* están cerradas para ti, los dioses no dejarán que entres, te enviarán junto a Hela, allí pasarás el resto de tu existencia.

No me hizo caso, así que, cogí una de las pequeñas hachas que colgaban de mi cinto y corté dos de sus dedos. El hombre gruñó a causa del dolor, intentando aguantar los gritos que querían salir de su interior, mis manos se empaparon del mal que le recorría.

—Vas a sufrir por todo lo que has hecho —le aseguré.

—Lo que hice no tiene forma de ser pagado, y gustoso volvería a hacerlo —

dijo con malicia, lo que consiguió que me enfureciera más.

Le corté dos dedos más, aquella vez de la mano contraria, volví a colocarme frente a él, tenía la cabeza gacha. Le observé, su rostro no decía nada, estaba sereno, tranquilo, pero pude ver como en sus ojos estaba el dolor. Parte de su piel se había vuelto rojiza a causa de la sangre que aún iba saliendo del corte de su mejilla. Sonreí, era yo quien en aquel momento se había vuelto el peor de sus males. Pegué el *knífr* a la cuenca de uno de sus ojos, le guiñé uno de los míos y lo clavé. Su sangre me manchó el rostro, pero ya nada importaba.

Dejé el cuchillo en su regazo, no

dejaba de gritar desesperado, rogando clemencia, pero no a mí sino a *Loki*, para que lo liberara de aquel mal. Quería acabar con él, hasta que llegó mi hermosa mujer, lo que hizo que me girara para mirarla. Vio como mi rostro estaba empapado por la sangre, y con un movimiento de cabeza le dije que no era mío, sino del hombre que cumplió el destino que las *Nornas* habían tejido para mis padres. Le coloqué el hacha en sobre el cuello, esperando a que mi *valkyrja* diera la señal que me permitiera acabar con él. Ladeó un poco la cabeza para mirarnos bien, tenía el rostro manchado, igual que sus ropajes. Sonrió, se colocó a mi espalda y la

acarició. Entonces, con un solo movimiento de su hermosa cabeza me bastó para acabar con su vida.

—Lo has hecho muy bien —ronroneo contra mi oreja.

Dejamos allí su cuerpo. Cuando estábamos saliendo del *skógr* algo ocurrió, dos guerreros enemigos nos atacaron. Lancé una de mis hachas a uno de ellos, apenas me dio tiempo a reaccionar, todo ocurría demasiado rápido. No sabía qué hacer, un punzante dolor me atravesó todo el cuerpo, bajé la vista, vi como la daga de uno de ellos se clavaba en mi vientre. Apenas podía moverme, pero aun así saqué la daga y se la clavé en el pecho retorciéndosela,

matándolo. Gala le acabó cortando la cabeza, dejándose llevar por la rabia.

Sentí como la vida se me escapaba entre las manos, mi cuerpo apenas podía sostenerse en pie, mi fuerza iba desvaneciéndose como si nunca hubiera estado ahí. Mis rodillas fallaron, el dolor era cada vez más fuerte y no pude hacer otra cosa que agarrarme a lo que encontré en el suelo. No podía ver nada, la vista se me había nublado y solo podía escuchar como alguien me gritaba desde la lejanía.

—Dijiste que no te irías de mi lado —gritó Gala desesperada—. Vuelve maldito, no te vayas —lloró desconsolada mientras golpeaba el suelo

que había junto a mi cuerpo— no me dejes sola —me rogó una y otra vez—. No me dejes sola, Egil... Por los dioses no te marches, no te marches ahora —suplicó entre sollozos—. Se lo prometiste... Egil... Se lo prometiste a Lyss... —Estaba desconsolada, apenas podía hablar, sentía su dolor tanto o más que el mío propio—. Quédate, quédate, mi vikingo... Quédate conmigo... No te marches, no mueras ahora.

Lloró contra mi pecho, podía notar como su cuerpo temblaba, como se había quedado helado.

—*¡Odín!* —chilló—. Yo te maldigo Dios padre, llévatelo y acabaré contigo me cueste lo que me cueste.

Tomó mi rostro entre sus manos y me besó.

—No nos puedes dejar así, por mí... por Lyss, nuestra pequeña te necesita tanto o más que yo... Recuérdalo, mi vikingo, lucha por nuestro amor... Por *Freyja* te lo ruego, Egil...

Escuché como alguien se acercaba a mí, parpadeé pero no pude ver apenas que ocurría. Pude distinguir como Gull se arrodillaba a mi lado, gritando desesperado. Intentaron que la herida dejara de sangrar, pero de nada iba a servir, podía sentir su calor empapando mis ropajes, recorriendo mi piel, haciendo que ardiera por dentro y por fuera.

—No te vayas —gimoteó mi hermosa mujer— por Lyss...

Todo acabó volviéndose completamente oscuro, no escuchaba a nadie, no me dolía el cuerpo, este había dejado de pesar, parecía estar tumbado sobre una nube, era como estar dormido podía sentir esa calma. Me moví hacia un lado y hacia otro, pero no había nada, no lograba ponerme en pie. Los gritos y los llantos que antes me rodeaban habían desaparecido, no sabía dónde se encontraban ni Gala, ni mi pequeña Lyss.

Estaba enfurecido, quería gritar,

chillar y gruñir, pero no podía. Abrí los ojos y una luz cegadora hizo que los cerrara de golpe, no podía ver. Poco a poco fui abriéndolos de nuevo hasta que dejó de molestarme. Estaba en un lugar muy claro, el suelo, las paredes, todo era de piedra lisa y reluciente. Miré hacia todos lados, y me encontré una enorme sala vacía. Me puse en pie, di una vuelta pero no sirvió, lo que ya veía desde el suelo seguía viéndolo. Solo al volver donde estaba vi una muchacha de cabello largo y oscuro. Se dio la vuelta y me miró. Llevaba un *kirtle* fino y delicado, con bonitos bordados dorados. Algo en ella llamó mi atención, sus ojos eran de plata. Fue dando largos pasos

hacia mí con sus largas y delicadas piernas. Su piel era clara, como si hubiera sido esculpida en piedra.

—¿Dónde me encuentro? —pregunté confuso.

—Esto no existe muchacho, estás en *Asgard* —contestó con su delicada voz.

—¿Cómo?

Cuando llegó a mí, dio vueltas a mí alrededor observándome. Me posó una de sus finas manos sobre mis brazos y apretó.

—Vaya... —dijo sorprendida—. Parece que al final la pelirroja ha sabido elegir demasiado bien, si no lo hubiera hecho ahora serías mío —aquello último acabó susurrándomelo al

oído haciendo que diera un respingo.

—No lo entiendo, ¿pelirroja? — pregunté sin comprender que era lo que decía.

—Mi nombre es Lyss, *víkingr*.

Ella era la *valkyrja*, aquella que había ayudado a Gala, aquella por la que nuestra hija llevaba su nombre, ella las salvó. No pude evitarlo me acerqué a ella y la abracé con fuerza siendo incapaz de decir nada.

—¿Qué hago aquí, Lyss? — pregunté, era extraño llamarla como a mi pequeña niña.

—Te he traído aquí porque necesitaba hablar contigo.

—¿Hablar conmigo?

A cada cosa que decía era aún peor, no entendía nada de lo que decía, me confundía y eso empezaba a ponerme nervioso.

—Mira, déjate de chorradas —me dijo, seria.

—¿Chorradas?

—Sí, hijo, tonterías, bobadas, sandeces, ¿me sigues?

—¿A dónde?

Posó las manos sobre su sien y empezó a masajearla. Cogió aire y dejó ir un profundo soplido. Su extraño lenguaje me confundía.

—Escúchame, *faðir* —asentí y permanecí callado, esperando a que me explicara qué hacía allí—. Esto, como

ya te he dicho no existe, te he traído aquí en contra de los dioses, no pueden vernos. No ha llegado tu hora, las Nornas no tenían esto escrito —me explicó pacientemente—. No puedes morir, no ahora, tienes a la pequeña Lyss y a Gala, no puedes dejarlas solas.

—¿*Faðir*? ¿No es mi hora?

—Atiende. No, es tu hora, no —dijo a la vez que me colocaba una de sus manos sobre mi hombro—. Tienes que vivir, tienes que luchar por esa vida junto a las personas que más amas —hizo una mueca y cogió aire—. Los dioses han decidido que no es el mejor momento para que vayas al *Valhalla*, en tu *heimr* tienes mucho que hacer.

Pensé en lo que me decía tenía que ser fuertes por ellas. Chasqueó los dedos y de repente una gran ventana se abrió frente a nosotros. Desde ella podía ver mi hogar, a mi gente. Gala estaba sentada en uno de los asientos, consumida por el dolor y las lágrimas, a pesar de que ya no podía seguir llorando, lo había hecho demasiado y parecía estar completamente vacía por dentro. Era extraño saber lo que estaba sintiendo. Mi mente se tensó al ver como su cuerpo temblaba, helado como el hielo, muerto en vida. La niña no dejaba de llorar, pero ella parecía no escucharla, era como si no estuvieran en el mismo lugar, ella estaba en otro, lleno

de dolor y desconsuelo, aquel que arrastraba. Hammer se acercó a la pequeña y la cogió en brazos intentando calmar su llanto, pero lo que ella necesitaba era a su *móðir*, aquella consumida y a su padre, a mí, que yacía sin apenas vida sobre el jergón. Un escalofrío recorrió mi cuerpo, no quería seguir viendo aquello. Lyss se dio cuenta, así que, volvió a chasquear los dedos y todo desapareció.

—Eso es lo que está ocurriendo en estos momentos en el *Midgard*, ya me gustaría a mí que te quedaras aquí arriba, podríamos disfrutar mucho juntos —dijo paseando uno de sus largos dedos por encima de mi pecho—.

Pero... como te he dicho, los dioses han decidido que no mueras, así que... — Posó su mano sobre donde tenía la herida y sentí como un fulgor crecía en mí— volverás a vivir.

Chasqueó de nuevo los dedos, volví a sentirme pesado, a estar cansado. Mis ojos no veían, mis oídos no escuchaban, todo se había vuelto oscuro y ahí donde había claridad ya no había más que oscuridad.

Alguien corrió a mi lado, escuchaba sus pasos con fuerza, noté como el gaupa me lamía la mano cariñosamente.

—¡Está despertando! —Anunció

Hammer, alegre.

Me puse la mano libre sobre la herida, seguía doliéndome pero parecía que no había rastro de sangre. Abrí los ojos poco a poco, pero no veía. Alguien se arrodilló a mi lado, Gala, su olor era capaz de embriagarme. La miré como pude y sentí como sonreía.

—¿Cuánto tiempo he estado así?

—Algo más de una semana, has dormido todo este tiempo, perdiste mucha sangre —me explicó desanimada.

Una delicada gota cayó sobre mi piel, la cual estaba al descubierto. Estaba llorando, mi mujer lloraba al ver que seguía con vida.

—Lyss —susurré ahogando un

profundo quejido que rasgaba mi garganta.

Gala se puso en pie rápidamente, tanto que parecía que fuese a caer, tropezándose con algunos de los asientos que había en medio de la *gardr*. Escuché que había alguien que carraspeó con una profunda voz. Hammer seguía allí como cuando les vi desde la ventana de la *valkyrja*, apoyando a su hija, cuidándola. Gala volvió a sentarse a mi lado, solo que aquella vez tenía a la pequeña en brazos. La dejó encima de mi pecho para que pudiera resguardarla.

—Mi hermosa niña...

Las lágrimas volvieron a emanar de

los ojos de la muchacha, pero aquella vez eran de alegría y no de pesar, como lo eran antes. Acercó su boca a mi frente y me besó delicadamente.

—Pensé que te perdía —dijo con la voz temblorosa—. Tenía tanto miedo, tanto... Cuando te vi ahí, parecías sufrir, era como si se te escapara la vida entre las manos, como si hubieras dejado de luchar por vivir.

—Eso nunca —dije sacando fuerzas de donde las encontré—. Nunca dejaré de luchar por vosotras, sois mi vida.

Hammer se acercó a nosotros y me lanzó una mirada agradable, llena de algo que nunca antes había visto y me llenaba de orgullo saber que me había

ganado su afecto.

—Me alegra ver que estás bien, muchacho.

—Gracias, señor.

—Padre, ¿puedes llevarte a Lyss?

Este asintió, la cogió en brazos y salió por la puerta con una enorme sonrisa, feliz de tener a su niña entre sus brazos.

—¿Cómo están los demás?

—Bien, perdimos algunos en la batalla, Ragnarr volvió a su *heimr*, pero el resto están bien, salvo Linna y Gull.

Abrí los ojos, la *valkyrja* no me había dicho nada.

—¿Qué les ha ocurrido?

Gala tragó saliva y suspiró.

—Linna perdió a la criatura que llevaba dentro durante la batalla y Gull... Gull está hundido por no haber sido capaz de protegerla como debía.

—No fue culpa de él, tampoco de ella.

Un fuerte dolor me atravesó el pecho al hacer el esfuerzo de hablar. Me moví hacia un lado y le dejé un trozo para que pudiera tumbarse a mi lado en el jergón. Se tumbó, dejó que su cabeza descansara sobre mi pecho y por alguna razón volvió a llorar.

—¿Qué ocurre?

—No sabes cuánto temía perderte, pensé que si morías yo moriría contigo, Egil —dijo en un susurro que acabó por

quebrarse—. No quería dejar sola a Lyss, pero sentí que si no te tenía conmigo la vida se acabaría para mí.

Aquello último me recordó a lo que había visto, ella tan ausente y la niña asustada, llorando desconsoladamente.

—Por los dioses, Egil, no vuelvas a hacerme algo así, nunca, ¿me escuchas?

—Sí, *mo kottr* —besé su pecho—. Nunca sola.

No las volvería a dejar, no permitiría que nadie ni nada nos volvería a separar, junto a ellas estaba mi corazón y mi hogar.

Gománadr, siete meses más tarde.

Salimos de la *gardr* con la pequeña, no dejaba de moverse por todas partes, se arrastraba por la madera, la arena, la hierba... Pronto comenzaría a caminar, aunque aún era algo pequeña para ello, había cambiado muchísimo desde nuestra pequeña guerra. La miré, el cabello le había crecido a pesar de que Gala iba recortándolo cuando le parecía que lo tenía demasiado largo. No debería hacerlo, algún día se lo impediría, adoraba su cabello tanto como el de su madre. Se le había aclarado, y se había vuelto algo más dorado. Sus ojos eran como los míos, o por lo menos, eso decía Gala. Cuando fuese mayor conquistaría a cualquiera

con una sola mirada. Estaba seguro de que sería igual que su madre, indomable y salvaje.

Nada había cambiado desde aquella batalla, ahora todos los poblados vecinos se unían a nosotros para zarpar y saquear nuevos territorios, abasteciéndonos entre nosotros. Algunos perecieron en la guerra, incluida la criatura que había en Linna, hermano del que iba creciendo en el vientre de Linna ahora mismo.

Dejé que Lyss anduviera por la madera, agarrándola de las manos para que no cayera. La cogí en brazos y Gala se pegó a nosotros, se pasó las manos por el vientre, no dejaba de crecerle,

pronto los dioses nos bendecirían con otro pequeño. Senté a la niña en la madera para que observara como Skogkatt corría tras un animal hasta que acabó cazándolo.

—Oh, que bonita estampa —dijo una cantarina voz, la cual reconocí al momento.

—Lyss —dijimos los dos a la vez, la pequeña nos miró pensando que hablábamos de ella.

—Parece que ya has vuelto, veo que has seguido lo que te dije.

Gala se quedó boquiabierta sin entender nada. La miró, observó a la *valkyrja*, y sus ropajes, aquella vez llevaba un vestido rojizo parecido al de

Gala.

—Sí, lo he hecho.

—¿Qué tenías que hacer? —preguntó confusa.

—Luchar por vosotras.

Clavé mis ojos en los suyos y vi cómo se le humedecían. Le pasé un dedo bajo estos, llevándome sus lágrimas. La *valkyrja* dejó ir un suspiro profundo, de aquellos que te vaciaban por dentro. Estaba frente a nosotros en la tierra, por donde corría el gaupa, así que, subió las escaleras y se colocó a nuestro lado.

—Muchachos, tenéis mucha suerte, demasiada, ojalá los dioses me dieran un amor como el que tenéis vosotros. No sabéis cuanto os envidio —dijo con

pesar.

—Seguro que lo encontrarás.

—Eso espero, o acabaré como una amargada, viviendo en el *Valhalla*, aguantando a la despechada de *Freyja*.

La valkyrja sonrió, pero había algo en sus ojos, un ápice de dolor que no pasó desapercibido para Gala.

—¿Qué te ocurre, *systir*?

—Debo pedir os algo más — murmuró mediante un hilo de voz—. Cuidad de Lyss, será muy importante para los dioses, ellos la protegerán cuando sea el momento, pero ahora sois vosotros quienes debéis hacerlo.

La miramos confusos por como hablaba, no entendíamos que era lo que

estaba diciendo. Dejó ir una carcajada y empezó a desaparecer, la diosa la había escuchado y no se lo había tomado muy bien. Antes de irse, Lyss se acercó a la niña y la besó en la frente.

—Sed felices —dijo mientras nos dijo adiós con la mano.

Tal y como había venido se marchó, la *valkyrja* que hizo posible nuestro amor, la que nos dio fuerza para seguir adelante, luchando por esta familia.



EPILOGO

Años después.

Esta vez los jardines que envuelven el *Valhalla*, el mayor palacio de todo el reino de *Odín*, el *Asgard*, la morada de los dioses, parece aún más grande de lo normal, esta vez parece no acabar nunca. Una muchacha de cabellos dorados corre por estos, con desesperación sin mirar atrás, solo avanza lo más rápido posible. Va por el camino, pero si lo sigue tardará más, así que, mira hacia un lado y hacia otro, buscando que no haya

nadie y solo encuentra a *Eikþyrnir*⁸⁵, el ciervo que pasta por estos campos alimentándose de uno de los árboles sagrados.

Sin pensarlo dos veces la joven atraviesa el césped. No le importan las consecuencias, las reprimendas no harán que se detenga. La hermosa muchacha rubia tropieza, pero no llega a caer, su diminuto cuerpo sigue en equilibrio y por lo tanto sigue corriendo. Se desplaza con una rapidez vertiginosa, tanta que hace que las delicadas briznas de hierba acaben por arrancarse del suelo y vuelen tras ella. Cuando llega a la puerta intenta abrirla, pero algo no le deja. Tiene que pedir permiso. La golpea varias veces

con impaciencia, vuelve a darle pero parece que nadie está detrás para hacerle caso. Chasquea los dedos apareciendo al otro lado del portón. Se encuentra en un enorme y majestuoso recibidor de mármol blanco reluciente. Ladea la cabeza hacia uno de los lados, para ver quien debía ocuparse de recibirla, entonces ve al guarda, *Phol*, tercer hijo de *Balder*, el segundo hijo de *Odín*, padre de todos.

—Zoquete —murmura algo molesta.

Abre la mano y deja que algunos hilos de luz bailen sobre sus palmas, diminutos rayos se recrean sobre estas. Le lanzó un par lo suficientemente potentes como para que despierte de una

vez por todas.

—¡Por los dioses! —murmura el semidiós—. ¿Qué haces *Skuld*? ¿Te has vuelto loca?

—Estate atento —le amenaza.

La muchacha sigue su camino, se adentra por uno de los largos pasillos que forman el gran palacio. A uno de los lados de este hay muchas puertas, todas distintas, procedentes de diferentes sitios, el lugar por el que entraran todos aquellos guerreros caídos en combate, los que se unirán a los dioses cuando llegue el *Ragnarök*, la batalla del fin del mundo, el fin del ciclo.

Sonríe al pensar en que algún día llegará su momento, solo ella puede

saber cuándo ocurrirá, la *Norna Skuld*, aquella que sabrá lo que pasaría. Junto a sus hermanas, *Udr* y *Verdandi*, tejen las telas del destino, ellas deciden, ellas hablan de lo que pasará.

No queda mucho para que llegue, pero los nervios afloran, las manos empiezan a sudarle, algo que nunca antes le había ocurrido. Su corazón anda desbocado, a la velocidad de un rayo. Las amplias puertas del palacio están custodiadas por dos grandes guardianes, elegidos entre el elenco de guerreros que habían ido subiendo y no han encontrado a su *valkyrja*, aquellos que aún entrenan para ser los mejores, aquellos que se superan a sí mismos

cuando son simples mortales.

—Dejadme pasar —pide la rubia desde la lejanía, pero no le hacen caso, no abren las puertas.

Da varios pasos adelante para avanzar con mayor rapidez y cuando se planta frente a la puerta dice: —Debo hablar con los dioses —asegura en voz alta dándole mayor importancia a la última palabra, los dioses.

Parece que les da igual, es como si no la escucharan, porque sea pequeña no quiere decir que no tenga responsabilidad alguna, es más importante que todos ellos juntos.

—¿Quién eres? —pregunta uno de ellos, el más alto y apuesto.

—*Skuld*, la *Norna* más joven.

Se miraron entre sí boquiabiertos.

—Más os vale abrir la puerta, o haré que alguien venga a patearos el culo y creo que tengo a la persona idónea.

Inmediatamente la abren, frente a una gran ventana están los dioses discutiendo sobre algún asunto, aunque algo le dice a la *Norna* que no es nada importante como para prestarle atención. La muchacha no está muy lejos de donde se encuentran, se aclara la voz carraspeando, para hacer que se den cuenta de que ha entrado y que está ahí esperando a que le den paso.

Parece nerviosa, histérica más bien. Mueve las manos, juguetea con sus

dedos y algunos de estos acaban en su pelo, que con su largura casi le llega por el ombligo.

—¿Qué ocurre, *Skuld*? —pregunta el Dios de todos, *Odín*, a la vez que se pasa una de sus grandes manos por su larga barba.

—El destino está tejido —asegura seriamente ella, intentando no parecer nerviosa ni asustada, aunque en sus ojos se puede divisar un ápice de preocupación.

No dice nada más, por lo que la Diosa *Skogkatt* se impacienta, así que, la mira alzando sus rubias cejas. Al igual que *Skuld*, *Freyja*, la Diosa *Vanir* tiene una larga cabellera dorada como los

rayos del sol.

—No tenemos todo el día, niña —
añade la diosa nerviosa.

—Padre, habrá una gran batalla en el *Midgard*, los *Dökkálfar*⁸⁶ vuelven a la carga, esta vez estarán liderados por Grimm, el peor de ellos y solo hay una de las nuestras que podrá acabar con todo.

—¿Y qué inconveniente hay? —
pregunta *Odín* con templanza—. ¿No está capacitada?

Traga saliva, intentando deshacer el nudo que se ha creado en su garganta, baja la vista al suelo, coge aire y al alzarla se encuentra con la de él.

—Sí, sí lo está, Padre.

—¿Entonces? —pregunta de mala manera la diosa.

—Es hija de la profecía, del vikingo. No puede bajar.

Los dioses miran a la muchacha, quien ha sentenciado el asunto, el cual se ha vuelto más complicado de lo que en un principio se imaginaban.

—Dime... dime su nombre —le pidió el padre de todos.

—Lyss.

FIN

⁸⁵ Eikþyrnir – es un ciervo de la mitología nórdica que reside en lo alto del Valhalla.



⁸⁶ Dökkálfar – Elfo oscuro.

VOCABULARIO

A

Æsir – Son los principales dioses del panteón nórdico.

Afi – Abuelo.

Algiz – Runa de protección.

Alfather – Padre de todos.

Amma – Abuela

Arnar – Águila

Asgard – Reino de los dioses.

B

Bliskirnir – Palacio de Thor Brinja

– Cota de malla.

Bróðir – Hermano

Brúaveizla – Banquete

D

Dísir – Magia de las Völvas y nornas
Døkkhárr – Moreno (cabello)

Dökkálfar – Elfo oscuro

Dóttir – Hija.

Drakkar – Barco vikingo

Drottin – Señor.

E

Earl – Conde.

Einmandr – Marzo/Abril

*Eikbyrnir – Ciervo que reside en lo
alto del Valhalla*

F

Faðir - padre

Fagrhárr – Rubia/a, cabello rubio

*Festarmál – Fiesta de boda Fjall –
Montaña.*

Fljótv – Río.

*Frelsisol – Fiesta de liberación de
un esclavo Freyja – diosa de la
mitología nórdica del amor, la guerra,
la belleza y la fertilidad.*

Frilaz – Artesano

G

Gardr – Casa.

Gaupá – Lince

Geit – Cabra

Grábjörn – Oso.

H

Heill – Hola

Heimr – Tierra, patria, hogar.

Helheim – Reino de la muerte Heri

– Liebre.

Hersir – Mano derecha del Jarl.

Hestr – Caballo

Holmgang – Duelo

Hundr – Perro

Hús – Casa, salón grande.

Húsfreyja – Mujer/Esposa

Hvítr – Blanco/claro

Hvat? – ¿Qué?

Hvar? – ¿Dónde?

Hví? - ¿Por qué?

Hvítr - Blanco

Húskarl – Guarda del Jarl

I

Illr – Malo/Malvado

J

Jarl – Líder

Jarpr – Castaño (cabello)

Jötunheim – Mundo de los gigantes

K

Kirtle – Túnica.

Knífr – cuchillo

Kottr – Gato.

Konungr – Rey.

Kýr – Vaca.

Kynkfygjur – Espíritus de los familiares fallecidos.

L

Land – Patria/terra

Landvaettir – Espíritus de la tierra.

Leysigni – Esclavo liberado

M

Melrakki – Zorro.

Móðir – madre

Morgingjölf – Regalo de boda

N

Noregr – Noruega

R

Rá – Corzo.

Ragnarök - Es la batalla del fin del mundo.

Rauðdýri – Ciervo rojo

Rauðhárr – Pelirroja.

Ragr – Cobarde

Refr – Zorro

Rygjalfyki – Reino de Rogaland, Noruega.

S

Skål - Salud!

Skáli – Sala/Salón

Skjaldmö – Escudera.

Skógr – Bosque.

Sonr –Hijo.

Solmandr – Junio/Julio

Sól – diosa del sol.

Svara – Contestar.

T

Thing – *Asamblea.*

Thjófr – *Ladrón.*

Thraell – *esclavo*

U

Úlfr – Lobo

V

Vanir – uno de los dos grupos de dioses de la mitología nórdica.

Valhalla – majestuoso y enorme salón ubicado en el reino de Asgard.

Valaskjálf – Palacio de Odín.

Valnkut – Nudo de la muerte.

Valkyrjur – deidades femeninas menores que servían a Odín bajo el mando de Freyja
Vangr – Prado, pradera.

Víkingr – Vikingo

Völva – Sacerdotisa que practicaba magia
seiðr
Völundr – Forjador .

Otros

Þakka – dar las gracias

Kom allfader Odin, kom moder min

MITOLOGÍA

Nornas:

–*Urd*: era una de las tres principales nornas de la mitología nórdica junto a Verdandi y Skuld. Urðr lleva la connotación de “destino” en nórdico antiguo; de hecho, la palabra “destino” en sueco moderno, öde, deriva de ésta. Su etimología es el pretérito del verbo verða, “devenir”, es decir, “lo que devino, lo que ha ocurrido”.

–*Verdandi*: era una de las tres Nornas

principales de la mitología nórdica junto a Urd y Skuld. Según las Eddas existen también muchas otras nornir menores asociadas a individuos en particular.

–*Skuld*: era una de las tres Nornas principales de la mitología nórdica junto a Urd y Verdandi. Junto a sus hermanas tejía los tapices del destino bajo el fresno Yggdrasil.

Su nombre está asociado en nórdico antiguo (así como en los idiomas escandinavos modernos) a “deuda, falta, culpa, o responsabilidad”.

Reinos:

–*Asgard*: es el mundo de los Æsir, gobernado por Odín y su esposa Frigg y rodeado por una muralla incompleta,

atribuida a un anónimo hrimthurs, amo del caballo semental Svaðilfari, de acuerdo a Gylfaginning. Dentro de Asgard, se encuentra el Valhalla.

–*Muspelheim*: es el reino del fuego en la mitología nórdica. Es el hogar de los Gigantes de Fuego, de los cuales Surt era el más poderoso. Muspelheim significa mundo del fuego u hogar del fuego, siendo Muspel fuego y Heim, hogar o mundo.

–*Midgard*: es el mundo de los hombres creado por los dioses Odín y sus hermanos, Vili y Ve tras el combate con el gigante primigenio Ymir.

–*Niflheim*: en la mitología nórdica, es el reino de la oscuridad y de las

tinieblas, envuelto por una niebla perpetua.

–*Valhalla*: es un enorme y majestuoso salón ubicado en la ciudad de Asgard gobernada por Odín. Elegidos por Odín, la mitad de los muertos en combate viajan al Valhalla tras su fallecimiento guiados por las valquirias, mientras que la otra mitad van al Fólkvangr de la diosa Freyja.

Dioses, y seres mitológicos:

–*Ask y Embla*: fueron los dos primeros seres humanos creados por los dioses, análogos a Adán y Eva.

Odín y sus hermanos, Ve y Vili, crearon los nueve mundos de la cosmología nórdica

–*Audumla*: es la vaca primigenia, También conocida como La Gran Vaca Cósmica. A diferencia de otros nombres escandinavos, el nombre Auðumbla aún no ha sido descifrado y las fuentes disponibles tampoco proporcionan datos acerca de su origen.

–*Bestla*: es la esposa de Bor y madre de los dioses Odín, Vili y Ve en la mitología nórdica. Bestla aparece en Hávamál de la Edda poética, una compilación del siglo XIII del historiador Snorri Sturluson que usó fuentes tempranas de escaldos escandinavos.

–*Bor*: era el hijo de Buri y el padre de Odín, Vili y Ve en la mitología

nórdica. Él es mencionado en la Gylfaginning de la Edda prosaica de Snorri Sturluson.

–*Hvergelmir*: es una fuente de aguas heladas en Niflheim. Todos los ríos helados vienen de allí, y es la fuente de los once ríos, Élivágar. Más arriba de la fuente, el dragón Níðhöggr roe una de las raíces del fresno del mundo, el Yggdrasil.

–*Hoenir*: era un dios que formaba parte de los Æsir. Junto con Mimer fue con los Vanir como parte del intercambio realizado como pacto para finalizar la guerra entre ambos grupos de dioses. Los Vanir lo convirtieron en uno de sus miembros pero él era indeciso y

relegaba a Mimer todas sus decisiones.

–*Lodur*: es uno de los Æsir. En la Völuspá es quien se encarga de animar los cuerpos de los primeros seres humanos,¹ pero aparte de esto casi nunca se lo menciona. Los eruditos lo han identificado con Loki, Ve, Vili y Frey pero no se ha llegado a un consenso.

–*Narfi*: era el padre de Nótt. También conocido como Narvi o Nari, era un hijo de Loki y Sigyn quien fue asesinado para castigar a Loki por sus crímenes. Los dioses volvieron a su hermano Vali en un lobo que le arrancó su garganta. Sus entrañas fueron usadas para atar a Loki a una losa de piedra

durante toda la eternidad; o al menos hasta el Ragnarök.

–*Odín*: es considerado el dios principal de la mitología nórdica y algunas religiones etenas.

Su papel, al igual que el de muchos dioses nórdicos, es complejo. Es el dios de la sabiduría, la guerra y la muerte. Pero también se le considera, aunque en menor medida, el dios de la magia, la poesía, la profecía, la victoria y la caza.

–*Sól*: es la Diosa del Sol, hija de Mundilfari y Glaur, y esposa de Glenr. cada día dirige su carroza a través de los cielos, tirada por dos corceles llamados Arvak y Alsvið.

–*Valkyrjas*: son dísir, deidades

femeninas menores que servían a Odín bajo el mando de Freyja, en la mitología nórdica. Su propósito era elegir a los más heroicos de aquellos caídos en batalla y llevarlos al Valhalla donde se convertían en einherjer.

–*Vé*: era uno de los Æsir e hijo de Bestla y Bor en la mitología nórdica. Sus hermanos eran Vili y Odín. Era conocido por darle a la humanidad el poder de hablar y el de los sentidos externos. De acuerdo con Loki, en Lokasenna, tenía un amorío con la esposa de Odín, Frigg.

–*Yggdrasil*: es un fresno perenne: el árbol de la vida, o fresno del universo, en la mitología nórdica. Sus raíces y

ramas mantienen unidos los diferentes mundos: Asgard, Midgard, Helheim, Niflheim, Muspellheim, Svartalfheim, Alfheim, Vanaheim y Jötunheim. De su raíz emana la fuente que llena el pozo del conocimiento, custodiado por Mímir.

–*Ymir*: también llamado Aurgelmir entre los gigantes, fue el fundador de la raza de los gigantes de la escarcha y una importante figura en la cosmología nórdica. Snorri Sturluson combinó varias fuentes junto con algunas de sus propias conclusiones para explicar el rol de Ymir en el mito nórdico de la creación. Las principales fuentes disponibles son el poema édico *Völuspá* y los poemas de preguntas y respuestas

